La hija de Jefté

Lion Feuchtwanger

El sacrificio de
Ja’ala
, en cumplimiento de la promesa hecha por su padre de dar muerte al primer ser vivo que avistara si volvía victorioso en su guerra contra los amonitas, es un relato de ambiciones, fidelidades y guerra en los tiempos remotos del pueblo de Israel. Lion Feuchtwanger —autor de *La judía de Toledo* y *Goya*— recrea una época histórica, la Edad del Bronce, en la que el pueblo de Israel vivía dividido en tribus y en constante lucha con los pueblos que lo rodeaban, no solo por la supremacía humana, sino también —y sobre todo— de unos dioses sobre otros: el destino como instrumento y voluntad divinas.

Los personajes están descritos con gran vigor en sus intenciones, sus conflictos internos y sus sentimientos. El autor analiza la naturaleza humana y las motivaciones que empujan al hombre a actuar, dando a los hechos una interpretación rica y apasionante, aplicable a cualquier época y situación.

Lion Feuchtwanger

La hija de Jefté

Un relato de guerra, ambiciones y sacrificios en los tiempos remotos del pueblo de Israel

ePub r1.0
Titivillus 01.02.16

Título original: *Jefta und seine Tochter*
Lion Feuchtwanger, 1957
Traducción: Ana Tortajada

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Sedulo curavi humanas actiones non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere.

Me he esforzado honradamente en no burlarme de las acciones de las personas, de no deplorarlas, de no despreciarlas; he intentado comprenderlas.

SPINOZA

CAPÍTULO PRIMERO

1

SERÍAN alrededor de trescientas las personas que acompañaron al jefe de la tribu Galad hasta el sepulcro. No era un cortejo fúnebre notable para tan gran guerrero y juez. Pero era comprensible, ya que aquel hombre fuerte, que apenas contaba sesenta años de edad, había muerto con sorprendente rapidez y solo muy pocos habían tenido noticia de su breve enfermedad.

Por la mañana, inmediatamente después de su muerte, sus hijos le habían cerrado los ojos y le habían atado la barbilla para cerrarle la boca; también le habían cortado el pelo, para que no le estorbara en su futura morada. Luego le habían encogido las piernas en una cómoda postura, en cuclillas, y lo habían envuelto con una tela basta. Así lo llevaban ahora, sobre unas parihuelas hechas de madera sin pulir, desde su casa en Mizpeh[*] descendiendo por la ladera de la colina sobre la que se encontraba la ciudad y subiendo luego hacia Obot, el lugar de los muertos, para que a partir de entonces viviera allí, en la cueva, junto con los otros espíritus.

Ya hacía rato que había pasado el mediodía, el calor disminuía, soplaba un ligero viento. Sin embargo, el camino no resultaba fácil para los que componían el duelo. Los hijos del muerto y los hombres más respetables de la tribu llevaban las parihuelas, relevándose. Se mostraban solícitos, encorvaban gustosos los hombros para recibir aquella carga, que no era pesada; pero en su interior había cierta reticencia, un ligero temor ante el muerto.

Los parientes y amigos habían rasgado sus vestiduras, habían cortado sus cabellos y se habían cubierto las cabezas de ceniza. Avanzaban por aquel paisaje luminoso y alegre con las cabezas descubiertas, descalzos, descendiendo primero por el estrecho y tortuoso sendero, y subiendo luego por el camino todavía más estrecho hacia la cima del otro monte. Los hombres, en su mayoría, guardaban silencio, pero las mujeres gritaban y se lamentaban; también ellas habían rasgado sus vestiduras y esparcido ceniza sobre su cabello suelto, y se golpeaban y arañaban el pecho.

Se distinguía por su tremenda aflicción Silpa, la esposa del muerto. Aquella mujer imponente tenía unos cincuenta años; pero su pelo todavía no había perdido su color, su rostro decidido, con aquella nariz prominente, todavía no estaba arrugado, los ojos oscuros y dominantes bajo la frente alargada y estrecha tenían todavía una mirada clara y firme. De ordinario, Silpa, la esposa del hombre más importante de Galaad, se mostraba reservada y digna. Pero hoy se mesaba los cabellos y se arañaba el pecho, y sus gritos y lamentos, tan pronto estridentes como amenazadoramente guturales: *¡Echah, echah!,* y: ¡*Choh*! y ¡*Chah*! y ¡*Ach*!, se oían por encima de los de los demás.

Quería tributar al muerto el respeto que le correspondía, quería poner en evidencia que estaban llevando a la tumba a un gran hombre. Había sido mucho más que el padre de su estirpe y el jefe de su tribu, más incluso que el juez en Galaad: algunos le habían reverenciado como «Juez en Israel». Y aunque también los había que le negaban este nombre, él se lo había merecido. Porque una y otra vez, los hijos de Moab, Ammón y Madián hacían incursiones en la región, robaban los rebaños, asolaban los campos, quemaban las casas, mataban a los hombres, forzaban a las mujeres, se llevaban a los niños para convertirlos en siervos, y no solo acosaban a la tribu de Galaad sino a todo el Israel al este del Jordán. Y este hombre, su esposo ahora muerto, había rechazado al enemigo una y otra vez, así que en verdad había sido Juez en Israel.

Se lamentaba por ella, se lamentaba por la tribu de Galaad, se lamentaba por todo Israel. Sus lamentos eran tan sinceros como ruidosos. Pero no podía evitar que en medio de aquel penetrante dolor brotara una especie de sensación de alivio e incluso de triunfo.

Un muerto tenía un gran poder, había que conservar su favor, de otro modo podía causar muchos males. Un muerto que todavía no vivía en su cueva era el doble de peligroso, y nada más lejos de su intención que irritar precisamente a ese muerto, tan poderoso, y que le era tan querido. Sin embargo, también sería bueno que yaciera junto a sus antepasados tras las grandes piedras que cerraban por completo la cueva, de manera que incluso a un espíritu vigoroso le costara un enorme esfuerzo escabullirse al exterior.

El juez Galad —y eso era en aquellos tiempos lo más importante— había demostrado ser el caudillo más capacitado para la guerra, el mejor estratega para conducir a sus guerreros; se había ocupado poco de las otras tareas del *Schofet*, del juez. De manera que ella lo había descargado de estos menesteres, preocupándose de que se construyeran casas y apriscos de piedra y de que se excavaran pozos y canales por toda la región. Había aconsejado a «Los Barbudos», a los ancianos, cuando administraban justicia entre un hombre y su vecino, se había sentido la auténtica madre de la tribu. El juez Galad lo había permitido gustoso. Pero a veces se resistía, y entonces bien podía encolerizarse con tal salvaje furor que nadie se atrevía a consultarle por segunda vez. Quizá era precisamente esa furia intempestiva la que había hecho de él un guerrero tan grande. Se recordaría siempre, para mayor gloria de Israel, que había sido él quien, con temeraria decisión, había rescatado el Arca de la Alianza de Yavé penetrando en el campamento del enemigo. No obstante, sería bueno que en el futuro esos arrebatos de ira no volvieran a interferir en las actividades propias de los tiempos de paz. Fuera quien fuera su sucesor —tanto si era uno de los hijos de Galad como si era alguno de los otros «poderosos», alguno de los padres de la tribu de Galaad— se dejaría aconsejar y asistir por ella sin oponer resistencia.

De hecho, resultaba extraño que Yavé hubiera distinguido a su esposo Galad, ensalzándolo por encima de los demás, con victorias y bendiciones; porque el muerto no había mostrado celo alguno en lo que se refería al servicio a Yavé. Había perdonado la vida a algunos enemigos cautivos que habían caído bajo la maldición de Yavé y a quienes tendría que haber matado. Y en cuanto a las mujeres apresadas, había manifestado una indulgencia blasfemar. No había nada que objetar a que los hombres israelitas tomaran a las muchachas prisioneras como concubinas; pero las concubinas debían ser tratadas como criadas y no como hijas de la tribu con igualdad de derechos.

Gloria y alabanza al muerto, duelo y lamentaciones por su partida. Pero cuando Silpa pensaba en la concubina de su Galad, en Lewana, la amonita, sentía un gozo pequeño, sordo y maligno, al pensar que ahora Galad estaba envuelto en su último sudario y era conducido a la cueva. Bien es verdad que la amonita Lewana hacía cuatro años que había muerto. Pero solo hacía cuatro años que estaba muerta, y Galad había vivido con ella durante veintitrés años. Y durante todos esos años, él había mostrado a esa Lewana un respeto apenas inferior al que le mostraba a ella, a Silpa, que procedía de la familia más respetable de la tribu y que era su legítima esposa. Y lo que estaba fuera de toda duda era que él había amado más a esa Lewana. Quería tener siempre alegría a su alrededor, solo risas y despreocupación. No había comprendido que ella, Silpa, debía tener la mirada severa, la mano dura, y ser rigurosa y estricta para poder conservar a la familia, a la tribu y a toda la región en el camino correcto, y una y otra vez se alejaba de ella para acudir al lado de la otra.

Silpa casi lamentaba que la otra estuviera muerta. Ella, esa Lewana, había andado por ahí como si fuera la legítima esposa de Galad, y ahora que se le ofrecía la ocasión de ponerla en su lugar, estaba muerta, y Silpa ya no podría hacerle ver que, a pesar de su arrogante comportamiento, seguía siendo la misma que cuando la trajeron: una amonita, una cautiva, botín de guerra, la meretriz de Galad.

Pero al menos la prole de Lewana todavía vivía, la hija y el hijo, aquel bastardo de Jefté, a quien Galad había distinguido más que a sus tres hijos legítimos.

—¡*Echah, echah*! —y—: ¡*Choh*! —y— ¡*Chah*! y ¡*Ach*! —gritaba Silpa. Y—: ¡Ha muerto Galad, el gran juez en Israel! —gritaba, y—: ¡Se han perdido para siempre su valor, su bendita y victoriosa fuerza! —Así gritaba, pero contra su voluntad pensaba: «Y se ha acabado su deseo y su debilidad por la mujer extranjera, por su arraigo, sus ídolos y toda su prole. Y ahora caerá el predilecto de Galad, el bastardo, Jefté».

Los hombres del cortejo fúnebre avanzaban en silencio, en sus oídos resonaban los llantos de las mujeres, en su pecho albergaban inquietos pensamientos. Aquel hombre, Galad, había sido un buen juez, un gran jefe de la tribu, había castigado con fuerza a los rapaces hijos de Ammón y de Moab y había recuperado el Arca de la Alianza perdida. Pero, sin embargo, a veces, con su valentía desbordante de la ira de Dios, había atacado con demasiada osadía y, en consecuencia, muchos habían muerto, y ahora un gran número de hombres se agitaban rezongando y sin el soplo de la vida bajo la tierra de Galaad, cuando les

habría gustado seguir caminando sobre ella. Recibirían con hostilidad al juez en su nueva morada. Pero de todas formas, seguía siendo una lástima que ya no lo tuvieran entre ellos. La vida era insegura allí, en las tierras al este del Jordán; no había unas fronteras delimitadas, el enemigo podía atacarlos por todas partes, procedente de la estepa y del desierto, y solo el temible nombre del jefe de los ejércitos, Galad, los había disuadido. ¿De dónde iban a sacar a alguien que sustituyera al muerto, que inspirara temor a los enemigos y confianza a los israelitas?

De esta manera, en medio de estridentes gritos y lúgubres pensamientos, la comitiva tomó el estrecho camino que cruzaba la apacible tierra del monte Obot. A su izquierda se alzaba ya la *Remet-Habonim*, la «Colina de los Niños», donde bajo enormes piedras rectas, metidos en tinajas, yacían los cadáveres de aquellos niños que los antiguos habitantes de aquellas tierras habían ofrecido a sus dioses para que les fueran propicios. Con cierta aprensión, la comitiva fúnebre pasó junto a la colina. El futuro era incierto; ¿quién podía saber si algún dios no exigiría también de alguno de ellos un amargo sacrificio?

Habían llegado a su destino. Allí, esas pesadas rocas ocultaban la entrada de la cueva. Con esfuerzo, los hombres hicieron rodar a un lado los enormes peñascos. Les dio de lleno en el rostro la frescura del aire maloliente. La cueva era baja de techo, oscura, el suelo irregular. Llevaron al muerto envuelto en su sudario un buen tramo hacia el interior, agachados, con dificultad, con mucho cuidado; dejarlo caer habría atraído la desgracia. Los pasadizos se ramificaban, había cámaras que en su mayoría ya estaban llenas de muertos. Los hombres cuchichearon, discutiendo dónde debían colocar a Galad. Encontraron un lugar adecuado. Allí estaba ahora, en cuclillas, entre los otros. Guardaron silencio durante un tiempo tal y como requería la costumbre. Con desagrado; deseaban marcharse. No resultaba agradable estar en la cueva.

Salieron de nuevo al aire libre, apresurando el paso contra su voluntad. Respiraron con placer el aire limpio. Volvieron a amontonar las rocas ante la cueva, pero solo de forma provisional. Solo cuando el muerto, el día del banquete que se celebrara en su honor, hubiera recibido sus ofrendas, podía cerrarse del todo la entrada de nuevo; hasta entonces tenía derecho a merodear libremente.

Regresaron, descendiendo por el camino del monte Obot, luego subiendo por la colina sobre la que se encontraba la ciudad, hacia Mizpeh. Ahora tenían que ayunar hasta el banquete funerario que se celebraría al día siguiente, quizá incluso más tarde. Sin embargo, se sentían aligerados ahora que el muerto estaba en cuclillas entre sus antepasados.

2

ABIJAM, el sumo sacerdote de la tribu de Galaad, no participó en el cortejo fúnebre; no podía quedar impuro por la proximidad del cadáver. Pero desde el tejado de su casa fue siguiendo a la comitiva con la mirada. La ciudad de Mizpeh, «la atalaya», «el mirador», estaba situada a gran altura y la casa se hallaba en la cumbre de la colina sobre la que se encontraba la ciudad. Abijam vivía ahí en su calidad de siervo de Yavé. La casa pertenecía al Dios; recibía el nombre de «La Tienda de Yavé», el antiguo nombre que se había dado al lugar que habitaba el Dios mientras acompañó a los hijos de Israel en su peregrinar.

De modo que sobre el tejado plano de esta casa estaba sentado el sacerdote Abijam sobre su estera, siguiendo a la comitiva que llevaba al juez muerto a su cueva, pensando y ponderando.

Galad había sido un elegido; Yavé había bendecido su espada, le había permitido alcanzar grandes victorias y le había concedido reconquistar su Arca de la Alianza. El sacerdote Abijam se había dado cuenta de ello muy pronto. Pero durante todos aquellos años se había preguntado por qué el dios había elegido precisamente a aquel hombre. Porque lo más importante, la misión de unificar a las tribus de Israel en la alianza con Yavé, esa gran misión, propia de un verdadero juez, el muerto no la había comprendido nunca.

Abijam permanecía sentado sobre su estera, viejo, esmirriado y flaco, envuelto en múltiples ropajes. Pero aquel cuerpo lastimoso estaba coronado por una cabeza imponente; el rostro era enjuto, los enérgicos ojos se hallaban hundidos en sus cuencas bajo las gruesas cejas que se unían en el centro, la gran nariz sobresalía por encima de unos labios delgados y alargados. Abijam no era un guerrero, había fracasado en la única batalla en la que había participado y sufría a causa de su cuerpo miserable, que en esos tiempos de grandes guerras era un grave defecto. Pero si Yavé le había dado un cuerpo débil, no era menos cierto que había insuflado en aquel frágil recipiente un fuerte soplo de su propio aliento. A veces, cuando Abijam ofrecía el sacrificio sentía el parentesco de sangre que lo unía al Dios, que se restablecía una y otra vez mediante la sangre de la víctima, y lo sentía con tal violencia que casi lo hacía derrumbarse sobre el suelo.

Yavé le daba señales, hablaba con él.

Precisamente ahora, el dios, al llamar antes de tiempo a Galad bajo tierra, a su cueva, le daba a él, a Abijam, una señal. Le encomendaba la tarea de encontrar otro juez, uno mejor.

Era una necesidad urgente encontrar a ese juez y jefe. Los israelitas se habían asentado allí, al este del Jordán, hacía ya siete generaciones, se habían saciado y se habían relajado, habían engordado con el aceite y la leche del país y los muchos corderos asados, y habían olvidado a su dios. Por supuesto, todavía seguían siéndole fieles y le ofrecían sacrificios. Pero su Yavé ya no era el poderoso dios de las grandes tempestades y de la peregrinación por el desierto, ya no era el dios de fuego del Sinaí; era uno de aquellos otros muchos dioses que vivían por los alrededores, en las colinas, un dios acomodaticio, un dios de la molicie y de la fertilidad. Los hombres de Galaad habían olvidado su alianza y su destino, se complacían en sus posesiones, comían, bebían y hablaban con los antiguos habitantes de la región y observaban con placidez cómo estos adoraban a sus dioses extranjeros y ridículos, se mezclaban con ellos y se acostaban con sus hijas.

Y el propio juez, el difunto Galad, no había tenido mejor criterio, ni se había comportado mejor. Todavía ahora resonaba en los oídos de Abijam la ruidosa y alegre carcajada de Galad cuando Abijam lo instó a desprenderse de aquella Lewana, la amonita. Con una impía seguridad en sí mismo, Galad lo había consolado:

—No te inquietes, Abijam. No le estoy quitando nada a Yavé gozando de esta mujer que él ha creado para mi placer.

Y ahí estaba Abijam, ante la otra tarea que la muerte de Galad había echado sobre sus hombros. No era tan importante como el nombramiento de un nuevo juez, pero era también espinosa y debía solventarse de inmediato. ¿Qué iba a suceder con las ricas posesiones en Majanaím, que Galad había regalado a la amonita, ya fallecida, y en las que ahora vivían sus descendientes, el bastardo Jefté y su hermana Kasja?

Abijam respiraba de forma audible. Pensaba en sus propios hijos. Su hija se había casado pronto y había muerto durante el primer parto; su hijo había muerto en una de las guerras de Galaad, y la viuda, una mujer de la tribu de Efraím, se había trasladado con sus dos hijos al otro lado, al oeste del Jordán, a Efraím, su país de origen, donde no se sentía mucho afecto por la tribu de Galaad ni por su sacerdote.

Abijam rechazó esas tristes imágenes, sopesó y calculó. Galad había amado más a los hijos de su concubina que a los de Silpa, y ese Jefté había sido su predilecto. Y con razón. Jefté era un joven trabajador, lleno de fuerza y de contagioso optimismo, bien visto por todos. Pero era motivo de escándalo. Se le podía perdonar que fuera el hijo de una concubina amonita, pero él mismo había tomado a una amonita y la había hecho su esposa. ¿Había que respetar su herencia y sus derechos? Nunca más volvería a presentarse semejante oportunidad de hacerlo volver al lugar que le correspondía. Por otro lado, ese Jefté era un buen hombre, de la carne y de la sangre de Galad, y no había muchos donde elegir. ¿Se le debía excluir?

El sacerdote tembló de frío bajo sus múltiples ropajes, aunque todavía hacía calor. Se encorvó, se levantó, se irguió. Hizo sombra a sus ojos con la escuálida mano para agudizar la vista. Escudriñó hacia abajo, buscando la comitiva fúnebre que ya debía estar regresando, y lo que sus ojos no podían ver con claridad lo completó su imaginación.

Vio a la familia del muerto, a la esposa, a los tres hijos. Vio a Silpa subiendo con paso firme la colina, la conocía bien, adivinó con exactitud lo que ahora ella pensaba. Estaría calculando cómo conseguir que uno de sus hijos fuera nombrado juez en Galaad y cómo dominar la región a través de él.

Quizá, a pesar de todo, lo mejor sería ayudarla. Quizá debiera convencer a los ancianos para que nombraran juez a Samgar. Samgar, el más joven de los hijos de Silpa, era un joven contemplativo; la gente lo llamaban el pensador. Había aprendido los signos de la escritura y se esforzaba en encontrar el sentido de las viejas tablas y rollos. Buscaba su compañía, la de Abijam, y sus enseñanzas. Se dejaría guiar por él, también como juez.

El sacerdote se sintió asaltado por un vehemente sentimiento de vergüenza. Allí estaba él, dando vueltas a la posibilidad de ocupar él mismo el sitial del juez, en la persona de Samgar. Era bochornoso envanecerse así a sus años.

Pero ¿dónde encontrar al jefe adecuado?

Abijam alzó los hombros, suspiró; el enojo, la resignación y el disgusto se reflejaban en todo su vivo rostro. El dios le había ordenado encontrar al sucesor de Galad, pero se burlaba de él y lo dejaba sin inspiración.

MÁS tarde, por la noche, Abijam visitó a la familia del muerto.

La casa, sencilla y corriente, estaba llena de gente. Las hijas de Galad y sus esposos estaban allí, y además las mujeres de sus tres hijos y los numerosos nietos. Estaban sentados o deambulaban por allí, tristes y abatidos, algunos en el patio, otros en el interior de la casa, llena de un aire caliente y sofocante. Como debían ayunar hasta el banquete funerario que se celebraría en honor del muerto, estaban hambrientos, y la expectativa de lo que pudiera suceder en los días siguientes los inquietaba.

Silpa y sus hijos no estaban allí. El sacerdote los encontró en el tejado plano de la casa, al fresco del anochecer. Quería consultar con ellos cuándo iba a celebrarse la ceremonia fúnebre, una cuestión que, por determinados motivos, resultaba insidiosa. Por lo tanto, primero habló de otras cosas y esperó a ver quién de los cuatro sería el primero en mencionar del asunto; aquel que lo hiciera reclamaría así el derecho a ser el portavoz y el cabeza de familia.

Ninguno de los hijos tenía esta ambición. El mayor, Gadiel, tenía del padre la complexión fuerte, algo ordinaria, el rostro ancho y sincero y el carácter ruidoso e impulsivo. Pero le faltaba la jovialidad, la intempestiva franqueza con la que Galad se había ganado a mujeres y hombres. Gadiel había demostrado ser un guerrero, no tenía ningún miedo ante la lucha y el peligro. Pero prefería obedecer las órdenes de otro a tener que darlas él, y la idea de que pudiera tener cierto derecho al cargo de juez le hacía sentirse incómodo; no deseaba tener ninguna responsabilidad ante el dios Yavé, tan estricto y tan difícil de comprender.

Tampoco el segundo de los hijos, Jelek, se sentía atraído por el cargo de juez. También él tenía la corpulenta figura del padre, pero se había ensanchado hasta la gordura. Desde su rostro carnoso se asomaban unos ojos tranquilos, reflexivos y algo soñolientos. Muy tempranamente, se había ocupado de las ricas posesiones de la familia, para satisfacción de la madre, que fue dejando en sus manos una parte cada vez mayor de la administración. Se había ocupado de las casas y campos que la estirpe de Galad poseía por toda la región, de las viñas y de las plantaciones de olivos, de los rebaños, los siervos, y siervas y el patrimonio se había multiplicado bajo su cuidado. Se regocijaba pensando en poder ocuparse de esas cosas todavía más que hasta ahora; pero no quería asumir otras obligaciones.

Y Samgar, el más joven, el meditabundo, el lento, el pensador, no tenía la menor intención de convertirse en el portavoz de la estirpe de Galad.

Silpa miró con desprecio a sus hijos, ninguno de los cuales abría la boca, y, no sin cierta diversión, el sacerdote observó que finalmente ella misma se encargaba de tomar la dirección de los asuntos.

—Creo —dijo con su voz decidida y gutural— que dispondremos el banquete funerario para mañana, al fresco de la noche.

Era justo y sensato no hacer ayunar a los que componían el duelo durante mucho tiempo. Pero también estaba aquel otro, ante cuya existencia era evidente que se querían cerrar los ojos en aquella casa, aquel hijo y heredero más joven, que vivía lejos de Mizpeh.

—¿Has tenido en cuenta también —preguntó Abijam— que hay un largo camino desde Majanaím hasta aquí? Es difícil que Jefté pueda llegar a tiempo para la hora que tú propones.

El segundo hijo, Jelek, quiso manifestar que estaba de acuerdo, pero con ciertas reservas. Le apetecía mucho añadir las prósperas posesiones en Majanaím al patrimonio de Silpa y de sus hijos, pero esto debía hacerse de forma honesta, sin que surgieran comentarios maliciosos, y con mucho gusto le concedería a su hermano Jefté la oportunidad de participar en el banquete funerario. Pero antes de que con su característica prudencia hubiera elaborado una respuesta, ya estaba diciendo Silpa:

—Me parecería injusto —dijo— que todos nosotros tuviéramos que privarnos de alimento durante más tiempo de lo habitual y que el muerto tuviera que esperar a recibir sus ofrendas durante más tiempo de lo acostumbrado, por culpa del bastardo de la amonita.

Expectantes, los hermanos miraron a Abijam. Este, sereno, casi divertido, opinó:

—Creo que el muerto esperará gustoso. Amaba mucho a su hijo Jefté.

Silpa, ahora no sin vehemencia, dijo:

—También tú pareces ser muy amigo del bastardo, sumo sacerdote Abijam.

—Tú sabes que no lo soy —contestó el sacerdote—, pero yo, en tu lugar, no provocaría la ira del muerto, Silpa. No puede serte desconocido lo mucho que quiere a su hijo Jefté, y la alegría de su último banquete se vería empañada si su hijo más joven no participara en él. Tampoco sería agradable a los ojos de Yavé que se impidiera a un hijo manifestar a su padre, por última vez, su respeto.

Silpa guardó silencio, disgustada. El sacerdote, no sin picardía, comentó:

—¿Debo suponer que no habéis mandado aviso a Jefté? —Y como no obtuviera respuesta, continuó—: No os preocupéis por este descuido. Los rumores viajan deprisa y Jefté es joven, fuerte y rápido en sus decisiones. Puede estar aquí dentro de dos días.

—Exiges mucho de nosotros —dijo iracundo Gadiel. Abijam contestó:

—No soy yo quien os lo impone, sino el dios Yavé y el respeto por el juez Galad.

De nuevo, Jelek quería mostrarse de acuerdo, pero aportando argumentos jurídicos. Pero nuevamente otro se le adelantó, tomando la palabra. Esta vez fue Samgar, el más joven, el pensador, que, piadoso e ingenuo, dijo:

—Puesto que Yavé así lo ha dispuesto, esperaremos gustosos a nuestro hermano Jefté.

La madre lo miró con más desprecio que enojo y todos pudieron leer en su rostro lo que pensaba: «¡Necio!».

Pero en voz alta y en tono agresivo declaró:

—Voy a decirte una cosa, sacerdote: a ese bastardo de Jefté le servirá de bien poco llegar o no a tiempo a la ceremonia fúnebre. No se quedará en la casa en la que el amor ciego de su viejo padre lo ha dejado vivir.

—Amén, así sea —corroboró iracundo y convencido Gadiel.

Pero Abijam dijo:

—Yo no lo amo, no lo odio. Y tú, Silpa, no te dejes cegar por tu odio. Cuida tu lengua, por lo menos mientras el muerto no se haya saciado con su banquete.

4

Ya al atardecer del día siguiente llegó Jefté, antes de lo que nadie había esperado.

Ni siquiera se había tomado el tiempo necesario para hacerse cortar el pelo como correspondía a alguien que estaba de luto. Además, se presentó montado en una burra de pelaje claro. Eso era un escándalo; el derecho de montar animales nobles estaba reservado a los *adirim*, a los «poderosos», y era muy cuestionable si él se contaba entre ellos. Un escándalo todavía mayor era que un hombre de luto se permitiera hacer semejante ostentación. A pesar de todo, se le recibió en la casa de Silpa con los honores que corresponden a un huésped. Se ocuparon con esmero de su animal, le pidieron que se sentara en la estera de la entrada, y las hijas de la casa le lavaron los pies.

Habría ido contra la costumbre importunar al huésped con preguntas. Mudos, lo rodeaban los hombres y las mujeres de la casa. Lo contemplaban con descontento, diligentes pero sin importunarlo; los numerosos niños, sin disimular su curiosidad. Aunque Zilla, la mujer de Samgar, una criatura flaca y menuda, se había abierto paso entre todos y se había situado tan cerca de él y con tanta desconsideración, que molestaba a aquellos que servían a Jefté, y lo miraba con fijeza, con ojos voraces y cargados de odio.

A él no le importó en absoluto. Estaba sentado sobre la estera, movía arriba y abajo satisfecho los dedos de los pies, también estiró un poco los brazos. El macizo rostro de frente ancha con aquellos inteligentes ojos marrones, los labios muy rojos y los dientes muy blancos, tenía una expresión pensativa y estaba lleno de expectación.

Por fin, con una sonrisa benevolente y burlona, preguntó:

—¿Habéis mandado un mensajero para hacerme saber la muerte de mi padre?

—No lo hemos hecho —contestó provocativo Gadiel. Jelek, conciliador, añadió con rapidez:

—Creímos que el rumor correría con mayor rapidez que cualquier mensajero.

—En eso no os habéis equivocado —dijo con amabilidad Jefté.

Pero Samgar, el más joven, dijo con sinceridad:

—El banquete funerario se ha aplazado hasta mañana para que tú pudieras participar en él.

—Entonces habéis tenido que ayunar durante mucho tiempo por mi causa —constató con burlona contrición Jefté—. Yo no he ayunado —continuó—, no había esperado tanta consideración por vuestra parte. —Y siempre jovial, concluyó—: Pero aquí estoy, como podéis ver. —Y ahora miró, belicoso y a propósito, a la hostil Zilla de lleno a la cara.

Luego, por supuesto, se sumió en la tristeza. Le afligía haber encontrado en la casa una actitud general de enemistad, en lugar de a su padre, que en todo momento lo había recibido con visible y ruidosa alegría.

Samgar lo acompañó arriba, a la tienda que había sobre el tejado plano, para que pudiera dormir allí, en

aquel lugar agradable y fresco. Jefté se echó sobre la estera, sonrió, celebró su rápida llegada que había enojado tanto a los otros, disfrutó de su cansancio, se durmió.

Durmió larga y profundamente. Samgar lo despertó; había llegado el momento de prepararse para la ceremonia fúnebre. A Jefté, este, el más joven de sus hermanastros, le gustaba.

—¿Os ha molestado mucho —lo azuzó— que haya llegado a tiempo para el banquete funerario?

—Yo habría lamentado —contestó Samgar— que no lo hubieras conseguido. —Se notaba en su voz que lo decía con sinceridad.

—Tu Zilla no lo habría lamentado —dijo riéndose Jefté—, pero tú eres un buen chico —reconoció.

Samgar lo contempló y le preguntó con prudencia:

—¿No deberías rasurarte la barba para el banquete funerario?

—Tienes razón —contestó Jefté. Con la ayuda de Samgar se afeitó la corta perilla que sobresalía recta hacia delante y el pelo. Fue un trabajo dificultoso. Jefté lo acompañó charlando.

En casa, en Majanaím, contó, tenía una navaja de ese nuevo y buen material, hierro lo llamaban, *barsél*. El cuchillo era duro y afilado y cortaba la barba con mucha más rapidez y más a fondo; por supuesto, a veces se llevaba también un trozo de piel. Había tenido que pagar por el cuchillo tres cabritos, pero a él le gustaban las cosas nuevas y útiles.

Mientras preparaban el banquete funerario ante la casa de Silpa, los parientes y amigos subieron por segunda vez al monte Obot, y esta vez Jefté también formaba parte de la comitiva. De nuevo apartaron las piedras de la entrada del lugar de los muertos y los hermanos buscaron con grandes dificultades el lugar donde habían dejado acuclillado al muerto. Allí permanecieron en pie, a su alrededor, en el interior de la cueva de techo bajo, encorvados, en una postura forzada, cuchicheando. Con respeto, con tristeza y con un ligero espanto, Jefté miraba a aquello de perfiles imprecisos, aquella figura en cuclillas que había sido su padre. Luego colocaron alrededor del muerto ofrendas de todo tipo que pudieran serle útiles en su nuevo mundo: ropas, objetos domésticos, cuencos con diferentes comidas, jarras de vino, también especias aromáticas. Jefté había reunido en un recipiente de barro el pelo que se había cortado. Con un movimiento delicado y lento lo colocó junto al resto de las ofrendas.

En silencio, los hermanos permanecieron durante un rato junto al espíritu del padre. Se inclinaron por última vez ante el muerto y se marcharon. Hicieron rodar los pesados bloques de piedra hasta que ocuparon su lugar ante la cueva, esta vez amontonándolos bien, para proteger al muerto de los ladrones y de los animales carroñeros y también para protegerse a sí mismos de los muertos.

Durante el camino de regreso Jefté estuvo taciturno. Era un hombre sin temor, y en algunos campos de batalla había visto, sin congoja ni dolor, a muchos muertos cruelmente despedazados. Pero la visión de aquel cuerpo en cuclillas, triste e infeliz, en el interior de aquella cueva mohosa, le había conmovido poderosamente. Había amado a su padre, se había entendido bien con él, había podido hablar con él de todo, de cosas importantes e insignificantes. Ya no volvería a verlo, o solo bajo otra apariencia poco definida, más aire que persona, como habitante de un mundo desconocido y —con toda seguridad— muy poco confortable. A partir de ahora él, Jefté, estaría solo, y dependería solo de sí mismo. Se sentía capaz de enfrentarse a su futuro, pero aquello le hacía reflexionar.

Ante la casa de Mizpeh se sentaron para celebrar el banquete funerario. Se habían extendido esteras y para los más respetables se habían colocado mesas y bancos. Silpa había hecho sacrificar muchos cabritos y también dos terneros para mostrar a todo el pueblo la riqueza de la casa. Los invitados, la mayoría de los cuales habían ayunado por amor y respeto al juez muerto, se abalanzaron con ganas sobre aquel fastuoso banquete, primero con precaución, para que la comida no sentara mal a sus estómagos vacíos, luego cada vez más deprisa y con mayor avidez. Con insistencia, una y otra vez, se limpiaban la grasa de la boca y de las manos. Primero bebieron agua, más tarde agua con vino, mucho más tarde vino sin aguar, y al final tomaron *scheker*, una bebida fuerte, blancuzca, que se obtenía con zumo de granadas fermentado, en el que se habían dejado macerar dátiles y cebada, todo ello endulzado con miel.

Comían, bebían, charlaban. Aventuraban suposiciones acerca de lo que sucedería ahora. Hacía ya mucho tiempo que se habían instalado en esas tierras, ellos eran la séptima generación, después de que sus antepasados nómadas se hubieran asentado allí, se habían acostumbrado a poseer campos y a cultivarlos, a excavar pozos, a vivir en casas permanentes, a imitar a los antiguos habitantes de la tierra y a mezclarse con ellos. Los naturales de la región se habían acostumbrado al dios Yavé; ellos, los que habían llegado después, dejaron en paz a los dioses del país; eran dioses amables que también otorgaron a los nuevos habitantes bendiciones y fertilidad. El juez Galad había dejado vivir a su manera a todos los que estaban asentados en aquellas tierras, pero había empuñado su espada con furia y con fortuna siempre que los hijos de Ammón y de Moab habían caído sobre ellos. ¿Volverían a encontrar un nuevo juez así, tolerante con los

suyos, fuerte y sangriento contra los enemigos? De manera furtiva, y luego cada vez con más frecuencia y sin timidez, las gentes de Mizpeh miraban a aquellos sobre quienes de entrada podía recaer la elección, a los hijos de Silpa, y se quedaban pensativos, valoraban, sopesaban, hablaban sin entusiasmo.

Consideraron también a Jefté y lo compararon con sus hermanos. Ahora que su rostro macizo de frente ancha no estaba cubierto por la barba, podían apreciarse mucho mejor sus rasgos firmes y decididos, los fuertes pómulos, la nariz llamativamente plana, el fuerte mentón, los labios gruesos y alegres. Y las gentes pensaron, y alguno que otro se atrevió a manifestarlo también en voz alta:

—Es una lástima que la mujer Silpa no le haya dado a Galad ningún hijo así.

Silpa no había sentado a Jefté a la mesa en la que comían ella y sus hijos, sino a la del administrador, quien tenía a su cargo al servicio. No era un lugar de poca importancia, pero tampoco uno distinguido. Jefté lo tomó con un sentimiento en el que se mezclaba el enojo y la diversión, y para él fue una satisfacción que los invitados dirigieran hacia él sus miradas con mayor frecuencia y mayor simpatía que hacia los hermanos.

Cuando la comida llegó a su fin, al caer la noche, Silpa, sus hijos y Abijam subieron al tejado plano de la casa para disfrutar del fresco de la tarde. Jefté, invitado por el sacerdote, fue con ellos.

—No quiero ser un huésped molesto —dijo al cabo de poco tiempo—, mañana al alba regresaré a mi Majanaím. Puesto que el juez Galad está en la cueva, ahora soy el padre de familia y el *adir* de Majanaím y tengo allí mucho que hacer.

Se hizo el silencio. Desde la casa y desde el patio les llegaban los ruidos de las mujeres y de los niños que recogían los restos de la comida y ordenaban las cosas, también desde otras casas y calles les llegaban amortiguados los ruidos propios de la última hora de la tarde. Silpa dijo, y habló con ligereza, con indiferencia:

—Me temo que desde el principio no has comprendido bien tu lugar en la estirpe de Galad, Jefté, hijo de Lewana.

Este contestó, y no le preocupó que su voz de hombre, algo áspera, pudiera oírse desde la calle:

—Escucha, mujer, ¿soy o no soy hijo de Galad. su muy amado hijo a quien regaló la casa y las posesiones de Majanaím?

Gadiel, así como Jelek, quisieron responder. El sacerdote Abijam les hizo un gesto para que guardaran silencio y tomó la palabra.

—Eres el hijo de Galad —dijo—, pero también el hijo de Lewana, hija de Ammón. Fuera cual fuese la posición de Lewana, lo que sí es cierto es que era la
be'ula
de Galad, y no su esposa legítima.

Gadiel se levantó de un salto, interrumpió al sacerdote con la voz cargada de rencor y de mordacidad:

—¿Para qué tantas palabras? Es un bastardo de Galad, no su hijo.

Jefté permaneció sentado en su estera, no contestó, miró a los otros, largamente, con atención, examinándolos. Entonces dijo con calma, casi con amabilidad, a todos y a nadie a la vez:

—Ya me doy cuenta, esto es una conspiración. Me doy cuenta de que queréis robarme mi herencia, mi casa y mis posesiones y mis rebaños de Majanaím. —No se contuvo durante mucho tiempo, se levantó de un salto también él y gritó, de manera que pudieron oírlo desde muy lejos por la ciudad, en medio de la noche —: Os digo que eso no sucederá. ¡Seré yo quien se siente como el más grande entre los padres de familia a la puerta de Majanaím, no será ninguno de vosotros!

Pero al levantarse con tanta precipitación se había desatado la pequeña bolsa que llevaba en el cinturón, la bolsa cayó y se desparramaron por el suelo pequeñas piedras amarillas y rojas, piedras semipreciosas, piedras solares y lunares, lijadas de forma primitiva, que representaban animales y personas, y las figuritas amarillas y rojas brillaron a la luz de la luna que se alzaba en el cielo. Se podía ver con claridad que una representaba un toro con una gran cabeza y enormes cuernos, otra era una mujer con desproporcionados pechos y un ombligo puntiagudo y blanco que sobresalía de su vientre, y un hombre con un sexo gigantesco, y todos supieron que se trataba de aquellas figuritas mágicas, amuletos, talismanes, bendecidos por los dioses ajenos a Israel y que Israel no veía con buenos ojos.

En silencio, pasmados, miraron aquellas monstruosidades que brillaban y resplandecían a la luz de la lunar. Esas pequeñas figuras habían pertenecido a la madre de Jefté, a Lewana, eran sus *terafim*, sus espíritus protectores, y la mujer de Jefté, Ketura, se las había dado para que los dioses de su madre, que también eran los suyos, lo protegieran en su difícil viaje a Mizpeh.

Jefté, avergonzado de que se le hubieran caído los talismanes, se agachó, los recogió y explicó con voz algo insegura:

—Estas joyas pertenecían a mi madre, le eran muy queridas.

Abijam en un tono burlón, casi amistoso, dijo:

—Quiero creer lo que dices, Jefté. Pero es difícil que desconozcas que este tipo de imágenes en piedra son magia maligna, signos de Milkom y de su hermana Astarté, los dioses falsos de Ammón.

Pero Gadiel exclamó con vehemencia:

—¿Pretendes ser un hijo de Galad y ensucias su casa con esta basura? ¡Bastardo!

Incluso el dulce Samgar le suplicó afligido y apremiante:

—¡Deja esos talismanes, Jefté, hermano mío! ¡Aléjalos de ti! ¡Arrójalos lejos!

Jefté no contestó nada y siguió recogiendo sus muñequitos.

Mientras tanto, Abijam reprendía a Gadiel:

—No insultes a tu huésped en tu casa. Pero tú, Jefté, reúne estas cosas tuyas, si crees que es lo correcto, y siéntate de nuevo en tu estera.

Cuando Jefté se hubo sentado de nuevo, dijo el sacerdote:

—Debes comprender, Jefté, que tu derecho a Majanaím no es solo un litigio entre tú y tus hermanos. La cuestión es si, en estos tiempos, una parte de Galaad puede dejarse en manos de un hombre que lleva junto a su cuerpo esos objetos mágicos.

Jefté, tozudo, pero sin énfasis, repitió:

—Las piedras pertenecieron a mi madre.

El sumo sacerdote no se dejó arrastrar a la discusión. Pero entonces Jelek tomó la palabra y dijo, intentando convencer a Jefté, amistoso y sensato:

—Las cosas son tal y como mi señor, el sumo sacerdote, ha explicado, y tú debes comprenderlo, Jefté. Pertenezcan a quien pertenezcan esas disparatadas imágenes, a tu madre o a tu mujer, o a las dos, un hombre que tolera semejantes obscenidades en su casa no puede contarse entre los *adirim* y ocupar un lugar y poder alzar su voz a la puerta de Majanaím. Pero ya que tu madre encontró gracia a los ojos de nuestro padre y porque te apreciamos, hermanastro mío, Jefté, propongo que te demos los rebaños de Majanaím y te nombremos administrador y guardián de la servidumbre.

Jefté se obligó a controlarse y contestó:

—No quiero mortificarte ante los ojos de tu madre, codicioso y tacaño que quieres robarme mi casa y mis campos, cuando nuestro padre apenas descansa en la cueva. Pero no lo conseguirás. Alrededor de mis tierras hay grandes piedras que marcan los límites y que tienen grabado el signo de mi nombre, y fue el juez Galad quien las hizo grabar, y mi señor, el sumo sacerdote Abijam, puede leerlas cuando quiera, y también tú, mi hermano Samgar, que sabes leer.

Jelek dijo:

—Puede que eso sea verdad, y yo mismo he visto los signos. Pero un hombre que no es un hijo legítimo puede heredar bienes de todo tipo, pero la casa y los campos revierten a la familia. ¿No es esa la ley en Israel? ¿No dice eso el *mischpat*, mi señor sumo sacerdote?

—Se ha permitido —constató Silpa, y también ella se dirigió al sacerdote y no a Jefté—, en tiempos de paz, que el hijo de una mujer de una tribu extranjera heredara de su padre, miembro del pueblo de Yavé, una capa, un par de carneros o quizá incluso un rebaño de terneros. Pero ahora viene este y exige la casa construida y todos los campos y rebaños. Y estos son tiempos de peligro, los hijos de Ammón y de Moab se agrupan para caer sobre Galaad, y es inminente una nueva guerra de Yavé. En esas circunstancias, ¿debe el hijo de una amonita, que además lleva los signos de dioses extranjeros sobre su cuerpo, convertirse en un *adir*, en uno de los hombres poderosos de Galaad? No debe hacerlo. Tú mismo lo has dicho, mi señor sumo sacerdote, y los ancianos lo considerarán justo, a la puerta de Mizpeh.

Jefté replicó sombrío:

—Mi padre ya proclamó la sentencia, mujer, y él era juez en Israel. Su justicia y su voluntad están recogidas en las piedras limítrofes de Majanaím.

Al sacerdote Abijam, casi contra su voluntad, le gustaba Jefté. Algunas de las cosas que él decía y hacía lo desacreditaban, todavía andaba en la oscuridad o quizá ya se encontraba en la penumbra que anuncia el amanecer, y llevaba consigo los dioses de su mujer amonita. Pero su paso era firme y sus ojos no perdían la clara visión. Con toda seguridad sabía lo complicada que era su situación, pero no manifestaba ningún temor y no se dejaba arrastrar por una ira insensata. Los guerreros de la tribu podían hacer muy buen uso de un hombre de mano tan firme y tan claro entendimiento. Ahora, tras la muerte de Galad, los hijos de Ammón volverían a aguijonearlos y a someterlos de nuevo a sus saqueos.

Con suavidad, lo amonestó:

—El asunto no es tan sencillo como tú crees, Jefté. En Majanaím no eras el padre de familia, solo eras el

representante de Galad, de la misma manera que estos, aquí en Mizpeh, eran los representantes de Galad. Tienes derechos por la muerte de tu padre, pero también la tribu de Galaad tiene derechos, justamente por esa muerte y por los peligros que comporta. Tienes parte de razón, pero también la tribu de Galaad tiene parte de razón, una parte considerable. El consejo de la mujer Silpa es bueno, que los ancianos decidan quién es el heredero de Majanaím.

Y como Jefté quisiera replicar, siguió hablándole amistoso y paternal:

—Preséntate a la puerta de Mizpeh, también tus hermanos deberán presentarse allí. Habla a los ancianos, defiende tú mismo tu postura. Preséntate mañana a la puerta o, si quieres meditar bien tus palabras, pasado mañana. —Y no sin calor, concluyó—: Y si no te complace seguir siendo por más tiempo huésped aquí, en esta casa, vive conmigo en la Tienda de Yavé.

Jefté dudó. No había esperado un discurso tan amistoso de Abijam. Reflexionó. Luego contestó:

—Te lo agradezco, mi señor sumo sacerdote. Me quedaré en Mizpeh. Pero no quiero vivir aquí, en esta casa, y tampoco en tu casa. Dormiré al aire libre, bajo las estrellas.

5

JEFTÉ pernoctó en la cima de una colina cerca de la ciudad. Yacía bajo un árbol, oía correr un arroyo. Disfrutó del susurro de las hojas, del murmullo del agua, aquellos sonidos cadenciosos lo tranquilizaron. Con toda probabilidad, un dios vivía en la fuente o en el árbol, y seguro que Ketura, la esposa de Jefté, lo habría saludado con palabras piadosas.

Era un absurdo contratiempo que se le hubieran caído los amuletos. En verdad, no tenían nada que ver con su fidelidad a la alianza de Yavé; para él eran un juguete querido, nada más. Su madre había dado mucho valor a aquellos extraños objetos de colores, y cuando Ketura los acariciaba con sus delgados y delicados dedos, sus ojos se llenaban de devoción. Se habría sentido mortificada si él se hubiera negado a llevar consigo aquellos objetos mágicos, y a Yavé no podía ofenderle que él los llevara en su cinturón. Pero ahora los de Mizpeh creerían cualquier disparate, y estaba seguro de que aquellos inocentes juguetes serían interpretados con malicia ante los ancianos, dándoles un sentido equivocado.

Reinaba la oscuridad. Aun así, sacó los amuletos, y sus dedos acostumbrados a su tacto reconocieron bien los pequeños monstruos. Jugó con ellos, los cogió, los palpó, los dejó resbalar. Reflexionó. Sonrió en la oscuridad. Se rio.

Sí, ahora había encontrado la solución. Esa solución le gustaría a Yavé, su padre muerto tendría una alegría, y a Silpa, a sus hermanos y al sacerdote no les quedaría más remedio que darse por satisfechos. Contento, se durmió.

Al día siguiente hizo tal y como había planeado.

A la mañana siguiente se presentó a la puerta de Mizpeh. De los barbudos, de los hombres mayores, de los ancianos, había once reunidos y dispuestos a escuchar la denuncia de los hermanos contra Jefté, aunque habría bastado con siete para pronunciar sentencia. Se mandó traer unos bancos, y ellos se sentaron. El gran sitial de piedra del juez Galad permaneció vacío.

En nombre de Silpa y de los suyos habló Jelek; había preparado sus palabras con mucho esmero. Quería a su hermano Jefté, expuso, pero tenía ciertos reparos en dejar en sus manos las propiedades de Majanaím sin haber solicitado antes el juicio de los ancianos. Jefté, el hijo de una madre amonita y esposo de una mujer amonita, había estado rodeado de dioses extranjeros desde su infancia; sus nombres y sus símbolos ocupaban un lugar en su casa junto a los del dios Yavé. En vida del padre, todo eso se había podido pasar por alto; porque él guiaba a su bastardo con mano protectora. Pero ahora era muy cuestionable que un hombre así pudiera tener voz entre los *adirim* de la tribu.

Era una hora muy temprana de la mañana, mucha gente se encaminaba a la puerta para salir de la ciudad y dirigirse a los campos y a los rebaños. Pero ahora se detuvieron, llenos de curiosidad, por saber cómo acabaría ese asunto entre Jefté y los hijos de Silpa.

Estaban de pie o en cuclillas alrededor de los bancos de los ancianos. Miraban a los hijos de Silpa, miraban a Jefté y al sitial de piedra vacío del juez, escuchaban las bien escogidas palabras de Jelek. Lo que él decía tenía sentido y era razonable, y también comprendieron lo que ahora insinuaba: que pronto

estallaría una guerra con los hijos de Ammón, y que ninguno que estuviera ligado a una amonita debería luchar en las primeras filas de los israelitas. Pero las gentes de Mizpeh miraban a Jefté, lo comparaban con sus hermanos, les gustaba. Las palabras de Jelek cayeron al suelo y no llegaron a sus corazones.

Y ahora habló Jefté. De pie, con las piernas separadas, bajo la luz del sol, adelantó la maciza cabeza y dijo:

—El juez Galad, mi padre, me regaló la casa y las posesiones de Majanaím e hizo inscribir mi nombre en las piedras limítrofes. Amé a mi padre y lo obedecí. Todo lo que hacía, ya fuera rezar, o luchar, o tomar una mujer, sucedía con el conocimiento y el consentimiento de mi padre, que fue juez en nuestra tribu. Lo que este está haciendo, este hermanastro mío, Jelek, es denunciar a mi padre, no a mí. Es un sinvergüenza, ese de ahí. Nuestro padre apenas ha sido llevado a la cueva y él ultraja su memoria a causa de la avaricia de su codicioso corazón.

Eran palabras sencillas, en realidad no eran una réplica a los argumentos bien fundamentados de Jelek que iban en contra del derecho de Jefté a su herencia. Pero era evidente que lo que Jefté decía complacía a los ancianos.

Hay que decir que la mayoría de esos ancianos no eran viejos; aquel que tuviera más de treinta años podía dejarse crecer la barba de los «barbudos», de los ancianos. Pero sí había entre ellos un anciano muy, muy viejo, cuyo nombre era Manasés. Había sido amigo de Galad. Había participado en muchas batallas, y en una ocasión, habiendo tomado cautiva a una amonita, se acostó con ella de inmediato, antes de que terminara la guerra, y luego tuvo que ver cómo era condenada y ofrecida a Yavé en sacrificio; porque así lo ordenaban la ley y los sacerdotes. En una segunda ocasión actuó de forma más inteligente; se contuvo, se abstuvo de la muchacha que había capturado hasta que la guerra terminó, y luego la tomó como concubina. Tenía hijos de ella y estos, a su vez, también tenían hijos e incluso nietos ya. La mujer ya hacía tiempo que estaba muerta, como la primera; la mayoría de sus hijos habían muerto, y la memoria de aquel hombre tan viejo no era muy segura. Pero lo que sí recordaba muy bien era que el sacerdote le había advertido con insistencia para que no se uniera a la amonita. Pero él no había escuchado al sacerdote y había conservado a la mujer, y se sentía feliz de haberlo hecho; porque también el dios de ella, Milkom, era un dios fuerte, y los biznietos de su amonita seguían siendo hombres de bien. Y si el espíritu de su amigo Galad ahora se encontraba en el sitial de piedra, seguro que prefería escuchar la voz de su hijo —del hijo que la amonita le había dado— que las honestas y sensatas palabras de Jelek. Por lo tanto, el viejo Manasés dijo con amabilidad, con su voz algo cascada:

—Sigue hablando, Jefté, hijo de mi amigo Galad. Dinos a todos nosotros lo que tengas que decir. Tu padre fue un buen hombre y, a mi modo de ver, tampoco tú pareces mala persona.

Entre los oyentes estaba el sacerdote Abijam. Estaba de pie, su cuerpo esmirriado sobre sus débiles piernas, recostado contra la muralla de la ciudad, apoyándose en su bastón; miraba y escuchaba. Las palabras de Jefté no tenían mucho sentido, pero las decía de corazón y tenían fuerza. Conmovían al viejo Manasés, conmovían a la mayoría de los presentes, incluso a él mismo. Pero Abijam no había olvidado la bolsa que contenía aquellas abominables figurillas, miraba el cinturón de Jefté, preguntándose si las llevaría quizá consigo, incluso en esos momentos. Y Abijam no podía decidirse, ni en favor de los hijos de Silpa ni en favor de Jefté. Yavé seguía guardando silencio.

Mientras tanto, Jefté decía:

—Te doy las gracias, oh anciano, amigo de mi padre, pero no tengo mucho más que decir. Lo que ese de ahí sostiene, ese codicioso hijo de Silpa, que mi madre y mi esposa han intentado expulsar de mi casa al dios Yavé, es una maldad y una mentira. El juez Galad, en su momento, cortó el pelo de mi madre Lewana, tal y como lo ordena el *mischpat*, y al volverle a crecer el pelo, Lewana volvió a nacer y fue acogida en la alianza de Yavé. Ella era una israelita cuando me concibió. Y también yo actué de acuerdo con el *mischpat*, con la costumbre y con el derecho, y rapé el pelo a Ketura y la convertí en una mujer nueva antes de tomarla como mi amada esposa.

Los hombres de Mizpeh escuchaban pensativos, pero más bien benevolentes. Esta vez contestó Silpa, y habló con vehemencia:

—No ocultes la verdad detrás de tus muchas palabras, hijo ilegítimo de Galad. Tú mismo eres como tus mujeres y estás contaminado del todo por el aliento de Milkom, el falso dios. ¿Acaso no te has atrevido a traer contigo, pegados a tu cuerpo, los *terafim* de tus mujeres, a la casa del muerto? Con mis propios ojos los vi relucir a la luz de la luna. Todos nosotros los vimos, también el sumo sacerdote Abijam. Quizá todavía los llevas en tu cinturón, idólatra.

Esa era una acusación que sí pareció grave a las gentes de Mizpeh. Ahora, con miradas muy distintas, llenas de desprecio, incertidumbre e indignación, miraron a Jefté y a su cinturón.

Pero aquel hombre asombroso les devolvió la mirada, quizá con cierta timidez, pero seguro de sí mismo y sin conciencia de culpa, y sonrió. Y dijo:

—Las joyas pertenecían a mi madre, y para ella tenían un gran valor. Y mi padre lo sabía, y había visto que ella jugaba con sus *terafim*, y se lo permitió.

Pero con esto no se ganó a los oyentes. Galad estaba muerto, ¿estaría calumniándolo para protegerse a sí mismo? Silpa se rio con desprecio a carcajadas al oír aquella burda mentira. Y Gadiel expresó lo que todos pensaban:

—Ahora, además, difama a nuestro difunto padre.

Pero Jelek preguntó, tranquilo y circunspecto:

—¿Y por qué metiste en tu cinturón la bolsa con los *terafim*, hermanastro mío, Jefté, y los trajiste a Mizpeh?

Esto parecía evidente a los oyentes. Se rieron, primero algunos, luego todos, sus risas burlonas resonaron por el lugar.

Jefté, tras un silencio, y con una timidez que quizá era fingida, explicó:

—No quería decírselo a nadie, no le incumbe a nadie, solo a mí y a mi padre. Pero puesto que preguntas con tanta incredulidad, curioso Jelek, voy a decírtelo. He llevado las figuritas a mi padre, a la cueva, para que le hagan sonreír como lo hacía en sus tiempos felices en Majanaím. No se me ocurrió ninguna ofrenda mejor.

Era una extraña explicación. Pero sonaba creíble y conmovió a los oyentes, a los hombres y a las mujeres, y el ancianísimo Manasés, con su voz cascada, dijo:

—Sí, eso hará feliz a mi joven amigo, a Galad, en su cueva. —Y elogió a Jefté—: Eres un buen hijo.

El sacerdote Abijam no creyó a Jefté. Con toda seguridad la amonita Ketura le había dado aquellas piedras de la falsa fe, y solo cuando estas no le procuraron bendiciones sino que le trajeron la desgracia, Jefté había inventado esa excusa. Pero era una astuta y efectiva mentira. Podía verse en los rostros de los oyentes cómo se tragaban el engaño los muy ingenuos. Además, Jefté había presentado su mentira y su engaño con una gran franqueza; quizá él mismo se creía su propia mentira mientras hablaba. Aquel hombre joven era ingenioso, había que reconocérselo. Era cierto: Yavé había insuflado en este hombre, engendrado en el lecho del pecado, un espíritu mejor y más fuerte que en los hijos legítimos de Galad. ¿Pero por qué entonces le había dado una madre dudosa y lo había movido a tomar a su vez a una pagana para su lecho? El sacerdote Abijam estaba indeciso y aquello le resultaba penoso. Sin embargo, sabía que todos esperaban su intervención.

Mientras tanto, Jelek, enojado por la credulidad de los ancianos y del pueblo, siguió acosando a Jefté.

—Todos nosotros —dijo con maligna amabilidad, y ahora sus ojos no parecían en modo alguno soñolientos— reconocemos tu buena intención, piadoso hijo de Galad. Pero hay algo que no entiendo: ¿Por qué no entregaste tus amuletos mágicos a nuestro padre de inmediato, cuando estuviste con nosotros en la cueva? Tiene que haber sido un gran esfuerzo apartar de nuevo los pesados peñascos para penetrar en ella. Y ¿cómo has podido conseguirlo?

Jefté contestó:

—Fui a buscar a dos de los pastores que velaban en las proximidades, de los pastores de nuestro padre, a Chananja y a Namer. Primero sintieron temor, pero los convencí. Son fuertes y tampoco mis brazos son débiles. Haz llamar a Chananja y a Namer para que ofrezcan su testimonio.

Silpa dijo con amargura:

—Deberían haberse quedado con sus ovejas, esos malos pastores. No deberían haber ayudado al bastardo a alterar la paz de la cueva. Los castigaré.

Pero las gentes de Mizpeh creyeron a Jefté. Se había esmerado en expresar su respeto a Galad y en llevarle una particular ofrenda, elegida con amor. Era un buen hijo del buen juez.

Pero Jelek siguió acosándolo:

—No has contestado a mi primera pregunta, Jefté, hermanastro mío. ¿Por qué no dejaste en la cueva los amuletos cuando estuviste allí con nosotros? La idea se te ocurrió más tarde, ¿verdad? Reconócelo.

De hecho, Jefté solo había llevado consigo los diosecillos de colores porque le conmovió ver con qué intensidad su mujer Ketura creía en su magia, y, por un momento, la capciosa pregunta de Jelek lo desconcertó. Pero de inmediato recuperó su anterior seguridad. En realidad, había tomado aquella decisión precisamente lejos de sus pérfidos hermanos. Allí, en el silencio de la noche, había estado pensando cuánta alegría podría proporcionarle a su padre aquel recuerdo de la mujer por la que había sentido predilección, y a pesar de lo mucho que Ketura lamentaría la pérdida de sus queridos *terafim*, se los había llevado a su padre, al interior de la cueva. El recuerdo de la grandeza y la rectitud de su ofrenda dio a su voz un tono de

viva indignación cuando replicó al astuto y desconfiado Jelek:

—No quería que vuestras mentes desconfiadas y vuestros sucios pensamientos se interpusieran entre mi padre y yo cuando le entregara la ofrenda. No quería que vuestros blasfemos ojos lo vieran. Yo soy el hijo predilecto de Galad. Quería hablar a solas con él, sin que nadie me estorbara. —Habló con tal convencimiento, que ante sus palabras se disiparon las últimas dudas de los oyentes. Miraron con benevolencia a aquel hombre joven y audaz, que solo, en el interior de aquella cueva misteriosa, había mantenido una conversación privada con su padre.

Pero Silpa dijo:

—Cómo miente este hombre que solo en un tercio pertenece al pueblo de Yavé y en dos tercios a los amonitas. Y aunque sea verdad que ahora esos muñecos mágicos están en la cueva, estoy segura de que no son la única basura idólatra que hay en la casa de Majanaím. Dínoslo, Jefté, júralo por Yavé, si es que puedes: ¿No es cierto que tu amonita conserva todavía otras baratijas paganas en tu casa?

Jefté, despacio y sin levantar la voz, dijo:

—¡No insultes a mi mujer! —Pero entonces no pudo contenerse por más tiempo. Su cólera ardió con viveza, de modo que todos retrocedieron horrorizados de la misma manera que, en otras ocasiones, habían retrocedido horrorizados ante la cólera del fallecido Galad.

—¿Yo debo justificarme ante vosotros, desdichada prole de mi padre? —Estalló impetuoso—. ¡Justificaos vosotros ante mí! Mi padre puso su corazón en mí, todos vosotros lo sabéis. Y tenía sus buenos motivos para hacerlo. Yo soy el hijo de su mujer más joven, y ella era hermosa y él la amaba. Y yo soy el hijo más joven. ¿Y acaso no hay muchos que dicen que el más joven debe ser el principal heredero porque siempre es el más amado? ¿Y acaso nuestro antepasado Israel no antepuso a sus hijos mayores al hijo de su mujer más joven, Raquel, a nuestro antepasado José? ¡Justificaos vosotros ante mí, vosotros, hijos de Silpa, que queréis conservar para vosotros la casa de Mizpeh!

En un primer momento, esta tremenda insolencia dejó a las gentes sin habla. Pero luego consideraron que, en el fondo, Jefté tenía razón. Aquello que había dicho de José, el padre de la tribu, tenía mucho sentido. Las gentes de Galaad pertenecían a las tribus de los descendientes de José, y José fue en verdad el hijo predilecto del viejo Israel. El patriarca le había regalado una costosa túnica y le había otorgado su mejor bendición, y esa bendición se había hecho realidad en ellos, las gentes de Galaad, los descendientes de José, y ellos habían sido los primeros que habían entrado en la tierra prometida.

Todo esto pasaba por las mentes de las gentes de Mizpeh, y la exposición de Jefté les gustó. Tras su estallido, reinó un profundo y tremendo silencio sobre la plaza, junto a la puerta de la ciudad. Un asno rebuznó, se oyeron a lo lejos los gritos de los niños que jugaban; muy en lo alto, giraba dando círculos un cernícalo.

Por fin, el viejísimo Manasés, asintiendo con la cabeza y, riéndose por lo bajo, dijo en medio de aquel silencio:

—El hijo menor, el predilecto del padre, un buen hijo. —Pero luego recuperó la compostura y dijo—: Es difícil. El caso es difícil. Los hijos de Silpa tienen razón, pero también nuestro Jefté, aquí presente, tiene razón, y él me gusta. —Miró hacia el sitial de piedra vacío—. Lástima que el juez Galad no esté aquí para decidir.

Silpa miró llena de desprecio al viejo cloqueante. Qué lamentables resultaban aquellos barbudos de Mizpeh, qué lastimosos todos los hombres congregados allí, en la plaza, incluidos sus hijos. Al menos, Galad había tenido fuerza y genio, pero incluso él habría ido a parar a la cueva sin fama alguna si ella no le hubiera ayudado con sus acertados consejos. Siempre habían sido las mujeres israelitas quienes, cuando los tiempos eran duros, habían tenido el espíritu que esos tiempos requerían. Israel no habría conquistado la tierra sin el entusiasmo de Mirjam o de Débora. ¿Y serían capaces esos barbudos de llegar a comprender que debían escuchar a Silpa, y no a aquel insolente fatuo, al bastardo?

Pero, mientras tanto, a uno de los barbudos se le había ocurrido algo. Cuchicheó con el ancianísimo Manasés y este se dirigió a Abijam:

—¿No tienes nada que decir, sumo sacerdote Abijam? ¿No tienes ningún mensaje de Yavé?

Silpa sintió un sabor amargo en la boca. Le mortificaba que aquel estúpido anciano la ignorara y consultara al sacerdote.

Este se apartó de la muralla de la ciudad y se colocó en el centro, ante los ancianos. Esmirriado, apoyado en su bastón, quedó de pie bajo el sol. Era penosamente consciente de su propia perplejidad. Pedían un mensaje de Yavé, y con razón; porque él era el legítimo mensajero del dios. Pero Yavé guardaba silencio.

Lleno de rabia, pensaba: «Vas a comunicarte conmigo, Yavé. Te obligaré a hacerlo». Y con su voz

tenebrosa, con afectada determinación, dijo:

—Esperad antes de pronunciar vuestra sentencia, barbudos. Consultaré los signos de Yavé.

6

Al día siguiente, de madrugada, Abijam se dispuso a consultar los signos de Yavé, el *urim* y el *tumim*, las tablillas de la luz y de la perfección. Era una empresa que requería una particular purificación. Sus ayudantes habían traído agua de la fuente, y con ella lavaron a Abijam de la cabeza a los pies. Luego le pusieron las ropas de lino blanco del sacerdote. Encima le colocaron el *efod*, una túnica cuadrada que solo llegaba hasta las caderas, que estaba hecha de una pesada tela azul y que tenía una abertura para la cabeza, y en cuyas esquinas estaban fijadas el *urim* y el *tumim*, las tablillas talladas en piedras preciosas, que transmitían el aliento del dios.

Así revestido, el sacerdote soltó los cordones de las cortinas que cerraban la parte de atrás de la casa, apartó el pesado cortinaje negruzco y penetró en el habitáculo, la parte interior del Tabernáculo, en la tienda que Yavé había habitado cuando acompañaba a los israelitas en su peregrinar.

La tienda de Yavé no contenía nada aparte del Arca de la Alianza y la Piedra de Yavé. El Arca de la Alianza estaba en el lado derecho; era un cofre sencillo que contenía las pruebas de la Alianza con Yavé, las Tablas en las que el dios, con su propio dedo había grabado las palabras del compromiso y de la promesa. La Piedra de Yavé, el objeto más sagrado de entre lo más sagrado, se alzaba alta y negruzca en el fondo de la tienda; sobre ella estaba entronizado Yavé, invisible, cuando se detenía en Galaad.

Reinaba la penumbra detrás de aquel pesado cortinaje que despedía un olor agrio, el ambiente era fresco, el aire olía un poco a moho. El sacerdote se sintió angustiado y lleno de dudas. Consultar a Yavé exigía del que preguntaba un gran autodominio. Tenía que dejar sin reservas la decisión y la respuesta en manos del dios. Con insistencia, una y otra vez, él, Abijam, había meditado qué sucedería con Jefté, había contemplado diferentes caminos y los había estudiado. ¿Había borrado de su mente y de su pecho esas cínicas apreciaciones y reflexiones humanas? ¿Se había despojado de cualquier inclinación de su propia voluntad y de su petulancia? ¿Se había purificado bastante? ¿Estaba su mente limpia, como barro recién preparado en el que Yavé pudiera grabar su decisión? Esperaba lleno de miedo y de congoja. ¿Vendría el dios y hablaría con él?

Empezó a temblar. Lo sintió, lo supo: el dios había acudido desde el Sinaí, e invisible se había posado allí, sobre su trono en Mizpeh. El sacerdote cerró los ojos. Ahora todo su cuerpo miserable temblaba, empezó a sudar, en su interior vio el espantoso rostro de Yavé, terriblemente exigente y, sin embargo, indulgente, con los enormes ojos de fuego y el cuerno de la fuerza y de la abundancia que, imponente, sobresalía de su frente.

Ante su visión cayó de bruces. Yacía con la frente pegada al suelo para que la visión del Invisible sobre la piedra no lo matara. Permaneció de bruces y preguntó:

—¿Quieres bendecir a tu siervo y hablar con él? —Agarró con sus manos descarnadas el *urim* y el *tumim* para participar de su santidad. Esperó. Sintió cómo su poder fluía en él. Escuchó la muda respuesta del dios: «Aquí estoy».

Podía hacer tres preguntas; así lo había aprendido de su antecesor, y este del suyo. Tenía que plantear las preguntas de forma inteligente, ya que el dios solo contestaba sí o no. Tenía que hacer las preguntas de forma cada vez más precisa si quería llegar a obtener una clara respuesta al plantear la última.

Preguntó:

—¿Debo declarar que Jefté ha perdido el derecho a su herencia tal y como exigen sus hermanos? —Respiró profundamente, esperó. El Invisible dijo, sin palabras: «No debes hacerlo».

El sacerdote hizo su segunda pregunta:

—¿En ese caso, debo negar a los hijos legítimos de Galad, a los hijos de Silpa, la herencia de Majanaím? —Esperó, lleno de temerosa expectación, durante un breve espacio de tiempo, que le pareció muy largo. El dios contestó: «No debes hacerlo».

Abijam, ahora que llegaba la pregunta decisiva, yacía sin fuerzas, en un estado deplorable, y sentía de forma dolorosa la debilidad de su cuerpo. Agarró el *urim* y el *tumim* todavía con más fuerza, su poder le ayudó, fluyó por su cabeza y su pecho. El dios corría con estrépito por su sangre. Planteó su última pregunta, esta vez no lo hizo con los labios, que le fallaron, sino con el corazón: «¿Debo tentar y probar a

Jefté para ver si arranca de su corazón y de su casa el horror de Ammón?». Sus viejos dedos temblaban tanto que apenas podían seguir sosteniendo las tablillas sagradas, su enjuto cuerpo se estremecía en medio de convulsiones, en una tensión desgarradora. No se oía nada más en la tienda que los estertores de su respiración. Por fin, llegó la respuesta del dios: «Eso debes hacer».

Las manos de Abijam soltaron las tablillas. Se derrumbó del todo, con un cansancio mortal, incapaz de pensar. Yació así durante largo rato. Luego, con esfuerzo, se incorporó, se sentó en el suelo, inclinado hacia delante, meciéndose con los ojos cerrados. Reflexionó sobre la respuesta de Yavé. Era sabia y sublime y de tal naturaleza que la inteligencia humana todavía podía comprender su sabiduría.

Las fronteras de Israel allí, al este del Jordán, eran imprecisas; los campos de labranza se transformaban en prados, páramos, estepas y acababan en el *tohu*, en el desierto y en las tierras baldías, y procedente del desierto, el enemigo —los hombres de Ammón y de Moab— penetraba una y otra vez en la región. Para que Galaad no fuera absorbido por los pueblos del desierto debía mantenerse severamente aislado. Pero los hombres de Galaad no podían resistir a las mujeres del enemigo, se mezclaban con ellas y permitían que sus dioses permanecieran en sus corazones. Tampoco el corazón de Jefté estaba libre de los dioses de Ammón. Por eso no era injusto que sus hermanos exigieran que fuera degradado al nivel de los siervos y criados. Pero, por otro lado, era evidente que Yavé había bendecido a ese Jefté, le había dado fuerza y el don de gustar a las gentes. Y por eso, en cambio, era injusto degradarlo. El dios había indicado el camino correcto: Jefté debía ser tentado y probado.

Qué confirmación también para él, para Abijam, que Yavé le encargara probar a Jefté. En sus manos se encontraba ahora el destino de ese hombre y en consecuencia el destino de los hijos de Silpa. Ahora, solo él debía considerar y decidir quién debía ser juez en Galaad.

Se horrorizó. ¿Era posible que ese ambicioso deseo lo hubiera inducido a plantear las preguntas al dios? Lleno de temor se examinó a conciencia. No, no se había dejado llevar por la petulancia ni por el egoísmo, había dejado que las preguntas brotaran desde las profundidades de una verdadera incertidumbre. No había tratado de engañar al dios, ni a sí mismo.

Abrió los ojos, inseguro, miró de reojo hacia la gran piedra negruzca. El espanto que lo había dejado paralizado durante el interrogatorio fue cediendo. El dios ya no estaba allí. Abijam respiró aliviado.

Mandó llamar a Jefté, debía presentarse en la Tienda de Yavé.

7

Llegó Jefté. Era de estatura mediana, pero ante el enjuto sacerdote parecía alto y corpulento, su presencia llenaba la estancia. Habló con su voz áspera, y casi pareció bromear:

—Bueno, mi señor sumo sacerdote, ¿ha hablado tu Yavé?

Abijam se tomó tiempo para contestar. Contempló a aquel hombre joven. Tenía de su padre Galad la fuerza jovial y despreocupada y la escasa inquietud religiosa. Aun así, el padre nunca habría dejado salir de sus labios, en la Tienda de Yavé, palabras tan insolentes. Pero el sacerdote no permitió que aquello le disgustara. Había reflexionado sobre las palabras de Yavé. Si Jefté debía demostrar la firmeza de su fe, Abijam debía plantearle una dura exigencia; también era bueno que le demostrara que Yavé no era un dios cómodo. Por otro lado, Yavé no debía desear que Jefté fracasara; había hallado complacencia en el hijo menor de Galad. Así pues, el sacerdote debía trabajarlo y atraerlo con palabras pacientes y prudentes.

—Estuve muy unido a tu padre —empezó—, tú eras su predilecto, y yo también te aprecio en lo que vales. Solo con que abrieras los ojos, Jefté, verías que ante ti tienes un amigo. Tu pretensión es poco clara, pero cuando pertenezcas a la Alianza de Yavé te apoyaré en nombre del dios, y tu derecho permanecerá inscrito en las piedras limítrofes de Majanaím por todos los tiempos.

Jefté contestó desconfiado.

—Dices «cuando pertenezca a la Alianza de Yavé». ¿No he nacido en el seno de la Alianza? ¿No soy el hijo de Galad?

Abijam contestó con precaución, de manera prolija:

—Conocí bien a Lewana, la conocí cuando tú todavía no habías nacido, y no permita Yavé que abra la boca contra la mujer que fue la mujer predilecta de tu padre, y tu madre. Pero como sacerdote de Yavé no puedo ocultarlo: nunca estuvo claro hasta dónde llegaba su compromiso con Yavé, y así siguió siendo hasta el final. Dijiste ayer que tu padre le cortó el pelo y la convirtió en una mujer nueva para que pudiera ser

recibida en la Alianza. No te contradije porque tenías que defenderte de acusaciones injustas. Pero aquí, donde solo Yavé nos escucha, debo decírtelo: era muy dudoso que tu madre pudiera ser admitida en el seno de la Alianza. Tu padre la conoció y la gozó antes de que la guerra terminara, de modo que debería haber sido condenada y sacrificada en honor de Yavé. Pero durante aquella batalla, el dios estaba ausente, el Arca de la Alianza estaba lejos, podría decirse que aquella batalla fue una lucha de Galad, no de Yavé. Pero esa es una interpretación indulgente, y si no se hubiera tratado de tu padre, de un elegido, el dios me habría ordenado una interpretación más severa. Pero sucedió que Yavé nunca admitió a tu madre en la comunidad de los justos. No podía apartar su corazón de los dioses extranjeros, incluso quiso darte el nombre de uno de sus baales, y solo con esfuerzo conseguí convencer a tu padre de que te diera el nombre que ahora llevas, un nombre afortunado: Jefté, «dios abre la puerta». Te confesaré —concluyó el sacerdote con preocupación — que hasta sospecho que, cuando naciste, tu madre ofreció tu pelo y tu prepucio al dios Milkom.

Jefté estaba furioso; en sus ojos marrones chispeaban pequeños destellos verdes. Se levantó de un salto.

—Dices que no quieres injuriar a mi madre —replicó— y eliges tus palabras de forma que ninguna de ellas sea injuriante. Pero el espíritu y el sentido de tus palabras lo son.

—No te dejes llevar por la tormenta que hay en tu corazón —lo apaciguó Abijam—. Escucha, Jefté, a quien me gustaría llamar mi amigo, presiento que elegí tu nombre en un momento de inspiración. Estás destinado a hacer grandes cosas, pero solo si eres de verdad un miembro de la Alianza. Debes unirte a ella más estrechamente para que Yavé comparta su sangre contigo.

El vivo rostro de Jefté mostraba recelo y disgusto.

—Dices muchas palabras, sacerdote —repuso—, y eso no es bueno. Dime con claridad y sin rodeos lo que quieres de mí.

Abijam, esmirriado, sentado en su estera, contempló con sus ojos enérgicos y penetrantes al otro, al joven. Fue plenamente consciente de su propio y miserable cuerpo, envidió y admiró la fuerza de Jefté, pero paladeó su propio y mejor conocimiento y halló complacencia en la tarea de conducir al otro por el doloroso camino de la sabiduría y de la grandeza. Paciente, se dispuso a convencerlo:

—Eres listo entiendes muy bien a qué me refiero, basta con que quieras. Es inminente una nueva guerra de Yavé; Yavé necesita hombres buenos, y tú serías el jefe adecuado de sus ejércitos. Pero antes de que la tribu de Galaad y su sacerdote confíen en ti, debe existir la certeza de que ni la más mínima parte de tu ser pertenece a alguno de los dioses extranjeros.

—Di de una vez qué es lo que quieres —insistió Jefté.

—Busca en tu propio interior —le ordenó con firmeza Abijam—. Dijiste ayer que habías traído contigo las piedras falsas de Milkom como ofrenda para tu padre. ¿Pero fue esa tu intención desde el principio, cuando abandonaste tu casa? ¿No fue tu mujer Ketura quien te dio los objetos mágicos para que el dios Milkom te protegiera? Y en un rincón de tu pecho, ¿no es verdad que creíste en su magia? —Se levantó con esfuerzo y se acercó a Jefté. Apoyado en su bastón, esmirriado, y sin embargo amenazador, permaneció de pie ante él—. ¿Pretendes de verdad —le preguntó— seguir sosteniendo aquí, en la Tienda de Yavé, que trajiste contigo las imágenes de los dioses para ofrecérselas a tu padre? ¿Puedes creer que Yavé quiera tener entre las filas de sus *udirim* a un hombre que lleva en su cinturón esa clase de objetos mágicos?

Jefté, desconcertado porque el sacerdote había visto lo que había en el fondo de su pecho, contestó:

—Lo reconozco ante ti, mi esposa Ketura ama esas figuritas. No puedo imaginar que a Yavé lo ofendan los juegos de una mujer.

Pero ahora Abijam se indignó. Sus ojos, bajo las gruesas cejas que se unían en el centro, no se apartaban del otro, dirigió el bastón contra él y, encolerizado, le dijo:

—¡Juegos! ¡Tu esposa Ketura tiene una alianza con el dios de esas piedras falsas! —Y como Jefté, ante la virulencia de su estallido, guardaba silencio, siguió preguntando imperativo—: ¿O acaso son esos muñecos los únicos signos del dios extranjero que tu esposa conserva en tu casa? ¡No mientas en la Tienda de Yavé! ¿Es verdad o no que en tu casa, Jefté, hijo de Galad, se han venerado o se veneran todavía los dioses extranjeros? ¿Crees que Yavé, en la guerra que conducirá contra el dios Milkom, bendecirá a un hombre en cuya casa habita Milkom?

Jefté, impertinente y tozudo, replicó:

—Pero no hay ninguna guerra, y no tiene por qué haber una guerra. No tiene por qué haber disputas entre nosotros y los hijos de Ammón.

Abijam vio con amargura y satisfacción cómo Jefté daba vueltas a aquel asunto. Intervino con mayor dureza y dijo:

—¡Deja toda esa palabrería que ni tú mismo crees! No puedes tener una alianza con Yavé y al mismo tiempo con su enemigo Milkom, lo sabes muy bien. Yavé es un dios celoso. Él aplasta a los dioses

extranjeros —y en voz baja, pero cargada de intención, concluyó—: … y a aquellos que los sirven.

Jefté había sospechado lo que el sacerdote quería; ahora lo veía con claridad. Le permitiría conservar su herencia, pero a cambio debía arrojar el recuerdo de su madre a las ratas y a los murciélagos y echar de su casa a su amada esposa. Sintió que una gran ira se apoderaba de él, se dispuso a replicar con dureza al desvergonzado sacerdote.

Abijam contempló al indignado joven, su ancho rostro macizo, la nariz plana que le daba un aspecto leonino, los encolerizados ojos que brillaban con frialdad. Ese Jefté le gustaba, y ahora que corría el peligro de perderlo de forma definitiva, el deseo de ganárselo se convirtió en una obsesión. Era una lástima que él fuera capaz de hacer que un hombre como Samgar entendiera al dios y también lo comprendiera a él, y en cambio no pudiera hacérselo comprender a este. Cómo le habría gustado nombrarlo juez.

Le rogó:

—No te precipites, medita tu respuesta. Piensa en todo lo que rechazarás si te niegas a expulsar a los dioses extranjeros. —Señaló hacia el interior de la Tienda—. Allí, en el Arca, se encuentran las tablas en las que Yavé, con su propia mano, grabó los compromisos de su alianza y también sus promesas. Hay signos de que el dios ha hallado complacencia en ti. No renuncies a hacerte merecedor de ella. Esta nueva guerra promete una gran recompensa a aquel a quien Yavé convierta en el jefe de sus ejércitos. No solo será el jefe de los ejércitos de Galaad, sino de todas las estirpes y tribus de este lado del Jordán:
Re’uben
y Gad, Machir y
Abi’eser
. Si existe un hombre a quien le pueda ser concedido reunir y conducir a todas esas milicias, ese eres tú, Jefté.

Jefté escuchaba ansioso sus palabras y estas penetraban en su interior.

El sacerdote, en voz baja y significativa, continuó:

—¡No reniegues de tu grandeza, Jefté! ¡Corta los lazos con el dios extranjero! ¡Sálvate! Echa de tu casa lo que pertenezca al dios extranjero: los *terafim*, los signos, las imágenes y a aquellos que las veneran.

Pero cuando el sacerdote expuso con tanta claridad su exigencia se rompió el sortilegio en el que sus promesas habían sumido a Jefté, envolviéndolo como el dulce viento del oeste. Se indignó.

—¡Me niego a…! —Empezó a decir con vehemencia.

Pero por segunda vez, paternal y decidido, Abijam lo interrumpió.

—¡No te niegues todavía! —Le ordenó—. ¡No hables ofuscado por la ira! ¡Piensa y considera, antes de contestar!

Jefté se contuvo. El sacerdote tenía razón. No debía hacer como su padre, no debía contestar de manera impulsiva. Debía pensar de manera lógica. Fijó la vista ante sí, sombrío, concentrado. Con los ojos entornados. Pensaba.

Abijam lo había puesto ante una elección: echa a tu mujer y yo te ensalzaré por encima de tus hermanos y te haré grande en Galaad, en Israel. O bien conserva a tu mujer y…, sí, ¿y qué? El astuto sacerdote no le había amenazado. No necesitaba amenazarlo. Si él no lo protegía, los ancianos le arrebatarían su herencia y los hijos de Silpa lo echarían de su casa y lo convertirían en un criado.

Abijam no era su enemigo, era sincero, mantendría su promesa y tenía el poder para hacerlo. Pero no cedería en sus exigencias. Lo ponía ante una elección: jefe de los ejércitos, pero sin Ketura. Con Ketura, criado.

Jefté levantó la mirada. Vio al sacerdote. Allí estaba, apoyado en su bastón, inclinado hacia delante sin fuerza, ocultando su lastimoso cuerpo bajo los múltiples ropajes. Jefté esbozó una sonrisa, prolongada, insolente, furiosa, llena de desprecio. Un hombre con un cuerpo tan miserable como aquel, ¿qué otra cosa podría hacer, si los *adirim* lo pusieran ante tal elección, sino renunciar? «Pero yo soy Jefté. A mí, Yavé me ha bendecido con la fuerza, incluso este lo reconoce, y el
dios-toro
de mi madre ha multiplicado mi fuerza. No voy a renunciar, no voy a renunciar a mi casa, ni a mi amada esposa».

Abijam percibió en el rostro de Jefté cómo este se le escapaba. Fue dolorosamente consciente de su soledad. Quería tener en ese Jefté a un joven amigo, a un hijo. Dijo:

—No precipites nada, Jefté. La elección es difícil, también un hombre inteligente necesita tiempo para decidirse. No voy a permitir que se pronuncie la sentencia durante las próximas semanas. Vuelve a la casa de Majanaím. Será tu casa hasta que llegue por segunda vez la luna llena. Entonces dame tu respuesta.

Jefté, con una ironía apenas perceptible, dijo:

—Eres muy indulgente, sumo sacerdote Abijam. —Se dispuso a abandonar la Tienda de Yavé.

Pero el sacerdote lo retuvo.

—Acércate, Jefté, hijo mío, antes de irte —le pidió. Puso su mano liviana y huesuda sobre su cabeza, y con la voz cargada de preocupación y de amistad, le dijo—: Quiera Yavé hacerte igual a Manasés y a Efraím.

8

Ese mismo día Jefté abandonó la ciudad de Mizpeh y se dirigió hacia el norte, hacia Majanaím, a lomos de su cabalgadura.

Por el camino repasó una y otra vez su conversación con Abijam. Su buen sentido lo ratificaba en su primera reacción; esto le producía una inmensa satisfacción. Nada ni nadie podría convencerlo de echar de su lado a su mujer Ketura y a su hija
Ja'ala
.

Pero su viva imaginación no dejaba de poner ante sus ojos todo lo que podría alcanzar mediante una alianza con el astuto y poderoso sacerdote. Seguro que este conseguiría convertirlo en jefe de los ejércitos. Y seguro que él podría reunir en un solo ejército a todos los hombres aptos para el servicio de armas de este lado del Jordán. Su padre se había sentido orgulloso en cierta ocasión en que consiguió reunir a ocho milicias. Él, Jefté, se creía capaz de erigir una potencia de quince milicias. Y entonces que vinieran los hijos de Ammón, y los de Moab con ellos. Serían innumerables, tendrían caballos y carros de guerra de hierro, y estarían respaldados por su sólida fortaleza de Rabat-Ammón, y en cambio sus israelitas estarían mal armados. Pero confiaba en su destreza y en su ingenio, dividiría a los ejércitos enemigos y los despedazaría, los quebrantaría y los aniquilaría.

Aquello eran absurdas quimeras. El sacerdote nunca establecería una alianza con él. El sacerdote no negociaría. El sacerdote nunca lo haría jefe de los ejércitos si él no echaba a la mujer de su lado.

De hecho, todo aquello resultaba sorprendente. Él, Jefté, no hacía nada que no hubiera hecho antes su padre. Este se había dado cuenta de que la madre de Jefté seguía venerando a su dios Milkom y a los pequeños *terafim*, se había reído, le había amenazado con un dedo y lo había tomado a broma, y el sacerdote había tenido que aceptarlo. En cambio, de él, de Jefté, exigía que repudiara a la mujer. Se enfureció. Iban a llevarse un buen chasco el sacerdote y los hijos de Silpa.

Así, sumergido en consideraciones, sentimientos y razonamientos cambiantes, Jefté caminaba hacia el norte. Si el camino era llano, montaba en su burra; si era cuesta arriba, andaba a su lado. Su rostro reflejaba sus pensamientos; la mayor parte del tiempo se mostraba indómito y confiado, más de una vez adquirió una expresión de amarga socarronería. A ratos hablaba consigo mismo. De vez en cuando se echaba a reír con gran estruendo, a carcajadas, a veces con rabia, a veces con alborozada rudeza, y la burra de pelaje claro lo secundaba y rebuznaba.

Dedicó mucho tiempo a pensar en lo que sucedería ahora. Sabía con toda exactitud lo que no haría; pero lo que debía hacer, eso no lo sabía.

Así avanzaba, a través de colinas y valles, cruzó el río Jaboc, de un verde azulado, que serpenteaba en un profundo desfiladero, y llegó al norte de Galaad, donde los hijos de esta tribu vivían juntos con los hijos de Gad y de Manasés.

Llegó a Bamat-Ela, en la cumbre de «La Colina del Terebinto». Desde allí se divisaba un amplio panorama. Allí abajo empezaba ya el territorio de Majanaím. Los rebaños que había a la derecha le pertenecían, y aquellos campos, y aunque no podía distinguir los perfiles de aquella blancura resplandeciente en el límite del cielo, en su imaginación sí los distinguía: era Majanaím y su casa.

Descansó bajo el terebinto que daba nombre a la colina. Amaba aquel lugar, iba allí a menudo. El árbol era viejo, no era muy alto pero sí imponente, fuerte, frondoso, un auténtico *Ez*
Ra'anan
, uno de aquellos árboles verdes que los dioses elegían como morada. También este árbol era sagrado, habitado por el baal de los contornos, que tenía el poder de otorgar o negar la fertilidad. Había también una roca bajo el árbol sobre la que se podían hacer sacrificios y ofrendas al dios. Algunos decían que ahora el árbol era sagrado para Yavé; lunáticos siervos de Yavé, sin embargo, habían exigido a Jefté que lo talara,

había que desconfiar de ese árbol puesto que pertenecía al dios extranjero. Pero Jefté se había opuesto; el árbol era muy apreciado por muchas de sus gentes, y sobre todo por Ketura. Sonrió con disgusto. Si se sometía a las exigencias de Abijam, también tendría que autorizar que se talara el árbol. Miró hacia arriba, hacia la poblada copa del terebinto, saludó al dios que la habitaba.

Bajó la colina a lomos de la burra. A una hora larga de camino, antes de llegar a la ciudad, empezaba el territorio que Galad les había regalado a él y a su madre. Las piedras delgadas y altas que marcaban los límites de su propiedad sobresalían de la tierra, tenían la forma del miembro viril, estaban dedicadas al baal Majanaím, un poderoso dios de la fertilidad. Las piedras eran antiquísimas, se habían grabado en ellas los nombres de muchos hombres a quienes habían pertenecido esos campos, se habían ido desgastando y se habían colocado otras nuevas en su lugar. Ahora llevaban su nombre, el de Jefté. Pasó los dedos por los signos, cuñas y triángulos, horizontales o colocados de punta, en una embrollada mezcla, que decían que aquellos campos le pertenecían. Así que ahora, cuando llegara la segunda luna nueva, sus signos serían borrados y, en su lugar, las piedras llevarían los signos de los hijos de Silpa.

Jefté respiró con dificultad. Les demostraría que, al fin y al cabo, lo único que valía era la voluntad de su padre, y el difunto Galad le había dado esos campos a él, no a los otros.

9

EL camino hacia Majanaím subía por una suave pendiente. Jefté podría haberlo recorrido montado, pero saltó de su montura, así podía avanzar más deprisa. Durante todo aquel largo viaje no había tenido prisa, pero ahora ansiaba llegar a casa.

¿Pero quién salía a su encuentro, sin que lo hubiera esperado y como un afortunado presagio? Eran ellas, Ketura y la niña, avanzando a grandes pasos a la luz del sol crepuscular. Ahora también ellas lo vieron, corrieron, se encontraron. Él la besó, era un beso de deseo, que no estaba permitido al aire libre, ante los ojos de los demás. Y besó a la pequeña, a su niña, a su hija
Ja'ala
. Ella lo miró embelesada, con veneración, feliz, extasiada. Le acarició la barbilla y las mejillas, donde la barba rasurada empezaba a crecer de nuevo. Frotó su cara contra sus mejillas y se rio alegremente sin hacer ruido, porque los pelos de la barba rascaban su piel y le hacían cosquillas. Y luego empezaron a discutir para saber a cuál de las dos debía alzar a lomos de la burra de claro pelaje, ¿a la mujer o a la niña?; ambas insistían en que debía ser la otra, pero él se decidió por Ketura, la mujer. Con una mano guiaba al animal, con la otra llevaba a la niña cogida de la mano, y cuando el camino se hacía demasiado estrecho,
Ja'ala
iba delante.

A Ketura le habría gustado mucho saber qué había sucedido en Mizpeh, pero se contuvo, como exigía el decoro, y solo le preguntó cómo había ido todo y le habló de los pequeños acontecimientos en la casa y en la ciudad. Él la contempló, delgada, morena y hermosa, sentada sobre la montura. ¿A esta mujer tenía que echar de su casa? ¿Esta mujer era la que se suponía que no había hallado gracia a los ojos de Yavé? Y de pronto, y sin decirle a ella el motivo, estalló en ruidosas y alegres carcajadas.

Llegaron a la ciudad, a la casa. Su hermana Kasja y su marido Par lo saludaron, con una alegría que se manifestaba en todo su rostro. Las mujeres lavaron a Jefté los pies. Empezaba a anochecer, los criados regresaban del trabajo, saludaron al amo, llenos de respeto, pero no serviles, algunos bromearon. A Galad le había gustado mucho bromear, Lewana tenía un carácter risueño, la casa de Majanaím siempre había estado llena de parloteos y de risas.

Se sentaron a comer. Primero comieron los hombres, se sentaron en las esteras alrededor de la mesa baja. Las mujeres les servían. Había una animada conversación. Todos sentían curiosidad, pero ninguno era tan insolente como para preguntar nada a Jefté.

Bueno, sí. Uno sí lo era: el viejo Tola, un hombre blanco como la nieve, que trastabillaba; era de Babel, del inmenso reino del norte, había sido esclavo, parte de un botín, Galad le había devuelto la libertad hacía mucho tiempo, y Jefté, a pesar de sus años y de su decrepitud, lo trataba como al primero entre la servidumbre. Así pues, el viejo Tola mascullaba toda clase de cosas, y por signos manifestó que tenía algo que decir, por fin abrió la boca y preguntó sin rodeos:

—¿Tu codicioso hermano Jelek, el zorro, te ha enseñado los dientes con amabilidad, como suele hacer? Había un buen proverbio que decía: Si un hombre como ese Jelek te besa, cuenta después tus dientes.

Jefté no se prestó a dar explicaciones, pero Tola no se dio por vencido y continuó:

—Espero que les hayas dado su merecido a esos de Mizpeh, mi señor Jefté. Tú eres joven, pero las ortigas jóvenes también escuecen. —El viejo era aficionado a emplear proverbios, la mayoría de lo cuales ya hacía tiempo que habían caído en el olvido.

Después de que los hombres hubieran comido, se sentaron a comer las mujeres. Y los hombres salieron a la puerta de la casa y se sentaron, mientras caía la noche, alrededor del pozo para tener una buena conversación entre hombres. Pero tampoco ahora habló Jefté de lo que había sucedido en Mizpeh.

Solo al día siguiente, cuando estuvo a solas con Ketura, se lo contó. Caminaban a través de los campos, él la llevaba cogida de la mano, más tarde rodeó sus hombros con su brazo. Intentaba relatar con exactitud lo que había sucedido, y se concentraba en esforzarse por encontrar las palabras adecuadas. Pero al mismo tiempo, percibía con todos sus sentidos la proximidad de la mujer, la suavidad de su piel morena, la firmeza de su paso garboso. Cuando terminó, ella se desprendió de su brazo, se puso frente a él, lo miró de lleno a la cara, su boca grande y bien perfilada sonreía, y casi bromeando, como si todo aquello fuera un juego, preguntó:

—¿Y qué vas a hacer tú? ¿Vas a echarme?

Ella estaba de pie ante él, no era muy alta, el cuerpo erguido, la figura llena de donaire, él amaba todo en ella, sobre todo los ojos grises.

—¡Echarte a ti! ¡Privarme de mi mejor fuerza! —Contestó, y también él se rio—. ¡Ya le gustaría a ese sacerdote!

Siguieron andando, el camino se hizo más estrecho, él la dejó pasar delante, le gustaba verla caminar tan segura y tan ágil. Ella lo miraba por encima del hombro y le decía con su voz profunda, burlona y pensativa:

—Debe de tenerte en gran aprecio, de lo contrario, no te prometería tanto. Juez en Israel, *Schofet Godol*, no lo ha sido nadie más desde el Juez Gedeón. Tú serías el quinto que alcanzara ese rango.

—Eso no es del todo verdad —contestó Jefté, bromeando él también—. Has olvidado a mi padre, aunque es verdad que su título fue muy discutido. Y cuando Débora fue juez, Barac compartió el título con ella, y también deberíamos contar a
Ja'ir
, aunque no fue un gran juez. ¿Te das cuenta? Solo sería el octavo.

—Me doy cuenta de que has pensado mucho en ello —replicó, siempre bromeando, Ketura.

El camino se ensanchó de nuevo, podían volver a caminar uno al lado del otro, pero solo muy juntos:

—Siento haber perdido los amuletos de tu madre, pero me alegro de que los tenga el juez Galad en su cueva. Yo tampoco creo que Yavé se enfurezca contigo por habértelos llevado y por tolerar en nuestra casa mis *terafim*. El caso es que el dios nunca ha dado muestras de su ira. Las cosas van bien en Majanaím, me parece. El trigo crece, el aceite brota de la prensa, los rebaños se multiplican, acuden numerosos huéspedes para el esquileo, son gente alegre y se muestran amistosos con nosotros. Y tu hija,
Ja'ala
es una niña bien educada; no será difícil casarla con un hombre de buen carácter y ricas posesiones.

Una ligera nube ensombreció el rostro de Jefté. Ketura no le había dado ningún hijo varón, pero él amaba a la hija tanto como podría haber amado al mejor de los hijos. Pero no era bueno pensar en que le había sido negado el hijo; quizá en eso se manifestaba la ira de Yavé, de la que el sacerdote le había advertido. Y eso que Jefté, cuando vio por primera vez a Ketura, se había esmerado en observar el mandamiento de Yavé, con todo rigor y exactitud. Todavía podía sentir con toda claridad el dolor y el deseo que había sentido entonces. La batalla apenas había terminado, su corazón todavía se sentía ansioso de lucha cuando, durante la persecución que emprendieron tras el enemigo, cayeron sobre las tiendas. Y entonces las mujeres y los niños echaron a correr, y esta corría muy veloz. Pero él la atrapó, el calor de su sangre lo apremiaba, le exigía poderosamente que la arrastrara detrás del primer matorral que encontrara, que rasgara sus ropas e hiciera con ella conforme a su deseo. Pero entonces vio en su rostro moreno y enjuto aquellos ojos enormes y salvajes que lo miraban llenos de odio, con algo más que odio, y en medio de su lascivia surgió un deseo todavía más intenso: «Quiero tenerla del todo a esta mujer llena de odio, quiero tener de ella más que su vergüenza, quiero "conocerla" del todo y quiero tenerla, con su dios extranjero y con su odio, quiero romper su resistencia». Y mientras así se consumía y se enfurecía, en su interior razonó con frialdad y agudeza: «Si la tomo ahora, enseguida, será sometida a la justicia de sangre de Yavé y será sacrificada y ofrecida al dios con los otros prisioneros». Y en medio de esas violentas reflexiones y sentimientos, surgió de pronto, con firmeza, su decisión: «La llevaré de regreso al campamento tal y como está, como doncella, y entonces, de acuerdo con el *mischpat*, con la costumbre y el derecho de la tribu y de Yavé, me pertenecerá, y entonces será toda mía». Y exactamente así sucedió, y allí estaba ella

ahora, y era toda suya, y eso era muy bueno, y él no había ofendido a Yavé. Así que, ¿por qué se le negaba el hijo? ¿Había quizá, a pesar de todo, irritado a ese dios impredecible?

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, ella, con fingida seriedad, lo desafió:

—Si lo piensas bien —dijo—, es mucho lo que el sacerdote te promete y tu corazón ansía tenerlo. Quizá deberías echarme, mi querido Jefté, a mí y a la niña
Ja'ala
.

Jefté le rogó:

—No deberías bromear de esta manera, Ketura.

Ketura dijo:

—¿Pero qué vas a hacer? ¿Qué sucederá si me conservas a tu lado?

Jefté, con el rostro endurecido, repuso:

—Voy a decírtelo ahora mismo. Cuando llegue la segunda luna nueva vendrán, en nombre de Yavé y de los barbudos, y nos echarán de nuestra casa. Y en las piedras limítrofes grabarán los nombres de los hijos de Silpa. Y, si son generosos, me confiarán uno o dos rebaños y me permitirán ser juez de trescientas ovejas. Y Jelek me pagará un salario de tres siclos al año, y cuando esté de buen humor quizá también a ti te pague un siclo.

Ketura, pensativa, casi divertida, dijo:

—No puedo imaginarte entre los criados de Jelek —y orgullosa como una niña de su buen conocimiento de las personas, añadió—: Yo sé lo que vas a hacer.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Jefté—. Dímelo, Ketura, mi inteligente esposa.

Ketura, despacio, caminando ante él, y acompasando su paso al ritmo de su discurso, dijo:

—Las casas blancas de Majanaím son hermosas, es agradable contemplar el paisaje y a los rebaños desde el tejado de nuestra casa y desde las torres de vigía. Es precioso el trigo cuando se mece formando olas, y la visión de los frutos del olivo entre sus hojas. Pero también son hermosas las tiendas parduscas de los pastores nómadas, es hermoso el temor y la expectación ante la incertidumbre de lo que sucederá al día siguiente, la esperanza de encontrar el agua y las palmeras del oasis, y el temor ante la seca arena, y nada produce mayor felicidad que tener el amplio cielo vacío por techo y estar rodeado por la estepa sin límites. —Inesperadamente se detuvo, sus ojos se abrieron, grandes y salvajes, levantó ambos brazos hacia el cielo y lanzó un potente y agudo grito.

Jefté miró y escuchó. El grito de Ketura brotaba del pecho de Jefté.

Había pensado de forma vaga en algunas cosas que podría hacer. Había pensado en trasladarse quizá al Galaad del norte y convocar a sus amigos para que se alzaran contra la injusticia y la violencia que se había cometido contra él. Pero todo eso habían sido planes imprecisos. Ahora, de pronto, lo tuvo claro: solo podía hacer una cosa. Se marcharía con la mujer y la niña a las tierras salvajes, y allí esperaría la ocasión propicia.

El sacerdote lo había puesto ante la elección entre el poder y la servidumbre. No había considerado que Jefté pudiera elegir un tercer camino: las tierras salvajes.

Jefté había pasado toda su vida al amparo de sólidos muros. Pero con cuánta frecuencia había deseado salir de aquella opresora protección. No quería seguir topándose un día tras otro con las piedras limítrofes de un vecino y tener que someterse a la ley y a las prohibiciones. Quería hacer lo que pareciera justo a sus ojos y nada más. Se alegró ante la perspectiva de vivir a sus anchas, en un territorio sin límites, en la estepa.

Era porque Ketura representaba la falta de ataduras de la estepa, por lo que Abijam quería separarlo de ella. El sacerdote quería retenerlo muy cerca de aquellas tablas en las que estaban grabados los preceptos de la alianza con Yavé.

Ketura no había necesitado emplear palabras grandilocuentes como el sacerdote. Había hablado de la casa y del campo, de las tiendas nómadas, del agua y de la estepa. Y, sin embargo, a Jefté le pareció estar ante una vidente. Ella le había revelado lo que era correcto.

10

JEFTÉ conocía con exactitud los peligros a los que se exponía. Ketura, cuando hablaba de la vida en el

desierto, pensaba en las caravanas nómadas de su tribu. Aquel que se unía a una de esas tribus gozaba de una buena protección. Todos los que pertenecían a la tribu eran una sola cosa, la injusticia que se cometía contra uno de ellos se cometía contra todos ellos, practicaban una venganza común, golpe por golpe, herida por herida, y el mero hecho de pensar en ello disuadía a los agresores. Pero él, Jefté, no podía unirse a ninguna de esas tribus nómadas de amonitas, no podía renunciar a su propio dios. De manera que estaría solo en el desierto con Ketura y la niña, desnudo, desprotegido; no habría nadie allí para ayudarle o para vengarlo. Y también quedaba excluido para ellos el *midbar*, la estepa, el país de la hierba, por donde les gustaba moverse a las tribus nómadas; a ellos solo les quedaba el *tohu*, las tierras baldías, las tierras salvajes.

También allí había gente. Eran la escoria, los fugitivos. Los había incluso que vagaban por las tierras salvajes por su propia voluntad. Porque aunque los pueblos sedentarios se burlaran de las tribus nómadas y les dieran nombres como «los inquietos», «los brincadores», «los saltamontes», sin embargo, muchos sentían los rígidos preceptos y prohibiciones como un doloroso yugo que los oprimía y desgarraba sus carnes, y de vez en cuando se oía hablar de algunas gentes que se habían marchado al *tohu*.

Anaschim Rekim, salteadores, gentes vacías, gentes perdidas, ese era el nombre que se les daba, eran despreciados y temidos, y a partir de ahora Jefté sería uno de ellos. Al mismo tiempo, su rápida fantasía trazaba planes para aquella nueva vida. Sabía ganarse las gentes, le escuchaban gustosas, quizá podría convencer a algunas de las gentes perdidas para que se agruparan. Un grupo conducido por un hombre ingenioso, con toda probabilidad tendría mejores perspectivas de salir adelante que si cada uno iba por su cuenta. Jefté sonrió con malicia. ¿Acaso no había querido el sacerdote hacer de él un jefe? Convertiría a las gentes perdidas en un ejército, en una nueva estirpe, una nueva tribu.

Siempre había habido una estrecha compenetración entre Jefté y su hermana; hablaba con ella con franqueza y confianza, y a menudo le pedía consejo. También con su esposo Par mantenía una estrecha amistad, desde su primera juventud. Par procedía de una de las estirpes más respetadas de Galaad y había demostrado su valentía en la guerra y en la paz. Era dos años mayor que Jefté, y de carácter tranquilo y reflexivo. Sin embargo, nunca se había burlado, como otros, de las ocurrencias —a veces extrañas— de Jefté, sino que, desde su infancia, el sereno Par más bien se había sentido atraído por aquel Jefté rápido, emprendedor, con sus enrevesadas y audaces ocurrencias, reconocía sin envidia la superioridad del más joven y sentía por él una leal amistad.

Estos dos, su hermana Kasja y su esposo Par, fueron los primeros a quienes Jefté comunicó, en pocas y secas palabras, su decisión de abandonar Majanaím y la tierra de Galaad antes del plazo establecido.

Par, algo grueso y corpulento, apoyó la redonda cabeza en las manos; necesitaba tiempo para reflexionar sobre aquello que Jefté les había comunicado. Kasja, al cabo de un rato, preguntó con prudencia:

—¿Y adónde quieres ir, Jefté? ¿Vas a marcharte a las tiendas de los amonitas, a la tribu de Ketura?

Jefté la miró asombrado. Pero Par, como si Jefté no estuviera allí, corrigió a su mujer:

—¡Pero Kasja, qué estás diciendo! ¡Cómo va a ofrecer sacrificios a Milkom!

Kasja, adelantando la ancha frente como su hermano, se justificó:

—Solo estoy preguntando. Al fin y al cabo, la tribu de Galaad ha cometido con él algunas injusticias.

Estaban sentados en el brocal del pozo, pensando. Jefté esperaba oír las palabras de Par. Este, a su manera reflexiva y resuelta, y siempre ignorando a Jefté, explicó por fin a su mujer:

—Hacer de criado de los hijos de Silpa no le conviene a Jefté. No le queda más remedio que marcharse a las tierras salvajes, donde están las gentes perdidas.

El rostro de Jefté resplandeció. Que el sereno y sensato Par hubiera llegado a la misma conclusión que él le producía una enorme satisfacción.

Mientras tanto, Par seguía reflexionando.

—Escucha, Kasja —dijo—, cuando empiece la guerra contra Ammón, también exigirán de mí que te eche, porque tu madre era una mujer amonita. —La miró de lleno a la cara con sus ojos marrones e inteligentes, vio que ella consideraba las cosas igual que él, se sonrieron, él se volvió hacia Jefté—: Voy a decirte algo, Jefté, nos iremos juntos.

Pero Par era un hijo legítimo de una gran estirpe y Kasja una hija del juez Galad y una fiel sierva de Yavé, y nadie en Mizpeh los amenazaría. Por tanto, si Par se ofrecía a marcharse con Jefté, lo hacía por pura amistad. Jefté sintió ensancharse su pecho. Rodeó los hombros de ambos y con su cálida voz, algo áspera, dijo:

—¿De veras queréis iros conmigo? ¿Y qué va a ser de vuestros hijos?

Esta vez contestó Kasja.

—Por supuesto, los llevaremos con nosotros —dijo—. Tú tampoco vas a dejar atrás a

Ja’ala
.

Par comentó:

—Así que en las tierras salvajes seremos dos hombres, dos mujeres y cuatro niños —y miró a Jefté con expresión interrogante. Este, satisfecho de que Par también en este aspecto pensara como él, contestó:

—Tienes razón, son demasiado pocos y al mismo tiempo demasiados. —Y con sagacidad añadió—: No vamos a proclamar a los cuatro vientos que nos marchamos a las tierras salvajes, pero tampoco lo ocultaremos.

—Sí —dijo Par, sonriendo con picardía—, tanto en la ciudad como en los campos habrá algunos a quienes no les hará ninguna gracia convertirse en simples criados de los hijos de Silpa.

Y Kasja, también con ojos risueños, predijo:

—Muchos dirán: mejor con Jefté en las tierras salvajes, que a las órdenes de Silpa junto al fuego del hogar en Majanaím.

Así pues, iniciaron los preparativos para su partida, con gran prolijidad y de forma ostentosa. Sucedió tal y como habían esperado. El instinto nómada de sus antepasados estaba todavía en la sangre de los galaaditas, la noticia de que ahora incluso el hijo amado del difunto juez tenía que abandonar su casa sacudió poderosamente a los hombres jóvenes y muchos acudieron a él —y cada vez eran más— para unirse a Jefté.

Los padres de familia, los barbudos, se preocuparon. Acudieron a Jefté y le dijeron:

—Nos preocupa que quieras abandonarnos. Domina tu inquieto corazón y quédate con nosotros, querido amigo Jefté, hijo de Galad. Ten paciencia, danos un poco de tiempo, y llegará el día en que te sentarás junto a la puerta y juzgarás sobre Majanaím.

Pero él repuso:

—No soy yo quien os abandona; son los hijos de Silpa que me echan. Y si alguien puede conseguir que yo juzgue en Majanaím, ese, mis queridos padres y amigos, seré yo mismo.

A aquellos que querían marcharse con él los examinaba largamente. No intentaba convencerlos; al contrario, les hacía ver cuán dura y peligrosa sería la vida en las tierras salvajes, y solo aceptaba a aquellos que le parecían fuertes y fiables y cuyo rostro le gustaba.

El viejo Tola, el primero de los siervos, insistió en ir con él.

—No lo conseguirás, mi querido viejo, padre mío —le advirtió Jefté—. Quédate, te lo ruego, sentado al sol y junto al fuego y calienta tus miembros. Obligaré a los ancianos de Majanaím con un juramento para que no permitan que te suceda nada malo.

Pero Tola, mortificado y desdichado, le dijo:

—No está bien por tu parte, Jefté, mi hijo y señor, que no honres la vejez. Sé que estoy un poco tremuloso, pero —y añadió un proverbio que ya había caído en el olvido— «la experiencia es como una tercera pierna».

Jefté no fue capaz de dejar al anciano al capricho de los hijos de Silpa y se declaró dispuesto a llevarlo consigo.

Pero ahora había que decidir hacia dónde irían. ¿Debían dirigirse hacia el norte, donde había muchos parajes montañosos inaccesibles? ¿O hacia el oeste, donde se extendía un árido desierto, tan estéril que hasta las tribus nómadas lo evitaban?

Cuando Jefté tenía diez años, un cierto
Re’uben
, un hombre joven y diestro, a quien todos apreciaban, había matado a otro en una pelea. El otro era un muchacho odioso, además él había empezado la pelea y había estado provocando a
Re’uben
con insistencia y malas artes. Pero el juez Galad, tal y como lo exigía el *mischpat*, la ley de la tribu, debía entregar a
Re’uben
a la familia del muerto para que lo apedrearan. Pero durante la noche
Re’uben
huyó. A la tierra de Tob, como se supo más tarde. Galad fue de la opinión que
Re’uben
se había buscado un buen refugio; en la tierra de Tob estaba seguro. Desde entonces, Jefté había centrado sus sueños de libertad e independencia en esa tierra de Tob.

Pero antes de tomar una decisión definitiva, consultó con Par y con otros hombres de criterio. La tierra

de Tob se encontraba allí donde la región de la tribu de Manasés limitaba de forma imprecisa con el reino de Basán y Zoba, en el norte. Era una tierra agreste, famosa por sus duros inviernos, ningún cabecilla de tribu reclamaba sus derechos sobre ella, nadie ambicionaba un cargo de juez allí. En la tierra de Tob reinaba la libertad. Ese era el mundo adecuado para Jefté y los suyos.

Cuando se corrió la voz de que habían elegido esa tierra inhóspita como objetivo, los que se quedaban fueron plenamente conscientes del terrible e incierto camino que emprendían sus parientes y amigos, y también aquellos que tenían el firme y alegre propósito de seguir a Jefté a lo desconocido sintieron un escozor en el pecho. Anhelaban aquella nueva vida, pero solo ahora se dieron cuenta de lo que tenía de bueno la tierra de Galaad. Casi todos subieron hacia *Bamat-Ela*, a la colina del terebinto sagrado, para manifestar su respeto por última vez al baal que lo habitaba, al dios y señor de la región. Se sintieron culpables ante el dios del árbol de firmes raíces, se sintieron como desertores, imploraron su perdón. Pero tras haber acudido al baal del monte, también se sintieron culpables ante Yavé, de cuya ayuda dependerían en el futuro, mucho más de lo que jamás antes habían dependido, y también le ofrecieron a él un sacrificio.

Jefté se sentía como sus hombres. Pero aunque tenía muy claro que ahora empezaba algo completamente nuevo, su anterior vida todavía no había llegado a su fin. La ira contra la madrastra y los hermanos seguiría escociéndolo, también en las tierras salvajes, y llegaría un día en que les haría beber hasta las heces la amarga copa de la humillación. Además, él tenía mucho que hacer en Galaad. Volvería.

De ningún modo rompería la relación que había existido entre él y los hombres de Majanaím. Ellos no le habían hecho nada, le respetaban, le guardaban amistad y debían seguir siendo sus amigos.

Organizó una fiesta de alianza, un banquete en el que Yavé en su calidad de *El-Berith*, del dios de la alianza y de la hermandad, debía participar. Fue sacrificado al dios un ternero de un año, el cadáver fue cortado en pedazos; los padres de familia que se quedaban y los jefes de las doce septurias en las que Jefté había dividido a su gente pasaron por entre los pedazos y juraron que, igual que aquel animal, deberían ser descuartizados ellos mismos si rompían la lealtad que se debían los unos a los otros.

Fue una gran fiesta. Apenas podía recordarse que jamás hubiera habido una celebración en los alrededores de Majanaím, ya fuera una boda, un banquete funerario o un esquileo, en el que se hubiera comido y bebido como en aquella gran fiesta de la alianza y de despedida de los «errantes». Veinte medidas de harina fina, cuatro veces la medida habitual, se utilizaron para cocer pasteles; además del ternero de un año, fue sacrificado un ternero cebado e innumerables cabritos y corderos. De aquellos que partían con Jefté, cada uno recibió en su plato un pedazo de lomo y el rabo de un cabrito, además dos cuencos de vino, y por último un cuenco de *scheker*.

El día después de este banquete, muy temprano, Jefté abandonó la ciudad de Majanaím. A instancia del viejo Tola, los que sabían hacerlo habían grabado una inscripción en la puerta de la ciudad y la habían pintado de color rojo. Solo algunos podían leerla, pero todos sabían lo que significaba: «Bendita sea tu partida, bendito sea tu regreso». Acompañado de estos deseos, Jefté se marchó a las tierras salvajes.

Él y Ketura montaban burras de pelaje claro. Jefté adelantaba la barba en medio de aquel aire diáfano, el pelo de Ketura flotaba en el ligero viento. La niña
Ja’ala
iba sentada sobre un viejo y manso animal de carga. Las septurias iban armadas, dos rebaños acompañaban a la comitiva, doce asnos muy cargados llevaban los bienes de los que se marchaban.

No, aquello en verdad no era la huida de un hombre que ha sido despojado de su posición, era la partida de un jefe hacia una gran empresa.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

La tierra de Tob, con sus espesos bosques de encinas, sus elevaciones montañosas, sus desfiladeros y salvajes arroyos, daba a Jefté y a su gente seguridad. Pero era una tierra inclemente, y en invierno se mostró cruel. Murieron tres mujeres y dos hombres. Una gran parte del ganado se perdió.

Algunos miembros del grupo de Jefté partieron hacia regiones más benignas. Pero la mayoría soportaron con fiereza y sin quejarse el frío, el hambre y las privaciones. También las pocas mujeres y los niños salieron airosos de la prueba. Trepaban con pie seguro por piedras mojadas por la lluvia y se movían por entre la maleza sobre un terreno resbaladizo. No sentían ningún temor ante los animales salvajes de aquellos desolados parajes. En una ocasión en que Ketura salió en busca de un cordero perdido, fue malherida por un lobo. Durante dos semanas sufrió terribles dolores. Kasja, la curandera, cuidó de ella, vertió bálsamo de Galaad —la savia de hierbas curativas mezclada con aceite— en sus heridas, las vendó. Le quedaron profundas cicatrices en el hombro y en el muslo. Ketura consideró la sangre que había tenido que derramar como un sacrificio; a partir de entonces, cuando contemplaba sus cicatrices, se sentía orgullosa y segura bajo la protección de sus dioses.

Llegó la primavera y desveló toda la belleza de aquella tierra. El agua verde y azul manaba y corría ruidosa bajando por las pendientes, fuertes vientos trajeron aromas vivificadores, en el norte resplandecía formidable la cumbre nevada del monte Hermón. Cada nuevo monte les proporcionaba una nueva vista del serpenteante río Jarmuk, que se adentraba profundamente en la extensa y ondulada región de Basán. Los hombres vagaban por allí llenos de alegre desasosiego. Las mujeres caminaban erguidas y ligeras bajo los pesados fardos que llevaban sobre la cabeza.

Aquel invierno tan duro había unido todavía más estrechamente a Jefté con su gente. Se sentaba con ellos junto al fuego, uno más entre sus iguales, se reía y bromeaba con ellos, sabía hacer sentir a cada uno que se interesaba por él de forma particular.

Con Par mantenía una íntima amistad. Le reconfortaba que aquel hombre práctico y prudente reconociera sin reservas su superioridad. También sabía apreciar la piedad de Par, que era firme y sólida, pero parca en palabras y libre de actitudes sacerdotales. Era bueno tener cerca a un hombre así, les daba derecho a la bendición de Yavé.

Necesitaban su bendición. La descarnada precariedad de la vida que llevaban conservó su dureza también durante la época calurosa del año, y se hizo todavía más dura cuando se acabaron las provisiones que habían llevado consigo. Los *Anaschim Rekim*, los salteadores, aquello en lo que se habían convertido Jefté y sus gentes, por lo general vivían de los tributos que les pagaban los poblados y los campesinos que vivían aislados, a cambio de protección ante el peligro y los ataques. Por allí tan solo había miserables campamentos con escasos pastos, y aun cuando se presentaran durante el esquileo, difícilmente podía conseguirse un tributo de más de dos o tres corderos.

A pesar de todo, el grupo de Jefté se hacía cada vez más numeroso. Llegaban hombres incluso desde la otra orilla del Jarmuk. Y es que allí reinaban la inquietud y la confusión. Cuando en el pasado los israelitas habían invadido la región, habían conquistado todo el norte, hasta Dameschek; pero con el tiempo los anteriores habitantes, los emoritas, habían reconquistado gran parte del territorio y restablecido su antiguo reino de Basán y Zoba. Algunas ciudades del país cambiaban a menudo de dueños, tan pronto las sometían

los israelitas como el rey de Basán, y cada cambio obligaba a muchos de sus habitantes a huir. Los que eran fuertes y emprendedores buscaban ser admitidos en el grupo de Jefté. Este se mostraba amistoso, pero los examinaba con detenimiento. A algunos les decía:

—La vida aquí es demasiado dura para ti, hermano mío, tendrás que padecer mucho hambre, frío y calor y difíciles caminatas, y mis oídos no soportan las quejas. Búscate un techo y un hogar y una estera donde quieras, entre nosotros los errantes no sobrevivirías.

Los emoritas que acudían a Jefté eran, en su mayoría, hombretones de considerable estatura. Cuando Jefté los veía, comprendía que los israelitas, al encontrarse por primera vez con los habitantes de Basán, los hubieran llamado

refa'im

, gigantes, y para él era una satisfacción que hombres tan aguerridos quisieran unirse a él. Pero para ello había un inconveniente. El grupo se mantenía unido gracias a la fe en Yavé, y esos hombres eran fieles al Baal de Basán, un dios con forma de toro alado, y a su esposa Astarté. Jefté toleraba que siguieran conservando a sus antiguos dioses, pero debían reconocer a Yavé como Dios supremo. Algunos se negaban a aceptar esta condición. Pero la mayoría estaban dispuestos a establecer una alianza con el dios que tenía un jefe de los ejércitos tan fuerte. Aceptaban una paga, ofrecían a Yavé un cordero, tomaban un cuenco de vino en el que se mezclaba la sangre del cordero, y a partir de entonces eran guerreros de Yavé y de Jefté.

Este, a pesar de toda su camaradería, mantenía una estricta disciplina. Quien actuaba en contra de sus indicaciones era expulsado de su grupo y de la tierra de Tob. Sucedía, a veces, que Jefté se dejaba llevar por súbitos y terribles estallidos de ira —lo había heredado de su padre—, y lo que decía en medio de su ira, ya fuera justo o injusto, era válido. En una ocasión, cuando su cuñado Par se lo reprochó, Jefté le replicó huraño que el grupo debía aceptar a su jefe tal y como era.

—¿Acaso nosotros —dijo con maliciosa picardía—, tú y yo, y toda la tierra de Israel, no debemos aceptar a Yavé tal y como es, con su ánimo mudable, tan pronto benevolente como terrible?

Par quedó anonadado al oír palabras tan blasfemas.

Ahora que la primavera había llegado con todo su apogeo, Jefté se sentía impulsado a vagabundear como los demás. Le gustaba caminar solo y dejar vagar sus pensamientos.

A menudo se acordaba de aquella conversación que había sostenido con el sacerdote Abijam, en la Tienda de Yavé. Abijam no era su enemigo, pero tampoco su amigo, le había perjudicado y tendría que pagarlo. Sin embargo, todo cuanto había dicho el sacerdote en aquella ocasión se había grabado en la mente de Jefté y sus palabras seguían aguijoneándolo.

Lo seducía poderosamente la idea de unificar todo el Israel, al este del Jordán. Pero ¿cómo lo había imaginado Abijam? Ni en sus mejores años había podido poner a la disposición de su padre Galad más que los guerreros de su propia tribu.

¿Cómo podría un solo hombre conseguir movilizar a los *adirim* de todas las tribus y estirpes del este? Un juez y cabecilla así debería haber demostrado antes con sus hazañas que era capaz de tirar de los pelos de las duras cabezas de los rebeldes. Si conseguía hacerlo, no tendría la menor dificultad en disponer de un ejército de quince, quizá de veinte milicias y el poder de esas milicias incrementaría el suyo. Le pertenecerían como su mano o su pie, formarían parte de él, su propia fuerza se multiplicaría por millares.

Seguía soñando. Se vio visitando a los diferentes *adirim*, a lomos de su cabalgadura. Hablaba amigablemente con ellos, intentando convencerlos, amenazándoles, mandando a sus guerreros a buscarlos. Cerró los ojos y los vio reunirse en los llanos de Mizpeh. Vio los miles de tiendas, aquella gigantesca ciudad de tiendas y a los hombres armados. Y era él quien los conducía, era a él a quien pertenecían.

Con un gran esfuerzo sacudió lejos de sí todos estos sueños.

Recorrió toda la tierra de Tob de arriba abajo durante esa primavera. Cada cima lo incitaba a conquistarla. Y una vez arriba, se erguía iluminado por el sol, corpulento y poderoso, sobre la cumbre desnuda y bajo un cielo vacío. Devoraba con la mirada aquellas vastedades que se extendían a su alrededor. La llamaban la tierra Tob, «la buena tierra», la llamaban así con sarcasmo porque era tan miserable y árida. Pero era una buena tierra, el hombre adecuado podía sacar mucho provecho de ella. Adelantó la barbilla con la corta barba hacia el vacío. Se rio con sus labios rojos y sus dientes blancos, levantando el rostro hacia arriba, hacia la lejana y nevada cumbre del Hermón.

2

ENTRE los emoritas de Jefté se encontraba un tal Nusu, un hombretón de extraordinaria estatura e inusual fuerza, pero corto de luces. A Jefté lo atraía la mezcla de simpleza y llaneza, de ingenuidad y malicia que había en aquel hombre; y además celebraba con alborozo la llegada de cada emorita. Nusu hablaba poco, además su lengua, el ugarit, aunque se parecía al hebreo, no siempre resultaba fácil de comprender. Al principio, los demás trataron de hacerlo salir de su apatía mental; pero como no lo consiguieron, y, por lo demás, cumplía con diligencia aquello que se le encargaba, lo dejaron en paz.

Un día hubo una pelea entre las gentes de Jefté y algunos pastores del poblado de Sukkot-Kaleb. La causa de la discusión era un pobre lugar de pasto, y los pastores, sin duda alguna, tenían razón. Pero las gentes de Jefté se obstinaron, y de pronto aquel descomunal emorita, Nusu, lanzó un ronco y violento grito:

—¡*Hedád*!, ¡*hedád*! —gritó, invocando a su dios de la guerra, y con el puño cerrado golpeó de forma atroz el cráneo del pastor que tenía más cerca. También los otros gritaron ahora ¡*hedád*! y cayeron sobre los pastores. Estos huyeron, dos quedaron tendidos en el suelo bajo los tremendos golpes de Nusu. Las gentes de Jefté, con Nusu siempre a la cabeza, persiguieron a los que huían, tomaron el poblado de Sukkot-Kaleb, forzaron a las mujeres, desvalijaron las tiendas, había poco que desvalijar.

Todo aquello no duró mucho rato, y cuando terminó, los hombres no sabían muy bien por qué lo habían hecho. ¿Qué le había pasado de repente a aquel necio de Nusu, y por qué lo habían seguido? Temieron la ira de su jefe. Pero Jefté no les recriminó. Comprendió. Cada vez resultaba más difícil en las tierras salvajes conseguir carne, harina, tiendas, esteras y ropas para aquel grupo cada vez más numeroso, y las gentes se inquietaban, y aunque él se dominaba y esperaba con calma a que le llegaran la inspiración y el momento adecuados, comprendía que las ansias de actividad de los demás debían desfogarse de algún modo.

Pero a partir de ese día el emorita Nusu adoptó una actitud sediciosa. Al parecer, la vida tranquila en el campamento de Jefté le resultaba decepcionante, y puesto que su jefe, después del asalto a la aldea de los pastores, no le hizo ningún reproche, se sintió justificado en su impaciencia. Una noche, cuando estaban sentados alrededor del fuego, y de nuevo no había nada que comer más que tortas de pan ázimo, preguntó enojado si debían seguir tolerando a un jefe tan débil. Uno dijo:

—Por lo visto crees que el larguirucho Nusu sería mejor jefe.

Nusu asintió con la enorme cabeza y contestó pensativo:

—No digo que no.

Pero apenas lo hubo dicho, Par se abalanzó sobre él; aquel hombre de poca estatura, grueso y corpulento, cayó sobre el gigante, sobre el hombretón, saltó sobre él y rodeó su garganta de un modo tan inesperado que el otro no pudo defenderse y pronto quedó tendido en el suelo, sin aliento y sin moverse.

Fueron en busca de Jefté, le contaron lo sucedido. Este contempló a aquel hombretón, fuerte como un árbol, caído sin sentido y de pronto se rio a carcajadas. Luego —era evidente que estaba de buen humor— ordenó que hicieran venir a Kasja, la curandera, para que prodigara sus cuidados a Nusu; pero que en cuanto este hubiera recuperado de algún modo los sentidos, debían decirle que se marchara a toda prisa de la tierra de Tob.

—Dadle un par de tortas de pan y dátiles —añadió generoso.

Los hombres se sorprendieron ante el alborozo de Jefté. Pero lo que pasaba es que había tenido la inspiración que estaba esperando desde hacía tanto tiempo. Porque en cuanto vio al emorita tumbado en el suelo, reducido a un enorme pedazo de carne sin aliento, se había dicho: puesto que su valiente cuñado Par había conseguido sin dificultad vencer a aquel hombretón, ¿por qué debería resultarle más difícil a él, a Jefté, caer de una vez sobre las gentes de Basán? Recordó una famosa hazaña de los israelitas, que su padre le había contado a menudo: de cómo durante la gran expedición de guerra, cuando los israelitas conquistaron los territorios al este del Jordán, derrotaron a Og, el rey de Basán, el más gigantesco de los gigantes, con todo su ejército, de modo que de este rey Og no quedaron más que las canciones que relataban su derrota y su gigantesca cama de hierro negro que todavía podía verse en Rabat-Ammón.

En eso, pues, pensaba Jefté, y su inspiración se convirtió en un plan y en una firme decisión.

Mandó a tres de sus hombres hacia el norte, cruzando el río Jarmuk, a las tierras de Basán, a la ciudad de Afek, que no era grande, pero sí muy rica. Iban vestidos de forma que no llamaran la atención, fingiendo ser pastores, compraron lo que necesitaban, y luego acudieron a las prostitutas de la ciudad para disfrutar de una buena noche. Mientras tanto, Jefté, con ciento veinte hombres escogidos, cruzó el Jarmuk; poco después de medianoche, los que habían sido enviados como avanzadilla les abrieron las puertas de la ciudad, y por la mañana Jefté estaba en la plaza del mercado de la ciudad de Afek, rodeado de sus hombres armados, y ante él se encontraban consternados y desvalidos los ancianos de la ciudad. La mayoría de sus

habitantes eran israelitas, gentes de la estirpe de
Ja'ir
de la tribu de Manasés, pero también había muchos que eran descendientes de emoritas y seguidores del poderoso Baal de Basán, el dios con forma de toro alado. Jefté dijo a los ancianos:

—He sido informado de que os amenaza un gran peligro. El rey Abir de Basán, que acaba de arrebatarnos los territorios de Argob, también ha puesto sus ojos sobre vuestra rica ciudad. Por eso he venido. Quiero protegeros. He traído algunas de mis septurias para que veáis que puedo hacerlo. Estarán siempre a vuestra disposición cuando las necesitéis. Creo que sabréis valorarlo pagando un elevado impuesto de protección.

¡Cómo les habría gustado a los ancianos echarle por las armas de la ciudad! Pero habían oído hablar del ataque a la aldea de Sukkot-Kaleb, y ese Jefté no parecía un hombre que se andara con contemplaciones. Consultaron entre sí con rostros pensativos, los corazones sobrecogidos de espanto. Quizá fuera posible mandar mensajeros a las más próximas ciudades amigas para conseguir apoyo y echar por la fuerza al asaltante. Sobre todo había que ganar tiempo. Le dijeron a Jefté:

—Quédate esta noche, hermano nuestro, Jefté, hijo de Galad, y mañana te daremos la respuesta.

Pero Jefté dijo jovial:

—Nada mas lejos de mi intención, oh, barbudos. No quiero ser para vosotros una carga, ni siquiera por una sola noche.

Entonces ellos suspiraron y preguntaron:

—¿Qué cantidad te parecería justa como impuesto de protección, Jefté, hermano nuestro?

Jefté dijo:

—Seis mil siclos de plata al año, y el acuerdo tendrá una validez de dos años.

Los ancianos palidecieron bajo sus barbas y dijeron:

—¿No es un impuesto de protección muy elevado para una ciudad pequeña como la nuestra?

Jefté contestó cortés:

—No seáis modestos, hermanos míos. Sois muy famosos por los productos de vuestra artesanía y por vuestras riquezas. También son muchas las caravanas que llegan hasta vosotros y os pagan un buen tributo por vuestras ricas aguas. Una ciudad así debe ser defendida con fuerza y con prudencia.

A eso respondieron ellos:

—Sea como tú propones. Pero reunir tantos siclos requiere tiempo. Te daremos dos mil siclos ahora mismo, más dentro de seis meses y el resto transcurrido un año.

Jefté repuso:

—De nuevo habláis con demasiada modestia. Hombres que llevan sobre sus cuerpos vestiduras tan dignas y costosas, con toda seguridad tiene unos cuantos miles de siclos en sus arcones. Pero si realmente os llegara a faltar una parte, mandad un hombre a la ciudad más próxima para pedir prestada la plata. Mientras él no esté de regreso, cerraré las puertas de la ciudad y cuando se acerque un enemigo, venga de donde venga, lucharemos todos juntos, y aquellos para quienes Yavé así lo haya establecido descenderán al interior de la tierra.

Ellos suspiraron de nuevo y dijeron:

—Bien, intentaremos pagarlo todo de inmediato.

Y Jefté respondió:

—Habéis hablado con sabiduría, hermanos míos. Celebremos una fiesta de la alianza e invitemos a ella al dios Yavé, y si hay algunos entre vosotros que quieran invitar también al Baal de Basán, no tengo nada que objetar.

De esta manera Jefté se convirtió en el protector de la ciudad de Afek.

Y antes de que los hombres de Afek se hubieran recuperado del todo, penetró en una segunda ciudad, cuyo nombre era Golan, y luego en una tercera, cuyo nombre era Geschur, y también obligó a estas ciudades a establecer con él una alianza parecida.

Su fama y el temor que inspiraba crecían.

No muy lejos de los límites de la tierra de Tob pasaba la Gran Ruta de comercio, la ruta del Faraón. Jefté y sus gentes se dejaron ver varias veces en las proximidades de las caravanas y las acompañaron durante un trecho del camino, llenando a los comerciantes y a los guardias que los escoltaban de una temerosa expectación. Pero Jefté no necesitaba hacer uso de la violencia y pagaba las mercancías que elegía. Pero exigía de los príncipes de las ciudades del norte —a quienes las caravanas pagaban el impuesto de protección— que le dieran a él una parte del impuesto; porque desde el río Jarmuk hasta el río Jabok no había nadie si no él que pudiera proteger de forma efectiva a las caravanas.

Las ciudades se sometieron, y el poder de Jefté creció.

Pero no permitió que el éxito le hiciera abandonar la seguridad de sus tierras montañosas de Tob. Cambiaba a menudo el emplazamiento de su campamento en aquellas tierras salvajes de difícil acceso, de manera que solo sus hombres de confianza lo conocieran. Se murmuraba que era siempre invisible y siempre estaba presente; y él se cuidaba de alimentar esos rumores.

Le gustaba hacer viajes de reconocimiento al otro lado del Jarmuk, bajo nombre supuesto, vestido de forma que no llamara la atención, habitualmente en compañía de su amigo Par. Recorrían al azar las tierras de Basán. ¡Qué lástima que los emoritas hubieran reconquistado la mayor y mejor parte! ¡Qué rica era aquella tierra, qué diestros sus hombres! El Baal de Basán había arrojado a sus adoradores, como regalo, tierra negra y piedra negra desde su morada de fuego subterránea; la tierra y la piedra todavía entonces despedían humo de vez en cuando. La tierra negra era densa y fértil, los hombres de Basán extraían de ella grano, vino y aceite en abundancia. La piedra negra era sólida y buena, los hombres de Basán construían casas con ella, la mayoría de dos pisos; en el piso superior vivían los dueños, en el piso de abajo, que era como un sótano, se albergaban los criados y se guardaban las provisiones. Y por todas partes había calles, cisternas, canales, en ningún lugar carecían de agua fresca y potable. También aquel material duro y negruzco, el *barsél*, el hierro, lo había en abundancia; los carpinteros tenían hachas y sierras de hierro, los campesinos guadañas y hoces de hierro. En Galaad alguien que poseyera una herramienta como aquellas sería la admiración de todos.

¡Y qué armas tenían en las tierras de Basán!: corazas para el pecho, espinilleras, cascos, de cobre, de bronce. Jefté y Par ya habían visto antes armas de ese tipo, los amonitas y los moabitas las llevaban en la batalla, también algún hombre de Galaad había arrebatado al enemigo muerto una de esas armas. Allí, en Basán, a nadie le llamaba la atención que alguien llevara ese tipo de armas, eran instrumentos cotidianos, se podían comprar.

¡Y los carros de guerra! Estaban recubiertos de bronce, eran terribles en la batalla, eso ya lo habían comprobado durante las batallas de Galad. Jefté y Par entablaron conversación con los hombres que los atendían; estos estaban orgullosos de sus magníficos carros y dejaron que aquellos forasteros los miraran, tocaran y examinaran tanto como quisieran.

Jefté discutió con Par sobre cómo podrían proveerse de semejantes carros y armas. Estuvieron de acuerdo en que no les supondría demasiado esfuerzo equipar al grupo con buenas espadas de hierro, venablos y lanzas. Pero apoderarse de los carros, a Par le pareció un asunto difícil, sí, prácticamente imposible; porque los príncipes de las ciudades de Basán estaban muy apegados a sus carros de guerra y si intentaba arrebatárselos empleando la violencia, con toda probabilidad unirían sus ejércitos y los mandarían contra los ladrones. Jefté dijo entonces que, en ese caso, lo que tenían que hacer era comprar los carros; ¿que no podían comprarse en las tierras de Basán? Par, que administraba el tesoro del grupo, objetó que un carro costaba por lo menos seiscientos siclos, los dos caballos ciento cincuenta siclos cada uno, y ¿de dónde iba a sacar el dinero?

Jefté dijo impaciente:

—La ciudad de Afek ha pagado seis mil siclos, Golan cinco mil.

Par, con toda calma, replicó:

—De ellos hiciste repartir entre la gente nueve mil, y el resto lo he gastado yo en avituallamiento.

Reflexionó, y se animó.

—Los hombres te aprecian —dijo—, no protestarán si te muestras menos generoso.

A Jefté no le gustaba actuar con mezquindad, pero conseguir las armas para todos ellos era más importante que el beneficio particular de cada uno. Consintió que Par, al repartir el botín, se ciñera estrictamente al *mischpat*, a la costumbre de Galaad. A partir de entonces solo se repartió la mitad entre las gentes. Luego se separaba la parte de Yavé, el diezmo, y Par se ocupaba de que fuera un diezmo sustancioso. La totalidad del resto se empleaba en la adquisición de armas, sobre todo de carros de guerra.

No pasó mucho tiempo antes de que Jefté estuviera en posesión de varios de esos carros. No podían utilizarse en las tierras montañosas, Jefté los guardaba en la llanura, en sus tres ciudades en Basán. Eso le daba un buen pretexto para dejar hombres armados en las ciudades.

Se hizo evidente que sus gentes no conseguían dominar el arte de la lucha con carros de guerra. Cada carro requería tres hombres, el conductor, el guerrero y el *schalisch*, el tercero, el portador del escudo, y esta tríada debía estar fundida en una unidad como los miembros de un mismo cuerpo. Para ello se requería paciencia, pericia, un prolongado entrenamiento. Al parecer, sin las instrucciones de expertos emoritas no podrían conseguirlo.

Hacer que algún experto luchador de carro fuera desleal al rey y a los príncipes de las ciudades no fue

sencillo. Sucedía a veces que alguno de estos guerreros, a quien Par casi había ganado para su causa, vacilara ante la exigencia de tener que entrar en la alianza con Yavé; no quería encolerizar a su Baal. Pero si después era el mismo Jefté quien hablaba con él, era habitual que el guerrero se dejara convencer. El dios de ese cabecilla valiente y jovial con toda seguridad solo conducía a sus guerreros en batallas que proporcionaban fama y botín.

Cuatro años después de su partida de Galaad, Jefté era protector de tres ciudades en Basán y el cabecilla de seis centurias de hombres bien armados y entrenados para la guerra, y además dueño de nueve carros de guerra. Eligió de entre sus guerreros a los mejores, a los *giborim*, los héroes, sin hacer distinción entre israelitas y emoritas, veintiún hombres, y con ellos creó su guardia personal.

3

Con el poder de Jefté creció el peligro de que un día el rey de Basán cayera sobre él para arrebatarle de nuevo las ciudades conquistadas.

Aunque de momento había asuntos que retenían al rey Abir en el este. Se había librado hacía poco del dominio de Babel, y era de temer que el Gran Rey caería sobre él; por lo tanto, tenía que mantener unidos sus ejércitos y pasarían años antes de que pudiera emprender nada contra Jefté. Pero cuando volviera a disponer de hombres y de carros se lanzaría contra Jefté con enorme poderío.

Con preocupación, Jefté pensaba en ese momento. Habló de ello con Par. Sin el apoyo incondicional por parte de Yavé, pensaba, estarían perdidos. Pero lo cierto era que Yavé habitaba muy lejos, en el sur, en la montaña del Sinaí, de manera que no podía tener mucho poder allí, junto al río Jarmuk. Y también era cierto que el Baal de Basán habitaba muy cerca, en la montaña nevada de Hermón, y podría acudir en todo momento cuando el rey Abir atacara. Y también él, el Baal, era un dios fuerte, un dios del fuego como Yavé, y eso sin tener en cuenta que estaban a su servicio innumerables carros de guerra, más de cien, quizá incluso doscientos.

Par le reprochó que su fe fuera tan endeble. Los emoritas, cuando Israel cayó sobre su tierra, habían sido diez veces más fuertes, e Israel no había dispuesto de más armas que unos pobres arcos y venablos. Pero Yavé acudió en su ayuda, había soplado un hálito de fuego por sus narices, y los emoritas, los gigantes, junto con su rey Og y sus carros y caballos, se habían pulverizado convirtiéndose en cenizas, e Israel se había apoderado de toda la tierra, de las sesenta ciudades de Basán y Zoba, subiendo hasta Dameschek.

Eso era cierto, contestó Jefté, en aquella ocasión Yavé se había trasladado sobre su nube desde el Sinaí hasta donde estaba su pueblo, arrojando rayos y truenos. Pero desde entonces no se había vuelto a dejar ver por allí, por el norte, y había permitido que los emoritas reconquistaran de nuevo una gran parte de las tierras. Era un dios voluble, impredecible, y no era nada seguro que acudiera en ayuda de Jefté cuando el rey Abir cayera sobre él.

Ahora, el sereno Par estaba seriamente enojado:

—¡Cómo puedes hablar así! —se acaloraba—. No ha sido por capricho que el dios haya apartado su mano de los israelitas de aquí del norte, sino porque ellos se han vuelto tibios y negligentes en el cumplimiento de su servicio, y porque no luchan contra los antiguos dioses de estas tierras. No hemos creído con la suficiente firmeza en Yavé, eso es lo que pasa. Hemos dejado que la alianza con él se debilitara. Las mujeres de los emoritas son las que tienen la culpa, esas que hemos tomado sobre nuestras esteras. No hemos expulsado de sus corazones a los dioses extranjeros, los hemos dejado entrar en nuestras tiendas y en nuestras casas. Nadie lo sabe mejor que tú.

Jefté, sorprendido y enfadado, se defendió.

—¿Acaso no has tomado tú mismo a Kasja por esposa? —le preguntó. Par contestó con serenidad:

—No digas nada contra tu hermana. No hay una sierva más fiel de Yavé en todo Israel.

Jefté no siguió discutiendo. Así pues, incluso ese Par, tan confiado, sentía los mismos recelos que Abijam. La advertencia del amigo lo puso de malhumor, precisamente porque con toda probabilidad estaba justificada. Yavé no era un Dios cómodo, se irritaba con facilidad, era iracundo y celoso, quería ser adulado, exigía sin parar nuevas manifestaciones de fidelidad, juramentos, sacrificios.

Jefté resopló impaciente. No estaba hecho para servir así al dios. Y si eso era un defecto, Yavé ya lo había sabido de antemano y, a pesar de todo, no le había negado su bendición. El dios lo había aceptado tal y como era. Tendría que seguir aceptándolo como era.

Jefté sacudió lejos de sí todas sus dudas.

4

KETURA encontró en las tierras salvajes de Tob la libertad que había añorado. Allí no había ninguna Tienda de Yavé donde estuvieran encerradas solemnemente las amenazadoras tablas que establecían lo que estaba bien y lo que no, y que querían apartar a un hombre de la mujer de su costilla y de su corazón.

Allí, en las tierras salvajes, se sentía segura. Sus dioses habitaban en árboles y riachuelos, allí estaba rodeada por ellos y protegida, fuera donde fuera y se quedara donde se quedara. Su dios más importante, Milkom, era también el dios de los hijos de Basán, estos lo veneraban bajo el nombre de Baal, y el lugar donde habitaba, el monte Hermón, tampoco estaba lejos. Ketura miraba las cicatrices que le habían quedado de su lucha con el lobo; estaba contenta de haber pagado a los dioses del *tohu* su tributo y su sacrificio.

En Majanaím se había sentido aterrorizada por el sacerdote Abijam, por sus amenazas y sus tentativas, y por su dios Yavé, que, como un animal salvaje, siempre estaba a punto de saltar sobre su Jefté. Ahora había muchos ríos y montañas, muchos días de viaje entre Jefté y ese Yavé, ahora podía pensar casi con desdén en el sacerdote y en su dios.

Con odio, pensaba en Silpa y en los hermanos de Jefté que la habían declarado una mujer indigna, cuyo contacto mancillaba al hombre. Ansiaba desquitarse y sabía que Jefté compartía su deseo. No hablaban de ello, pero a veces él le sonreía, y su sonrisa era una promesa. Esperaba que llegara el momento de la humillación de aquellos engreídos con una profunda y oculta dicha anticipada.

La niña
Ja'ala
sentía en las tierras salvajes la misma profunda dicha que la madre. Ahora,
Ja'ala
tenía ya doce años, los años que había vivido en Majanaím quedaban muy lejos y olvidados en el pasado, la tierra libre de Tob, sin fronteras, era su hogar. La vida en las montañas y en los bosques había agudizado sus sentidos y la había hecho adquirir una mayor rapidez de comprensión y de decisión. Con vista certera y paso seguro andaba y trepaba por ahí, ningún esfuerzo le causaba cansancio. Tenía el porte erguido y la figura llena de donaire de la madre, también su rostro delgado y moreno, y como Ketura era fina y delicada a pesar de todo su vigor y resistencia.

Tan solo había unos pocos niños en el grupo,
Ja'ala
estaba a menudo sola. Le gustaba estar sola. Entonces hablaba y jugaba consigo misma. Tenía una viva imaginación con la que, de forma multicolor, daba vida humana a todo cuanto la rodeaba. Para ella, los árboles y los animales pensaban, cada roca le contaba su historia. Inventaba canciones que cantaba para sí, conmovida, con su voz profunda. En una ocasión, Jefté le trajo de las tierras de Basán una cítara; ella aprendió a tocarla, era feliz.

Madre e hija se sentían hermanadas con las criaturas de las tierras salvajes. Conocían el rastro de los animales, los lugares donde bebían; observaban a los animales salvajes mientras pacían, entendían el lenguaje y los movimientos de los animales. Se reían juntas, felices y ruidosas, cuando hacían algún nuevo descubrimiento.

De vez en cuando, Jefté o alguno de sus hombres se llevaba consigo a
Ja'ala
de cacería. ¡Qué dichosa y desgarradora sensación cuando el animal perseguido era tocado por la flecha o por el venablo! Y entonces podía permanecer durante largo rato, llena de dolor y, sin embargo, fascinada, ante el lazo o la trampa en la que el animal hubiera quedado atrapado.

Ketura amaba a
Ja'ala
; a menudo, cuando andaba con ella por ahí, se daba cuenta de lo unida que se sentía a ella. Pero apenas había habido entre ellas una palabra de afecto, y Ketura la dejaba crecer en las tierras salvajes sin ternuras, casi con dureza, como si fuera un muchacho.

Le habría gustado mucho educar a la hija en el respeto por Milkom y los *terafim*. Pero como esto habría

disgustado a Jefté, no se inmiscuía en la fe incondicional que
Ja'ala
tenía en el dios de Galaad. Incluso la envidiaba por esa fe, se sentía celosa, se avergonzaba ante la hija que parecía tener tan poco temor ante Yavé como el mismo Jefté. Ella, cuando
Ja'ala
preguntaba por los dioses, respondía de forma lacónica, intimidada.

Por el contrario, Jefté se expresaba ante su hija sin ningún recelo, y todo lo que había de infantil en él salía a la luz. Le contaba, grandilocuente, sus hazañas; sus batallas y aventuras se engrandecían y ramificaban y al final acababan adquiriendo la apariencia que él deseaba, tal y como le habría gustado que hubieran sido. Y cuando ella le preguntaba por los dioses, tenía siempre una respuesta. Los dioses estaban hechos de la misma materia que él mismo y los demás hombres del grupo, tenían las mismas cualidades y defectos, solo que en mucho mayor medida. Estaba bien honrarlos, pero dentro de unos límites; a los dioses les gustaba burlarse de aquel que se dejaba intimidar por ellos.

El más fuerte de todos era el dios Yavé, era el dios de los dioses, y se movía de un lado para otro en las nubes, las tempestades y el fuego. Consciente de su poder, era impredecible, todavía más voluble que los otros dioses, pero para él, para Jefté y para los suyos, aquello se convertía en una bendición. Y es que el dios Yavé había dado cabida en su poderoso corazón al pueblo de Israel, y de las muchas tribus de israelitas a la tribu de Galaad, y de entre los galaaditas al juez Galad, y de su familia a él, a Jefté. Así pues, él y ella,
Ja'ala
, no tenían por qué temer al terrible dios Yavé. Por supuesto, había que ofrecerle a menudo sacrificios y estarle agradecido por su bendición, eso era lo que él quería, eso era lo que le gustaba escuchar.

Una vez Jefté mató a un oso y comieron de su vigorosa y sabrosa carne. Jefté, mientras arrancaba grandes pedazos de carne con sus dientes fuertes y blancos, y se los metía en la boca, contó a
Ja'ala
que la fuerza del animal muerto pasaba a aquel que comía de su carne, sobre todo a aquel que había dado muerte al animal. En el dios Yavé se encontraba la fuerza de todas las criaturas a las que había dado muerte y de las que habían sido sacrificadas en su honor, que eran miles, millares y millares desde tiempos inmemoriales. Eso era lo que hacía a Yavé tan inmensamente fuerte y tan terrible en su ira, mucho más fuerte que Baal y Milkom, y por eso la tribu de Galaad, la protegida de Yavé, y su aliada, vencía sobre todos sus enemigos, ya se llamaran Ammón o Moab, Basán o Zoba, o como quisieran.

En cierta ocasión, Jefté trajo al campamento un *toof*, una especie de tambor. Los hombres se divirtieron con él; con los dedos o con bastones sacaban del instrumento un sordo sonido. Era divertido.
Ja'ala
rogó a su padre que le regalara el tambor. Se lo llevaba a los solitarios claros del bosque, practicaba, llenaba el bosque y la montaña de un fragor imponente y amenazador.

De esta manera, acompañándose del delicado sonido de su cítara y del lúgubre estruendo de su tambor, cantaba, relataba, representaba para sí historias, las fábulas de su padre y las suyas. También le contaba sus historias a su padre, y Jefté se dio cuenta, con divertido asombro, de que eran sus propias experiencias, pero, en cierto modo, eran muy diferentes. Él utilizaba siempre pocas palabras: ella encontraba palabras para expresar todo cuanto sucede en el corazón de un ser humano.

Había otro a quien
Ja'ala
permitía acceder a los secretos de su bosque de la montaña y de su corazón: el viejo Tola. Se sentaban juntos, la niña y el viejo, hablaban con vehemencia y a la vez, y solo entendían una pequeña parte de aquello que se contaban.

Tola había sido esclavo, primero en la gran ciudad de Babel, luego en Dameschek, más tarde en Rabat-Ammón; había acompañado a su dueño amonita a la batalla, había caído prisionero de Galad y compartido la mayoría de los acontecimientos de la vida del fallecido juez. Los muchos incidentes a los que había asistido, los muchos dioses a los que había venerado, las muchas personas a las que había amado y odiado se confundían en su mente, la mayor parte de las cosas que contaba apenas podía entenderse, a menudo se perdía en una mezcolanza de lenguas extranjeras. A
Ja'ala
sus historias le parecían gratamente enrevesadas y dignas de ser meditadas, las interpretaba a su manera y las incluía en sus propias historias.

Tola amaba a los animales y podía contar de ellos muchas de sus costumbres. Había participado en grandes cacerías de lobos, había seguido el rastro de las cabras salvajes en el Líbano, estaba familiarizado

con caballos y dromedarios, aquellas enormes criaturas que, ahora domesticadas y útiles, eran casi desconocidas para las tribus de los israelitas. Tola era amigo de los animales y los respetaba, también a los animales salvajes y peligrosos. Pero había un animal al que odiaba: la cigüeña. Las cigüeñas eran las criaturas en las que los seres humanos malvados se convertían después de su muerte. Las cigüeñas eran animales voraces, asesinos, que se tragaban el botín que atrapaban, ranas, peces, serpientes, con tal avidez que a menudo tenían que volver a vomitarlos, vivos todavía. Entonces clavaban sus picos de nuevo en los bichos medio muertos; también destrozaban aquello que ya no podían devorar. Su saña se volvía contra la propia especie. Tola había visto a las cigüeñas, antes de iniciar su vuelo anual, reunirse, varias veces, deliberando, graznando y emitiendo feos y roncos gritos, abalanzándose finalmente sobre tres viejas cigüeñas ancianas y débiles, destrozándolas con sus picos rojos de sangre.

—Y ya ves —concluyó—, yo soy viejo, y los años de mi vida han quedado atrás. Pero no quiero que eso me suceda,

Ja'ala

, mi nietecilla, mi paloma torcaz, que los hombres hagan conmigo como las cigüeñas. Quiero descender a la cueva sin ser despedazado. Por eso no quise quedarme donde están los hijos de Silpa, sino cerca de Jefté, mi señor y amigo. Porque el padre del hombre joven es el anciano, pero el padre del anciano es el hombre joven.

Así hablaban entre ellos, y se contaban lo que les preocupaba, y se sentían a gusto el uno cerca del otro. Y Tola lo expresó así:

—Tu presencia, hijita mía, hace tanto bien al viejo Tola como el buen sol del verano a primera hora de la mañana al hombre calvo.

5

MIENTRAS Jefté, junto con Par, las mujeres y los niños y una septuria de sus *giborim* estaba sentado comiendo, le fue anunciada la llegada de un desconocido que insistía en hablar con él al instante.

El desconocido era un hombre de baja estatura, próximo a los cincuenta años, estaba muy furioso y exigió de inmediato:

—Devuélveme a mi esclavo Dardar, que ha huido de mi casa y se ha unido a tu grupo.

Jefté siguió comiendo y dijo con calma:

—Habla como es debido, hombre. Estás en mis tierras.

El hombre dijo:

—Se le ha visto entre tu gente. Te pregunto: ¿El esclavo que se me ha escapado está contigo o no? ¿Eres acaso el protector de la chusma fugitiva?

Jefté contestó:

—Esta es mi tierra, extranjero, y no recuerdo haberte pedido que fueras mi huésped. Te lo digo por segunda vez: habla como corresponde. —Siguió comiendo con toda calma. El extranjero explicó:

—Soy de la ciudad de Golan, y compré al esclavo Dardar por ciento treinta monedas de plata de medio siclo. Los hombres de Bet-Nimra nos atacaron, los rechazamos y luego caímos sobre ellos y nos apoderamos de alrededor de doscientos, a los que hicimos esclavos. El hombre Dardar, a quien tienes entre tu gente, es mi esclavo. Me pertenece, de acuerdo con el *mischpat* de los pueblos que habitan estas tierras.

No debería haber mencionado el *mischpat*. Pero Jefté le contestó, todavía sereno:

—Esta es mi tierra de Tob. En estas montañas soy yo quien determina qué es *mischpat*, y nadie más. En cuanto a ti, vete y no sigas abusando de mi paciencia.

El extranjero permaneció allí, de pie, bajo de estatura y enfurecido, y con su voz aguda dijo:

—No me voy. No he vacilado en emprender este largo y pesado camino, mis ropas están desgarradas, como tú mismo puedes ver, he perdido mi cabalgadura, mis zapatos están destrozados y las plantas de mis pies llagadas. Quiero recuperar a mi esclavo Dardar de acuerdo con el *mischpat* de Golan. ¿No eres tú el protector de Golan? ¿Acaso no te pagamos cinco mil siclos al año, de los cuales yo pago treinta? ¡Exijo mi *mischpat*! Devuélveme a mi esclavo Dardar.

De nuevo hablaba el desventurado del *mischpat*. En nombre del *mischpat*, Silpa y los suyos habían ultrajado a Jefté. Abijam lo había amenazado en nombre del *mischpat*. ¿Se había adentrado en el *tohu* para seguir oyendo las mismas sandeces? Sintió crecer en su interior una ira terrible. Dijo:

—Por última vez, hombre: cuida tu lengua. Soy yo quien decide a quién admito en mis tierras. A los que se quedan en ellas contra mi voluntad, los trato de acuerdo con los usos de la guerra. Vosotros convertisteis en esclavos a los hombres de Bet-Nimra porque entraron en vuestra ciudad contra vuestra voluntad. Ten cuidado, hombre, que no haga yo lo mismo contigo. Porque entonces tu Dardar será tu señor y tú su esclavo. —Se levantó de un salto y gritó—: ¡Vete, ahora! ¡Y rápido!

Pero el extranjero, con su voz aguda y penetrante, le contestó gritando:

—¡*Mischpat*! ¡*Mischpat*! ¡Devuélveme a mi esclavo! ¡No me iré hasta tener de nuevo a mi esclavo en mis manos! ¡*Mischpat*!

Jefté, con aspereza, con la voz ronca, pero sin gritar, dijo:

—Se lo he advertido, por tres veces, vosotros, mis hombres y amigos, lo habéis oído. Pero él ha seguido comportándose con insolencia y desafiándome. —Se agachó y cogió una piedra—. ¡A aquel que viene a desafiarme, aquí, en mis tierras, a ese lo aniquilo! —Sopesó la piedra—. ¡Aquí tienes tu *mischpat*! —Gritó, y arrojó la piedra. Los otros se unieron a su grito y arrojaron, también ellos, piedras; esa era la costumbre contra los malhechores. El hombre se mantuvo durante un momento todavía en pie, tambaleándose, incrédulo, luego se derrumbó.

Ja'ala

, durante todo el tiempo, había estado mirando fijamente a su padre, espeluznada, con la boca entreabierta. Los ojos, en su rostro leonino, chispeaban fríos y crueles, había en ellos pequeños destellos verdes como solo aparecen en los ojos de los animales enfurecidos.

Ja'ala

lo había visto con toda claridad. Así debía ser el rostro de Yavé cuando avanzaba sobre su nube, lanzando fuego y espanto sobre los enemigos.

En la soledad del bosque, en la montaña, entonó un canto de alabanza a su padre. Él obraba al igual que Yavé en su tierra de Tob. Pero no solo sembraba la destrucción, la mayoría del tiempo era indulgente y alegre. Yavé fulminaba y aniquilaba, y los hombres le honraban y le temían. También su padre fulminaba y aniquilaba, pero además él podía hacer otra cosa: podía reírse de un modo formidable, y quien lo oía no podía evitar reírse con él y amarlo.

6

JEFTÉ estaba satisfecho de sí mismo. Pero supuso que el reflexivo Par desaprobaría su arrebato. Pero el amigo le dio la razón.

—¿Adónde irías a parar, Jefté —dijo—, si cualquiera que creyera tener algún derecho sobre alguno de tus hombres viniera a reclamártelo? —Y le explicó—: El *mischpat* debe existir en las ciudades y en los asentamientos, donde el derecho de uno siempre choca con el de otro. Pero por eso estamos aquí, porque queremos ser libres del *mischpat*. Esta tierra de Tob te la ha dado Yavé a ti. Aquí no hay ninguna ley válida, más que la tuya.

»Por supuesto, en las tierras de Basán —continuó diciendo al cabo de poco rato— no iban a alegrarse precisamente cuando supieran el destino que había corrido ese hombre de Golan.

—¿Qué te parece —le propuso— si mandaras dos centurias a tus territorios del norte?

Jefté reflexionó:

—Podría prescindir de dos centurias. Pero no creo que un número tan escaso de hombres pueda infundir suficiente espanto en las tierras de Basán. —Luego se animó—. Esconderé a los hombres y los dividiré —decidió—. Deberán aparecer y desaparecer, deberán estar siempre allí donde menos los esperen. Entonces las dos centurias serán como un ejército entero.

Quiso conducir personalmente una expedición al norte para encontrar el escondrijo adecuado. Aquello debía ser un tranquilo viaje, más una distracción y un descanso que una expedición de guerra, y no tuvo ningún reparo en llevar consigo también a Ketura y a

Ja'ala

.

Partieron acompañados de una septuria y de dos animales de carga. El tiempo era favorable, avanzaban sin prisa, a menudo escogían el lugar donde descansar mucho antes de que cayera la noche. Efectivamente, encontraron regiones inhóspitas y despobladas, que podían servir para los objetivos de Jefté.

La niña
Ja’ala
disfrutaba de aquella caminata mucho más que los demás. Aquellas tierras habían sido habitadas desde la creación del mundo, muchos pueblos habían vivido allí, muchos dioses habían ejercido su dominio sobre ellas; en lo más profundo de las tierras salvajes se encontraban de pronto con construcciones derruidas, con restos de asentamientos humanos, con lugares sagrados abandonados.
Ja’ala
planteaba a su padre miles de preguntas y tenía muchas cosas en las que pensar e imaginar. Se metía con los hombres de la avanzadilla en la espesura, y cuando a primera hora de la tarde se detenían y plantaban la tienda, seguía vagando también sola por lugares desconocidos.

Una tarde que se había marchado así, sola, no regresó. Aquel lugar no ofrecía un particular peligro, pero, aun así, se encontraban en el bosque de la montaña, lleno de inesperados barrancos, de maleza que podía inducir a la desorientación, de abismos traicioneros, y la noche era sin luna. También había animales temibles, leones de montaña, perros salvajes. Además, se decía que merodeaban por allí *Anaschim Rekim*, gentes perdidas, fugitivos.

Llegó la mañana y no trajo de regreso a
Ja’ala
. Jefté y todos los suyos la buscaban. El día avanzaba, el rostro de Ketura adquirió un aspecto macilento, los labios apretados, los grandes ojos enloquecidos. El sol se ocultó, llegó la noche, la segunda noche. Eran escasos los lamentos, pero el miedo era grande.
Ja’ala
era la única hija de Jefté. Yavé les había negado, a él y a la amonita, el hijo varón: ¿Quería también arrebatarles a la hija?
Ja’ala
, mientras tanto, yacía desamparada entre la maleza. Para estar de regreso a tiempo, había querido abreviar el camino, se había caído desde un elevado peñasco y se había golpeado la cabeza y herido un pie. Cuando después de un breve desvanecimiento intentó levantarse, el pie que se negaba a obedecerla le dolió con tal intensidad que de nuevo quisieron abandonarla sus sentidos. Yacía con el pulso acelerado, sentía un mareo que le producía arcadas, vomitó. Era de noche, tenía frío, a través de las ramas vio algunas estrellas. Pensamientos y sentimientos medio hilvanados se mezclaban confusos en su interior. Le producía una profunda extrañeza yacer allí, doliente y desamparada. Ella era amiga de todas las criaturas, todas las criaturas eran amigas suyas, ¿dónde estaba su salvador, dónde estaba su padre, Yavé, su madre? Amaneció, a través de las ramas resplandecía un cielo inclemente, empezó a hacer calor, yacía en el suelo y estaba asqueada de sí misma, porque se había ensuciado. Estaba tan débil que su misma debilidad le producía dolor, la atormentaba la sed, su cabeza se nubló de nuevo. Llegó la segunda noche. Cuando empezó a refrescar se encontró mejor, pero ahora el hambre la corroía. Lloriqueó bajito, el hambre pasó, quiso gritar, pero no pudo. Qué lástima que no hubiera llevado consigo su tambor. ¿Moriría allí, de hambre y de sed, sola, y su carne sería devorada por los animales del bosque? Sacudió la cabeza. No, no podía imaginarse eso. Al contrario, ahora estaba convencida de que muy pronto llegaría alguien, su padre, y sonrió y cantó bajito.

Entonces algo empezó a abrirse paso entre los matorrales, algo grande, torpe. Su corazón se detuvo, se quedó rígida de espanto, tenía que ser un animal, un oso. Era un hombre, un hombre joven y alto, uno de los de
refra’im
, de los gigantes, con toda seguridad uno de aquellos hombres perdidos que tenían su morada en estas tierras salvajes. Su miedo apenas decreció, además se sintió avergonzada, porque se había ensuciado. El larguirucho se inclinó sobre ella, ella cerró los ojos, de nuevo perdió el conocimiento. El hombre intentó levantarla. El dolor la atravesó, despertó, jadeó. Una voz aguda le preguntó algo en una lengua que solo comprendía a medias. Hizo un esfuerzo por serenarse y dijo:

—Tienda —y con un gesto débil le indicó en qué dirección se encontraba la tienda. El hombre repitió:

—Tienda —e intentó, solícito, ayudarla a ponerse en pie. Ella se tambaleó. Entonces él la tomó en brazos, ella se agarró a su cuello, y él la llevó despacio, con cuidado, hacia donde ella le había indicado.

Allí estaba la tienda. ¡Qué alegría cuando tuvieron de nuevo consigo a
Ja’ala
! La madre dio de beber a su agotada y trastornada hija, le lavó el cuerpo y la cara con agua que había mezclado con vinagre. También puso yerbas y bálsamo de Galaad sobre la hinchazón del pie, y se lo vendó.

Al poco rato,
Ja’ala
se quedó dormida.

Jefté, mientras tanto, interrogaba a aquel hombre joven, tan alto, que le había devuelto a
Ja’ala
. El larguirucho tenía la piel y los ojos claros, era evidente que era un emorita. Hablaba ugarit, aquella antigua lengua que todavía se hablaba en el norte de Basán y que se parecía mucho al hebreo, pero que estaba llena de palabras pomposas que habían caído en desuso. Puesto que el desconocido, además, hablaba con timidez y torpeza, Jefté tuvo ciertas dificultades en sacar algo en claro de su relato. Había estado colocando trampas en una parte muy agreste del bosque, en la montaña, había oído apagados sollozos y encontrado a la niña muy oculta entre los matorrales. Jefté le dio las gracias de todo corazón y le rogó que fuera su huésped.

Se sentaron y comieron. Jefté preguntó al extranjero por su nombre, su lugar de origen y las circunstancias de su vida. Se llamaba Meribaal y procedía del reino de Zoba. Su familia había muerto en la guerra, él era el hijo menor, fue rechazado y despreciado en aquella ciudad de piedra rodeada de murallas donde había nacido, no lo había soportado y se había marchado, buscando la libertad de las tierras salvajes. Todo esto lo contó de manera escueta y torpe. Cuando comprendió que estaba hablando con Jefté, el famoso cabecilla, se sintió tan turbado que ya solo pudo tartamudear. Pero no apartó sus ojos fascinados del rostro de su anfitrión; porque aquel era el hombre a quien había querido imitar al marcharse a las tierras salvajes.

Jefté y Ketura, después de la cena, comprobaron de nuevo cómo estaba
Ja’ala
, y luego se echaron en su estera.

Ketura no podía dormir. Le dolían las cicatrices que le había dejado aquella lucha con el lobo; la ansiosa espera de estos últimos días le había afectado mucho. Seguía sin poder comprender qué había sucedido. Las tierras salvajes, sus benditas y amadas tierras salvajes, se habían convertido de pronto en un espanto y un escarnio. Pero no, no eran las tierras salvajes, era Yavé que, iracundo, había irrumpido en su felicidad. Sin embargo, el Baal Milkom y sus dioses protectores habían acudido en su ayuda y habían enviado al hombre de Zoba. Se levantó, se acercó al lugar donde
Ja’ala
yacía dormida, tenía que convencerse con sus ojos y con sus manos de que la niña estaba allí, de que estaba viva.
Ja’ala
se despertó muy temprano, de madrugada, antes que los demás. Fue consciente de que se hallaba en la tienda de su padre y de su madre, entre las gentes a las que pertenecía. De ordinario, cuando despertaba, se levantaba de inmediato de un salto, ansiosa de actividad. Ese día se alegró de que el dolor de su pie la obligara a permanecer echada. Cerró los ojos y pensó en cómo aquel hombre tan alto la había llevado a través de las tierras salvajes. La había llevado con magnífica pericia, con gran solicitud, aunque la sujetara con fuerza. Debía de haber sido un duro recorrido, cruzando la montaña y el valle, por entre las rocas y la maleza; pero aquel camino hostil se había rendido bajo sus pies.

Jefté y Ketura hablaron con ella, nadie mencionaba de la angustia pasada, todo era alegría. Era un día claro, el aire era fresco y cálido, se sentaron ante la tienda. A ella le habría gustado saber si el extranjero todavía estaba allí. Pero le daba vergüenza preguntar. Pero allí venía él, con timidez, con tanta timidez que hasta ella se sintió turbada.

Permaneció junto a ella la mayor parte del día. Dependiendo de la posición del sol, la llevaba de un lugar a otro; a ella le gustaba estar entre sol y sombra.

Después de la comida, en la que hoy
Ja’ala
también participó, Meribaal dijo que no quería molestar por más tiempo a sus anfitriones, que les deseaba la paz y que en cuanto despuntara el día regresaría a su bosque. Jefté se dio cuenta de que le costaba un esfuerzo hablar así, percibió la consternación en el claro rostro de
Ja’ala
y preguntó a Meribaal:

—¿No querría el salvador de mi hija ser huésped en mi tierra de Tob?

El rostro de
Ja’ala

resplandeció, también en el rostro de Meribaal podía leerse una feliz conmoción. Varias veces inició una respuesta, y por fin, con lentitud, dijo:

—¿Quieres decir que podría quedarme en tu campamento?

No era eso precisamente lo que Jefté había pensado. Si este Meribaal se quedaba para siempre en el grupo, ¿no reclamaría a
Ja'ala
cuando ella creciera? Él la había encontrado en las tierras salvajes, tenía derecho a ella, era evidente que a la niña le gustaba, Jefté tendría que dársela y lo haría gustoso. Pero ese hombre joven era un emorita, se llamaba Meribaal, su mero nombre ya indicaba que pertenecía al baal de Basán. Los de Mizpeh dirían: «Mirad a ese Jefté, el hijo de la amonita, el marido de la amonita, que ahora entrega a su hija a un seguidor del baal de Basán. ¡Hicimos bien en echarlo!». Pero no permitiría que dijeran esas cosas.

Aun así, no pudo negarse a llevar consigo a Meribaal a la tierra de Tob. Allí, aquel hombre tan alto siguió siendo un extraño. Era diferente a los demás, incluso de los otros emoritas. Su figura desmadejada e inclinada hacia delante, y su aguda voz movían a risa. Por otro lado, demostró ser fuerte y listo, y sus manos eran diestras y hábiles. También demostró tener en el desierto y en el bosque un olfato extraordinario, encontraba caminos a través de la más espesa maleza y sabía muchísimo acerca de los animales de las tierras salvajes. Pero era tímido y se adaptaba con dificultad a la lengua y al modo de proceder del grupo.

Profesaba a Jefté un afecto ilimitado. Con él y con los suyos pronto fue capaz de hablar también de complicados asuntos. Era de una integridad que rayaba en la torpeza y dejaba traslucir cualquier emoción en su tosco rostro. Jefté sentía por su desmesurada espontaneidad un benevolente y disimulado desdén.

Pero esa era precisamente la cualidad que la ingenua
Ja'ala
más amaba en su salvador. Veía en él a un hermano mayor a quien podía confiárselo todo. Su pie todavía no había adquirido la ligereza de antes; se convirtió para ella en una agradable costumbre llevar consigo a Meribaal a sus solitarios claros del bosque.

A veces los acompañaba el viejo Tola. Entonces se sentaban juntos los tres, y el anciano y el hombre joven contaban historias del poderoso reino del norte que había sido su patria. Estaban de acuerdo en los nombres de los tres grandes héroes: Etana, Adapa y Tamus, pero no estaban de acuerdo en el nombre y la especie de los once monstruos que habían sido vencidos por esos héroes: dragones, serpientes aladas, moruecos del mar, hombres-escorpión, y en una ocasión, Tola, dolido, dijo en tono recriminador:

—Si el anciano tuviera la fuerza del joven y el joven la sabiduría del anciano, los hombres serían dioses. Pero tal y como son las cosas, yo soy Tola y tú Meribaal.

Habría transcurrido cerca de un mes cuando el larguirucho, en presencia de
Ja'ala
, dijo a Jefté:

—Ahora, he visto tu tierra de Tob y conozco a tus gentes, y te ruego de nuevo: acógeme en tu grupo.

Ahora Jefté debía darle una respuesta. Sus ojos fueron de Meribaal a
Ja'ala
y de nuevo a Meribaal, y dijo:

—Salvaste a mi hija, y mi corazón agradecido se complace en ti. Pero mi grupo guarda fidelidad a la alianza de Yavé, y ¿acaso tu Baal no luchó en la guerra contra Yavé?

El rostro del larguirucho se contrajo y reflejó un gran esfuerzo, podía verse con claridad cómo su deseo y sus reparos tiraban de él en distintas direcciones. Miró confiado el ancho rostro leonino de Jefté, eligió con esfuerzo y con torpeza sus palabras, y dijo:

—Respeto a Yavé, puesto que Jefté es su siervo. Pero no quiero renegar del Baal de Basán, que me condujo con mano firme hasta encontrar a tu hija, y a ti. Y tampoco quiero renegar de los grandes héroes del reino del norte que vencieron a los once monstruos.

A Jefté le gustaba el emorita Meribaal; le habría gustado dejar las cosas como estaban, le habría gustado dejar de importunarlo. Pero justo eso era lo que debía hacer. Con una ligera y amarga ironía, fue consciente de que ahora actuaba frente a ese hombre joven como había hecho Abijam en el pasado con él mismo.

Dijo:

—Nada mas lejos de mi intención que pretender enemistarte con tus dioses y héroes. Sigue venerándolos, pero si quieres entrar a formar parte de mi grupo, Yavé deberá ser tu dios supremo; porque él es quien nos mantiene unidos. Deberás abandonar el nombre de Meribaal. En mi grupo nadie debe llevar un nombre que lo ponga bajo la protección de un dios extranjero.

Meribaal tartamudeó:

—No debo seguir… —no pudo terminar la frase. Estaba allí de pie, fuertes emociones se manifestaban en su tosco rostro, y jadeó y guardó silencio, se quedó allí de pie, y guardó silencio.

Ja'ala

había seguido la conversación con temerosa expectación. Ahora sus ojos embelesados no se apartaban del rostro de Meribaal. Él se daba cuenta y se atormentaba, de modo que Jefté sintió compasión. Pero no podía ayudarle.

Por fin, dijo Meribaal:

—¿Y cómo voy a llamarme?

Ja'ala

suspiró aliviada, se puso a dar palmadas llena de un júbilo infantil y rogó:

—Dale un hermoso nombre, padre.

Jefté se regocijó al ver su alegría y dijo:

—Deberá llamarse Jemin. «El que está a la derecha» deberá llamarse, «el amigo de mi mano derecha». ¿Estás contenta, hija mía?

El larguirucho hinchó el pecho. Ser llamado el amigo y el ayudante de Jefté no era ninguna traición a su Baal. Y el que hasta entonces había sido Meribaal, dijo:

—Jemin, el amigo de tu mano derecha, te da las gracias, Jefté.

Se sacrificó un ternero a Yavé, se mezcló sangre de la víctima en el vino, comieron y bebieron, también Ja'ala

participó en el banquete, y Meribaal se quedó en el grupo de Jefté y se llamó Jemin.

7

KETURA se mantuvo fiel y leal a Jefté, no replicó ni una palabra cuando este le dio otro nombre a Meribaal; pero le acongojaba que este, para entrar en el grupo, hubiera tenido que renegar de Baal. Quería hacer penitencia. Quiso peregrinar hasta su dios. Este habitaba allá arriba, en el monte Hermón, en aquellas vastedades infinitas y blancas. No temería la difícil ascensión, le aseguraría al Baal su fidelidad y le pediría fuerza y consejo.

Con inocente astucia, comentó que allí estaba aquella montaña de Hermón mirando siempre burlona y orgullosa desde arriba a su Jefté. Y eso no le gustaba. Deseaba subir con él hasta aquella blancura, la blanca cima debería estar a los pies de Jefté.

Pero Jefté, a su vez, incluso cuando vivía en Galaad, siempre se había sentido atraído por la blanca y resplandeciente cumbre del monte Hermón, que podía verse desde todas partes, fuera cual fuese el lugar donde acampara. En la región de Basán le habían contado muchas cosas sorprendentes acerca del monte Hermón. En tiempos inmemoriales había habido en la cumbre un lugar sagrado dedicado a Baal. Pero Baal se había encolerizado, toda su montaña había temblado, y todas las ciudades y asentamientos que se encontraban mucho más abajo habían sido destruidas. Desde entonces, aquel lugar sagrado estaba abandonado y en ruinas, y los hombres temían subir aquella fría y blanca montaña. Se decía que aquel rey Og de Basán había osado hacerlo, y más tarde el cabecilla israelita Josué. Pero no había muchos hombres que hubieran hecho lo mismo. Porque, ¿qué podía encontrarse allá arriba que compensara tantos esfuerzos y peligros? Solo espíritus malignos y aquella blancura.

Ahora que Ketura lo animaba a subir a la montaña, Jefté se dio cuenta de inmediato que ella quería peregrinar hasta su dios. Pero su propio deseo de subir hasta allá arriba, hasta la blancura, se hacía cada vez más intenso mientras ella hablaba. Si ella quería humillarse ante el Baal de Basán, Jefté era un soldado de Yavé y se alegraba de poder demostrar al dios extranjero que no sentía temor alguno ante él. Miró a Ketura, a su esperanzado rostro, y dijo jovial:

—Lo que me propones es difícil y no tiene demasiada utilidad. Pero veo que mi Ketura lo desea de corazón, y debo reconocer que, desde que me lo has dicho, yo también.

Emprendieron aquel viaje regocijante e insensato. Solo llevaron a Jemin consigo. Había vagado durante mucho tiempo por las pendientes del Hermón, con amor y con una curiosidad nunca satisfecha, hasta muy arriba, por las nevadas alturas.

El joven emorita se había ido uniendo cada vez más estrechamente a su cabecilla y lo veneraba ahora

casi hasta la locura. Imitaba su modo de andar, su forma de hablar, cada uno de sus movimientos, adelantaba la barbilla como Jefté. No apartaba la mirada de él, ansioso por descubrir cómo prestarle mejor servicio. Incluso Ketura, a veces, tenía que reírse del empeño que ponía en ello. El hecho de poder servir de guía a aquel hombre venerado, y además conducirlo a la cumbre del monte Hermón, lo llenaba de orgullo y de felicidad.

Cruzaron el Jarmuk, atravesaron —evitando las muchas ciudades y pueblos— aquella fértil región, subieron la pendiente de la montaña cubierta de viñas; por todas partes había lugares sagrados dedicados a Baal y a Astarté.

Al tercer día llegaron al último asentamiento,
Baal-Gad
, la ciudad del dios de la fortuna Gad. Pronto empezó la blancura. Era sorprendente que la nieve llegara hasta tan abajo y que se conservara durante tanto tiempo. Caminaron sobre elevaciones cubiertas de vegetación. Había pequeñas pendientes donde crecían bosquecillos de cedros, y mucha maleza. Hicieron noche en un valle de la montaña, al que las cumbres rodeaban formando un anillo.

A partir de entonces, el camino se hizo más difícil. Desde lejos, la cumbre de la montaña tenía la apariencia de un suave manto, amplio y llano. Pero ahora descubrían que la nieve cubría grietas y abismos, que tan pronto estaba helada, dura y resbaladiza, como blanda hasta el extremo de hundirse en ella cuando menos lo esperaban. Con esfuerzo, jadeando, se abrían paso hacia arriba, a través de aquella blancura, de aquel resplandor. Ketura, que era una mujer muy fuerte, tenía que emplear todas sus fuerzas. Jemin la ayudaba de vez en cuando a salir de la nieve, la sostenía, a veces la llevaba, aquel hombre tan torpe en apariencia se revelaba delicado, ágil y diestro. Ketura le estaba agradecida. Qué bien que ese Meribaal —en sus pensamientos ella nunca lo llamaba de otra forma— fuera tan amigo de su hija. Si
Ja’ala
se convertía en la esposa del emorita, el Baal no desaparecería de su estirpe.

Cuando ya estaban muy arriba, llegaron hasta los restos, casi del todo derruidos y cubiertos de nieve, de un santuario. Jemin aconsejó pasar la noche allí; era seguro que al día siguiente alcanzarían la cumbre más alta. Se envolvieron en sus mantas y durmieron.

De madrugada, antes de que se hiciera de día, sin hacer ruido para no molestar a Ketura, Jemin despertó a Jefté y le pidió con gravedad, lleno de una alegre excitación, que lo siguiera. Hacía un frío helador, caminaron, resbalaron, treparon por en medio de matorrales nevados, luego Jemin le hizo un gesto a Jefté para que se agachara y se quedara quieto. Y entonces Jefté vio al otro lado del pequeño desfiladero, sobre un saliente, a un animal, un carnero de cuernos gigantescos, un *akko*, un macho cabrío. El animal estaba en pie, inmóvil, rígido en medio del viento, y al parecer era insensible al frío y a las inclemencias del tiempo. Durante largo rato, Jefté y Jemin permanecieron echados, escondidos, y Jefté miraba al animal que se perfilaba nítidamente en el aire cada vez más claro. Luego, sobresaltado de pronto, el carnero saltó de su roca, se deslizó por la lisa pendiente, como si flotara, Jefté no veía ningún punto de apoyo donde el animal pudiera hacer pie, se deslizó hasta hacerse invisible, tan rápido como seguro.

Regresaron. Jemin, feliz, casi parlanchín, hablaba de la vida y las costumbres del *akko*. Un carnero como aquel podía permanecer en pie, durante horas, en medio de un frío de lo más extremo, de cara al viento, se le congelaban las orejas, pero no le importaba. Eran animales extraordinariamente orgullosos, buscaban siempre las elevaciones más altas y allí se colocaban. Muchos de ellos eran héroes, semidioses, que tras su muerte habían sido convertidos en semejantes seres. Era casi imposible cazar al carnero; pero quien conseguía abatirlo, conservaba la fuerza hasta edad muy avanzada.

Jefté había oído hablar mucho de estos animales. Ahora había visto con sus propios ojos cómo el carnero permanecía en pie en sus alturas, tozudo en medio del viento. Con desprecio, Jefté pensó en las cabras que se criaban en los rebaños de Galaad, mansas y obedientes, alimentadas y protegidas. El carnero le gustaba. No le importaría después de su muerte seguir viviendo como un carnero de aquellos.

Tal y como Jemin había predicho, ese día, antes de que el sol estuviera en su cenit, alcanzaron la cumbre que durante todo el tiempo los había estado mirando desde arriba, tentadora, excitante, angustiosa. Más de una vez, en esos últimos días había habido vapores y niebla a su alrededor, pero hoy el aire estaba mágicamente claro y brillante; iluminada ante ellos se extendía muy abajo la fértil región de Basán y su duro y negro desierto de piedra, y los dos Israel, al este Galaad, al oeste Canaán.

Jefté, con su aguda y disciplinada vista, reconoció montañas y valles y ríos y ciudades. Siguió el Jordán y los muchos ríos que desembocaban en él, vio a lo lejos al sur, donde se encontraban el cielo y la tierra, el Mar Muerto, vio directamente a sus pies, a la derecha, el lago vivo y rico en peces de Queneret con sus florecientes orillas, y mucho más allá, al oeste, el agua interminable y aquello que, muy a lo lejos, al sur, se

desdibujaba era
Be'erscheba
y su desierto.

Jefté registraba todo aquello en su interior, aquella rica y multicolor infinitud. Lo que en el pasado, en la Tienda de Yavé, había sido el soplo del sacerdote y quizá también del dios, adquirió forma. Estaba ante sus ojos, visible. A sus pies, accesible. Estaba allí. Alargó los dedos, los dobló, agarrando cuanto veía, cerró los puños. Y toda aquella gigantesca extensión, con todas sus aguas que la dividían y todas sus montañas, formaba una sola unidad. Y aquel que había sido elegido para unificarlo todo, ese era él, Jefté. Ese convencimiento lo atrapó, lo llenó, lo engrandeció. Vio su objetivo. Y era magnífico, maravilloso, el objetivo de un héroe, de un hombre que en una tercera parte era dios.

Aquello no tenía sentido. Eran desvaríos que el aire de la nieve le hacía sentir con sus vapores. Un hombre como Abijam, a quien su cuerpo miserable condenaba a la inactividad, podía engañarse con brumosas bobadas como aquella. Pero un hombre capaz de luchar y de conquistar no debía perderse de aquella manera en vanas ensoñaciones.

¿Eran realmente ensoñaciones vanas? Allí estaba la tierra. Aquí estaba el hombre. Y lo que él quería hacer podía planearse y calcularse paso a paso. Se había apoderado de Afek y Geschur y Golan. Sometería a más territorios de Basán y consolidaría su reino en el norte. Luego cruzaría el Jabok y se sentaría en el sitial de juez de Galaad —siempre paso a paso—, unificando el reino del norte y el Israel del este. Después cruzaría el Jordán y obligaría a fundirse en uno solo aquello que estaba dividido. Y entonces el Juez en Israel no tendría nada que envidiar al Faraón, ni al rey de Babel, que se llamaba a sí mismo Rey de Reyes.

¡Desvaríos! ¡Vanidad! ¿Pero cuántas cosas reales habían sido primero una locura? En Mizpeh y en Majanaím habría sido una locura que hubiera querido escalar el monte Hermón: y ahora él, Jefté, el hijo de Galad, estaba sobre el techo de la casa en la que habitaba el dios de Basán, y podía abarcar con la mirada todo Israel, y calculaba y alargaba los dedos para cogerlo.

Se irguió, rodeado del fuerte viento, echó hacia delante la cabeza con la corta barba cuadrada, en medio de aquella pura y fresca claridad, se rio fuerte, a carcajadas.

Por la noche —hacía frío, Ketura bajo las mantas se apretujaba contra él—, y a pesar del cansancio de aquel día tan duro, no podía dormir. Al cabo de un rato, Ketura preguntó:

—¿No duermes, Jefté? —Y en voz baja y triunfal le dijo—: Sé por qué no duermes. Y también sé por qué te has reído. Yo también me he reído en mi corazón. También yo me he dado cuenta de cómo el Baal, en el interior de su montaña, nos saludaba y nos ofrecía su hospitalidad. Nos aprecia. Te aprecia. Y si el Yavé de ese sacerdote no te ayuda, entonces acudirá el Baal desde su montaña para ayudarte.

Jefté la estrechó con más fuerza. Estaba asombrado de lo poco que ella sabía de él. Él era el soldado de Yavé, no de Baal. No quería la ayuda del dios extranjero. Su frontera no era el río Jarmuk, donde terminaba el poder de Baal: le había sido destinada la tierra hasta su extremo inferior, donde empezaba el desierto del Sinaí, toda la tierra del Jordán, la tierra de Yavé. Tenía la bendición y la protección de Yavé. Por eso el baal de Basán no se había atrevido a moverse cuando él, Jefté, estaba sobre el tejado de su casa, sobre su cabeza.

8

DURANTE el quinto año de su estancia en las tierras salvajes Jefté tomó la ciudad de Ramot-Basán y todos sus campos.

Y aunque ahora su dominio al norte del Jarmuk abarcaba cuatro ciudades, siguió quedándose en las tierras salvajes, un hombre errante; su hogar era su tienda de nómada. Solo sus *giborim*, los veintiún hombres de su guardia personal, sabían con exactitud dónde se hallaba.

En la primavera del año siguiente tomó la ciudad de Sukkot-Basán. Los numerosos emoritas que vivían en la ciudad opusieron una feroz resistencia. Jefté fue herido de gravedad en el hombro. Estaba irritado. Quizá esta herida fuera una perfidia del dios Baal que era más poderoso allí, en el norte. Quizá fuera también una advertencia de Yavé: ¿Acaso Par no le había advertido? Pero viniera de quien viniera el castigo, de Baal o de Yavé, Jefté se rebeló contra él. No dio importancia a la herida, regresó a la tierra de Tob.

Ardía de fiebre cuando llegó a su tienda. Kasja, la curandera, cuidó de él con preocupación. Insistió en que debía recuperar fuerzas y descansar, en la tienda o al aire libre. Y allí estaba él sentado sin hacer nada,

atónito y enojado.

Los suyos estaban pendientes de él en todo momento, la mujer y la hija, Par, Kasja y Jemin. Jefté protestaba, casi había llegado el verano y ¡todavía quedaba tanto por hacer antes del invierno! Par lo consolaba:

—Quedan más de doscientos días, Jefté.

Jefté, no sin sarcasmo, le preguntó:

—¿Es qué sabes con exactitud lo que quiero hacer este verano?

Par, sonrojándose al tener que hablar delante de los demás, repuso:

—Me imagino que quieres tomar todavía la ciudad y la comarca de
Ma'aka
, para que tu Basán abarque una zona circular y cerrada y puedas protegerla mejor contra el rey Abir.

Jefté, ahora casi divertido, dijo:

—Has acertado, listo. Voy a apoderarme de la ciudad de
Ma'aka
y también de la ciudad y de la comarca de Rechop. Entonces tendremos siete comarcas, es una buena cifra.

Kasja, como si Jefté no estuviera allí, habló dirigiéndose a su esposo, ignorando a Jefté:

—Lo más probable es que quiera unificar todo el Basán del oeste y ser el padre y fundador de una tribu, la tribu de Jefté.

Todos miraron a Jefté. Este se rio y dijo:

—¿Qué opinas de esto, mi querido Par? ¿Contesta a tu inteligente esposa, listo?

Par dijo:

—Con toda seguridad, llegará el día en que unirá sus siete comarcas en una sola tribu y una sola tierra de Jefté. Pero a todo eso añadirá también la tierra de Tob. Porque a los que estamos aquí no nos gusta vivir rodeados del orden y la falta de libertad que hay en las ciudades, y a Jefté menos que a ninguno. Querrá quedarse en las tierras salvajes de Tob y desde aquí juzgar y organizar sus territorios del norte. Por supuesto, también deberá vivir durante largos meses en sus ciudades. —Y prudente, anunció—: En su juventud, el hombre puede vagar y nomadear. Pero más tarde deberá quedarse tranquilo y vivir con orden.

Jefté sonrió malicioso. ¡Qué planes tan modestos le atribuía ese Par y qué reino tan pobre!

—Muy bien —se burló—, añadiré la tierra de Tob a nuestros territorios del norte. Pero solo hay dos ríos en la tierra de Tob que desembocan en el Jordán, y en la tierra de Galaad son once. ¡Imagínate, mi buen Par, también quiero anexionar además toda esa tierra de Galaad! —Se incorporó y estalló—: ¿O creéis que quiero dejar para siempre Galaad en manos de los hijos de Silpa, de esos zorros cobardes?

El rostro de Ketura se iluminó,
Ja'ala
estaba radiante, una fuerte emoción recorrió el rostro grave y ramplón del larguirucho Jemin. Incluso el reflexivo Par rogó:

—Sigue hablando, Jefté. No nos lo has dicho todo. Dinos más. Lo deseamos con toda el alma.

También Jefté se encontraba deseoso de hacerlo. Quería seguir hablando. Quería hablar de sus visiones en la cima del Hermón, de aquello que guardaba en su pecho.

—De nuevo tienes razón, mi querido Par —dijo—. Basán, Tob y Galaad, todo eso sigue siendo demasiado poco. También los otros deberán entrar a formar parte de mi Israel, todas las tribus al este del Jordán, los hombres de
Re'uben
y Gad y Manasés, y también los emoritas que haya entre ellos. Todo eso deberá ser una sola cosa. No solo unido por débiles ataduras, sino unificado. —Se había levantado, estaba en pie como estuvo sobre la cima del monte Hermón, mirando a lo lejos, alargó los brazos y anunció su objetivo final—: Y entonces cruzaremos el Jordán y añadiremos al Israel de Canaán, el Israel del este. Deberá ser un gran reino, desde Dan hasta
Be'erscheba
, desde las grandes aguas del oeste hasta los desiertos de Ammón y Moab: un solo reino de Israel.
Ja'ala
no pudo contenerse. Exclamó llena de júbilo:

—¡Toda la fuerza a mi padre Jefté! ¡Toda la fuerza a Jefté, el hijo de Galad!

Pero la horrorizada Kasja advirtió:

—No hables tan alto, Jefté, hermano mío. Detrás de cada árbol y de cada peñasco acechan espíritus malignos, y se reúnen de manera particular junto a un enfermo, y dirigen sus artimañas con especial

empeño contra los fuertes y orgullosos.

Pero los demás no la escucharon, estaban entusiasmados por las palabras de Jefté, e incluso en la rigurosa voz de Par había algo parecido al entusiasmo cuando dijo:

—Reunir a todas las tribus de Israel en un solo pueblo, al altanero Efraím, al rebelde Benjamín, al dubitativo Galaad: ese es el proyecto de un gran juez y de un héroe. Ahí se ve que Yavé ha insuflado en tu pecho un viento tempestuoso.

A Jefté lo llenó de dicha que sus palabras hubieran exaltado incluso al desapasionado Par. Pero de forma súbita y glacial fue consciente de que lo que había dicho no era muy diferente de la brumosa palabrería con la que, en el pasado, el sacerdote había intentado aturdirlo. Pero al instante, con violencia, se libró de aquella angustia. Él había visto la tierra, la tierra una e indivisible. Desde la cumbre del monte Hermón la había visto. Estaba a su alcance. Él había alargado la mano para cogerla. Lo que él sentía, quería y expresaba con palabras era tan diferente de la palabrería de Abijam como la encina de su semilla.

Tenía que aclarar eso a los demás. Se avergonzaba de la exaltación con que había hablado.

—Esto no es el grandioso anuncio de un *nabi*, de un profeta y un obseso —dijo—. No pretendo atrapar al viento. Lo he pensado todo con detalle. Tomaré
Ma'aka
y así aseguraré todo Basán. Solo entonces cruzaré el Jabok. Y aseguraré todo Galaad. Solo entonces cruzaré el Jordán.

Se sentó sobre su estera, levantó el hombro herido, soportó el dolor y dijo casi malhumorado:

—Bien, ahora ya lo sabéis. Hasta ahora solo se lo había contado a los árboles del bosque. Y ahora olvidadlo rápido y volved a pensar en ello solo cuando crucemos el Jabok.

9

SILPA y sus hijos supusieron que la mayoría de lo que la gente contaba acerca de las hazañas de Jefté y de su buena fortuna eran habladurías y fabulaciones. Pero una cosa era cierta: el bastardo no había perecido en sus tierras salvajes, prosperaba y expandía sus dominios, con mano atrevida tomaba cuanto había a su alrededor, poseía tierras, guerreros, carros de guerra, poder.

Silpa, a pesar de su amarga decepción, no renunciaba a la esperanza de que Yavé acabara por derribar y aplastar a la prole de Lewana.

Al orgulloso Gadiel apenas lo enojaban los éxitos de Jefté. Pero le envidiaba aquella vida de aventura, sin ataduras, en las tierras salvajes. En su propio interior se agitaban los recuerdos de la vida nómada de los antepasados; anhelaba un cambio, vagar y nomadear, la libertad de la estepa.

El reflexivo Jelek no dejaba que la feliz trayectoria de Jefté lo sacara de sus casillas. Que el bastardo guerreara y venciera con tanto esplendor como quisiera, mientras lo hiciera allá lejos, allá arriba, al otro lado del río Jarmuk. Si se hubiera quedado en la región, a la vista de todos, aquellos que no apreciaban a los hijos de Silpa les reprocharían constantemente que sus intrigas hubieran destruido al hermano. Ahora que se había marchado, podían disfrutar en paz de las hermosas posesiones de Majanaím. Él, Jelek, obtenía una particular satisfacción con ello. Puesto que a la madre y a los hermanos les importaba más el buen nombre de la estirpe que su patrimonio, le habían nombrado administrador de toda la herencia, y él se dedicaba gustoso a esa difícil tarea. Con gran celo, recorría las tierras a lomos de su cabalgadura, inspeccionaba las casas, los campos, las viñas, los olivares, los rebaños, que se hallaban dispersos por todas partes. Organizaba, mejoraba, multiplicaba. Hacía reformas en las casas y construía pisos encima de ellas, excavaba canales y cisternas, examinaba el suelo y daba instrucciones acerca de qué debía sembrarse y qué no. Introdujo carneros de las llanuras de
Jesre'el
y toros de Maschan. Compró útiles y herramientas a los comerciantes nómadas y las repartió. Los campos y los rebaños prosperaban, el sol y la lluvia llegaban en el momento adecuado. Con corazón alegre, cada vez que llegaba la luna nueva, Jelek calculaba cuál era la magnitud y la riqueza de su patrimonio, y daba las gracias a Yavé, porque lo multiplicaba.

Samgar, el más joven, solía reflexionar, una y otra vez, acerca del destino de Jefté. Le horrorizaba su impiedad, pero, a pesar de todo, se sentía atraído por aquel hombre tan peculiar. Él, Samgar, el metódico, el pacífico, no podía imaginar nada más duro que una vida en el desierto y en las tierras salvajes, y estaba

convencido de que Yavé había confundido el buen sentido del hermano que voluntariamente llevaba una vida como aquella. ¿Pero por qué, entonces, el dios le había concedido justo a él, al renegado, reconquistar las ciudades perdidas del norte? Era evidente que Yavé todavía tenía algunos planes con el hombre a quien a la vez bendecía y golpeaba con porfía.

También el sacerdote Abijam suponía que Yavé tenía previsto algo especial para Jefté. Él, Abijam, había malinterpretado entonces el mensaje del *urim* y el *tumim*. La prueba a que había querido someter a Jefté había sido humana, poco inteligente; al parecer, Yavé quería probar al hombre de una manera muy diferente. Pero al menos, las duras palabra que él, Abijam, había escogido, habían producido su efecto: aquel hombre joven, a pesar de toda la amargura que sentía por la supuesta injusticia que se había cometido con él, no había corrido a unirse a las tiendas de los amonitas de entre los cuales procedía su mujer, si no que, a pesar de su indomable naturaleza, había permanecido fiel a Yavé y a la tribu de Galaad. No, Abijam no daba por perdido a aquel hombre indoblegable. Claro que a menudo le atormentaba aquella larga espera. Porque era viejo, cada año podía ser el último, y la mayor parte de su vida había sido una espera.

Los hombres de Galaad hablaban mucho de las hazañas de Jefté, y se acordaban de él con nostalgia. Pero no se atrevían a hacer nada contra los hijos de Silpa. Porque al pueblo de Galaad las cosas le iban bien bajo la buena gestión de Jelek. Muchos vivían mejor que en vida del viejo juez, se alimentaban mejor, tenían mejores utensilios para la casa y mejores herramientas. Pero su satisfacción iba unida a las quejas. ¿Cuánto tiempo duraría la paz? ¿Y no deberían nombrar un jefe que protegiera al pueblo de los ataques de Ammón? Una y otra vez, los ancianos hablaban de que habría que elegir un nuevo juez. Pero lo decían sin entusiasmo. El nombre de Jefté, en el que todos pensaban, seguía sin pronunciarse, y en Galaad no había nadie a quien pudieran saludar llamándolo con respeto y convicción «*Ischi Schofet* — Mi Señor Juez». Así que en cada una de las ciudades los barbudos se reunían y desempeñaban esas funciones y juzgaban tan bien como podían, y si el caso era demasiado difícil se dirigían al sacerdote Abijam, a la mujer Silpa o incluso también a Jelek. El sitial de piedra del juez, junto a la puerta de Mizpeh, seguía vacío.

Y así permaneció durante cuatro años, y también durante el quinto, y a lo largo de todos aquellos años, en las fronteras desprotegidas y poco definidas, se mantenía al acecho el astuto y enérgico rey Nachasch, de Ammón. Pero durante el sexto año, las incursiones de los amonitas se multiplicaron. En muchos lugares de Galaad los campos y las viñas fueron destruidos, los rebaños dispersados, los pueblos saqueados. Y no había ningún juez, ninguna mano firme que pudiera oponerse al enemigo. El miedo y la amargura se arrastraron por todo el país y en todas partes los hombres se acordaron de Jefté. Los ciudadanos en sus casas, los campesinos en sus cabañas, los pastores junto a sus fogatas contaban sus hazañas, hablaban de sus ciudades, de sus tropas, de sus carros de guerra.

Abijam y Silpa reconocieron que el sitial del juez no podía permanecer vacío durante más tiempo. Ambos se habían acostumbrado a la visión de ese sitial de piedra vacío. En lo más profundo de su interior ambos deseaban que el sitial permaneciera vacío. Silpa, en su calidad de madre y cabeza de tribu, se había sentido como una sucesora de aquellas mujeres que habían conducido a Israel en todos los tiempos. Abijam, por su parte, se había considerado el juez secreto que, desde la Tienda de Yavé y sin que ella lo supiera, también manejaba a Silpa.

Pero ahora ya no se podía seguir aplazando la elección de un nuevo juez.

Invitaron a Gadiel a ocupar ese puesto. Ahora que la región podía estar segura de que se produciría un gran ataque por parte de los amonitas, él, el guerrero, era el jefe adecuado. Pero Gadiel se negó. Por supuesto, él era un guerrero, pero no era el hombre adecuado para ser jefe de los ejércitos, y menos todavía juez.

—No temo a la muerte en la batalla —explicó—, pero no quiero morir como jefe de los ejércitos. Cuando un simple guerrero cae o incluso el jefe de una milicia, sus antepasados, bajo la tierra, lo acogen con amor, y el dios Yavé le permite seguir tomando parte en las batallas de su tribu. Pero el jefe de los ejércitos es quien asume la responsabilidad, y si pierdo la batalla no volveré a tener ni una sola hora buena cuando esté muerto.

También Jelek rechazó, cortés y decidido.

Tan solo quedaba Samgar de la estirpe de Galad.

Abijam, cuando lo pensó, se sintió angustiado. Samgar sería arcilla en sus manos, y el sacerdote temía utilizar quizá aquella circunstancia más para satisfacer su propio afán de poder que en favor del bienestar de la tribu y de la gloria de Yavé. Era ambicioso y quería realizar todavía algunas proezas antes de descender a la cueva; quizá se dejaría influir y haría cosas que pudieran ser perjudiciales para Israel. Pero por más empeño que pusiera en buscar a quién poder nombrar, no quedaba otro fuera de Samgar. Estaba

claro que era voluntad de Yavé que la tribu lo nombrara juez. El sacerdote se resignó.

Pero quien se resistió fue Samgar. Los otros quisieron hacerle comprender que él, como hombre piadoso y justo, era el más adecuado de entre los hijos de Galad. Samgar repuso que, precisamente porque era piadoso, conocía muy bien sus pocos merecimientos y no conseguiría tener la suficiente confianza en sí mismo ni la energía necesarias para dar órdenes a otros. El sacerdote le prometió la ayuda de Yavé. Samgar buscaba pretextos y contestaba con evasivas, permanecía allí sentado, sintiéndose desdichado, sin ser lo bastante fuerte ni para aceptar ni para rechazar el cargo.

Abijam encontró una salida. Propuso que Samgar recibiera primero solo el bastón de juez; solo sería ungido con el óleo sagrado más tarde, cuando hubiera demostrado su valía mediante las bendiciones que se derivarían de la ejecución de su cargo. De momento solo sería responsable ante los hombres, no ante el dios.

Por la noche, sobre la estera, la flaca Zilla intentó convencer a Samgar hablándole al oído. Se quejó, se enfureció. El intrigante sacerdote le negaba la unción solo porque quería mantener vacío el sitial de juez para el bastardo, para el idólatra. En sus palabras podía percibirse un odio ilimitado. Pero a Samgar le parecieron consoladoras. Seguía queriendo a Jefté como antes. Quizá el hermano encontraría el modo de volver a la Tienda de Yavé y le libraría de aquel cargo que no deseaba.

Se hizo todo tal y como había propuesto el sacerdote. Samgar fue nombrado juez, pero sin pompa ni ostentación y sin recibir el óleo sagrado.

Puesto que no estaba a la altura de cumplir las otras tareas de su cargo, intentó con furioso celo erradicar de Galaad la idolatría. Gentes de confianza debían informarle en qué lugares, en las colinas, eran venerados los dioses extranjeros, e hizo quemar las aseras de Astarté, los *mazeben*, las columnas de piedra dedicadas a los baales, las hizo derribar y ensuciar, y mandó talar los árboles sagrados. Pero los hombres de Galaad lucharon por sus árboles. Los baales que habitaban en ellos hacían fértiles a los ganados y a los campos, y los hombres no querían ofender y expulsar a aquellos dioses benevolentes. A veces se defendían con los puños y por las armas, y los enviados de Samgar tenían que regresar sin haber llevado a cabo su objetivo. Samgar se sentía lleno de ira y de tristeza, pero los hermanos escuchaban sin fervor al otro, tan lleno de celo. Jelek incluso defendió a las gentes que no estaban dispuestas a permitir que les arrebataran la protección de sus baales.

En una ocasión, Samgar personalmente fue a cortar una vieja encina que los que habitaban en sus proximidades defendían con firmeza. Era un árbol nudoso, y ofreció al hacha de Samgar una firme y asombrosa resistencia. En silencio, hostiles, los hombres contemplaron cómo su juez se esforzaba con ahínco. Ninguno de ellos le ayudó. Cuando abandonó la colina, sudoroso y sombrío, lo dejaron marchar sin ofrecerle el saludo de la paz.

10

Más hombres que nunca abandonaron durante ese verano la región de Galaad y se fueron con Jefté para unirse a su grupo. Contaban que los amonitas se adentraban cada vez más y con más frecuencia en la comarca de Galaad, que el nuevo juez, Samgar, no era capaz de defenderlos. Contaban que el rey Nachasch estaba haciendo preparativos para caer sobre ellos con todo su poder en cuanto llegara la siguiente primavera. Contaban que todo el pueblo clamaba por Jefté.

Ketura dijo, llena de júbilo:

—Así pues, en primavera vendrán aquellos que llamaron meretriz a tu madre y a mí ramera, y te besarán la barba y gemirán suplicando tu ayuda.

Jefté contestó:

—Tú lo dices.

Ketura continuó:

—Y tú los salvarás, y estarán ante ti doblegados y suplicantes. Y nosotros nos mudaremos a la casa de tu padre, la mujer Silpa se inclinará ante ti y ante mí, y ellos nos lavarán los pies.

Y de nuevo contestó Jefté:

—Tú lo dices.

Había esperado con no menos ansiedad que Ketura la soberbia y dichosa venganza. Pero ahora que ya casi podía contar los días que faltaban para poder disfrutarla, en su alegría se mezclaba la amargura.

Porque lo que estaba claro era que en primavera, cuando los hijos de Silpa acudieran a él y le suplicaran humildemente su ayuda, el rey Abir de Basán atacaría las ciudades de Jefté.

Y es que Basán solo había podido negarse durante tanto tiempo a pagar el tributo porque Babel había quedado debilitada por su guerra con Assur. Pero ahora, el Gran Rey Marduk había destruido los ejércitos de Assur, había restablecido la antigua magnificencia de Babel, y el rey Abir no podría rebelarse durante mucho más tiempo contra su soberanía. Se decía ya que se había sometido, que un enviado del Gran Rey estaba ya en camino para recibir en
Edre'i
, la capital de Basán, el juramento de fidelidad y el tributo. Pero en cuanto esto hubiera sucedido, el rey Abir podría disponer de sus hombres de guerra, y en cuanto empezara a dejarse sentir la primavera se pondría en marcha para vengarse en Jefté de la humillación que había tenido que soportar de Babel.

Así pues, en primavera, Jefté necesitaría a todos sus hombres y carros para luchar contra Basán. Si también los mandaba —aunque fuera solo una parte— a Galaad, sus tierras al otro lado del Jarmuk se perderían. Jefté se consumía de rabia. Se rebelaba con toda la fuerza de su indomable carácter a renunciar a lo conquistado, y ardía en deseos de ayudar a los de Mizpeh.

Llegaron noticias, el enviado de Babel, el príncipe Gudea, llegaría a la semana siguiente a
Edre'i
. Luego viajaría al interior de las tierras del Jordán para exigir también allí, a los príncipes de las ciudades, el juramento de fidelidad y el tributo.

El camino que el príncipe tenía que tomar, el camino hacia el lago Queneret, pasaba por una región que reconocía en Jefté a su protector. A Jefté se le ocurrió un plan, audaz hasta extremos absurdos. Pero debía ser temerario, debía serlo, no tenía nada que perder.

Mandó un mensajero a
Edre'i
al rey Abir. Exigió que el rey le pagara tres mil siclos para proteger al enviado de Babel por el camino que cruzaba la zona oeste de Basán. Jefté estaba seguro de que el rey no aceptaría, porque si lo hacía, reconocería los dominios de Jefté.

El rey Abir mandó de regreso al mensajero con las orejas cortadas. Aquella descortés respuesta alegró a Jefté; le dio fuerzas para llevar a cabo su plan.

11

El enviado del rey de Babel, el príncipe Gudea, exigió y recibió en
Edre'i
el tributo que le debían. Luego hizo colocar en la plaza del mercado una tabla de piedra que celebraba la magnificencia del Gran Rey Marduk. Una vez hecho esto, partió hacia el lago Queneret para recibir también el juramento de fidelidad y el tributo de los príncipes de las ciudades de Canaán.

Era una misión muy honrosa que no requería esfuerzo alguno. La victoria del rey Marduk sobre Assur había llenado de espanto a todas las regiones hasta la frontera de Egipto; su antiguo título, «Rey de Reyes, Dominador de los cuatro puntos cardinales», había adquirido un nuevo sentido. El príncipe Gudea, el enviado de este Dominador, estaba, por lo tanto, convencido de que los príncipes de las ciudades de las tierras del Jordán lo recibirían con los agasajos y los honores debidos; recorría sin prisa su camino y aguardaba los nuevos juramentos de fidelidad con una complacencia algo cansada.

Aquel distinguido señor, primo del rey, era un hombre refinado. Lo acompañaba un gran séquito. Dos criados personales, dos cocineros, un barbero, y también hombres expertos en la acampada. Había en la comitiva un adivino, un cantor, músicos, además de dos escribanos y cinceladores y un artista escultor. También iba en ella un trompetero y un pregonero para anunciar con tiempo suficiente la llegada de aquel gran señor y su título: «Boca del Dominador de los cuatro puntos cardinales». Muchos animales cargaban con el equipaje, entre ellos había caballos y algunas de aquellas extrañas criaturas de largos cuellos y elevada joroba que, domesticados desde no hacía mucho tiempo, recibían el nombre de *bikrim*.

Hombres armados acompañaban la comitiva, no muchos; el elevado cargo del príncipe Gudea le otorgaba una protección mucho mayor que la que pudiera proporcionarle cualquier grupo de guerreros; los hombres armados servían solo para dar mayor gloria al enviado. Y además, el rey de Basán no había

querido dejar de reforzar la guardia de honor del príncipe, lo que no dejó de causar en este una leve y arrogante sorpresa.

En el norte de la tierra de Tob, el camino que seguía el príncipe pasaba por un desfiladero, entre elevaciones cubiertas de maleza. Jefté hizo cerrar la salida del desfiladero, y, en cuanto la retaguardia de la comitiva se hubo metido en él, también la entrada. Sus hombres, bien ocultos en las pendientes, mataron con sus flechas las cabalgaduras de los que iban montados, luego, en una lucha cuerpo a cuerpo, convirtieron en inofensivos a los hombres armados. Todo sucedió sin que se derramara mucha sangre; tenían orden de proteger a los asaltados. Tomaron prisionero al príncipe, ileso, y lo llevaron de inmediato a un escondrijo en el corazón de la tierra de Tob.

La mayoría de los asaltados no acabaron de comprender qué estaba sucediendo. Y menos todavía lo comprendió el príncipe Gudea. Estaba convencido de que una delegación de los reyes de las ciudades de Canaán había salido a su encuentro para recibirlo con todos los honores. Solo con esfuerzo pudo hacerle comprender su escribano que unos brutos, salteadores de camino, medio bestias, se estaban permitiendo un disparatado juego con su respetable persona. El príncipe Gudea se ofendió.

Aquellos brutos, medio bestias, trataron al enviado del Gran Rey con el máximo de cortesía, en la que, por supuesto, iba mezclada cierta picardía. Siempre lamentando la rudeza del camino, condujeron al elegante señor a través de lo más espeso del bosque; el príncipe tropezaba con raíces y troncos de árbol, no se libró de moretones y arañazos, sus costosas vestiduras quedaron reducidas a harapos cuando llegaron a su primer lugar de descanso en una cueva. Pero una vez allí le llevaron de inmediato a sus criados, al barbero, al mezclador de ungüentos. Par se presentó y le pidió disculpas, ya que aquel huésped tan distinguido debería contentarse para su baño con un pantano que quedaba cerca, por lo demás se esmerarían en proporcionarle cualquier comodidad que pudiera ofrecerle aquella región. El distinguido huésped respondió que el rey haría desollar a toda aquella chusma animal, los empalarían y los haría torturar durante dos días, antes de mandarlos al *arallu*, al mundo subterráneo. Par comentó, con todo respeto, que, al parecer, el distinguido huésped había malinterpretado la situación; el protector de la tierra de Tob lo había hecho conducir a ese lugar seguro precisamente porque quería protegerlo de ladrones y salteadores. Para su alimentación le recomendaba todos los productos silvestres, de los que en la tierra de Tob podía encontrarse una gran variedad, también las deliciosas bayas.

—¿Eres tú el cabecilla de los ladrones, insolente hombrecillo? —preguntó el príncipe.

Par se volvió hacia el anciano Tola, que conocía tantas lenguas, y le dijo:

—No he comprendido al distinguido huésped. ¿Quieres explicarme mejor qué es lo que está diciendo?

La lengua de Babel, que tenía mucho en común con el hebreo, se diferenciaba sobre todo porque la «ch» gutural era sustituida por una «h» aspirada. El viejo Tola, al hablar ahora con el príncipe de Babel, intentó aspirar esa «h» con particular elegancia; al hacerlo así, a veces se hacía del todo inaudible, y el viejo se disculpó:

—«El pobre soplido del hombre susurra donde el aliento de dios truena».

—¡Traed de inmediato a mi presencia al cabecilla de vuestra banda! —ordenó con rudeza el príncipe—. Quiero dejarle bien claro lo que va a hacer el Dominador de los cuatro puntos cardinales con él y con toda vuestra banda, y también contigo, viejo calvo de cerebro reblandecido.

Jefté presentó sus respetos al distinguido huésped, le besó la barba, aunque este se echaba hacia atrás asqueado, y le manifestó el mayor de los respetos. El príncipe Gudea le describió las torturas que tendría que soportar a la vista de toda la población de Babel. Jefté fingió no comprender y repuso que lamentaba que el distinguido huésped no estuviera contento con su baño. El príncipe Gudea le explicó que solo un loco, odiado por su propio dios, podía correr de manera tan precipitada hacia su propia perdición. Jefté admiró el sello del príncipe, que representaba la torre de Babel, el templo de *Etemenanki*. El príncipe repuso que se astillaría y escarificaría el poste en el que Jefté fuera a ser empalado para que el bandolero sufriera todavía más. Jefté le aseguró que al día siguiente volvería para informarse del estado de su huésped.

Los siguientes días Jefté los pasó en medio de la más acuciante expectación. ¿Qué haría el rey de Basán? Una y otra vez, Jefté se había preguntado qué haría él si estuviera en el lugar del rey Abir. Por supuesto, primero el rey intentaría liberar al prisionero. Pero en la inhóspita tierra de Tob había innumerables escondrijos, podrían trasladar al príncipe de un refugio a otro, y aun cuando los guerreros de Basán, a pesar de todo, encontraran su rastro, Abir se diría que un hombre como Jefté no tendría el menor reparo en arrastrar consigo al prisionero en su propia caída, y matarlo. Pero Abir no debía permitir que esto sucediera bajo ninguna circunstancia. Porque el Gran Rey le haría a él responsable, le declararía la guerra, lo cegaría, quizá también lo mataría. No, Abir no podía utilizar la violencia contra Jefté, debía negociar con él. El rey no debía ni siquiera enterarse de que aquel ataque había tenido lugar. Quedaría en evidencia y en ridículo

por no haber podido proteger a su huésped de las gentes perdidas de Tob. Jefté, por su parte, estaba muy bien dispuesto a ayudar al rey a urdir su gentil tejido de mentiras: el príncipe Gudea no era su prisionero sino su huésped, o algo parecido.

Para demostrar su buena voluntad al rey, Jefté envió de inmediato de regreso a los guerreros de Basán que había tomado prisioneros, entregándoles sus armas y regalos de despedida. Debían informar que el protector de Tob había recibido como huésped al enviado y que ya se encargaría de proporcionarle escolta cuando continuara su viaje. Si el rey de Basán quería saber algo más, debía mandar a sus consejeros a la ciudad de Afek. Él, Jefté, mandó como negociador a Par con instrucciones precisas.

Jefté intentaba abreviar aquel penoso tiempo de espera visitando al príncipe Gudea. Nunca antes había visto algo parecido. El príncipe se vestía con telas pesadas, tejidas con primor, llevaba mucho oro encima, anillos y brazaletes, chorreaba aceite y olía a innumerables aromas. Incluso en el lugar más agreste de las tierras salvajes, en cuevas y espesuras, se hacía rociar de ungüentos, masajear, salpicar de esencias. Amenazaba a sus gentes con latigazos cuando, al lavarle los pies, no se atenían con exactitud al complicado ceremonial. Nunca recibió a Jefté sin antes colocarse como era debido la rizada barba. Jefté, chanceándose de su huésped, exageró sus manifestaciones de respeto hasta lo grotesco, sorprendiéndose cada vez de que el príncipe, acostumbrado a una veneración sin medida, no se diera cuenta en absoluto de que se estaban riendo de él.

Llegaron noticias de que un destacamento del ejército del rey Abir se había puesto en camino hacia la tierra de Tob. Jefté había supuesto que el rey, en un primer arrebato de ira, daría una orden semejante. A pesar de todo, se asustó. Pero se dominó enseguida; contaba con que el rey recuperaría con rapidez el sentido común. Abir se ponía en peligro a sí mismo si amenazaba al hombre que tenía en sus manos como rehén, al representante del Gran Rey.

Sucedió tal y como Jefté había supuesto. Tres días después, Par le hizo saber que los guerreros de Basán habían dado la vuelta a medio camino. Y otros dos días más tarde, un hombre de confianza del rey había llegado a Afek.

Jefté, durante todo ese tiempo, había ostentado ante sus gentes el más jovial de los rostros. Ahora estaba radiante, victorioso y alborozado. Su inspiración había sido un soplo de Yavé. Ahora tenía ambas opciones en la manga de su túnica. Podía realizar una sin tener que renunciar a la otra. Ahora podía llegar la primavera. No entregaría sus ciudades y aun así podría salvar y humillar a sus hermanos.

12

El negociador que el rey de Basán había mandado a Afek se hizo informar por Par de cómo estaba el príncipe Gudea. El príncipe —le contó Par—, por un curioso capricho, encontraba placentera su estancia en las tierras salvajes de Tob y disfrutaba allí de la hospitalidad de Jefté. Pero, al parecer, el rey Abir deseaba de forma perentoria que el enviado prosiguiera cuanto antes su camino, y Jefté, por complacer al rey, estaba dispuesto a convencer a su huésped. El negociador se dio cuenta enseguida de lo ventajosa que esta fabulación inventada por Jefté era para su señor y para el propio enviado, y preguntó qué contraprestaciones esperaba Jefté.

Par, en nombre de Jefté, propuso: el rey de Basán, a quien Jefté reconocía gustoso como su superior, debía legitimar la posesión de sus siete territorios, y ambos señores debían comprometerse —mediante un solemne juramento ante sus dioses— a mantener tres años de paz. Jefté sabía que un juramento de ese tipo le garantizaba más seguridad que un numeroso ejército. Porque si el rey Abir quería vencer sobre Jefté, necesitaba la protección de su dios, del Baal de Basán. Si rompía el juramento y ofendía al Baal, que amparaba el juramento, entonces perdería su protección y estaría impotente ante Jefté y su dios.

El rey Abir contestó con evasivas y puso trabas al acuerdo. Solo quería legitimar a Jefté en la posesión de tres territorios. No quería bajo ningún concepto pronunciar el juramento, y si lo pronunciaba, entonces solo sería para un año. Fueron unas difíciles negociaciones. Pero Jefté no perdió la confianza. No tenía prisa.

El huésped de Jefté, el príncipe Gudea, se consumía de impaciencia. Perdió la actitud relajada que el buen tono exigía —incluso en la peor de las situaciones— de tan gran señor. Empleaba insultos tan obscenos, que el viejo Tola creía haber comprendido mal. Cuando Jefté visitaba al príncipe, este se recluía en un absoluto silencio, con los labios apretados con fuerza y con desprecio, bajo su barba cuidada y rizada

de manera artificial.

Preguntaba repetidamente a su adivino cuándo terminaría aquella indigna aventura. Este, el famoso maestro Anu, le aseguraba que el príncipe regresaría glorioso, sano y salvo a Babel, pero no quería arriesgarse a determinar con precisión cuándo sería. El príncipe le insultaba, le amenazaba. A pesar de todo, el adivino Anu, que prefería perder la vida a traicionar sus artes, no mencionó ninguna estación del año, ni ningún plazo. Pero puesto que el príncipe Gudea le presionaba con insistencia, por fin le explicó por qué no podía contestar a su pregunta. La contemplación de las estrellas solo permitía predecir cosas a largo plazo; a corto plazo solo podía hacerse mediante la adivinación de la crátera. Y para llevarlo a cabo, allí, en las tierras salvajes, carecía de los medios necesarios: el agua sagrada del gran río y el aceite bendecido del bosquecillo de Astarté. El hecho de verse privado incluso de la distracción de la adivinación aumentó el malestar y la irritabilidad del príncipe.

El ingenioso Jefté consiguió en la ciudad de Afek un odre de agua sagrada y un frasco de cuero con aceite bendecido. El príncipe se animó, pero al instante desconfió y exigió a Jefté que jurara que en realidad se trataba de agua del Éufrates y de aceite de Astarté.

—¿Por qué dios debo jurarlo? —preguntó Jefté.

—¡Por el tuyo, ladrón! —exigió el príncipe.

Jefté juró.

Anu, el vidente que podía predecir lo que sucedería en el futuro, se dispuso a hacer la adivinación de la crátera. Llenó el cuenco con el agua del gran río. Luego echó encima el aceite de Astarté, para leer el porvenir en los movimientos del aceite. El príncipe observaba con una curiosidad poco conveniente a su rango cómo se separaba y se reagrupaba el aceite. El príncipe observaba sin comprender. Pero el maestro Anu tenía muy presentes las ciento treinta y nueve formas, y con mirada concentrada, poniendo en ella su vida, seguía los rápidos cambios del chorro. En su arte era de una extrema honestidad, sabía que el dios le arrebataría su don a la menor mentira, y estaba decidido a decir la verdad con toda precisión. Respiró aliviado cuando pudo asegurarle al príncipe que antes de que la luna cambiara tres veces podría abandonar aquella inhóspita región.

El príncipe se dijo que, en ese caso, solo volvería a ver la ciudad de Babel después de un difícil viaje, durante el invierno, cruzando las tierras del Jordán, y apenas antes del temprano verano. Aun así, quedó satisfecho. A partir de ahora podría contar los días que tendría que pasar todavía entre aquella chusma.

Jefté, por su parte, esperaba con jovial serenidad. Aprovechó la oportunidad que se le brindaba de enterarse, por medio de sus huéspedes, de tantas cosas de Babel como fuera posible. No se cansaba de oír hablar de las ampliaciones y construcciones de aquella ciudad llena de gente, de sus calles estrictamente marcadas, de sus elevadas casas, de las costumbres de sus habitantes. Sus huéspedes también tenían que contarle cosas de las otras ciudades del poderoso reino del norte, de Sipar y Akad, de Barsip y Nipur y de todas las otras, que eran innumerables, y la más pequeña de aquellas ciudades era más grande que la más grande de entre todas las tierras del Jordán juntas.

También se hacía instruir acerca de la administración del reino y de su justicia. Había doscientas ochenta y dos leyes básicas que el Gran Rey Hammurabi había hecho grabar en tablas de piedra ochocientos años atrás, y seguían siendo válidas, por supuesto ampliadas y modificadas, adaptadas a las circunstancias presentes.

Debía resultar agobiante vivir en aquel estrecho mundo, regido por tantas leyes, y cortaba la respiración pensar en la tarea de gobernar y mantener unido un reino así. Para eso no bastaba tener inspiraciones y llevar a cabo batallas. El rey tenía que renunciar a una gran parte de su libertad, debía renunciar a dejar vagar y nomadear su corazón y sus pies.

De nuevo, mientras Jefté escuchaba los informes y explicaciones del escribano de Babel, las palabras que en el pasado le había dirigido Abijam en la Tienda de Yavé cambiaban su sentido. Se ampliaban, adquirían consistencia, se hacían patentes, adquirían corporeidad, tentadoras y amenazadoras. Resultaba consolador que todavía no tuviera que desempeñar ningún cargo de juez, que todavía no estuviera atrapado por las antiguas, sabias y duras leyes, que todavía pudiera respirar en la dichosa libertad de su tierra de Tob.

Pero mientras consideraba las cargas que el Gran Rey tenía que soportar, su viva imaginación ponía ante sus ojos también el gigantesco poder de ese rey Marduk, sentado en su elevado trono, en su gigantesca casa de la ciudad de Babel, en la que vivían, solo en ella, más personas que las que constituían todo el pueblo de Israel. Este rey exigía de sus gentes un respeto mucho mayor que el que exigía el dios Yavé de sus siervos. Tres veces tenían que arrojarse al suelo, también los más grandes del reino, antes de poderle besar la barba; la pena de muerte amenazaba a cualquiera que empezara a hablar antes de que el rey lo autorizara alzando su mano. Ese rey Marduk tan solo tenía que cambiar la colocación de su suntuosa barba y dejar salir de su

boca pocas palabras, solo necesitaba aspirar algunas de sus reales «h» y los guerreros, los caballos y los carros se ponían en movimiento, los sólidos muros caían derruidos, ciudades enteras se consumían en el fuego, los hombres morían, las mujeres y los niños eran conducidos atados a la esclavitud. Y todo eso conseguía hacerlo realidad ese rey hasta las más lejanas distancias, así de largo y potente era su brazo.

Pero ese largo y potente brazo no había podido impedir a Jefté atrapar al elegante señor, al príncipe Gudea, el primo y la boca del rey. Él, Jefté, no tenía antiguas tablas de la ley ni hombres sabios que hubieran podido aconsejarle. Había calculado y sopesado la situación él solo, y he aquí que había valorado correctamente y con exactitud su propia situación y la del lejano rey. Y ahora era lo bastante fuerte como para poder proteger con un brazo las ciudades del norte, y con el otro traer a su presencia a sus indecisos y reacios hermanos de Mizpeh para que se humillaran ante él.

13

SIEMPRE había reinado el buen humor en el grupo de Jefté, pero nunca había habido tanto regocijo como ahora. Los hombres se divertían con aquellas extrañas gentes de Babel. Miraban con ojos muy abiertos los guisos que el cocinero preparaba. Bromeaban con torpe familiaridad con los extranjeros, palpaban sus ropajes y mantas, se reían ante los muchos malentendidos que se producían, meneaban las cabezas, siempre con renovado alborozo.

Contemplaban con asombro al príncipe Gudea como a un león atrapado. Estaban encantados cuando este abría la boca, e imitaban su elegante y extraña pronunciación. El viejo Tola intentaba a cada rato mantener una conversación con él y preguntaba si determinadas casas, torres y templos de la ciudad de Babel todavía estaban en pie, si este o aquel gran señor todavía vivía. Cuando el príncipe, asqueado, le daba la espalda, el viejo se disculpaba, sonriendo entristecido:

—Los guisos de la juventud que se han enfriado son los bocados más exquisitos de la vejez.

También a Ketura le gustaba observar al extraño huésped, pero solo desde lejos; su instintivo sentido de la dignidad le impedía acercarse a él. Aquella osada y divertida hazaña de su Jefté le había devuelto mucha de su secreta alegría. Se sentía orgullosa de la rica presa que él había atrapado con aquella artimaña suya. Estaba segura de que estaba muy próximo el día de la gran y dichosa venganza.

A la niña
Ja’ala
estas semanas le parecieron las más hermosas de su vida. Con glotón interés estudiaba a aquel tropel de personas, extrañas y suntuosas, que su padre había atrapado. Qué graciosas y qué solemnes eran. Llamó la atención de Jemin sobre mil peculiaridades, y él podía explicarle esto y aquello gracias a su vida anterior. Ella aprendió con rapidez los usos y las costumbres de los extranjeros y adoptó algunas de sus palabras y gestos.

Tenía catorce años, su pie estaba curado, aquella dolorosa cojera que había sufrido le permitía ahora disfrutar el doble de la ligereza recuperada. La dulzura interior que desbordaba le ganaba la amistad de cualquiera.

Pidió a los músicos extranjeros que le enseñaran su arte. Tenían consigo arpas y laúdes, címbalos, cascabeles, tamboriles, flautas. Tocaban y cantaban sus canciones para la niña, bailaban sus danzas. Su arte era un culto a los dioses, giraban extasiados sobre sí mismos «como *anteranna*, como estrellas que dan vueltas, llenas de armonía». Le contaban a
Ja’ala
, que los escuchaba con embeleso, todo lo que la música podía conseguir: aplacaba el ánimo, incluso de los más coléricos gigantes, amansaba a los leones, hacía a las personas iguales al melodioso sol.
Ja’ala
no entendía todas las tonadas y expresiones extranjeras, pero aprendía rápido y pulía su arte con apasionado empeño. Aquellos hombres de Babel, tan versados y cultivados, se sorprendían ante todo lo que los dedos de aquella mujer tan joven podían obtener de sus instrumentos, de cómo era capaz de combinar los ritmos, descubriendo siempre nuevas formas, y adaptarlos a los estados de su ánimo. Con admiración, casi con timidez, escuchaban cómo la niña daba a las melodías de Babel un nuevo y sorprendente sentido, y les ponía nuevas letras.

A pesar de todo,

Ja’ala
seguía siendo una niña en todo. Aunque se esforzaba en no ofender a los extranjeros, a veces sus peculiaridades le producían risa, y las risitas acababan convirtiéndose en alegres e infantiles carcajadas sin la menor malicia. Al principio los hombres de Babel se extrañaban, quizá incluso se disgustaban; pero no podían resistirse durante mucho rato a la inocente alegría de
Ja’ala
y se unían a sus carcajadas.
Ja’ala
llegó a la conclusión de que había sido su padre quien le había regalado aquellas personas de Babel, aquellos magníficos compañeros de juegos. La figura de su padre adquiría cada vez mayores proporciones para ella. Él era mucho más grande que los héroes y semidioses de los que le hablaban Tola y Jemin; porque tenía que haber sido mucho más difícil atrapar vivos a aquellos graciosos señores de Babel, tan instruidos y tan diestros en su arte, que matar, por ejemplo, a una serpiente alada o a algún dragón que arrojara fuego por las fauces. Su padre era el dios de las tierras salvajes; todo aquel que pisara la tierra de Tob debía caer rendido a sus pies. Y qué alegre era ese hombre divino. Cuando él se reía, ella se estremecía y se sentía transportada a las alturas.

Compuso un canto dedicado a su padre, parecido a los himnos que ensalzaban a los dioses, como los que cantaban los hombres de Babel. El canto de
Ja’ala
estaba lleno de la misma alabanza respetuosa que contenían los cantos de Babel, pero en el suyo había más júbilo y alegría. A
Ja’ala
le pareció una canción muy bonita; pero no se atrevió a cantarla y a tocarla para nadie, más que para sí misma y para su amigo Jemin.

14

De entre todos los hombres que formaban parte del séquito del enviado, por el que más atraído se sentía Jefté era por el artista Latarak; este artista acompañaba al príncipe para inmortalizar en barro o en piedra aquellos acontecimientos que a lo largo del viaje valiera la pena recordar. Había reproducido, por ejemplo, en una plancha de arcilla, al rey Abir de Basán, en
Edre’i
, la capital de su reino, prestando juramento de fidelidad al representante del Rey de Reyes. El poderoso Abir aparecía de pie, pequeño, ante Gudea, mucho más grande, y los dos músicos soplaban sus trompetas.

Jefté contempló absorto la tabla, estaba atónito. El príncipe Gudea, que aparecía en ella entronizado con todo su poder, era efectivamente el hombre de Babel con el que Jefté hablaba cada día. Así alzaba la cabeza, arrogante y con empaque. Así erguía el tronco con afectación, para parecer más alto de lo que era. Sí, ese escultor Latarak —su nombre hacía referencia a la estrella «Latarak, el hombre de la dulzura, el hombre de miel»— poseía el arte de convertir a los hombres mortales en arcilla y piedra, de manera que sobrevivieran a su carne.

—¿Cómo consigues hacerlo, extranjero? —le preguntó Jefté, no sin timidez.

El artista era un hombre sociable; Jefté, aquella criatura inusualmente inteligente de las tierras salvajes, le gustaba, la visible admiración del hombre lo adulaba. Latarak trabajaba con pasión, trabajaba también allí, en las tierras salvajes. Ante Jefté, quien lo miraba conteniendo la respiración, hacía surgir la vida de la arcilla o de la piedra para que Jefté lo viera. No solo reproducía animales, árboles o plantas; recurriendo a su aguda y entrenada memoria recreó complicados acontecimientos. Sus manos y su cincel trabajaban con rapidez, y he aquí que la vida surgía ya de la piedra. Solemnes sacerdotes subían los escalones del *Etemenanki*, de la torre de Babel, que gigantesca se alzaba hacia el cielo. Un rey caminaba llevando un azadón, un cesto de ladrillos y un arado, para poner los fundamentos de un templo. Un dios alado, con cabeza de águila, conducía a un héroe en la batalla. Un gran señor cazaba leones; estaba de pie en su carro, conducido por tres caballos, su arco tendido hacia el animal. El artista Latarak podía sacar de la plancha de arcilla o de un bloque de piedra historias enteras. Había allí, a la izquierda, una ciudad, cuyos muros se derribaban bajo los golpes de un ariete, en el centro estaban los hombres armados que se llevaban a los

prisioneros, el ganado y otros botines, a la derecha había escribanos que contaban y anotaban el botín conseguido. Lo que más conmovió a Jefté fue ver cómo Latarak hacía surgir, de la arcilla y en la arcilla, a una leona moribunda. Jefté sintió la tremenda fuerza del animal, que rugía de dolor, en cuyo cuerpo había tres venablos clavados; sintió el triunfo, como si él mismo fuera el cazador, y al mismo tiempo sintió lástima por aquel animal tan fuerte y hermoso que estaba muriendo.

Siempre dispuesto a bromear y a charlar, el artista le dijo a Jefté:

—Si te quedas quieto durante un rato, hospitalario hebreo, me gustaría reproducirte en arcilla, tal y como eres, y si nos impones tu hospitalidad durante el tiempo suficiente, quisiera intentar esculpirte en piedra.

—¿No estás fanfarroneando? —preguntó Jefté con escepticismo—. ¿Crees de verdad que puedes esculpirme de forma que cualquiera me reconozca?

Se preparó la arcilla, el artista Latarak se puso a modelar y a trabajar con sus manos y con el buril, y la arcilla empezó a cobrar vida. De la arcilla surgió Jefté, caminando en la arcilla, adelantando atrevido y jovial la corta barba cuadrada: el rostro, con la nariz plana, aunque solo era visible por un lado, era juicioso y socarrón y leonino a la vez. Y el Jefté de carne y hueso contempló al Jefté de arcilla y se dijo en su pecho: «Así que este es Jefté, el hijo de Galad y de Lewana, Jefté, el bastardo, Jefté, el hijo menor, el hijo predilecto, Jefté, que ha atrapado al primo, amigo y consejero del rey Marduk de Babel». Y decidió en su corazón: «Llegará el día en que habrá imágenes de mí en las que los jefes de las estirpes y también los jefes de las tribus estén de pie ante mí, tan pequeños como el rey Abir está ante el Dominador de los cuatro puntos cardinales en la piedra de Latarak».

La presencia del artista Latarak despertó en él un antiguo y extravagante deseo. Siempre había envidiado a los ejércitos de Ammón, de Moab y de Basán el estandarte que llevaban en sus guerras. Durante la batalla, allí donde había peligro, se alzaban esos símbolos, astas en cuyo extremo podía verse un león de cobre o una serpiente o cualquier animal, la imagen del dios, que de esta manera participaba en la batalla. Con rapidez, allá donde apareciera esa imagen, se reunían los guerreros; a menudo, gracias a eso, se invertía la marcha de la batalla. Galaad no poseía un símbolo como aquellos.

Así que Jefté dijo a Latarak:

—Quiero pedirte un servicio y un favor, a ti, un hombre de tan elevadas dotes artísticas. ¿Querrás hacerme un estandarte de cobre para mi grupo?

Latarak se sonrió, y, un poco sarcástico, preguntó:

—¿Qué clase de dios quieres que te haga?

—Mi dios —contestó Jefté— es nube y rayo, columna de nubes y columna de fuego.

El artista, cerrando los ojos pensativo, dijo:

—Nubes y fuego, resplandeciendo de cobre, sería un buen estandarte, novedoso y efectivo. Si lo hago, el corazón de tu dios se reirá dentro de su cuerpo, e infundirá fuerza y fuego en los miembros de tus gentes.

—¿Así pues, aceptas hacerme el estandarte? —preguntó ansioso Jefté. Latarak contestó:

—Quizá lo haré, indomable hebreo. Supongo que en las ciudades de Canaán habrá cobre y tendrán los instrumentos necesarios. Si no es así, podría hacértelo cuando esté de regreso en Babel.

Jefté, con su voz áspera y cálida, replicó:

—Te estaré muy agradecido por ello, artista Latarak.

—El agradecimiento te costará mil siclos —le aclaró Latarak. Jefté, algo asombrado, rezongó:

—Por mil siclos puedo comprar un carro de guerra y dos caballos.

El artista Latarak contestó risueño:

—Compra el carro de guerra.

Jefté consideró en su interior que la poderosa magia de un estandarte hecho por ese hombre valía de sobra los mil siclos y dijo:

—Te daré los mil siclos, artista Latarak.

Mientras tanto, en la ciudad de Afek, Par y el negociador de Basán se habían puesto de acuerdo. Jefté debía reconocer la supremacía del rey Abir. También debía conducir, de regreso al desfiladero donde lo había atrapado, a su huésped, el príncipe Gudea, y darle escolta armada. El rey Abir, por su parte, debía legitimar la posesión de Jefté sobre el Basán del oeste y jurarle solemnemente tres años de paz. También debía pagarle aquellos tres mil siclos que Jefté en su momento había exigido por la protección del príncipe, y además treinta siclos de sanción por las orejas cortadas de su mensajero.

El rey Abir y Jefté se encontraron en la frontera de sus territorios, bajo un árbol, que era sagrado, quizá para Yavé, quizá para Baal. Jefté iba vestido con sencillez y llevaba consigo tan solo a sus veintiún *giborim*. El rey Abir llegó haciendo una gran ostentación de poder, acompañado por tres centurias, muchos caballos

y un gran séquito. El rey, un auténtico emorita, sobrepasaba a Jefté en altura, en toda una cabeza. Se mostró frío, parco en palabras, cortés, permitió que Jefté le besara la barba y se inclinó para honrarlo de la misma manera. Los escribanos leyeron el texto de los acuerdos, Abir y Jefté grabaron en él sus sellos. Luego pronunciaron el juramento, ofrecieron sacrificios, asistieron al banquete, se inclinaron ante los dioses que asistían al banquete, ante el Yavé del Sinaí y ante el Baal de Basán, comieron carne de la víctima y bebieron vino al que se había mezclado la sangre de la víctima. Se levantaron, se besaron uno al otro como despedida, se ofrecieron el saludo y la paz y se separaron. El rey Abir se marchó hacia el noreste, Jefté hacia el sudoeste.

Los guerreros de Jefté y los hombres de sus tierras habían visto con asombro cómo el poderoso rey de Basán trataba a Jefté como a un igual, y habían lanzado vítores, exclamaciones de júbilo y gritos. Pero Jefté se comportó con modestia y no dejó que sus amigos, incapaces de contenerse, armaran mucho ruido.

Durante todo el primer día del viaje de regreso se contuvo. Pero luego, cuando sus gentes se retiraron a dormir, tomó a Par aparte y con él se adentró profundamente en la noche, tan lejos que los otros ya no pudieran oírle, dio un codazo al amigo y dijo ronco de jubilosa emoción:

—¿No lo hemos hecho bien, Par, amigo mío? A mí me parece que lo hemos hecho muy bien, Lo hemos hecho a las mil maravillas, ¿no te lo parece a ti también, esposo de mi hermana? —Le palmeó con fuerza la espalda, se reía, agitaba con fuerza los brazos, era sacudido por la risa, estiraba las piernas, pataleaba, bailó una danza salvaje, tartamudeaba, gritaba, se reía y se reía. Cogió al otro y le obligó a bailar con él. Par se dejó llevar, bailó, también él; así celebraron en medio de la noche su astuta y provechosa victoria sobre Basán y Babel.

Al príncipe Gudea, su escribano y sus consejeros lo convencieron de que había hecho aquella pequeña excursión a las tierras salvajes por su propia voluntad, como resultado de un sueño que Baal le había enviado. Ahora, también el príncipe consideraba su estancia entre las gentes de Jefté una divertida aventura y lo hizo poner por escrito, para que las generaciones posteriores intentaran interpretarlo. Estaba de buen humor y con actitud condescendiente participó en el banquete de despedida.

Al día siguiente el mismo Jefté lo acompañó de regreso al desfiladero donde lo había encontrado por primera vez. Allí esperaban dispuestos aquellos extraños animales, los caballos y los dromedarios —Jefté había hecho que les dieran cobijo y los atendieran durante todo ese tiempo en la ciudad de Afek—, y en medio de un ruidoso alborozo, la comitiva del príncipe Gudea continuó su camino hacia las tierras del Jordán.

Esto sucedió durante el sexto año que Jefté pasaba en las tierras salvajes.

CAPÍTULO TERCERO

1

En la séptima primavera, después que Jefté se hubiera trasladado a las tierras salvajes, el rey Nachasch de Ammón invadió Galaad con todo su poder.

Gadiel, en nombre del juez Samgar, convocó a todos los hombres aptos para el servicio de armas para que se reunieran en Mizpeh. Señales de fuego anunciaban la gravedad del peligro. Mensajeros llevaron a todas partes las apremiantes advertencias y las duras órdenes de Gadiel. Él mismo recorrió la región a lomos de su montura visitando a los indecisos. Pero los *adirim* no tenían ninguna confianza en él y solo se iban congregando ante las puertas de Mizpeh con lentitud y rezongando. De los hombres aptos para el servicio de armas que vivían en el norte —que no estaba amenazado— la mayoría se quedaron en casa alegando pobres pretextos.

Los amonitas llegaron a las puertas de Jokbecha. La ciudad abrió las puertas sin oponer resistencia. Llegaron a las afueras de la ciudad de Jaser, que se resistió. El rey Nachasch se apoderó del estanque y de los pozos, de manera que las gentes de Jaser se quedaron sin agua, cortó las cepas de los ricos viñedos, asoló los campos. Finalmente derribó los muros, hizo ejecutar a todos los hombres en honor de su dios Milkom y redujo a la esclavitud a mujeres y niños. Luego avanzó hasta Elealeh. Esta ciudad, muy fortificada, se encontraba cerca de Hesebón, famosa desde antiguo. Hesebón había sido la capital del país en los tiempos en que todavía pertenecía a los emoritas. Israel, cuando invadió las tierras del Jordán, había destruido Hesebón y sus cabecillas habían decidido que sus ruinas se conservaran para siempre como señal de su gran victoria. Los antepasados de Galaad habían construido en su lugar, muy cerca, la ciudad de Elealeh y la habían fortificado sólidamente, y durante generaciones, siguió siendo la capital de Galad. Pues bien, el rey Nachasch asediaba esta magnífica fortaleza, amada por todos en Galaad, y en cuanto la hubiera tomado, sin duda avanzaría hasta las puertas de Mizpeh.

Ahora todo el país —desde la sierra de Galaad hasta el monte Nebo, desde el río Jarmuk hasta el río Amón— clamaba por Jefté. Procedentes de todas las ciudades, los ancianos llegaron a Mizpeh y exigieron que los hijos de Silpa lo llamaran de regreso. Los que insistían con mayor efusión eran los ancianos de Majanaím, aunque su ciudad, que se encontraba en el norte, no estaba seriamente amenazada. Por fin, incluso los ancianos de Mizpeh exigieron que Jefté fuera el jefe de los ejércitos. Pero Silpa, a pesar de su furiosa impotencia, no quería escuchar, y también Samgar hizo oídos sordos.

Sin embargo, el sacerdote Abijam, que en su momento había malinterpretado las revelaciones de Yavé, aceptó gustoso aquella oportunidad que se le ofrecía de enmendar su error. Los últimos acontecimientos tenían que haber demostrado a cualquiera que Yavé rechazaba a los hijos de Silpa, y que, al igual que los hombres, había hallado complacencia en Jefté. Él, Abijam, había tenido la inspiración correcta al no ungir a Samgar y mantener libre el cargo para ese hombre, a quien él mismo había dado el nombre «Yavé abre». Con duras palabras, exigió que los hijos de Silpa fueran en busca de Jefté, para que este condujera a Galaad en la necesidad. El apacible Samgar preguntó sombrío:

—¿No provocaremos a Yavé si nombramos jefe de sus ejércitos a un hombre que no ha renunciado a los falsos dioses de Ammón?

Silpa, pálida y furiosa, pero dueña de sí, dijo:

—Quieres humillarnos, sumo sacerdote Abijam, a nosotros y a ti mismo. Te lo digo, nos humillaremos en

vano.

Abijam repuso:

—No exijo que tus hijos vayan en busca de Jefté. Haz que acudan a él los barbudos de Majanaím, de quienes es amigo.

Y así lo hicieron.

2

JEFTÉ no hizo grandes alardes de su victoria sobre Basán, y el príncipe Gudea tenía sus motivos para no airear su aventura. A pesar de todo, la fama de Jefté resonaba más alto que las trompetas que agasajaban al Gran Rey en las tierras del Jordán, y para sus gentes se convirtió en un héroe y en un semidiós.

Llegó el invierno. Era el séptimo invierno que Jefté pasaba en las tierras salvajes, y fue largo y duro. Pero Jefté no se impacientaba, esperaba con feroz satisfacción la llegada de los acontecimientos que la primavera traería consigo.

Lo primero que trajo fue el estandarte del artista Latarak. El honrado Latarak se había esmerado en hacer —por los mil siclos— un trabajo rápido y bien hecho, y antes de lo que había esperado, Jefté tuvo en sus manos aquella imagen de cobre. En ella, surgiendo de una nube, llameaba el rayo de Yavé, deslumbrante, magnífico, insuflando temor. Pero el corazón de Jefté se llenó de una enorme felicidad. Con gran placer, contempló largamente aquella obra de arte, en sus ojos había pequeños destellos verdes. Ahora en verdad Yavé era su dios, y tal y como él pertenecía a su dios, así también le pertenecía ahora el dios a él. Lo tenía más próximo que nunca, lo había logrado con sacrificio, con buen dinero.

Desde que había establecido la paz y el tratado con Basán, ya no intentaba ocultar el lugar donde se albergaba. Estuviera donde estuviera, hacía clavar en tierra el estandarte, también en las tierras salvajes, delante de su tienda o de su cueva. Nunca había sido un hombre temeroso, ahora se sentía el doble de seguro y de orgulloso bajo la protección de su dios.

Y entonces, con aquella feliz primavera llegaron hombres del sur y trajeron noticias de la irrupción de los amonitas en Galaad. Jefté escuchó la noticia en su tienda, en presencia de Ketura.

Ketura, por la noche, dijo:

—No puedo dormir de tan feliz que me hace la espera. Pienso en Mizpeh. Pienso en la mujer Silpa. Tampoco ella debe poder conciliar el sueño, pero no de felicidad, sino porque la amargura y la vergüenza estarán devorando su corazón. —A partir de entonces, los días de Ketura estuvieron llenos de una tremenda y gozosa expectación, y sus ojos grises resplandecían grandes y felices en su rostro moreno y enjuto.

Por fin llegaron los padres de familia de Majanaím. No encontraron a Jefté en la tierra de Tob. Quizá se tratara de una pequeña broma, pero se había ido a su ciudad de Afek. Cuando llegaron a Afek, tampoco estaba ya allí. Pero sí estaban sus caballos y sus carros de guerra y ellos los vieron y se dijeron unos a otros:

—¿El hombre a quien todo esto pertenece es nuestro Jefté, el hijo de Galad, que tuvo que marcharse entre los errantes? ¡Pero si es un rey en las tierras del norte!

Jefté, cuando por fin estuvieron en pie ante él, en el interior de su tienda pardusca, los saludó de todo corazón.

—Fue una hermosa fiesta de despedida y de alianza la que celebramos hace años —les dijo—. ¿Me habéis echado un poco de menos? ¿Y qué tal os van las cosas con mi hermanastro Jelek? ¿Os exprime y os hace sudar sangre para obtener hasta el último siclo?

Los ancianos respondieron:

—Es cierto que tu hermano Jelek es un contable muy estricto, y si no tienes cuidado te quita la estera de debajo de los pies. Pero sabe escuchar y se puede hablar con él. Hay que reconocer que entiende mucho de la excavación de pozos, y también de la construcción de casas y de la cría de ovejas terneros. Tampoco es por Majanaím que acudimos a ti, es a causa de otro peligro. Toda la tribu de Galaad está en peligro y asediada con dureza por los hijos de Ammón.

Jefté dijo pensativo, casi con satisfacción:

—He oído que el rey Nachasch ha tomado Jokbecha y Jaser. ¿Es verdad que ha destruido toda la ciudad de Jaser y todos los campos de labranza que había a su alrededor y todos sus hermosos viñedos? ¿Y es cierto que también ha puesto sitio ya a Elealeh?

Los ancianos dijeron:

—Es verdad. Quizá ahora, mientras hablamos contigo, haya tomado ya Elealeh. ¿Vas a permitir también que conquiste Mizpeh? ¿Y que Ammón reine en la región en lugar de Galaad? Tenemos una alianza contigo, Jefté.

Jefté contestó:

—Tengo una alianza con Majanaím. Majanaím está mucho más al norte. Creo que los amonitas obligarán a vuestro juez Samgar a restablecer la paz mucho antes de que Majanaím esté amenazada.

Los ancianos dijeron:

—¿Vas a dejar que tu espada duerma mientras el dios Milkom invade la región de Galaad y trata de expulsar a Yavé?

Jefté, un poco impaciente, contestó:

—Cuando Majanaím esté amenazada acudiré en vuestra ayuda, cumpliendo mi palabra. Pero no tengo ninguna alianza con la tribu de Galaad. La tribu de Galaad me ha repudiado, como vosotros bien sabéis. Aquí no estáis en casa de un *adir* de Galaad. Tal y como vosotros podéis ver, aquí, yo y mis hombres, somos *anaschim rekim*, gente perdida, despreciados, vagabundos, buenos para nada.

Los ancianos suspiraron y rogaron:

—No te burles de nosotros, Jefté, nuestro hijo y nuestro hermano. Acuérdate de cómo ardían nuestros pechos cuando los de Mizpeh te trataron tan mal. Eres un hombre muy listo y sabes con exactitud qué es lo que está pasando ahora en Galaad. Solo necesitas decir: «Quiero recuperar mi casa y mis campos de Majanaím», y en las piedras limítrofes volverá a grabarse tu nombre, tal y como estaba antes.

Jefté contestó, con prolijidad y placidez:

—Eso sí que les gustaría a mis buenos y justos hermanos. En cuanto aparece un peligro que los amenaza, llego yo con mis hombres y mis caballos y mis carros de guerra y les quito de encima a los enemigos, y en cuanto regresen los tiempos de riqueza, ellos devorarán la grasa y a mí volverán a perseguirme y a expulsarme. —Se rio, se rio de todo corazón, tanto, que aquellos de sus hombres que estaban presentes se rieron con él; por fin, se rieron incluso los padres de familia de Majanaím, pero luego dijeron:

—No acudimos a ti con palabras vacías, Jefté. Tus hermanos nos envían. Quieren poner a Yavé por testigo de que a partir de ahora te respetarán como a un legítimo heredero de Galad.

Jefté, todavía lleno de un amistoso sarcasmo, replicó:

—Comed y bebed, mis queridos amigos de Majanaím. Os prepararé un banquete tan abundante como lo permitan mis tierras salvajes. Y luego volved a los hijos de Silpa, que me obligaron a marcharme y a refugiarme aquí, y decidles que si quieren tenerme, tendrán que ponerse en camino ellos mismos. El sumo sacerdote Abijam y la mujer Silpa pueden quedarse en casa si el camino resulta demasiado amargo para sus viejos miembros. Pero mis hermanos deberán negociar conmigo, cara a cara. Y decidles, ya de antemano, que será una dura negociación; si no quieren pagar el precio justo, es mejor que se ahorren el viaje.

Silpa y los suyos escucharon a los hombres de Majanaím con rostros sombríos cuando estos les transmitieron el mensaje de Jefté, y solo pudieron obligarse a pronunciar parcas palabras de agradecimiento.

Mandaron aviso a Abijam para que fuera y les aconsejara. El sumo sacerdote fue. Cruzó el amplio portal, cruzó el patio. Jelek había hecho modificar y ampliar la casa paterna por completo. Alrededor del gran patio había ahora tres edificaciones; en una de las nuevas casas vivía Gadiel, en la segunda Jelek, y al tejado de la casa principal, en la que se habían quedado la madre con la familia de Samgar, se accedía por una hermosa escalera exterior que, como el tejado mismo, estaba asegurada por una barandilla.

El sacerdote, apoyado y conducido por Samgar, subió la escalera.

Allí estaban sentados sobre el tejado plano Abijam, Silpa y sus hijos. Era una noche clara con una nítida visibilidad, y mirando más allá de su hermoso patio —¿durante cuánto tiempo más seguiría perteneciéndoles?— veían ante la ciudad las tiendas de los hijos de Galaad, y más allá la tierra, y allí, en el límite del cielo, estaban las tiendas de Ammón. Porque el rey Nachasch había tomado y destruido la antigua capital de Elealeh y ahora acampaba sobre las colinas ante Mizpeh.

Dijo el reflexivo Jelek:

—Me temo, hermanos míos, que tendremos que ceñir nuestros lomos e ir a la tierra de Tob.

Pero Silpa, en voz baja, ronca y furiosa, dijo:

—¿Queréis humillaros en vano por segunda vez? El idólatra se está burlando de vosotros. Os ha dicho de antemano que exigirá el más elevado precio. Exigirá un precio impagable. No acudáis a él. Confiad en Yavé, hijos míos. Conduce a tus milicias a la batalla, Gadiel, tal y como lo hizo tu padre Galad. Y tú, Abijam, saca de la Tienda de Yavé el Arca Sagrada, confíala al juez Samgar para que el dios acompañe a nuestros hombres en la lucha, y que lo que nos falte en número lo compense su ayuda.

La pasión de Silpa conmovió a Gadiel y a Samgar. Estaban tentados a seguir la sugerencia de la madre. Pero Abijam se opuso.

—Todavía Yavé no nos ha entregado a Ammón —dijo—. En su benevolencia nos ha dejado en manos de Jefté, que sigue siendo un hijo de Galaad, aunque esté en las tierras salvajes. Poneos en marcha. Gadiel, Jelek y Samgar, encaminaos a la tierra de Tob y traed de regreso a vuestro hermano.

Acompañados por un solo criado, los hijos de Silpa partieron hacia la tierra de Tob. El viaje fue difícil. Los caminos del norte todavía no se habían secado, los ríos todavía estaban crecidos, los vados eran escasos, las cabalgaduras buscaban con esfuerzo el camino, un lugar donde apoyar sus cascos. Pero los hermanos no se dejaron amilanar y avanzaron presurosos, llenos de amargura, en medio de aquella rigurosa y resplandeciente primavera.

Jefté estaba solo en su tienda pardusca cuando llegaron. Una parte de la tienda estaba separada por una cortina; detrás de ella estaba Ketura y escuchó todo cuanto se dijo.

Los hijos de Silpa dijeron:

—La paz sea contigo, Jefté.

Jefté replicó:

—Ahora me deseáis la paz, a pesar de que habíais deseado no volver a verme en esta tierra. ¿No me echasteis de la familia para que me perdiera?

Jelek dijo con prudencia:

—Las cosas no sucedieron como dices. Nosotros no te echamos. Fue tu propia decisión marcharte de Galaad.

—Sí —dijo Jefté—, fue mi propia decisión. Y es vuestra propia decisión la que os ha traído hasta aquí.

—No discutamos, Jefté —le rogó Jelek—. Estamos en un apuro, tú lo dices, y es así. Y puesto que quieres oírlo, lo reconozco ante ti: es una situación extrema la que nos ha traído hasta aquí y no hay nadie que pueda ayudarnos fuera de ti.

Jefté paladeó las palabras de Jelek, y de la misma manera, detrás de su cortina, las paladeó Ketura.

Pero Jefté siguió mofándose:

—Así que, hermanos míos, estáis en un apuro, ¿por qué no hacéis tal y como yo he hecho? Yo solo tengo siete territorios al otro lado del Jarmuk, y el rey de Basán tiene siete veces siete. De manera que me he limitado a establecer una alianza de paz, y el rey Abir ha tenido que jurármelo ante su dios Baal, y ahora estoy en posesión de mis siete territorios, tranquilo y seguro. ¿Por qué no hacéis lo mismo con vuestro rey de Ammón? —y como ellos callaran abochornados, siguió explayándose—. ¿Os dais cuenta ahora de con quién está la bendición de Yavé, con vosotros los hijos legítimos o conmigo el bastardo? Puedo decir que he ensanchado las fronteras de Israel. Siete buenas ciudades de la región de Basán me pertenecen, me pertenecen a mí, pertenecen a Israel. Pero vosotros no podéis conservar las tierras de Galaad sin mi ayuda, Ammón reina en el este y en el sur, y Yavé ha apartado su rostro de vosotros.

Samgar, a pesar de lo mucho que lo indignaba el sarcasmo del hermano, estaba conmovido por la fuerza y el orgullo que había en sus palabras. Dijo:

—No nos guardes rencor, Jefté. Yo nunca he sido tu enemigo, y me dolió que nos viéramos obligados a ofenderte cuando no quisiste renunciar a los dioses extranjeros. Lo hicimos cumpliendo los preceptos de Yavé, sin amargura. Te dimos tiempo para que te convirtieras y te arrepintieras, pero no quisiste quedarte.

Jelek, indignado ante aquella palabrería pusilánime, dijo:

—Tus palabras se las lleva el viento, Samgar. Nada nos justificará ante el enorme rencor que este hombre ha alimentado durante siete años. Quieres regalar tus oídos y tu corazón, Jefté, y te lo repito: te necesitamos, te necesitamos mucho. Estás en tu derecho si quieres exigir mucho de nosotros, más quizá de lo que valen tus servicios. Exige.

Jefté dijo:

—Quiero ser el jefe de los ejércitos de todas las milicias de Galaad.

Gadiel apretó los labios, para no ponerse a gritar. Pero Jelek replicó:

—Tú lo dices, nosotros te escuchamos, es mucho, pero así será.

Jefté se empapó de las palabras del hermano. Continuó, sin levantar la voz, pero acentuando con claridad cada palabra:

—Y cuando esté en Mizpeh e impida que el rey de Ammón se anexione la ciudad, quiero tener derecho al sitial de juez de nuestro padre Galad.

Otra vez estuvo Gadiel a punto de estallar, pero de nuevo Jelek lo hizo callar y dijo a Jefté:

—De lo que ahora se trata es de dirigir la marcha de la guerra. Mientras dure la guerra, tus órdenes serán obedecidas en Galaad. Sobre lo que suceda más tarde ya hablaremos más tarde.

Jefté se rio:

—Es una proposición muy propia de la astuta boca de mi hermano Jelek, tan diestro en urdir intrigas. Más tarde, ¡cuando os hayáis librado de los enemigos! No voy a caer en esa trampa, mi querido Jelek. No quiero ser repudiado por segunda vez como un bastardo, en cuanto os haya ayudado.

En lugar de Jelek, contestó Samgar.

—Yo —dijo— he aceptado el cargo de juez con reticencia, estos de aquí pueden testificarlo, y volveré a respirar con alivio cuando Yavé vuelva a quitármelo. Pero no debe quitármelo un hijo del hombre, debe ser Yavé.

Jefté se burló compasivo:

—Mi piadoso y reflexivo hermano. —Se dirigió a los otros—: Iré a Mizpeh, ya que no podéis salvar Galaad sin mí. Pero solo llevaré conmigo dos centurias y a mis *giborim*. Solo cuando vosotros y vuestro sumo sacerdote hayáis aceptado mis condiciones, jurándolo en la Tienda de Yavé, llamaré a todos mis ejércitos para que se reúnan conmigo en Mizpeh.

Jelek dudaba.

—¿Esperará Ammón tanto tiempo? —preguntó.

Jefté, pletórico de orgullo y de seguridad en sí mismo, contestó:

—Cuando el rey Nachasch oiga que Jefté está en camino, se lo pensará dos veces antes de atacar. Y ¡basta de palabrería! —estalló—. Yo he expuesto mis exigencias, y vosotros, o las aceptáis, o regresáis y lucháis solos contra Ammón.

—¡Eso es lo que haremos! —gritó Gadiel, y se dispuso a abandonar la tienda. Pero Jelek le ordenó por tercera vez:

—¡Calma, Gadiel! —Y dijo a Jefté con amargura—: Nos tienes bajo tu pie y nos pisoteas.

Pero Jefté contestó jovial:

—¿No me pisoteasteis también vosotros en el pasado, hermano mío?

Y Ketura se rio detrás de su cortina.

3

JEFTÉ dejó en manos de Par el mando del grupo y la administración de sus territorios del norte, y acompañado de Jemin se puso en marcha hacia el sur; llevó también consigo al viejo Tola, puesto que este se lo rogó con insistencia. Hizo llevar ufano su estandarte ante sí, el rayo estremecedor que salía de la nube, pero primero condujo tan solo dos centurias de sus hombres hacia el sur.

Por todas partes era recibido con júbilo y honores. Los ancianos de las ciudades salían a su encuentro un buen trecho del camino, la gente echaba flores y ramas a su paso, el aire estaba lleno de delirantes vítores. Así, como un héroe y un vencedor, cruzó las tierras de Galaad.

Cuando llegó a Majanaím, los ancianos le rogaron que pernoctara en la casa de Galad, en la que había pasado la mayor parte de su juventud y que ahora volvía a pertenecerle. No aceptó, no quería aplazar por más tiempo su llegada a Mizpeh. Pero sí visitó la casa, y con burlona satisfacción se dio cuenta de que Jelek la había hecho ampliar con discreción y buen gusto. Volvió a nombrar a Tola el primero entre la servidumbre. Este tomó posesión de su cargo de inmediato, visitó la casa y el patio con mirada crítica, dio vueltas por todas partes, con breves pasos de anciano, pregonando:

—Donde falta la mirada vigilante del amo se resquebrajan las piedras —y se enfadó porque no había nada resquebrajado ni descuidado. Rezongó para sí en la lengua de Babel, aspiró la «h» e insultó a los necios que no le entendían.

Mientras tanto, Jefté, con sus dos centurias, recorría de nuevo, esta vez de regreso, el mismo camino que había recorrido en el pasado después de su humillación en la plaza del mercado de Mizpeh y en la Tienda de Yavé. Mucho antes de llegar a la ciudad, salieron a recibirlo ya los padres de familia de Mizpeh. Dijeron:

—¡Oh, Jefté, hijo de Galad, tú has vivido en la tierra de Tob, pero en realidad has vivido en nuestros corazones!

También el más anciano de los ancianos, aquel viejísimo Manasés, se había hecho llevar a su encuentro y dijo ahora con su voz cascada, apenas comprensible:

—¡Que me haya sido dado poder vivir para ver esto! ¿No lo dije una y otra vez que eres un bastardo bien nacido? Y ahora ya puedo descender a la cueva y contarle a mi amigo Galad que no debe preocuparse

por su hijo predilecto y que la bendición de Yavé resplandece en tu frente.

Pero Jefté quería contárselo todo personalmente a su padre. Antes de dejarse ver ante los muros de Mizpeh, subió con algunos de sus hombres a la colina de Obot, hizo apartar las rocas que cerraban la entrada y penetró en la cueva de los muertos. Se adentró en la oscuridad, envuelto por la frescura de aquel aire maloliente, dirigiéndose hacia el fardo en cuclillas que había sido su padre; con un brillo apagado relucieron los *terafim*. Se había propuesto ser humilde; quería asegurarse la aprobación y la bendición del padre para aquellos tiempos difíciles que se abrían ante él. Pero no pudo contenerse, todo su orgullo estalló en su pecho mientras informaba al muerto.

—No voy a hacer como tú, mi padre y señor —le explicó en voz baja y triunfante—, no voy a dejar que mis impulsivos deseos prevalezcan por encima de mi astucia calculadora. Me dominaré. Mira todo lo que he conseguido porque he sabido esperar y porque no me puse a repartir golpes cuando tuve ganas de hacerlo. Mírame, mi difunto padre y señor, y bendíceme con tu huesuda mano. Fui expulsado; tus malvados hijos, ansiosos de poder y de posesiones, y pobres de espíritu, me expulsaron, a mí, a tu hijo predilecto, a tu hijo menor, para que viviera entre las gentes perdidas. Pero yo reuní a mi alrededor a un buen grupo de gente y ellos se convirtieron en parte de mí, como mi pie o mi brazo; y subí a la cima de la montaña de fuego en la que vive el Baal de Basán, y lo desafié, y le arrebaté siete grandes y hermosas ciudades y todos sus campos, y vencí con la astucia al orgulloso rey de Basán, de modo que tuvo que establecer un acuerdo de paz conmigo, y he obligado a tu malvada esposa Silpa y a mis injustos hermanastros a llamarme de regreso para que ponga orden en las cosas que ellos han embrollado. Y es como si hubiera transcurrido una eternidad entre mi partida y mi regreso, aunque solo han pasado siete años. Y verás, mi querido padre y señor, cómo a estos siete años seguirán otros siete todavía mejores. El nombre que tú me diste: «Yavé abre», adquirirá pleno sentido. Empezará una nueva época cuando yo me siente en tu sitial de juez. El tiempo y los años se contarán teniendo como referencia a tu hijo Jefté. Dirán: «Esto fue durante el quinto año en que Jefté fue Juez en Israel».

Solo después de haber prometido esto a su padre, y a sí mismo, se puso en marcha hacia Mizpeh.

Ante los muros de la ciudad le esperaban sus hermanos, le besaron la barba, le preguntaron por su mujer y por su hija.

—Parece que echáis de menos a mi Ketura —repuso él—, pero tendréis que tener todavía un poco de paciencia. La mujer y la niña solo se reunirán conmigo en Mizpeh cuando no quede ningún enemigo a la vista.

Muchas personas rodeaban a Jefté, felices, miraban con asombro al elegido, intentaban tocarlo. Lo invitaron a vivir en la casa de su padre, pero tampoco aquí aceptó. Prefirió acampar con sus dos centurias ante los muros de la ciudad, entre los hombres de Galaad aptos para el servicio de armas. Delante de su tienda resplandecía su estandarte, que a partir de entonces sería el estandarte de Galaad.

Su primera ocupación fue ponerse de acuerdo con el sumo sacerdote Abijam y establecer con sus hermanos un acuerdo bajo juramento.

Abijam, cuando Jefté entró, se disculpó por no levantarse de su estera a causa de su edad. El recuerdo que Jefté tenía del sacerdote era el de un hombre esmirriado y frágil, sin embargo, se quedó sorprendido al encontrarse con aquel pobre manojo de carne caduca y encogida que estaba sentado ante él.

—Inclínate hacia mí, Jefté, hijo mío —dijo el anciano, y su voz seguía siendo sonora y tenebrosa—, para que pueda saludarte.

Jefté se inclinó hacia él, los enérgicos y penetrantes ojos del sacerdote no habían perdido su brillo, lo miraron con fijeza, y Jefté, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sintió inseguro.

Por su parte, Abijam, que a menudo, durante aquellos siete años que había durado la estancia de Jefté en el norte, había discutido mentalmente con él, estaba preparado para este encuentro. Cuando en el pasado puso ante los ojos de aquel hombre indomable la gloria de aquel que encabezara el sagrado plan de la unificación de Israel, este lo había comprendido; pero apenas hubo abandonado la Tienda de Yavé, en lugar de decidirse por esa gran hazaña, había elegido a la mujer amonita. Así pues, Yavé le había negado la mayor de sus bendiciones, la gracia del conocimiento, y él, Abijam, el sabio, podía sentirse con razón, el más fuerte. Pero en cuanto Jefté se inclinó hacía él, de forma que el sacerdote sintió su proximidad de forma física, se disipó su superioridad. Emanaba de ese Jefté una peligrosa ambigüedad que lo desconcertaba.

—Reconozco ante ti —empezó Abijam la conversación— que me equivoqué. Tú tenías razón, Yavé, a través de los acontecimientos, te ha reconocido como hijo legítimo de Galad.

—Me alegro, mi señor sumo sacerdote Abijam —contestó no sin cierta ironía Jefté—, de que tú también hayas superado tus dudas. —La visión del hombre que le había ordenado repudiar a su esposa, lo irritaba, y

siguió hablando, provocativo—: Te lo diré cuanto antes: no he aceptado a ningún hombre en mi grupo que no se uniera antes a la alianza de Yavé, pero de los habitantes de mis siete ciudades de Basán no he exigido nada parecido. Allí hay miles que reconocen a Baal como dios y a Astarté, y no he destruido ningún lugar sagrado de Baal.

El sacerdote se contuvo.

—Galaad llega hasta el río Jarmuk —dijo—, lo que hayas hecho o dejado de hacer al otro lado del Jarmuk es un asunto entre tú y Yavé. No tengo que discutir eso contigo. —Y con calor, continuó—: ¡Si quisieras creer que soy tu amigo! No solo fueron mis manos y mis labios los que te bendijeron cuando te marchaste.

Ahora Jefté creía que el sacerdote en realidad no era su enemigo, creyó incluso que su bendición lo había ayudado en todo aquello que había emprendido. Pero no quería dejarse atrapar por segunda vez. Replicó, con enojo y determinación:

—Yo no soy tu amigo. Tú fuiste conmigo más duro que tu dios.

—Yavé ha sido contigo más benevolente que con los otros —contestó sin rudeza Abijam—. Mi corazón se alegra de que te haya protegido y bendecido.

Llegaron los hermanos.

Jelek fue el primero en hablar.

—Todo Galaad —dijo— se alegra de que hayas aceptado la tarea de ayudarnos en la lucha contra Ammón.

—No he aceptado esa tarea —dijo con brevedad Jefté—, y tú lo sabes muy bien, tergiversador de palabras. Antes de eso, vosotros tenéis que pronunciar ante mí un solemne juramento, aquí en la Tienda de Yavé, tal y como acordamos en mi tierra de Tob. Solo entonces os ayudaré.

—¡Cómo desconfías de nosotros! —dijo el sacerdote.

Jefté contestó:

—Soy franco en mis palabras y en mis pensamientos. Sois vosotros quienes me habéis enseñado a desconfiar. Quiero que se me reconozca, mediante un juramento claro y contundente, como heredero legítimo de mi padre y su hijo predilecto.

Jelek dijo con sentido práctico:

—Haz el favor de repetir tus exigencias, hermano mío, para que quede constancia de ellas con palabras claras.

—En primer lugar —exigió Jefté—, quiero que se legitime por escrito y mediante juramento mi posesión de la casa y de los campos de Majanaím, y, como hijo predilecto de mi padre, también la propiedad de la casa familiar y tribal aquí en Mizpeh.

Jelek, sereno, contestó:

—Hemos construido nuevas y buenas casas para Gadiel y para mí. Construiremos una nueva casa también para Samgar, que ahora vive en la casa tribal de Galad. Pero no queremos sacar de allí a la mujer Silpa que ha vivido en esa casa seis veces siete años y que nos parió en ella.

Jefté repuso:

—La mujer Silpa y también tú, Samgar, podéis seguir viviendo en la casa, pero como huéspedes míos. Y cuando mi Ketura esté en Mizpeh, entonces deberá ser respetada como señora de la casa.

Jelek contestó:

—Tú lo has dicho. Lo pondremos por escrito y lo juraremos.

—En segundo lugar —continuó Jefté—, exijo lo siguiente: Me contentaré con los derechos del jefe de los ejércitos mientras Ammón esté acampado en las colinas de Mizpeh. Pero —y ahora habló despacio, eligiendo bien las palabras— en cuanto Ammón haya sido ahuyentado de las puertas de la ciudad, quiero tener derecho al sitial de juez en Galaad.

La expresión «ahuyentado de las puertas» era chocante. El que más extrañeza sintió fue Abijam. En el fondo, las palabras de Jefté, incluso aunque empleara aquella sorprendente expresión, coincidían con lo que los hijos de Galaad esperaban de él. Pero era preferible utilizar palabras que lo expresaran con mayor claridad.

—Bien —dijo el sacerdote—, cuando hayas vencido a Ammón serás nombrado juez.

El rostro de Jefté se ensombreció. Ni él mismo habría sabido decir por qué se había expresado de una forma tan extraña. Algo en su pecho le había prevenido ante la trampa que suponían las palabras grandilocuentes y jactanciosas. Estaba dispuesto a echar a Ammón, pero no permitiría que aquel sacerdote dominante, con sus palabras siempre cargadas de malicia, le impusiera la obligación de «vencer» a Ammón.

—Tal y como tú lo dices, sumo sacerdote Abijam —contestó alterado—, no me gusta. ¿Qué es una

victoria y qué no lo es? Es algo muy discutible. Me habéis pedido que os salve. Estoy aquí y quiero salvaros y ahuyentar a Ammón de vuestras puertas. Es a eso a lo que me he comprometido, eso es lo que estoy dispuesto a juraros. Exactamente eso, ni más ni menos. —Su hostilidad contra Abijam estalló—. No voy a dejarme engañar por vuestros juegos de palabras. Antes me marcharé de nuevo a mi tierra de Tob.

Abijam contempló al hombre que estaba allí de pie con los ojos furibundos, la corta barba adelantada. Se daba cuenta, mejor que el propio Jefté, de lo que sucedía en su interior. Jefté no era cobarde, era muy audaz, y si se negaba a comprometerse a obtener una victoria sobre Ammón, con toda probabilidad lo hacía por inspiración del dios Milkom, el dios de su esposa. Pero ¿qué podía perderse aceptando la prudente expresión de Jefté? ¿Acaso no era una victoria suficiente que Ammón se viera forzado a marcharse? Lo más importante ahora era retener a aquel hombre, que no se marchara encolerizado por segunda vez.

—Puesto que así lo deseas —contestó, por lo tanto, Abijam, amistoso y condescendiente—, que no se grabe en las tablas nada que mencione la «victoria», sino que tu promesa y tu compromiso se registren como a ti te parezca. Pero hay una cosa que debo rogarte. No es correcto prestar un juramento y hacer una promesa ante Yavé utilizando palabras poco claras. Quizá tus palabras solo me parecen confusas porque no soy un hombre de guerra. ¿Querrías explicarme qué significa ahuyentar a Ammón de las puertas de la ciudad?

Jefté estaba desorientado. No quería parecer un cobarde; pero la forma que eligiera para salvar a Galaad era asunto suyo, solo suyo.

—Me comprometo —explicó impaciente— a que no sean visibles ni un solo guerrero enemigo ni una sola tienda de Ammón desde el tejado más alto de Mizpeh.

—Así se escribirá —aceptó Abijam.

Jefté dijo refunfuñando:

—Soy un hombre sencillo, pero vosotros complicáis lo más sencillo y lo hacéis todo más difícil. —Su rostro se despejó, se rio y dijo:

—Mirad, esto habríais podido tenerlo también sin tantas disputas.

4

Con sorprendente rapidez llegaron a las puertas de Mizpeh los guerreros de Jefté. Iban ordenados en septurias, centurias, milicias y mantenían una estricta disciplina. Acompañaban al grupo dos empleados, *schoterim*, escribanos, que elaboraban listas en las que se anotaba con exactitud el nombre de cada uno, su antigüedad en el servicio, sus méritos, su derecho a botín.

Las gentes de Mizpeh miraban con asombro a los guerreros de Jefté. Muchos de estos eran emoritas, hombres de la tribu de los temidos gigantes del norte; pero esos gigantes seguían el estandarte de Jefté, se confesaban siervos de Yavé.

Y qué armas tenían aquellos guerreros: espadas de metal, cascos y escudos de metal. Había soldados cuyas armas eran tan pesadas y complicadas que no entraban en batalla sin sus portadores de armas. Algunos de los hombres de Galaad tenían sus reparos ante semejante forma de lucha; ¿no era mejor que un guerrero solo confiara en Yavé y en su propia fuerza? Todavía más reparos —y por el mismo motivo— tenían contra los carros de guerra.

Pero la mayoría de las gentes de Mizpeh se sentían llenas de una agradecida admiración. Así que este era el aspecto de aquellos temibles carros que en anteriores batallas habían sembrado el pánico entre los israelitas. Estos de aquí no les producían espanto, rechinaban, chirriaban, rodaban y amenazaban en nombre de Galaad. Las gentes de Mizpeh palpaban los carros, se alegraban, lanzaban exclamaciones de enorme satisfacción. Aclamaban a Jefté. El difunto juez Galad había sabido muy bien por qué lo había convertido en su hijo predilecto. Jefté era en verdad un elegido, un héroe, uno de aquellos hombres grandes como los que habían surgido en Israel con anterioridad, en tiempos de peligro.

Jefté examinó a los hombres aptos para el servicio de armas de Galaad que se habían reunido en el campamento de Mizpeh, los *adirim*, que habían respondido a la llamada de Gadiel. La mayoría de ellos lo recibieron con respeto. Pero algunos se mostraron reticentes. Eran hombres que poseían tierras, que habían nacido en un lecho legítimo, ¿debían permitir que los mandara el bastardo? Jefté intentó vencer su resistencia bromeando, y algunos se dejaron ganar por su jovial firmeza. Pero a aquellos que persistieron en su obstinación les demostró que él, el jefe de los ejércitos, estaba dispuesto a mantener la disciplina. Los

aceptó entre sus centurias y mezcló a sus guerreros con los suyos.

Sus escribanos, sus *schoterim*, repasaron las listas de los galaaditas aptos para el servicio de armas y comprobaron que muchos faltaban en el campamento. Jefté preguntó a Gadiel qué había hecho para conseguir que acudieran los indecisos. Gadiel repuso que los había urgido con insistencia, a algunos mediante mensajeros y a otros había ido a verlos él mismo a lomos de su cabalgadura.

—Me alegro, Jefté —dijo con verdadero alivio— de que ahora lleves tú esta responsabilidad.

Jefté hizo encender en las colinas nuevas señales de fuego advirtiendo del peligro, y dio orden de que, en un plazo de cinco días, se congregaran todos aquellos que estaban obligados a luchar, de no hacerlo recibirían un duro castigo.

La mayoría acudieron. Algunos testarudos permanecieron también ahora en sus casas. Había entre ellos un hombre rico llamado Aod. Se había burlado ya de Gadiel cuando este le exigió que mandara a Mizpeh a los hombres que necesitaba para atender sus campos y sus rebaños. Ahora que incluso el errante, el bastardo, se atrevía a reclamarle doce septurias, que debía poner a su disposición, envió al mensajero de vuelta con un mensaje suyo: él, Aod, necesitaba un bufón para la fiesta que iba a celebrar con motivo de la próxima boda de su hija; Jefté, sin duda el mejor bufón del país, podía ganarse así un buen pedazo de carne asada. Jefté mandó un destacamento de sus hombres armados a la granja de Aod; lo cogieron, le raparon la mitad de la cabeza y descuartizaron su ganado. Jefté mandó los pedazos a los *adirim* reacios, junto con el siguiente mensaje: «Esto mismo sucederá con el ganado de todos aquellos que no se presenten a tiempo en el campamento de Jefté».

Nunca, desde tiempos inmemoriales, un jefe de los ejércitos había tenido en Galaad un ejército tan poderoso bajo sus órdenes como tenía ahora Jefté. Pero Jefté permanecía ocioso, no emprendía nada contra el rey Nachasch, ni siquiera ordenaba a sus guerreros purificarse para la lucha y abstenerse de las mujeres y del vino.

Porque allí, a la vista del campamento enemigo, se daba cuenta, cada vez con mayor claridad, de que había hecho bien en no prometer al sacerdote y a los hermanos ninguna victoria. Incluso aunque venciera en una batalla en campo abierto, Ammón podía retirarse a su inexpugnable capital, Rabat, y esperar de Basán unos refuerzos, que sin duda obtendría. Y es que el vengativo rey Abir difícilmente habría aceptado que Jefté aumentara su poder mediante una gran victoria sobre Ammón. Era cierto que el rey había jurado a Jefté una tregua, pero su juramento solo era válido ante el protector de los siete territorios en Basán, no ante el Jefté que luchaba a las puertas de Mizpeh como jefe de los ejércitos de Galaad. Una victoria en campo abierto habría implicado, pues, a Jefté en una guerra sin fin y sin esperanza contra dos poderosos enemigos, una guerra que no podría ganar.

Había otra cosa, más profunda y secreta, que detenía a Jefté ante aquella lucha. Encabezaría a disgusto una guerra contra Milkom, el dios de su madre y de su esposa. Tenía la esperanza —que ya había alimentado también en la Tienda de Yavé— de poder convencer al rey Nachasch mediante astutas negociaciones para que se retirara, del mismo modo que había conseguido en su momento la paz del rey Abir gracias a una afortunada inspiración.

Se dio cuenta, con regocijado asombro, de que tampoco el rey Nachasch, aunque era un gran señor de la guerra, deseaba la lucha. Sí que engrosaba su campamento haciéndose mandar refuerzos por el rey de Moab, con quien estaba emparentado. También asoló la región de Galaad. Pero no avanzó por el territorio de Mizpeh. Ambos ejércitos estaban uno frente al otro, inactivos.

Los galaaditas se sorprendían de la inactividad de Jefté, pero confiaban en él y consideraban que debía tener sus motivos. Ni siquiera Abijam, ni los hermanos de Jefté se mostraron intranquilos ante su comportamiento. La solidez de su ejército y de su campamento les infundía también a ellos respeto, aun contra su voluntad. Sí, el odio del impulsivo Gadiel pronto se convirtió en amistad y en una admiración casi infantil. Jefté lo aceptaba condescendiente, y como viera con qué apasionamiento Gadiel tomaba parte en los ejercicios que practicaban los guerreros de los carros, le regaló uno de sus carros.

También con Jelek se entendía ahora. Aunque él prefería la vida al aire libre y en el campamento, alabó la nobleza de las casas que el hermano había hecho construir en Mizpeh. Jelek lo escuchó gustoso.

Más difícil resultaba entenderse con Samgar. Seguía sintiéndose atraído por la fuerza y la jovial seguridad de Jefté, pero echaba de menos en su campamento el auténtico fervor por Yavé. Zilla no dejaba de azuzar la preocupación de su esposo. Con ojos cargados de odio, observaba todo cuanto Jefté hacía y dejaba de hacer, y era la primera en sospechar de su fidelidad al pueblo de Galaad. ¿Por qué seguía permitiendo que sus gentes se dejaran crecer el pelo, se acostaran con mujeres y bebieran bebidas embriagadoras? ¿Por qué no se hacía purificar de una vez para la guerra? La razón de todo aquello estaba en que era medio amonita y no quería luchar contra el pueblo de su madre y de su esposa. Seguía sin haber

arrancado de su corazón al dios Milkom.

Poco a poco, también los hombres de Galaad se inquietaron ante las dudas de Jefté. Por fin, Gadiel le preguntó sin rodeos por qué no forzaba a Nachasch a la batalla. Ammón tenía verdaderamente un ejército mayor que Galaad, continuó, pero las gentes de Jefté estaban mejor armadas y mejor entrenadas para la lucha, y además Jefté tenía consigo la bendición de Yavé y su buen estandarte, y además luchaba bajo la protección de los sólidos muros de Mizpeh. ¿Por qué, pues, seguía esperando?

Jefté lo miró pensativo, distraído, y dijo con sequedad:

—Tienes razón.

Y por fin ordenó a sus guerreros que se purificaran.

Pero en secreto había mandado un mensajero al rey Nachasch y lo había emplazado para un encuentro.

Muy pronto llegó la respuesta. Nachasch aceptaba, como lugar de encuentro proponía la ciudad de Elealeh, una de las ciudades galaaditas que había conquistado y destruido. Esto era humillante. Jefté habría preferido encontrarse con el rey en una colina que se encontraba entre ambos ejércitos. Nachasch insistió, pero con una cortés justificación: lo correcto era que el jefe de los ejércitos más joven fuera quien se trasladara hasta donde estaba el más viejo.

Jefté se conformó.

5

JEFTÉ no informó a nadie del planeado encuentro; pero se preparó muy bien para él. Quería demostrar al rey de Ammón que Galaad tenía derecho a las ciudades que Nachasch le había arrebatado y preguntó a Samgar por la historia antigua de aquellas tierras. Samgar había observado con gran satisfacción que Jefté, por fin, había mandado purificarse a sus soldados para la guerra. Le contó con fervor y con todo lujo de detalles cómo el ejército de Israel había vencido a los emoritas y cómo al hacerlo también había librado a Ammón de los opresores; pero los vencedores no exigieron ningún agradecimiento por parte de los amonitas, sino que, generosos, los dejaron en posesión de todo su territorio. Jefté se aprendió bien todo aquello.

El día establecido, acompañado tan solo por una septuria de sus *giborim*, se dirigió a lomos de su cabalgadura al lugar del encuentro. Las ciudades Elealeh y Hesebón estaban muy cerca una de la otra, sobre dos colinas. Hesebón la habían arrasado en su momento los israelitas al invadir aquellas tierras y habían dejado sus ruinas como escarmiento. Ahora también Elealeh había sido destruida. Pero sobre las ruinas de Hesebón se estaban realizando trabajos de reconstrucción. El rey Nachasch reconstruía allí, para el dios Milkom, el antiguo y famoso santuario que en el pasado los israelitas habían destruido.

Nachasch no había llegado todavía. Por entre las ruinas de la ciudad de Elealeh se arrastraban lastimosos algunos viejos a los que los amonitas habían perdonado la vida. Se acercaron a Jefté, le contaron cosas del rey Nachasch. Habían sentido el poder de su mano, era fuerte, orgulloso y violento, pero amigo de la risa. Se había reído a carcajadas al verlos intentando escapar de sus soldados arrastrándose a toda prisa, los había hecho salir de sus escondrijos y les había ordenado volver a esconderse, arrastrándose de nuevo, pero más de prisa todavía. Luego se había reído aún más y les había perdonado la vida.

Jefté creyó que podría entenderse con ese rey.

Por supuesto, debía estar prevenido; porque lo que sí era cierto era que Nachasch hacía honor a su nombre que significa «serpiente». Algunos dioses llevaban su existencia bajo la apariencia de serpientes. La serpiente era más escurridiza que el ser humano y sabía vencer a su enemigo por la astucia. Y eso lo sabía el rey Nachasch. Pero Jefté conservó la confianza. Había demostrado estar a la altura del rey Abir, tampoco se dejaría derrotar por Nachasch.

Llegó el rey, también él acompañado tan solo por su guardia personal. Saludó a Jefté como a un amado huésped.

—He oído hablar mucho de ti —dijo—, y la mayoría de las cosas que me han dicho no me disgustan. Quiero que hablemos con franqueza entre nosotros.

Jefté observó con mirada escrutadora al rey de aquel gran pueblo del que procedía su Ketura. Nachasch hablaba de forma parecida a como lo hacía él mismo. Utilizaba las mismas palabras y el mismo tono. Habría podido ser un hermano mayor de Jefté; como este, no era alto, pero sí ancho de espaldas y fuerte, y también tenía el mismo rostro macizo y la nariz plana. Jefté repuso:

—Para mí no hay nada mejor que una conversación clara y sincera. Dime, pues, qué es lo que quieres de mí, tú, que has traído la guerra a mi región.

Nachasch se dejó caer sobre la estera, invitó a Jefté a sentarse y contestó:

—No debes ignorar que tu padre Galad cayó varias veces sobre Ammón. Fracasó ante los muros de mi fortificada ciudad de Rabat, en la que desde hace siete generaciones no ha conseguido entrar por la fuerza ningún enemigo. ¿Por qué no debo hacer lo mismo que él y quitaros de nuevo una parte de las tierras que en el pasado nos pertenecieron? Nosotros y Moab hace más tiempo que estamos en estas tierras, tenemos un derecho más antiguo a la tierra entre el Arnón y el Jabok. Ya nos hemos apoderado una vez del Arca donde vive vuestro dios. Es cierto que tu padre la recuperó con rapidez. Pero la próxima vez no dejaremos que volváis a quitarnos el Arca. Créeme, mi querido Jefté.

Jefté dijo cordial:

—Puesto que hablamos con franqueza, rey Nachasch, tengo que decirte que no lo creo. Quizá te gustaría visitar el campamento de mis ejércitos, y ver mis carros de guerra y mis bien armados hombres. Mizpeh no es una ciudad tan bien fortificada como tu Rabat. Pero también mis guerreros han demostrado su valía y sabrán proteger el Arca de mi dios, Yavé. Y puesto que es así, y tú no eres más poderoso que yo ni yo soy más poderoso que tú, ¿por qué deberíamos luchar? No albergo ningún rencor contra ti, y creo que tampoco tú alimentas ningún rencor contra mí.

El rey Nachasch dijo:

—No será una guerra fácil si tengo que luchar contra ti, lo sé. Pero he dado a mi hija mayor al rey de Moab por esposa, dos milicias de Moab están en mi campamento, vendrán más en cuanto las pida, y entonces estoy seguro de que podré derrotarte.

Jefté repuso:

—Has dicho que hubo un tiempo en que mi tierra os perteneció. En nuestras tablas y rodillos está escrito de otra manera. En ellas se dice que los emoritas eran poderosos en estas tierras, estaban bien afincados, fuertes y amenazadores en sus tierras, que ahora nos pertenecen a nosotros, y una y otra vez caían sobre vuestras tierras y os oprimían. Hasta que nosotros llegamos, procedentes de la estepa. Dimos un rodeo, con actitud pacífica y precavida, al llegar a vuestras tierras y a las tierras de Moab y no las pisamos. Pero caímos sobre las tierras de los emoritas y conseguimos una sangrienta victoria sobre ellos y su rey Seón, no lejos de aquí, de modo que también vosotros quedasteis liberados de la opresión de Seón. Está claro que nuestro dios Yavé nos dio la tierra de los emoritas, desde el Arnón hasta el Jabok. Podíamos haber exigido de vosotros tierras en agradecimiento. No lo hicimos, ni codiciamos ninguna parte de la tierra que vuestro dios Milkom os había dado a vosotros. ¿Por qué, pues, quieres tú ahora de pronto emprender una gran guerra contra nosotros?

El rey Nachasch contestó con sencillez:

—Me gusta la guerra. ¿A ti no? No dedico mucho tiempo a pensar en antiguas historias. Cuando puedo conquistar una ciudad y conservarla en mi poder, la ciudad me pertenece, independientemente de quién haya vivido antes allí. Por lo que he oído decir de ti, tú no actúas de forma muy diferente. Por supuesto, tienes razón cuando dices que en estos momentos somos igual de poderosos, y me costaría muchos guerreros vencerte. Y también me digo: Ammón, Moab, Galaad, ¿no somos todos hebreos? ¿Por qué tendríamos que matarnos entre nosotros?

Se levantó de su estera, también Jefté lo hizo, se acercó a Jefté y dijo:

—Escucha, Jefté, mi huésped, se me ocurre una cosa. Me han dicho que tienes una hija en edad núbil o próxima a la edad núbil. Entrégasela a mi hijo Mescha por esposa. Él es joven, fuerte e inteligente, ambos hallarán placer el uno en la otra, y de esta manera habrá paz entre Ammón y Galaad.

Jefté, profundamente sorprendido, dio un paso atrás, y primero le vino a la mente un pensamiento mezquino, ridículo, enojoso. La esposa legítima de Nachasch le había dado una sola hija, aquella princesa que él había entregado como esposa al rey de Moab. El príncipe Mescha, a quien ahora quería desposar con Ja’ala
, era el hijo de una concubina. Pero ¿acaso no había sido su propia madre la concubina de Galad? Y mientras Jefté todavía lo estaba pensando, fue del todo consciente de lo necio y contradictorio que era aquel pensamiento.

Mientras tanto, el rey Nachasch iba de un lado para otro, no miraba a Jefté, seguía hablando, hablaba para sí, como si pensara en voz alta:

—Y quizá de esta manera, en el futuro, Ammón, Moab y Galaad llegarán a ser un solo reino, y el brazo de aquel que domine este reino será tan largo como el del Dominador de los cuatro puntos cardinales.

Lo que el rey Nachasch estaba exponiendo ante Jefté era una tremenda tentación. Sí, llegaría un tiempo

en que habría una intensa lucha para decidir quién heredaría Ammón. El príncipe Mescha o el rey de Moab, el marido de la hija mayor, la hija legítima. Jefté estaba exaltado. Que Nachasch lo animara a competir en esa lucha era algo inesperado y le demostraba de cuánto poder y respeto se había hecho merecedor. Había sido una buena inspiración que se hubiera negado a jurar ante el sacerdote la «victoria sobre Ammón».

Pero esta inspiración difícilmente podía proceder de Yavé. Había sido Milkom quien le había advertido para que no hiciera la guerra contra el pueblo de su esposa y de su madre, y era Milkom quien ahora le ofrecía la posibilidad de emparentar con el rey Nachasch. Si aceptaba, si entregaba a su
Ja'ala
al príncipe de Ammón, ella tendría que abjurar de Yavé y servir a Milkom. ¿Y acaso la había educado de manera tan estricta en la fe de Yavé para entregarla ahora a Milkom? Sintió casi de forma palpable el resplandor de la tentación y su veneno. Al mismo tiempo, caldeaba su corazón que Yavé y Milkom se lo disputaran.

El rey Nachasch se quedó de pie ante él y lo miró a la cara, bizqueando un poco, astuto, malicioso, como un muchacho que incita a otro a un juego de astucia, divertido, pero no exento de peligros. Pero como Jefté no se manifestó enseguida de acuerdo, sino que su vivo rostro reflejaba más bien toda su agitación, la expresión del rey se ensombreció.

Jefté se dio cuenta, controló su trastorno, se obligó a pensar de manera lógica y consecuente. Bajo ninguna circunstancia debía ofender a Nachasch. Debía reflexionar con calma sobre su ofrecimiento, debía ganar tiempo. Dijo:

—Tu benevolencia me ha dejado anonadado, rey Nachasch. Me siento afortunado por haber hallado complacencia ante los ojos de un señor tan astuto y poderoso. Es por eso que te ruego que me des tiempo para pensar en tu propuesta. Déjame decidir si puedo aceptar un don tan grande sin quedar aplastado.

Nachasch se rio.

—¿Temes —dijo— que al final acabemos por devorar tus tierras?

—Nada más lejos —contestó Jefté—. Es verdaderamente como te digo: tu propuesta me ha dejado anonadado, y necesito tiempo. Escucha. Desde que estoy a las puertas de Mizpeh no has seguido avanzando, también yo he detenido a mis ejércitos para que no luchen. Convirtámoslo en una tregua y comprometámonos con un juramento ante nuestros dioses. Establezcamos lo siguiente: hasta la próxima primavera no caeréis sobre nosotros y nosotros tampoco sobre vosotros. Yo mandaré de regreso al norte a mis hombres armados y a mis carros de guerra. Pero tú replegarás tus tiendas y te marcharás fuera de la vista de Mizpeh y nos devolverás las tres ciudades que nos has quitado.

Ahora el rey Serpiente se rio de todo corazón.

—Me gustas, Jefté, mi huésped —dijo—, pero no tanto como para comportarme como un necio. ¿Has oído decir alguna vez que algún rey entregue de buen grado una ciudad que haya conquistado con su buena espada? ¡Y menos tres ciudades! Ya sería mucho, y tú lo sabes, que te concediera todo un año para que puedas decidir si mi hijo es lo bastante bueno para tu hija.

Jefté dijo:

—He traído hasta aquí a mis guerreros y a mis carros desde muy lejos, muy al norte. No puedo deshonrarlos, mandándolos de regreso sin haber hecho nada. Un rey, con tanta experiencia en cuestiones de gobierno como tú, lo sabe. Así pues, te ruego que retires tus tiendas de la vista de Mizpeh y que me devuelvas por lo menos la ciudad de Jokbecha.

El rey Nachasch, que seguía disfrutando mucho, replicó:

—¡Jokbecha! ¡La sensata ciudad que no opuso resistencia y a la que, por tanto, no tuve que arrasar! No, mi querido Jefté, esa la conservaré yo. Pero puesto que has sabido abrirte paso hasta mi corazón, estoy dispuesto a regalarte ese año de paz que necesitas para reflexionar. Lo haremos de la siguiente manera. Tú despides a los hombres aptos para las armas de Galaad, y yo levantaré mi campamento de las colinas frente a Mizpeh. Luego conducirás tus carros y tus guerreros de regreso a tus territorios del norte, y yo te cederé la zona en la que se encuentran las ciudades de Jaser y Elealeh.

—Eres generoso y comprensivo, rey Nachasch —contestó Jefté—. Pero existe una dificultad —añadió pensativo—. Mi dios Yavé se encolerizará conmigo si cedo la ciudad de Jokbecha al dios Milkom.

—Eso no debe ser ningún problema entre nosotros —repuso Nachasch—. Puesto que tú así lo deseas, no perseguiré a aquellos de entre los hombres de Jokbecha que quieran seguir siendo fieles a tu dios Yavé. Tú, por tu parte, me garantizarás que nadie profanará el santuario que he erigido aquí, en Hesebón, a mi dios Milkom, y que a nadie se le impedirá honrar allí al dios.

—Así sea —dijo Jefté.

—Así sea, hasta la próxima primavera —corrigió el rey Nachasch—. Y antes tendrás que haber decidido

si entre nosotros habrá paz y parentesco o guerra.

—Mi corazón y toda mi alma te está agradecido, rey Nachasch —dijo Jefté con sinceridad. Y con astuta franqueza añadió—: Sé que dedicarás este tiempo para reunir en tu campamento, hasta la próxima primavera, a todos los hombres aptos para el servicio de armas de Moab, y con toda seguridad también intrigarás con otros reyes. Yo también intentaré ser más fuerte la próxima primavera. Pero quizá no lo consiga. Entonces dejaré de gustarte y ya no querrás unir a nuestros hijos.

Nachasch contestó:

—Contigo se puede hablar, Jefté, eres un hombre inteligente. Es posible que la próxima primavera, cuando sea muy fuerte, ceda a los deseos de mi corazón y caiga sobre ti. Porque amo la guerra. Pero hoy puedes tener la absoluta certeza de que deseo que reunamos a tu hija y a mi hijo sobre la estera. ¿Acaso no somos todos hebreos?

6

Jefté y el rey consolidaron la alianza con sacrificios y juramentos. Luego, Jefté regresó a Mizpeh, reunió al ejército en torno a su estandarte y anunció:

—La guerra ha terminado. Cumplid todavía durante dos días las obligaciones de la purificación. Después estáis libres.

Escucharon aquello con incrédula sorpresa. No se había librado ninguna batalla, las tiendas de guerra de Ammón cubrían las colinas a su alrededor. Pero he aquí que, al segundo día, el rey Nachasch empezó a desmontar las tiendas. Al tercer día, el enemigo había desaparecido de las colinas de todos los campos de Mizpeh.

Los hombres de Galaad lo comprobaron con sentimientos contradictorios. Se alegraban de poder regresar a sus casas, acostarse con sus mujeres, ocuparse de sus campos y rebaños. Pero habían preparado sus pechos para la guerra, el desasosiego y el deseo de aventuras de sus antepasados nómadas había hecho presa en ellos, y ahora debían volver a la formalidad de sus vidas cotidianas.

También las gentes de Jefté, los hombres de su grupo, estaban decepcionados. Pero mayor que la decepción fue el orgullo que sintieron por su cabecilla, quien, al igual que un dios, por el simple soplo de su palabra había hecho volar lejos al enemigo. Partieron con gran estrépito para regresar a la tierra de Tob y a los territorios al norte del Jarmuk.

Jefté, con una pequeña parte de su ejército, se quedó a las puertas de Mizpeh. Dijo a los hermanos:

—Aguzad vuestros ojos y observad si todavía podéis distinguir algún guerrero enemigo o una tienda de Ammón en los alrededores de Mizpeh. He cumplido mi promesa. He actuado de acuerdo con vuestros ruegos y he salvado Galaad.

En Gadiel se despertó el antiguo rencor. Había deseado una buena batalla, ¿por qué el hermano se la había escatimado? Aquel ególatra sí le había concedido a su propia espada saciarse de sangre, allá arriba, en el norte. Pero era cierto que no quedaba ningún amonita ante Mizpeh. Y allí estaba el carro de guerra que Jefté le había regalado. Gadiel suspiró. Había que aceptar al bastardo tal como era.

El reflexivo Jelek se sentía de todo corazón satisfecho. Su práctica actividad se había visto trastornada por el llamamiento a la guerra; las casas, los campos y los rebaños habían quedado en manos de las mujeres y habían sido descuidados. Ahora podrían regresar de nuevo al provechoso trabajo. Jefté no era solo un hombre valeroso, era también muy listo; había sabido controlarse y había conseguido la paz sin sacrificar a muchos hombres.

Samgar estaba confundido. Admiraba al hermano que con solo su palabra había conseguido la retirada de Ammón. Pero el viejo resentimiento lo reconcomía. ¿Había hecho alejarse al enemigo por un soplo del aliento de Yavé, o se había puesto de acuerdo con el rey bajo el signo de Milkom? Además, Zilla lo azuzaba y sembraba cizaña. ¡Qué paz tan miserable había establecido el bastardo! ¿Para conseguir tan solo semejante acuerdo de paz se habían rebajado tanto ante él los hijos legítimos de Galad? ¡La ciudad de Jokbecha, la buena ciudad de Yavé, pertenecía ahora a Milkom! De nuevo, el hijo de la amonita había sido más listo que los hermanos y se había excedido en sus atribuciones. Lo habían mandado llamar para que los condujera en la guerra. No se le había encargado en absoluto que estableciera la paz. La paz solo podía establecerla Samgar, el juez. La paz de Jefté no tenía validez.

Samgar pensaba en las palabras textuales empleadas en el contrato que los hermanos habían establecido

con Jefté. El enemigo había sido ahuyentado de las puertas de Mizpeh, Jefté había cumplido su palabra. ¿Debía luchar contra Jefté, el salvador, el que había sido bendecido de forma patente? ¿Debía siquiera discutir con él? Pero en lo más profundo de su ser compartía las dudas de la mujer. Se sentía desdichado, desgarrado. Buscó refugio en servir a Yavé con un celo todavía más ardiente.

Allí estaba aquel terebinto que daba nombre a la colina de Majanaím, Bamat-Ela. La gente de Samgar había querido cortar el árbol; pero los hombres de Majanaím los habían ahuyentado con hoces y guadañas, y Samgar, siguiendo el perentorio consejo de Jelek, había cedido dubitativo. Ahora se obligó a ser duro. Mandó hombres armados a Majanaím con la orden de cortar el árbol, costara lo que costara. También esta vez las gentes se opusieron, se derramó sangre, pero aquella misión sagrada se llevó a cabo, el árbol fue talado.

Jefté se abalanzó sobre Samgar y le dijo en tono imperioso:

—¿Te has enterado de que esa chusma brutal ha derribado el árbol sagrado de Majanaím?

Samgar se arredró ante la cólera de Jefté, pero se dominó, estaba defendiendo a Yavé.

—Lo hicieron por orden mía —contestó—. El árbol no era sagrado. Yavé no vive en los árboles.

—Era un *Ez*

Ra'anán

—dijo lleno de tristeza Jefté—, el más hermoso árbol verde que conozco. Todos lo amaban. Seguro que Yavé también lo amaba. —Y ronco de ira le espetó a la cara—: Lo has hecho para mortificar a Ketura.

Samgar temió que el otro, dejándose llevar por la ira, lo matara, pero en su corazón pidió ayuda a su dios y contestó desafiante:

—No sabía que la mujer del jefe de los ejércitos de Galaad todavía hoy practica la idolatría.

Jefté dijo:

—No es función tuya proteger la religiosidad de mi mujer.

—Es mi misión —replicó Samgar—, todavía soy juez en Galaad.

Pero Jefté se había dado cuenta, en lo más profundo de su ser, que al evitar la guerra no solo había actuado como jefe de los ejércitos de Galaad, sino también como hijo de su madre y esposo de su mujer, y que no había tenido intención de dejarse nombrar juez. Y ahora que el otro lo desafiaba con tanta insolencia, sintió crecer en él una oleada de ardiente ira. Así que los hijos de Silpa todavía no habían aprendido a ser humildes; incluso este, el más triste de ellos, se atrevía a alzarse contra él.

—¿Tú? ¿Juez en Galaad? —replicó, con la áspera voz quebrada—. Ya no lo eres. Exijo mi recompensa. A partir de ahora yo soy el juez. —Lo cogió por los hombros y lo sacudió—. ¡Llámame *Ischi Schofet*, llámame Señor Juez!

A Samgar le temblaban las rodillas. A pesar de todo, consiguió decir:

—Solo Yavé puede librarme de mi cargo. No voy a llamarte *Ischi Schofet*. —Pero entonces, desde lo más profundo de su pecho, se lamentó—: Ya sé que estoy fuera de lugar en el sitial de piedra de Galaad. No entiendo nada de la guerra, no tengo poder sobre las gentes, no puedo disponer y regir y ordenar. ¡Oh Jefté, cuánto me alegraría de que Yavé te hiciera juez a ti! Deseo ser sacerdote, leer las hazañas del dios en las tablas de arcilla y poner por escrito todo lo que Yavé haga por Galaad en el futuro. ¿No puedes liberarte de los falsos dioses, Jefté? —Le imploró de buena fe—. ¡Qué gran juez serías! —Y acercándose más a él, con timidez, casi fallándole la voz, le preguntó—: ¿Llevabas las piedras mágicas sobre tu cuerpo durante la conversación con el rey Nachasch?

Por supuesto, Jefté no llevaba ningún *terafim* encima en aquella ocasión. Pero, a pesar de todo, en las sencillas palabras del piadoso joven, tan lleno de celo, había una ligera parte de verdad. La verdad era la siguiente: en aquella negociación con Nachasch la mayoría de las palabras las había puesto Yavé en su boca, pero algunas también el dios de su madre.

La cólera de Jefté disminuyó. Soltó a Samgar.

—No te preocupes, piadoso, pensador —dijo lleno de compasiva altanería—. No vas a tener que atormentarte durante mucho más tiempo con tu cargo. Tu sumo sacerdote me otorgará en la Tienda de Yavé el cargo de juez, tal y como está previsto en nuestro contrato. Luego podrás esconderte entre los pliegues de la túnica de tu Abijam, ¡y poner por escrito las hazañas que yo llevaré a cabo en favor de Galaad!

JEFTÉ entró en la Tienda de Yavé, se quedó en pie ante Abijam, y anunció:

—Ya no hay ningún guerrero enemigo a la vista, ni ninguna tienda de Ammón en los alrededores de Mizpeh. —En su voz había victoria, en su pecho inseguridad. Temía que Abijam pudiera sospechar por qué motivos Nachasch había abandonado el campo de batalla.

De hecho, el sacerdote había oído la noticia de la retirada del enemigo con cierta consternación. Jefté, el famoso y acreditado soldado, había preferido entregar la ciudad de Jokbecha al enemigo antes que luchar contra Ammón. Aquella desconfianza que había provocado en él la confusa expresión de Jefté se avivó de nuevo.

Y ahora que Jefté se presentaba ante él y reclamaba su derecho, le dijo con sequedad:

—Tienes razón. Has cumplido el acuerdo. Has actuado con toda exactitud de acuerdo con tus palabras. ¿Has venido a escuchar esto?

Jefté percibió la provocación. No tenía la menor intención de justificarse ante el viejo; pero había sabido acallar más de una vez sus propias dudas con buenos argumentos, y celebró poder expresar ante otro esos legítimos argumentos.

—Ya sé —contestó— que esperabas de mí una estruendosa victoria. Pero he sopesado de nuevo el poder de los amonitas, que es muy grande, incluso aunque hubiera ganado una batalla en campo abierto, la guerra no habría terminado. Nachasch habría podido esperar con toda tranquilidad en su fortificada ciudad de Rabat, que es inexpugnable, a que acudieran en su ayuda todos los hombres aptos para el servicio de armas de Moab e incluso de Basán. Y entonces quizá ni siquiera habría podido conservar Mizpeh. No soy un mal jefe, sumo sacerdote. Creo que he demostrado que no soy cobarde y que no siento la menor inclinación a ponerme de acuerdo con nadie. Había deseado una batalla. Pero he considerado más inteligente, de momento, salvar primero a Galaad.

Lo que Jefté decía sonaba convincente. A pesar de todo, la desconfianza de Abijam no disminuía. Dijo:

—Explícame, te lo ruego, ¿cómo llegaste a un acuerdo con el rey de los amonitas? ¿Qué poderosas y convincentes palabras empleaste para que él, con todo su poder, se retirara sin luchar? —De nuevo el sacerdote hablaba con calma; pero esta vez Jefté oyó en su voz aquella grave sospecha. Aquel hombre sabía o sospechaba que Jefté había llegado a un acuerdo secreto, turbio, ilícito, con el rey. Jefté estaba alerta, prefería decir una palabra de menos que una de más, contestó, también él muy tranquilo, casi con indiferencia:

—Le hice ver al rey Nachasch que aunque nos venciera en una batalla, la guerra no estaría en absoluto decidida. No utilicé palabras poderosas, solo sensatas, y el rey Nachasch es una persona sensata, un soldado y un hombre tratable.

Pero ahora Abijam no se contuvo por más tiempo.

—Tu rey Nachasch —dijo con ojos iracundos— puede ser un hombre tratable: pero Yavé no es tratable. No es un dios que acepte deplorables acuerdos, es un dios de la guerra. Dudo que vea con satisfacción que hayas dejado su ciudad de Jokbecha al enemigo.

Jefté casi se alegró de que el otro se dejara llevar por la ira. Él se sentía ahora muy seguro. Con calma, contestó:

—He conquistado para Israel siete buenas ciudades en el norte, mejores que la ciudad de Jokbecha, no lo olvides. También le he hecho jurar al rey Nachasch que no se impedirá a nadie de la ciudad de Jokbecha honrar a Yavé. No creo que Yavé esté descontento de mí. Ha hecho que Ammón se retire en cuanto yo he llegado. Antes se había limitado a mirar cómo Ammón acampaba alrededor de la ciudad.

El sacerdote estaba cansado de aquella discusión inútil.

—Deja ya de considerarme tu enemigo —le rogó—. Queremos lo mismo, nos preocupamos por Galaad, cada uno a su manera. Concédeme esto. Y explícame, te lo ruego: ¿Qué se ha ganado por el hecho de aplazar la decisión? Esta vez le has cedido a Nachasch la ciudad de Jokbecha. ¿Qué vas a hacer cuando llegue la próxima primavera? ¿Vas a entregarle todavía más territorios?

Por un momento, a Jefté le pareció que aquel inquietante viejo sabía con toda exactitud cómo había transcurrido la conversación con Nachasch, que conocía el verdadero precio que había pagado a Ammón, esa media promesa de emparentar con el rey y de establecer con él una alianza permanente.

Abijam siguió hablando:

—Comprende Jefté, hijo mío, que no es bueno tener una alianza con Ammón, aunque sea por poco tiempo. Ammón sigue siendo un pueblo de la estepa y del desierto. A nosotros Yavé nos ha reunido para que nos asentemos en esta buena tierra. No formamos parte de los hijos del desierto, formamos parte de

nuestros hermanos de la otra orilla del Jordán. Compréndelo, tú, jefe de los ejércitos de Yavé. Reacciona. Sé el hijo de tu padre, no el de tu madre.

Por un momento, volvieron a Jefté los pensamientos y las sensaciones que habían pasado por su pecho en la cumbre del monte Hermón; vio el gran reino de Israel, uno e indivisible, en este lado y al otro lado del Jordán. Pero, al mismo tiempo, oyó en su mente las socarronas y sensatas palabras del rey Nachasch: «¿Acaso no somos todos hebreos?». No se encontró cómodo en medio de todas esas contradicciones y prefirió irritar al sacerdote. Se dijo que este tan solo quería recuperar su poder sobre él.

—Y yo que creía —dijo con sombrío sarcasmo— que os había librado de un terrible peligro, ¡y resulta que os he traicionado! —Dejó que su cólera creciera, que prosperara—. ¿Qué ha sucedido, sacerdote? —Se acaloró—. Acudisteis a mí gimoteando: «¡Un poderoso enemigo nos tiene acorralados, ponte en marcha y ayúdanos!». Y yo me compadecí de vosotros y contesté: «Bien, ahuyentaré al enemigo para que se vaya lejos de la vista de Mizpeh». Y eso he hecho. He hecho más. He recuperado dos ciudades de las tres que vosotros no pudisteis conservar porque os habéis vuelto débiles en medio de la abundancia y a causa de la codicia de vuestro corazón. Pero ¿cuál es vuestro agradecimiento? —Adelantó la barba cuadrada hacia el sacerdote, pequeños destellos verdes centelleaban con rabia en sus ojos, y le soltó a la cara, enronquecido—: Vosotros me habéis derribado el árbol sagrado que se alzaba ante mis posesiones de Majanaím. Ese árbol me era muy querido, y también a mi esposa Ketura, y a mi padre Galad le gustaba sentarse a su sombra con mi madre, y él era Juez en Israel. Y hasta allí se fue ese piadoso y necio de Samgar y berreó: «Yavé no vive en los árboles», y envió hombres, y me talaron mi querido árbol, mientras yo estaba aquí en Mizpeh cuidando de vosotros. Pero tú lo has permitido para insultarme a mí y para mortificar a mi mujer.

Abijam se dio cuenta de que aquel hombre no hacía más que refugiarse en su ira porque no podía replicar nada a su reproche. Ahora estaba seguro de que su desconfianza estaba fundada. Dijo:

—Estás furioso, pero no es por el árbol. Estás furioso porque yo sé lo que pasó por tu corazón cuando hablaste con el amonita, y no era bueno, y no hablaste como corresponde al jefe de los ejércitos de Galaad. No sé qué clase de acuerdos estableciste en la conversación que mantuviste sobre las ruinas de la ciudad Elealeh, pero me temo que ese rey no se habría retirado si tú no le hubieras dado esperanzas de obtener algo más que un año de tregua. Quizá negociaste en provecho de Galaad, pero será un breve provecho, y me temo que has ofendido la dignidad de tu señor de la guerra, Yavé.

Jefté, con más brusquedad de la que quería, replicó:

—¡Basta de advertencias! No soy un muchacho. Limítate a ocuparte de la Tienda de Yavé. Cómo actúe yo en el campo de batalla es asunto mío. He cumplido lo que os prometí, y ahora os quejáis, y me humilláis, y cometéis iniquidades contra mí en mis tierras de Majanaím, pero reclamo mi salario. Es bueno que no confiara el soplo de vuestras palabras y que todo esté escrito.

Abijam —y de pronto adquirió un aspecto decrépito— dijo:

—Te sentarás en el sitial de Galad. Pero habría sido mejor, tanto para nosotros como para ti, que hubieras esperado hasta que Yavé te llamara.

Las palabras del sacerdote se estrellaron contra la tremenda y varonil cólera de Jefté. «¡Hasta que Yavé te llame!». El viejo solo intentaba seguir reteniéndolo con los más variopintos desatinos. Con una enorme arrogancia, contestó:

—Él me ha llamado. Yavé es mi dios y habita en mi pecho. Lo que yo quiero es también su voluntad.

Abijam, horrorizado ante semejante temeridad, dijo:

—Antes de que hayas ocupado durante mucho tiempo el sitial de juez, Jefté, te darás cuenta de que estás equivocado.

Luego, con una gran imparcialidad, concluyó:

—Te lo prometí y te entregaré el bastón. Lo has conseguido con tu astucia y con tus palabras engañosas. Pero no te ungiré. Solo derramaré el óleo sagrado sobre ti cuando Yavé lo ordene. Cuando él me lo ordene a mí.

8

PERO Jefté quiso convertir su nombramiento como juez en una magnífica celebración. Mandó mensaje a los suyos a la tierra de Tob y a la región de Basán para que acudieran a Mizpeh. Convocó a todos, a Ketura, a

Ja’ala
, a Kasja y a Par; tampoco olvidó al viejo Tola de Majanaím. La alegría que le producía su nombramiento apenas superaba a la que sentía al pensar que había llegado la hora en que Ketura podría mirar a la cara, vencedora, a su humillada enemiga.

Salió al encuentro de sus amados invitados a lomos de su cabalgadura.

Allí estaban, encabezando el grupo, su mujer y su niña. Seguían siendo tan impetuosas y dulces como siempre. ¿Cómo había podido vivir durante tanto tiempo sin ellas?

Primero las condujo al campamento e hizo anunciar a Silpa y a Samgar que ahora sí tomaría posesión de su casa. Luego entraron en la ciudad. Subieron hasta la casa de Galad. Llamaron a la gran puerta que daba acceso al patio. Un viejo criado abrió. El amplio patio estaba vacío; los hermanos y sus mujeres e hijos permanecían en el interior de las casas.

En la puerta de la casa paterna, Samgar saludó a Jefté. Disculpó a la madre, que se encontraba indispuesta. Como Jefté y los suyos procedían de la claridad del patio, necesitaron un breve rato hasta que se acostumbraron a la penumbra del interior y descubrieron a Silpa, que yacía sobre una estera, del todo en la penumbra, en la parte de la estancia que quedaba a mayor altura y más alejada de la puerta. Subieron los pocos escalones que conducían hasta ella.

Había llegado el momento. Allí estaba la mujer que había perseguido y despreciado a Ketura durante todos aquellos años y que la había arrojado a las fieras de las tierras salvajes. Y allí estaba también ella, Ketura, en pie, y había vencido. A ella le pertenecía la casa y a su Jefté el sitial de juez y el bastón del padre.

Silpa se había incorporado sobre su estera, se mantenía agachada, en cuclillas, ante los demás. Con la voz ronca y gutural velada dijo:

—Perdona, Ketura, esposa del juez Jefté, que no me levante al entrar tú. Deberás conformarte con que la mujer de mi hijo Samgar y sus hijas te laven los pies.

Ketura estaba en pie, garbosa, delgada, morena y joven ante la vieja sentada, y llevaba de la mano a su hija
Ja’ala
. Con sus grandes y profundos ojos grises contempló a la mujer que le había querido hacer todas las maldades del mundo, pero he aquí que su maldad se había convertido para ella en una bendición. Sintió la cicatriz que le había quedado de su lucha con el lobo, la sintió con complacencia, había pagado por esta hora de la victoria. Contestó, y su voz fue como un canto:

—Lejos de mí esperar que me lave los pies la esposa del juez Galad. Estoy segura de que todos nosotros nos sentiremos a gusto en esta casa, y que la paz que mi esposo Jefté ha traído al país de Galaad reinará también entre estos muros.

Se sentaron en sillas bajas, y la flaca Zilla y sus hijas les lavaron los pies. Zilla estaba tan llena de odio que le ardían las entrañas, y en la boca tenía un sabor amargo. ¡Que Yavé permitiera aquello! Pero no duraría; solo era una prueba a la que él sometía a su siervo más fiel, su esposo Samgar. Aquel hombre que le alargaba el pie, sentado allí con tanta despreocupación, el bastardo, nunca había sabido lo que era sentir auténtica veneración por Yavé. Llevaba a Milkom en su corazón y quizá seguía llevando junto a su cuerpo sus *terafim*. Yavé desistiría de su incomprensible predilección por ese hombre y volvería su rostro al mejor, a su Samgar, y este obtendría la última victoria.

Silpa, desde su estera, miraba cómo los suyos se humillaban ante el bastardo. Toda clase de pensamientos cruzaron por su pecho en esa hora de vergüenza. Cuánto tenían que humillarse sus hijos ante aquel hombre. Y lo que este les había conseguido a cambio no era otra cosa que una paz dudosa. Había entregado la ciudad de Jokbecha al ídolo Milkom, quizá había ido aún más lejos en sus intrigas estableciendo un retorcido trato con Ammón. Con toda seguridad lo había hecho por culpa de aquella Ketura; por su culpa, él había evitado tener que hacer la guerra contra Ammón.

Era extraño, pero Silpa, mientras se hacía estas consideraciones, sentía algo parecido al orgullo y a una satisfacción maligna. Daba gusto mirar a la amonita, era cierto, pero en modo alguno tenía un aspecto señorial, era una mujer medio salvaje. E incluso una mujer como aquella había conseguido manejar a su antojo a un hombre inteligente y valeroso —porque, a pesar de todo, Jefté lo era—. Pero si incluso una mujer de tan baja estofa podía intervenir en el destino de la tribu, ella, Silpa, no debía perder la esperanza. Dobló y extendió las duras manos, todavía eran lo suficientemente fuertes para coger y conservar lo que cogiera. No aceptó su derrota. La paz no se había conseguido mediante la lucha, la guerra solo estaba en suspenso. Llegaría una primavera, probablemente la próxima, en la que, a pesar de todo, Galaad debería medir sus fuerzas con Ammón. Y ella, Silpa, sería la Débora de esa guerra.

Al día siguiente se reunió a las puertas de Mizpeh una gran muchedumbre. Allí estaban y se acuclillaban en la soleada plaza del mercado. Sobre los tejados de todas las casas había gente, y los hombres del grupo de Jefté que este no había mandado de regreso estaban apostados en los muros de la ciudad y miraban y oían cómo el sumo sacerdote nombraba juez a su Jefté. Jefté tomó el bastón de aquellas manos viejas, débiles y delgadas con su fuerte puño, se sentó en el sitial de piedra, y todos gritaron:

—¡Que Yavé multiplique tu fuerza, Jefté! ¡Que multiplique tu fuerza, nuestro juez y señor!

Los hombres del grupo —los emoritas tanto como los galaaditas— consideraron un triunfo que ahora uno de ellos fuera Juez en Mizpeh. Ahora ellos, los errantes, los saltamontes, estaban siendo reconocidos como salvadores de los sedentarios. Celebraron una gran fiesta en su campamento de tiendas ante las puertas de Mizpeh e invitaron a ella a todos los habitantes de la ciudad.

Jefté se movía entre sus gentes, comía de sus comidas, bebía de su vino y de sus licores, ellos le besaban la barba.

También las mujeres participaron en la gran fiesta. Ketura, todavía llena de la emoción de su dulce venganza, se sentía dichosa de que su astuto Jefté hubiera conseguido todo aquello sin emprender la guerra contra su pueblo. Estaba segura de que Jefté se había dado por satisfecho con aquella paz por amor a ella, se sentía más que orgullosa del regalo que él le había hecho.

Ja’ala

, acompañada de Jemin, daba vueltas por el campamento, sin apenas decir nada, la atención concentrada en su interior; la grandeza del acontecimiento quería hacer estallar su pecho. Por la mañana, cuando miró a su padre, sentado en el sitial de piedra del juez, saludando al pueblo con su voz áspera y cálida, se sintió invadida por toda aquella manifestación de la magnificencia de su padre, y se había sentido flotar en las alturas, diluyéndose en el convencimiento de su propia nada y de su humilde veneración, y, en lo más profundo de su ser, este sentimiento había hecho germinar un cántico, palabras y melodías. Todavía disfrutaba en silencio de la felicidad de este cántico, pero sabía que no debía hacerlo, debía permitir que todos participaran de su visión, y cuando fue con Jemin al campamento tomó consigo sus instrumentos musicales, la lira y el tambor.

Las gentes de Jefté y los hombres y mujeres de Mizpeh vieron a la hija del juez, y se dieron cuenta de que era distinta a la mayoría de las niñas. Muchos pensaron: feliz el hombre que la tendrá en su estera. Quizá sería el larguirucho que andaba a su lado. ¿Cómo se llamaba ese? ¿Jemin? Parecía ser uno de los *refa’im*

, de los gigantes, y con toda seguridad había sido siervo del Baal del norte, aunque ahora confesara su fe en Yavé. ¡Y cómo la miraba, sin apartar los ojos de ella! Pero era comprensible.

Y llegó el momento en que

Ja’ala

no pudo seguir ocultando su cántico en su pecho. Al ver a su padre, sentado con toda su magnificencia, su amor y su veneración, su propia música interior y las melodías que había aprendido de los maestros de Babel, se aunaron. Y ahora todo se desbordó de nuevo, y cantó:

—¡Toda la fuerza a Jefté, el nuevo juez! La bendición de Yavé está con nosotros: ha ensalzado a un hombre joven por encima de los ancianos. El fuego de Yavé arde en el ceño de Jefté cuando se encoleriza. La bendición de Yavé resplandece en el rostro de Jefté cuando él bendice. Jefté alza su puño y los enemigos se derrumban, como si fueran estatuas de arcilla. ¡Toda la fuerza a Jefté, el nuevo señor juez! Su nombre es: Yavé abre el camino. ¡Jefté, Jefté, Juez en Galaad! ¡Gritad su nombre de manera que resuene por toda la tierra: Jefté!

Cuando vieron y oyeron a

Ja’ala

, de pie bajo el fuerte sol, morena y delgada, llena de una vida que se reflejaba entera en sus grandes ojos extasiados; cuando la vieron y oyeron con su voz infantil, algo áspera, una voz muy poco común, dando rienda suelta con su cántico, desde lo más profundo de su pecho, a su júbilo, a su orgullo, a su veneración, acompañándose primero de la lira y del tambor; cuando la vieron y oyeron cada vez más extasiada con su cántico, y cuando siguió cantando sin música, golpeando el suelo con los pies, bailando, los hombres se sintieron contagiados. Todos adoraban a aquella criatura.

Ja’ala

irradiaba algo resplandeciente, que llenaba de felicidad a cuantos la rodeaban. Muchos conocían a Jefté desde sus inicios. Primero se había convertido en el señor de las tierras salvajes, luego en príncipe del Basán del oeste, después en Juez en Galaad, ahora, con el cántico de

Ja’ala

, subió todavía más alto. Se convirtió en un héroe, en un superhombre, solo en dos tercios humano, y en un tercio dios. Yavé había abandonado su montaña del Sinaí, se hallaba en el estandarte de Jefté, estaba en el propio Jefté, esta niña lo había visto, y ahora todos ellos lo veían. Y cantaron con ella y golpearon con ella el suelo con los pies, y gritaron:

—¡Jefté! ¡Jefté! ¡Toda la fuerza a Jefté!

Jefté miró a su niña, a su hija
Ja'ala
, escuchó su delirante canto de júbilo. «Yavé ha ensalzado a un hombre joven por encima de los ancianos». Percibió toda su joven fuerza, suyos eran el poder y la victoria sobre el viejo sacerdote. Esa
Ja'ala
suya era en verdad su sangre y su carne, pero era mucho más, también formaba parte de ella todo lo que él amaba en Ketura. Lo extraño era que, aun así, su dios Yavé vivía en esa hija suya con mucha más fuerza que en él mismo, y si era cierto que el dios lo había bendecido, lo había hecho entonces por amor a esa hija suya.

En representación de los hijos de Silpa asistió a la fiesta Gadiel. Escuchó a
Ja'ala
y se sintió cautivado como todos los demás. Le habló a su madre del cántico de
Ja'ala
. Había sido una satisfacción para Silpa que la amonita no le hubiera dado al bastardo ningún hijo varón. Ahora se horrorizó; quizá no le había sido concedido a ella, sino a esa hija de Jefté, convertirse en la Débora del pueblo de Galaad.

Jefté había tenido la intención de regresar al día siguiente a Basán. Una inesperada tarea lo retuvo en Mizpeh.

Justo después de la fiesta, el viejo Tola había muerto. Había contemplado cómo su joven señor era nombrado juez en Galaad, había recorrido el campamento, asistiendo a la fiesta con los demás, y había explicado a todos los que quisieron oírle que la dicha lo hacía sentirse joven y fresco como una aceituna verde. Luego, en la tienda, se había echado a dormir sobre su estera, con sus ropas bajo la cabeza, y así había muerto.

Jefté no permitió que nadie le impidiera llevarlo a la tumba, en Obot, el lugar de los muertos, para que a partir de entonces viviera allí en la cueva junto a su señor, a quien había servido durante tanto tiempo. Él mismo lo acuclilló muy cerca de Galaad. Y le preparó un banquete funerario al que invitó a los mejores hombres.

Ahora que también el viejo Tola estaba acuclillado en la cueva, para Jefté fue como si los tiempos del juez Galad hubieran llegado definitivamente a su fin. Se dirigió al norte, a lomos de su cabalgadura, el estandarte iba por delante de él, y se dio cuenta de una cosa: ahora empezaban los años de Jefté.

9

PERO cuando llegó a la tierra de Tob su confianza se vio asaltada por las antiguas dudas. Abijam tenía razón: la lucha con Ammón no había terminado, la guerra solo se había aplazado.

Así pensaban todos, también aquellos que conocían mejor a Jefté. Par y Kasja, en su presencia, discutían entre sí su situación y sus posibilidades. Había conseguido más de lo que se hubieran atrevido a soñar. Ahora él era tanto el cabecilla de las gentes perdidas, como el señor de los territorios de Basán y el juez en Galaad. Era quien debía velar por el *mischpat*, por la justicia, y al mismo tiempo estaba más allá de la ley, por encima de la ley. No se había dejado tentar por sus éxitos, ni se había dejado arrastrar a peligrosas aventuras, sino que con madura sabiduría había aplazado la tan deseada guerra hasta la próxima primavera; para entonces, mejor preparado, podría estar seguro de la victoria.

La única que creía con firmeza que Jefté también evitaría la guerra al año siguiente era Ketura.

Aquel verano temprano en la tierra de Tob fue para ella una época de apacible e intensa felicidad. Había sido magnífico estar victoriosa frente a su enemiga, había sido magnífico ver a Jefté allí sentado, ensalzado por encima de los hermanos y por encima de todo el pueblo de Galaad, y ella se había movido por la ciudad de Mizpeh con alegre orgullo. Pero al igual que le sucedía en aquellas ciudades que Jefté había sometido en Basán, también Mizpeh le había parecido peligrosa, llena de humillados que habrían preferido asesinar al

vencedor. Sí, toda aquella ciudad de Mizpeh, con su dios, su sacerdote y los hijos de Silpa, que querían azuzar a su Jefté a una guerra contra Ammón, contra su pueblo, le había parecido todavía más amenazadora que las ciudades del norte. Se sentía muy complacida de que hubieran regresado sanos y salvos, después de la victoria conseguida, a la tierra de Tob y a las tierras salvajes. Aquí no había muros ni preceptos hostiles. Aquí, lo que sentía en su pecho y lo que había a su alrededor era una sola cosa.

También se sentía más unida a su Jefté que nunca. Sabía cuán ardientemente deseaba la lucha y la guerra, y lo que tenía que haberle costado renunciar a la batalla contra Ammón. Y lo había hecho por amor a ella.

En una ocasión le dijo a Jefté:

—Desde que te decidiste a vivir en paz con mi pueblo, me siento como si estuviéramos para siempre sobre la cumbre del monte Hermón.

Él se sintió consternado al comprobar hasta qué punto ella lo comprendía y hasta qué punto lo mal interpretaba. Se daba cuenta de la ambigüedad que había en él y de la contradicción de su mundo. Era juez investido en Galaad, y estaba dispuesto a defender Galaad, y al mismo tiempo era hijo de Lewana, y no estaba dispuesto a luchar contra Ammón. Era jefe de los ejércitos de Yavé, ansioso de destruir a los enemigos del dios y al mismo tiempo jefe de un grupo de gentes perdidas, un héroe y un hombre que se liaba a golpes con sus adversarios, un Gedeón, un aventurero, ansioso de forjarse un gran reino a costa de lo que fuera y de quien fuera, y para conseguir este objetivo incluso consideraba la posibilidad de entregar a su hija al enemigo de Yavé. Todo aquello no era tan sencillo como Ketura creía. Era mucho más embrollado.

Se sentía impelido a hablar de esas cosas tan confusas, a comentarlas con Ketura. También lo agobiaba, desde hacía tiempo, el hecho de ocultarle a Ketura lo que habían hablado él y Nachasch. Pero era capcioso repetir las palabras que le había dicho a Nachasch. No había sido ninguna promesa o, en todo caso, solo a medias; si se pronunciaban por segunda vez, se harían palpables, comprometedoras, un escándalo para Yavé. Era mejor que mantuviera encerrado lo oscuro, lo velado, en su propio pecho.

Contestó, y su voz no tenía la alegre determinación de siempre:

—Tú lo dices, Ketura: estoy en paz con Ammón. Pero solo hasta la próxima primavera. Y soy el jefe de los ejércitos de Yavé. Si Ammón pelea contra Yavé, ya no estaré en paz.

Ketura se horrorizó. Pero de inmediato se dijo que solo quería burlarse de ella como hacía a veces:

—¿No eres demasiado estricto contigo mismo, Jefté? —preguntó, con el rostro sonriente—. ¿Dónde habría podido encontrar Yavé un guerrero más fiel? Ambos habéis respetado la alianza, tú y el dios. Tú has liberado a Mizpeh y a todo el territorio, y él ha obligado al sacerdote y a la mujer a reconocerte como hijo legítimo de tu padre y a mí como la primera mujer de tu estirpe.

Ahí estaba ella, y creía de verdad que él se había ganado con tanta astucia y con tanta sangre aquel reino en Tob y Basán, solo para poder lucirse ante sus hermanos y para poder ensalzar a Ketura por encima de Silpa. La escuchó, casi divertido. Pero luego se dio cuenta de que ese había sido en verdad su objetivo durante largo tiempo. Y, de pronto, reconoció lo mucho que había cambiado. El Jefté que solo intentaba pavonearse ante los de Mizpeh había desaparecido. El Jefté de hoy quería un reino, su reino.

Ketura se dio cuenta de que él estaba distante; quizá adivinara lo que sucedía en su interior. Todavía medio en broma, pero no sin un leve temor, preguntó:

—¿O es que ahora deseas más? ¿Quieres llegar a ser el Dominador de los cuatro puntos cardinales?

Pero Jefté, inesperadamente serio, replicó, y habló más para sí mismo que para ella:

—No lo sé. Fue bueno oír tu grito en los campos de Majanaím. Fue bueno cazar contigo y descansar en las tierras salvajes. Fue bueno subir contigo a la cima del monte Hermón. Pero eso fue el sol de ayer. El sol de hoy está todavía detrás de las montañas.

10

EMISARIOS del rey Nachasch llegaron a Jefté.

Era una delegación respetable, que resultaba chocante en las tierras salvajes de Tob. Los enviados entregaron presentes, armas para Jefté, telas y especias para Ketura, instrumentos de música para Ja’ala

.

El mensaje del rey decía: «Esto dice Nachasch, rey de Ammón, a Jefté, Juez en Galaad. Acordamos, en la ciudad de Elealeh, que en el plazo de un año dirías si entre Ammón y Galaad debe reinar la paz o la hostilidad. Ya se alargan las noches, dentro de poco será invierno y después llegará la primavera, cuando los reyes emprenden las batallas. Así pues, Jefté, hijo de Galad, hazme saber si entre nosotros habrá una unión de tienda y de esteras o, por el contrario, el filo del hierro».

Jefté escuchó el mensaje con expresión amistosa, pero su pecho estaba confuso. Aunque de acuerdo con lo pactado no tenía que decidirse antes de la primavera, la exigencia del rey era justa. Porque si la paz no iba a renovarse, el rey Nachasch, antes de que empezara el invierno, debía establecer otras alianzas con Moab y Basán para poder disponer, en primavera, de un potente ejército. El hombre que encabezaba la delegación reveló también a Jefté, con simulada franqueza, que tenía orden de o bien regresar a Rabat-Ammón con claras palabras de amistad del señor juez, o, incluso mejor, llevando consigo a su hija, o bien, por el contrario, si el señor juez optaba por elegir el hierro, de proseguir la marcha para reunirse con el rey Abir de Basán. Jefté, con simulada jocosidad, repuso:

—Aquí, en mi tierra de Tob, no soy juez en Galaad, sino jefe de un grupo de gentes perdidas. De manera que es natural que me sienta más inclinado a la guerra que a la paz. Pero sé mi huésped durante tres días. Tu rey es agradable a mi corazón, y quiero contarle esto a mi espada cuando me busque demasiado las cosquillas.

Jefté vio con desazón lo sorprendidas que sus gentes estaban con aquellos enviados. Con toda seguridad, también los de Mizpeh habrían oído hablar de la delegación; el viaje de unos enviados tan respetables no podía permanecer oculta. Pero, sobre todo, a Jefté lo agobiaba no haber hablado todavía con Ketura y Ja'ala de la conversación con Nachasch.

Con pocas palabras informó a Ketura de que el rey Nachasch pedía la mano de Ja'ala para su hijo.

Los ojos grises de Ketura se abrieron con embelesado asombro. ¡El hijo del rey de Ammón, el elegido de Milkom, pedía la mano de su hija!

De entrada, Jefté no comprendió su tremenda alegría. Luego la comprendió, preocupado. Había habido años en los que Ketura, sin que él tuviera que hablar, conocía cada una de sus emociones. Ella había imaginado sus pensamientos y se había apenado con sus preocupaciones. Ahora estaba ciega ante las atroces consecuencias que un emparentamiento con Nachasch habría de traer inevitablemente sobre todos ellos.

Con mucho tiento, intentó explicarle que, por medio de una alianza semejante, la guerra se extendería, guerra en el seno de Galaad y quizá guerra con todo el resto de Israel. Ella escuchó, no muy convencida, con su mano pequeña y fuerte hizo a un lado todos sus reparos, y expuso:

—Que sea como tú dices —dijo—. ¿Acaso no has podido ya una vez, tú solo, enfrentarte de los hijos de Silpa y a la tribu de Galaad?

Jefté vio que los dioses de Ketura le impedían llegar hasta ella y no siguió hablando de sus preocupaciones.

Buscó a Ja'ala. Se había dado cuenta del infantil entusiasmo que le había causado la lira que los hombres de Ammón le habían traído. La animó a que tocara la lira, solo para él, en uno de sus claros del bosque. Ja'ala se sintió dichosa y agradecida. Se pusieron en marcha. Ja'ala elogiaba su nueva lira.

—Qué presente tan valioso —decía— nos ha mandado este rey de Ammón. Ha reconocido, mi padre y señor, quién eres, y se inclina ante ti y ante nuestro dios.

Jefté estaba conmovido. Estaba claro que su Ja'ala creía que los regalos del rey no eran más que un signo de humilde amistad. A ella, tan ingenua, ni se le ocurría pensar que alguien pudiera ocultar, detrás de las palabras o de las obras, otros propósitos en provecho propio.

Una vez llegaron al claro del bosque de Ja'ala

se sentaron sobre tocones de árbol, uno frente a la otra.
Ja'ala
charlaba, haciendo alegres consideraciones. ¿Podían las hormigas en sus muchos y trabajosos asuntos salir adelante sin un juez? Y ¿cómo se distinguía ese juez de las demás? Jefté no había pensado nunca en ello. Apenas si había reflexionado acerca del sentido de sus propias atribuciones. Había deseado aquel cargo porque, por medio de él, aumentaba su poder frente a los demás.
Ja'ala
seguía charlando, él la escuchaba a medias. Se acordaba del miedo que había sentido cuando ella se perdió. Cuánto la echaría de menos si la entregaba a los amonitas. Envidiaba ya a aquel príncipe Mescha.

Se dominó. Tenía que decidirse a hablar de una vez. Dijo, y forzó una sonrisa:

—¿Te gustaría que te mandara junto al rey que te ha regalado la lira?
Ja'ala
no comprendió.

—¿Mi padre quiere echarme de su lado? —preguntó.

—No quiero echarte —contestó con mucho tiento Jefté—. Solo quiero saber si te haría feliz ir a Rabat, donde vive ese rey.
Ja'ala
reflexionó. Sonrió radiante.

—Ahora lo entiendo —dijo—. Cuando Yavé entre victorioso en Rabat, quieres llevarme contigo.

Jefté, ante su sencillez, se avergonzó de su burda astucia. Y de pronto, horrorizado, vio con toda claridad a qué fatal confusión arrojaría a
Ja'ala
si la casaba con el príncipe de Ammón. Él mismo se sentía agobiado por la preocupación de que este emparentamiento pudiera llegar a apartarlo a él, de Yavé.
Ja'ala
amaba y veneraba al dios de una forma mucho más profunda, con todo su ingenuo corazón, y ¿qué sería de ella? Quizá él pudiera conseguir de Nachasch que le permitiera seguir venerando a Yavé. Pero todos a su alrededor invocarían a Milkom en cada comida, le ofrecerían sacrificios, ese era el dios que repartía bendiciones y maldiciones en Ammón. ¿Cómo podría la niña encontrar su camino entre ambos dioses? «Y tú mismo, Jefté —se decía—, la empujas a la perdición con tus necias argucias. Primero la educaste en el rigor de la fidelidad a Yavé, para que no siguiera los pasos de su madre amonita; con esta misma finalidad, incluso convertiste a su Meribaal en un Jemin, ¡y ahora la entregas tú mismo, infame, con todas tus bendiciones, para que sea una sierva de Milkom!».

Y volvía a lanzarse de nuevo a sus desenfrenadas ensoñaciones. Todavía no tenía la menor intención de entregar a la niña a Nachasch. Solo había querido detenerlo durante algún tiempo. Se confesaría sin condiciones siervo de Yavé y encabezaría sus ejércitos en la guerra.

Pero ahí estaban los dos reinos que el heredero de Nachasch llegaría a unificar algún día, y que le habían sido ofrecidos en la palma de la mano. ¿Debía renunciar a ello? ¿Debía renunciar a su reino del este? ¿Pero acaso no había ido hasta allí para averiguar primero qué sentimientos albergaba el pecho de su hija?

Y siguió atormentándose y atormentando a la niña, y dijo:

—Quizá no sea Yavé, pero sí la hija de Jefté quien entre victoriosa en Rabat —tragó saliva. Era mezquino que utilizara palabras torcidas ante
Ja'ala
, tan clara, tan sincera.
Ja'ala
se esforzó en comprender, renunció a ello, y contestó llena de alegre abandono:

—Todo lo que hace mi padre, sea lo que sea, está bien hecho. —Luego, sin solución de continuidad, con infantil alegría preguntó—: ¿Podrá venir Jemin conmigo?

Jefté, y de nuevo volvió a medir con torpeza cada una de sus palabras, repuso:

—Podrías llevarlo contigo. Pero en ese caso deberá tomar una grave decisión; tendrá que elegir entre tú y yo.
Ja'ala
preguntó asustada:

—¿Tú no vendrías?

—Yo vendría —contestó Jefté—, y más tarde también iría a verte a menudo, pero siempre solo por poco

tiempo. Porque si fuéramos a Rabat, a partir de entonces la tierra de Ammón sería tu país y la casa del príncipe de Ammón tu casa. Te daría a Jemin, si tú así lo desearas.

Ja'ala

, pálida hasta en los labios, dijo:

—Pero no te tendría a ti. —Y entonces Jefté supo lo que había querido averiguar. En verdad, ella sentía una profunda amistad por aquel hombre joven, su salvador, pero para ella no era más que un compañero de juegos. En cambio a él, a su padre, lo amaba. Haría lo que él decidiera, iría a Ammón si él la mandaba allí, por amor a él. Y aunque llegara a olvidar a Yavé, a él, a Jefté, no lo olvidaría.

Con fingida jovialidad, le dijo que habían ido hasta allí para que

Ja'ala

tocara para él la nueva lira. Le gustaría volver a oír aquel canto que ella compuso cuando lo nombraron juez.

Ja'ala

, sonrojándose contenta, replicó que no sabía si se le ocurrirían las mismas palabras, pero que encontraría otras parecidas. Y cantó: «¡Toda la fuerza a Jefté, al juez Jefté! La bendición de Yavé está con nosotros, ya que el hombre joven ha sido ensalzado sobre los ancianos. El fuego de Yavé arde en los ojos de Jefté cuando se encoleriza. La bendición de Yavé brilla en su rostro cuando bendice. ¡Toda la fuerza a Jefté, mi señor juez! Su nombre es: Yavé abre el camino. ¡Y yo lo proclamo a través del bosque y por encima de las colinas: Jefté! ¡Yavé abre el camino!».

Jefté, que recogía en su interior las palabras del cántico, estaba abochornado.

Ja'ala

, en su inocencia, sabía más que él mismo de la fuente de su fuerza y de su éxito. Ella amaba en él al Bendito. No distinguía entre él y Yavé. Cuando ella decía Jefté, decía Yavé. Y él, padre de aquella vidente, de aquella adivina, se disponía a traicionar a Yavé. Porque ahora lo vio dolorosamente claro: lo que él ambicionaba era que Galaad se fusionara con los enemigos de Yavé. Si establecía la alianza con Ammón, Galaad desaparecería entre los extranjeros; Yavé pasaría a ser un dios entre muchos dioses, y él, Jefté, uno de los numerosos hebreos de las tierras al este del Jordán, y dejaría de ser un israelita. Silpa y los suyos lo habrían acusado con justicia; sería el hombre que había traicionado a su estirpe, a su pueblo, a su dios.

Mientras tanto, la niña había llegado a una conclusión.

—Si es de utilidad a mi padre que vaya a Ammón —dijo con decisión, llena de alegría y con gravedad—, me sentiré dichosa. Sin mi padre no soy nada. Si formo parte de sus planes, paso a formar parte de él.

Su confiada humildad lo confundió todavía más. No podía traicionarla. Traicionaba la bendición de Yavé si la traicionaba a ella. Haría la guerra con el rey Nachasch.

Pero no conseguía renunciar a su reino del este. Dijo sin demasiado convencimiento:

—Todavía no hay nada decidido, mi querida

Ja'ala

.

A los enviados de Ammón los despidió con un amistoso y confuso mensaje. Decía así: «Esto dice Jefté, protector del Basán del este, a Nachasch, el gran rey de Ammón, su amigo:

Lejos de mí decirte que no. Pero déjame tiempo todavía, antes de mandarte el sí y a mi hija. Debo ofrecer a mi dios dulces palabras, para que se apacigüe y se tranquilice, para que no haga caer su ira sobre mí y sobre toda las tierras del este».

El jefe de la delegación lo escuchó con atención, reflexionó largamente, dio las gracias con dignas palabras y le besó la barba. Parecía satisfecho. La delegación se dirigió hacia el sur, de regreso a Rabat.

Pero al cabo de tres días Jefté recibió la noticia de que los enviados habían modificado su camino, dirigiéndose de nuevo hacia el norte, en dirección a

Edre'i

, la capital de Basán.

CAPÍTULO CUARTO

1

CUANDO el sumo sacerdote Abijam tuvo noticia de la delegación del rey Nachasch, se intensificó su desconfianza contra Jefté. ¿Quién podía saber por medio de qué nuevas concesiones aquel hombre ambiguo pensaba comprar a los hijos de Ammón una prolongación de la paz? El viejo sacerdote estaba decidido a no permitir por segunda vez semejante traición a Yavé. La guerra debía llevarse a cabo, y si Ammón contaba con poderosos aliados, lo que Jefté debía hacer entonces era buscar también ayuda.

Por supuesto, una auténtica ayuda solo podía prestarla el Israel del oeste, la tribu de Efraím, y acudir a Efraím debía repugnar a cualquier hijo de Galaad. Cuando Efraím estuvo en peligro, la tribu hermana de Galaad la había dejado en la estacada, los efraimitas habían conseguido la mayor de sus victorias sin Galaad, y no lo habían olvidado. Pero Jefté no debía de ningún modo ceder todavía más territorios a Ammón. Tendría que vencer su orgullo y viajar como peticionario al otro lado del Jordán. Y debía hacerlo a tiempo, pronto, ahora. Debía conseguir la ayuda de Efraím antes de que llegara el invierno.

Pero el sacerdote no podía advertir y amonestar a Jefté. Jefté no estaba en Mizpeh, descuidaba el cargo de juez, que había obtenido por la fuerza y con tanta insolencia, se quedaba en sus territorios del norte, eludía el consejo del sacerdote, este le mandó un mensaje urgente, enumeró los muchos asuntos que requerían la presencia del juez en Mizpeh. Jefté dio una respuesta evasiva y se quedó en el norte.

Como no compareció, Abijam decidió visitarlo. El viaje era fatigoso, y era humillante que el sumo sacerdote tuviera que ir detrás de aquel hombre arrogante. Pero Abijam no tenía más remedio que echar esa carga sobre sus hombros.

Jefté oyó hablar de su venida con descontento. Todavía jugaba con la idea de establecer la alianza con Ammón. Por supuesto, en su interior sabía que no lo haría; no sería capaz de entregar a
Ja’ala
. Además, Yavé y todo Galaad querían la guerra, él mismo la quería en lo más profundo de su pecho. Pero, al mismo tiempo, tenía muy claro que no podría vencer sin aliados. Debía pedir ayuda al Israel del oeste, a Efraím. Todo su ser se rebelaba contra ello. Y ahora llegaría el sacerdote y, en nombre de Yavé y del maldito sentido común, lo conjuraría a humillarse ante Efraím. Jefté endureció ya de antemano su corazón.

El sacerdote llegó. Estaba en pie ante Jefté, apoyado en su bastón, débil y frágil, la cabeza ridículamente grande sobre aquel cuerpo esmirriado; pero bajo las gruesas cejas que se unían en el centro, sus ojos perentorios tenían una mirada furibunda y enérgica.

Abijam dijo:

—La Tienda de Yavé y el sitial del juez están muy cerca una de otro en Mizpeh, pero desde hace meses falta el juez.

Jefté contestó:

—¿Acaso no negaste a mi cabeza el óleo sagrado? No fue el sacerdote quien me sentó en el sitial de juez, yo mismo lo hice. Así que es asunto mío decidir cuáles son mis obligaciones como juez.

El viejo se sentó sobre una estera.

—No he venido para discutir contigo, Jefté, hijo mío —dijo—, he venido para acelerar la llegada de la hora en que Yavé me permitirá ungirte con su óleo. Espero con ansiedad el inicio de la primavera, de la guerra, tu victoria sobre Ammón.

Jefté, irónico, contestó:

—Es asunto del jefe de los ejércitos determinar el momento oportuno para la guerra. No te debo ninguna justificación. Pero me doy cuenta de tu preocupación, respeto tu vejez, y quiero exponerte mi plan. Ammón es poderoso, cuenta con la ayuda de Moab, y en primavera contará también con la ayuda de Basán. No quiero emprender una guerra tan desigual. Intento reforzar mi poder, aquí en el norte, de tal manera que el rey Nachasch, el año que viene, juzgue más prudente prolongar la tregua.

—Me han dicho —replicó con firmeza Abijam—, que ya ahora estás intrigando con él. ¿Quieres entregarle un nuevo pedazo de Galaad? ¿Sigues sin darte cuenta de que no podemos establecer ninguna alianza con Ammón? En la región de Ammón, el desierto extiende su mano por todas partes, sus hombres son solo huéspedes en las regiones cultivables, su país sigue siendo el desierto. Anhelan ese desorden que ellos llaman libertad. Pero a nosotros Yavé nos ha concedido una vida sedentaria, sembrar y permanecer en un lugar. No podemos unirnos con aquellos que quieren arrastrarnos de regreso al desierto. Debemos establecer claras fronteras contra Ammón. Demasiado hemos permitido ya que muchos acojan en sus corazones al falso dios Milkom. Me temo que tú mismo nunca has acabado de arrancarlo de tu pecho. ¿No te das cuenta de que al seguir intrigando con Ammón estás debilitando desde dentro a Galaad? Yavé es un Dios celoso, no va a seguir tolerándolo impasible durante mucho más tiempo. ¡Expulsa de una vez a Milkom de las fronteras! ¡Haz la guerra contra Ammón! ¡Yavé lo quiere!

Jefté veía al hombre que decía estas palabras y todo en él lo irritaba, la lastimosa figura, la gran cabeza, los ojos furibundos, su voz apremiante y dominante. El afán de poder del otro aumentaba el suyo propio. Lleno de malvado sarcasmo, contestó:

—¿Yavé lo quiere? ¡Tú lo quieres!

El viejo se levantó con esfuerzo. Se dispuso a anunciar su mensaje. Jefté se dio cuenta y se endureció en su interior. Se imaginó sin compasión el triste cuerpo que se ocultaba bajo los múltiples y amplios ropajes. ¿Qué podía esperarse que proyectara una cabeza, por poderosa, sabia y categórica que pareciera, si estaba unida a un tronco tan lastimoso?

Pero Abijam ya estaba hablando:

—Tú sabes lo que tienes que hacer, pero no quieres saberlo. Así que te lo diré con palabras bien claras. Puesto que no te sientes lo bastante poderoso para luchar contra Ammón, busca los aliados correctos. Cruza el Jordán. Ve a Schilo, a la capital de Efraím. Solicita su ayuda.

El viejo hablaba con tanta imparcialidad que también Jefté tuvo que contestar con calma. Buscó una respuesta, que debía sonar seca y que al mismo tiempo hiriera profundamente al sacerdote.

—En el caso de que Yavé ordene la guerra —dijo—, no deberá ser el jefe de los ejércitos de Efraím quien conduzca las tropas, sino yo. Yo solo. Pero, ya que lo deseas, haré un trato contigo. Si Efraím me ofrece su ayuda, no la rechazaré. Lo haré por ti, anciano.

Aquello era una pura burla.

—¡Jefté, Jefté! —lo amonestó Abijam—. ¡Reflexiona! Si tú fueras Tachan, el jefe de los ejércitos de Efraím, ¿ofrecerías tu ayuda, sin que te la hubieran pedido, a la tribu que en una hora decisiva te dejó en la estacada?

Jefté, con enorme altanería, mintió:

—El jefe de los ejércitos, Tachan, no lo haría, es demasiado vanidoso. Yo, Jefté, soy orgulloso. Yo lo haría.

El sacerdote, indefenso ante tanto engreimiento, lo conjuró por segunda vez, en voz baja, con vehemencia:

—Jefté, vete a Schilo, pide ayuda.

Pero ahora se desató toda la cólera de Jefté.

—¡Nunca, nunca, nunca! —gritó.

Abijam, infinitamente cansado, dijo:

—Puesto que no eres capaz de sobreponerte a tu empecinado orgullo, seré yo quien vaya a Schilo y suplique al sacerdote de Efraím que nos ayude.

Jefté dijo:

—No puedo prohibírtelo. Pero sí te prohíbo hablar en mi nombre. Y recuerda esto: no habrá guerra. Ni el rey Nachasch quiere la guerra, ni yo la quiero. Y por supuesto, no quiero ir a la guerra teniendo como aliado a Efraím.

El sacerdote se dio la vuelta para marcharse.

—Me temo, Jefté —dijo—, que has agotado la paciencia de Yavé.

Jefté estaba contento consigo mismo, tenía razón. Un hombre como Jefté no lloriqueaba ante Efraím. Un

hombre como Jefté no dejaba que un sacerdote le diera órdenes. Si alguien podía ponerle cadenas, ese era él mismo.

2

LLEGÓ a Afek, la ciudad de Jefté, un *maschal*, un rapsoda, uno de aquellos *maschalim* que solían recorrer la región durante la estación favorable. Casi todos los rapsodas procedían del oeste del Jordán, la mayoría de ellos de la tribu de Efraím. Pero, además, los efraimitas estaban muy orgullosos de que hubieran salido de entre ellos los más célebres héroes de Israel, Josué y Débora, y les gustaba burlarse de los perezosos, cobardes y rústicos hombres de Galaad que se habían quedado en casa ante el gran peligro de la guerra. Los galaaditas, por su parte, se desquitaban de los hombres de Efraím burlándose de su altanería. Sobre todo se burlaban de los muchos nombres distinguidos de que los padres de familia de Efraím hacían ostentación; y es que estos acostumbraban a añadir al nombre del padre el del abuelo, el de la familia, el de la región, el de la tribu, y cualquier Abiel era hijo de Beker, de Afia, de
Abi'eser
. Pero los rapsodas, los *maschalim*, eran apreciados también al este del Jordán, y en concreto este rapsoda, Jaschar de nombre, era considerado uno de los mejores. Los hombres de la ciudad de Afek le perdonaban que fuera de la tribu de Efraím.

Jaschar recitó en las siete ciudades de Jefté. Narró las hazañas de Yavé y de sus héroes en los tiempos antiguos y nuevos. Los que lo escuchaban pensaban en la guerra que emprenderían en primavera, las canciones se metían en su sangre. En la ciudad de Golan, Par escuchó al rapsoda. Par supuso que aquellas canciones también entusiasmarían a Jefté y a sus gentes. Animó a Jaschar a visitar a Jefté.

Las gentes de Jefté se alegraron.
Ja'ala
estaba radiante. El propio Jefté saludó a Jaschar con sentimientos divididos. Amaba a los rapsodas, sus cánticos guerreros le llegaban al alma, pero para él supuso una incómoda amonestación que ahora ese hombre de Efraím llegara hasta él. Cuando Jaschar, sin la menor malicia, le contó que el cabecilla Par lo había animado a ir a la tierra de Tob, Jefté se sintió doblemente turbado. Al parecer, también su mejor amigo daba por supuesto que Jefté haría la guerra en unión con Efraím. Un poco burlón, Jefté preguntó al rapsoda el nombre de su estirpe y de su familia, y se sorprendió irónico, al oír que Jaschar solo ostentaba cuatro nombres, y, con maliciosa jovialidad, se informó acerca de cómo estaba Tachan, el jefe de los ejércitos de Efraím. El rapsoda, un hombre mayor, no se enfadó por la burla, contestó con humor. Jefté, disgustado consigo mismo, lo invitó a cenar, tal y como correspondía.

Después de cenar, Jaschar cantó.

Se encontraban en un valle alto, a su alrededor se erguían las montañas, cubiertas de maleza, una media luna amarilla nadaba en un cielo oscuro; aquel que tuviera buena vista podía ver resplandecer a lo lejos el monte Hermón. Estaban sentados, unos veinte o treinta, alrededor de Jaschar, y este, canturreando, habló de las hazañas que Yavé había hecho en beneficio de los antepasados y también en los tiempos presentes. Había sido para ellos un guía en el desierto, tan pronto en forma de una columna de fuego, tan pronto en forma de una nube de tormenta. Les había hablado con benevolencia, pero a veces también, cuando no estaba de humor, lanzando rayos y truenos. Había bromeado con ellos y los había atormentado. Los había conducido aquí y allá, por muchos caminos, hacia Egipto, por ejemplo, donde el padre de la tribu, José, había sitio ensalzado de manera prodigiosa. Pero luego también había permitido que el faraón los redujera a la esclavitud, aunque pronto se había vuelto a apiadar de ellos y los había sacado de aquella tierra malvada. Los egipcios los habían perseguido, pero Yavé, que se deleitaba con chanzas colosales, había dividido el mar ante los israelitas y le había ordenado cerrarse de nuevo sobre los egipcios que los perseguían, de modo que se ahogaron, hombres, caballos y carros.

Entonces el dios decidió convertir a sus amados israelitas en hombres sedentarios. Eligió para este objetivo las tierras del Jordán, se las prometió y les ordenó irrumpir en ellas. Pero entonces salieron al encuentro de aquel pueblo, casi desarmado, los emoritas, gigantes con armas de hierro montados a caballo y en carros, hombres que hasta entonces habían destruido todo lo que se ponía en su camino. Con palabras grandilocuentes, Jaschar cantó acerca del poder de estos emoritas y de la violencia de su rey Seón, y de cómo este había conquistado todo Moab y Ammón. ¿Pero de qué le sirvió al rey Seón todo ese poder

cuando los hijos de Israel y su dios cayeron sobre él? El rapsoda cantó:

—Pero entonces llegamos nosotros, los hijos de Yavé, y ahora ¿qué queda del rey Seón? ¡Quien quiera saberlo que vaya hasta su capital, Hesebón, y mire lo que queda allí! Una llama brotó de la ciudad de Hesebón y destruyó, en toda su extensión, los asentamientos del rey Seón y devoró sus ciudades. Nosotros las arrasamos de forma que nadie podrá volver a reconstruirlas, y dominamos toda la tierra e incendiamos todas las casas y campos. —Eran versos poderosos los que él recitaba, ardía en ellos la pasión del fuego divino de Yavé, que condujo a los suyos en la batalla e infundió el espanto en los huesos del enemigo.

Los hombres jadeaban al oírlo cantar así; en su imaginación comprobaban sus armas, tendían sus arcos, afilaban sus espadas; las mujeres soñaban cómo enardecerían a los hombres con sus canciones. Pero Jefté pensaba en la ciudad de Elealeh, que los galaaditas habían construido en aquel entonces en lugar de la destruida Hesebón y que ahora el rey Nachasch había destruido, tal y como habían hecho los israelitas en su época con aquella otra ciudad. Pero Nachasch le había devuelto a él, a Jefté, la ciudad conquistada con espíritu conciliador, de un hebreo a otro, ¿y debía Jefté luchar contra un rey así?

El viejo rapsoda se dio cuenta de que Jefté estaba allí sentado, cabilando, sin dejarse arrebatar como los demás. Decidió entonar un cántico más bravío. Había varias de esas canciones, aquella de la sangrienta venganza de Lamech o aquella otra de la guerra interminable con los arteros amalequitas. Pero el cántico más heroico y famoso, el más hermoso y bravío que se cantaba desde tiempos inmemoriales en las tierras del Jordán era aquel que celebraba la gran victoria obtenida siendo juez Débora. Claro que esa victoria se había alcanzado en aquella guerra en la que Galaad había dejado en la estacada a las otras tribus; a los hombres de Galaad no les gustaba en absoluto que se les recordara aquello, y Jaschar, hasta ese momento, tampoco había cantado ese cántico allí, al este del Jordán. Pero Jefté se había burlado de él por su origen efraimita, Jefté se enfrentaba a una guerra en la que dependía de la ayuda de Efraím, y allí estaba sentado, y los cantos de Jaschar no lo conmovían. Esto mortificó al cantor. Durante todo ese tiempo, le había costado un gran esfuerzo mantener encerrado en su pecho el cántico de Débora, y ahora quería ver si ese Juez en Galaad podía seguir permaneciendo tan rígido y sordo ante el mejor canto de Jaschar.

Jaschar pulsó las cuerdas y dio comienzo a la canción de Débora.

Primero cantó la opresión de Israel a manos de los reyes de Canaán. Por aquel entonces se detuvieron el comercio y el tráfico en Israel, los campesinos no sembraron y no recogieron, nadie se atrevía a recorrer la Gran Ruta, viajaban furtivos, por caminos laterales. Cuarenta mil hombres aptos para el servicio de armas había en Israel, pero no se veían ni escudos, ni lanzas. En lugar de esto, los *adirim* se sentaban en cuclillas, perezosos, sobre sus mantas, arrastraban los pies sobre gruesas alfombras, montaban sobre blancas burras y se morían de miedo en sus corazones.

—Pero entonces se alzó Débora, la juez, la madre de Israel. Nombró jefe de los ejércitos a Barac, y envió mensajeros por todo el país. Sonaron las trompetas en las plazas de los mercados, los cuernos de carnero junto a los pozos y fuentes. Y los hombres de Israel oyeron la llamada y tomaron sus lanzas. Subieron en sus cabalgaduras, con armas pesadas y con armas ligeras, jefes, cabezas de familia y campesinos. Procedentes de Efraím inundaron el valle, procedentes de Benjamín, de Machir, de Naftalí. Pero los de la tribu de
Re’uben
se entretuvieron en consideraciones y se quedaron entre sus apriscos, prefiriendo escuchar los balidos de los rebaños. Y Galaad se quedó en cuclillas en su orilla del Jordán, deliberando con indolencia y cavilando indeciso.

»Y llegaron los reyes de Canaán y lucharon en
Ta’anac
y junto a las aguas de Mejiddo. No consiguieron como botín nada de plata, ningún esclavo. Yavé acudió. Desde
Se’ir
descendió poderoso, la tierra tembló, el cielo se desmoronó, las nubes se abrieron, los montes se tambalearon al ver el rostro de Yavé. Llegó la mañana, todavía se estaban apagando las estrellas, las pálidas estrellas luchaban contra Canaán. El torrente Cisón se desbordó y su corriente embravecida luchó contra Canaán y lo arrasó y cubrió a Canaán. Y entonces Canaán se ahogó. Y patalearon y golpearon los cascos de los caballos que huían, y relincharon, relincharon sin jinete los caballos.

»Y el jefe de los ejércitos de Canaán, Sísera, huyó, tuvo que huir a pie, y llegó a un campamento de tiendas de nómadas quíneos, y se escondió en la tienda de una de las mujeres. Bendita sea Jael, bendita entre las mujeres. Él le pidió agua, y leche le dio ella, leche espesa y llena de nata, en un buen cuenco. “Échate —le dijo—. Descansa, no temas”. Y él se echó. La mano de ella se alargó para coger un clavo de los de fijar la tienda, un clavo y un martillo, y golpeó a Sísera, le rompió la cabeza, le golpeó, le atravesó la

sien. A sus pies yacía; allí donde se había echado para descansar, yacía muerto.

»Por la ventana mira la madre de Sísera, por entre las celosías. "¿Por qué tarda en venir su carro? ¿Por qué no oigo los cascos de su cuádriga?". La más sensata de sus mujeres le ofrece consoladoras palabras: "Tienen que repartirse el botín, ¡es tan rico! Una joven, dos jóvenes para cada uno; regias túnicas de colores para Sísera, costosos mantos, bordados, dos, tres para el cuello de nuestra señora".

»Así serán destruidos todos tus enemigos, Yavé».

Los hombres y las mujeres escuchaban. Les consumía la vergüenza de que Galaad se hubiera quedado en cuclillas, de un modo tan cobarde, pero la vergüenza fue barrida por la apasionada admiración ante la sangrienta grandeza de Yavé. No podían quedarse sentados tan tranquilos, se sentían impelidos a alzarse, se dejaron arrastrar por el torbellino embriagador de golpear y de matar. Recitaron y cantaron con él los versos en los que el cantor describía todo aquel horror y aquella grandeza, cantaron clamorosos las palabras en las que resonaba el galope y los relinchos de los caballos que huían horrorizados:

—*Daharót daharót abiráv.*

Jemin escuchaba. El doble de feliz ahora que se encontraba tan cerca de los dos seres a quienes más veneraba, de Jefté y de
Ja'ala
, disfrutaba de antemano de las alegrías de la lucha que tenían en puertas. En su imaginación, daba indicaciones a su destacamento con la áspera voz de Jefté, avanzaba tempestuoso sobre su carro de combate y adelantaba la barbilla en el aire, como Jefté.

Ketura escuchaba. Ni siquiera ella podía permanecer insensible a la pasión de aquel cántico, aunque se daba cuenta de que esos versos arrancarían a Jefté lejos de ella, hacia una espantosa guerra contra Milkom. Contra su voluntad, incluso ella se deleitaba en aquella bendita brutalidad de la batalla.
Ja'ala
escuchaba. El cántico de alabanza a Débora fue para ella un cántico de alabanza a su padre. La imagen del padre —sentado en la silla de juez, recorriendo dominador sus tierras salvajes, derrotando al enemigo en la batalla— y la imagen del dios —de ese dios que, tronando y rugiendo triunfal, llenaba de espanto los corazones de los hombres enemigos e insuflaba un temor enloquecido en los poderosos cuerpos de los caballos— se mezclaba para ella en una resplandeciente unidad. El cántico la conmovía, la arrastraba, la perseguía. Ella cantó, gritó, bailó, pataleó, bramó.

El paroxismo se apoderó de los demás. Se convirtieron en *nabis*, en posesos, balbucearon, bailaron. Finalmente, uno con voz estridente gritó:

—¡No queremos seguir sentados en cuclillas en las montañas! ¡Queremos luchar contra Ammón! ¡Condúcenos contra Ammón, Jefté!

Otro hombre secundó aquel grito, todos lo secundaron, también las mujeres y los niños, los prados de la montaña, los bosques a su alrededor estaban llenos de un ruidoso entusiasmo:

—¡Condúcenos contra Ammón, Jefté!

El bosque cobró vida, los pájaros gritaban, los animales que vieron interrumpido su sueño estaban de acuerdo, toda la tierra de Tob gritaba:

—¡Condúcenos contra Ammón, Jefté!

Jefté, primero se había resistido a la canción. No quería dejarse arrastrar por hermosos versos, y menos todavía por unos que ensalzaban a Efraím, no quería permitir que su buen sentido se sumergiera en un delirio belicoso. Pero entonces vio a su niña, a su
Ja'ala
. Yavé había tomado posesión de ella, estaba poseída por el dios, el dios gritaba por su boca. Una ternura salvaje e impetuosa lo inundó, se identificó con su hija, se hizo uno con ella.

El rapsoda recitó y cantó cómo Jael había dado muerte a Sísera con un clavo de los de fijar la tienda. Jael y
Ja'ala
, la cabra montés y la gacela, estaban estrechamente emparentadas. El nombre de
Ja'ala
era más dulce, su sonido era más hermoso, pero el carácter era el mismo. Jefté se dio cuenta de cómo se fundía su frío sentido común, y cómo invadían su mente imágenes que lo confundían. ¿Eran
Ja'ala
y Jael una sola? Se estremeció y volvió a la realidad. ¿Podría
Ja'ala
atravesar la sien de su Mescha con un clavo?

El rapsoda siguió recitando, cantó otras cosas. Las enloquecidas imágenes desaparecieron y Jefté se rindió, ahora también él, de todo corazón, a la salvaje pasión del cántico. Sintió en toda su profundidad el cruel triunfo de la batalla, participó en ella, un Gedeón, un martillo, un azote. Percibió la poderosa voz de Yavé que le gritaba: ¡Ataca! ¡Ataca! Yo bendigo tu espada.

«Condúcenos contra Ammón, Jefté», rugía también en su interior. Estaba en pie en medio de aquel estruendo, sonriendo casi con necedad; la cabeza echada hacia delante, la boca entreabierta, de forma que sus dientes, muy blancos, eran visibles. En su interior gritaba: «Vosotros lo decís, vosotros lo decís, yo lo quiero». Se había sentido muy solo en los últimos tiempos, solo con sus dudas y sus reparos, había sentido la frialdad de esa soledad, ahora se hacía uno con su grupo y con su tribu. Sintió agradecimiento y admiración por el rapsoda que expresaba en palabras lo que llenaba su pecho, el del propio Jefté.

Pero durante la noche volvieron a él el buen sentido y la desconfianza. Todavía era libre de elegir, no quería dejarse engañar. ¿Debía consentir el desvergonzado desprecio con que el rapsoda, el hombre de Efraím, lo había abrumado? Un hombre como Jefté no se dejaba embrutecer por una lira y un viejo cántico. «¿Acaso no somos todos hebreos?». Volvía a oír la voz inteligente y amistosa del rey Nachasch y se sentía fraternalmente cerca de él, mucho más cerca que de sus hermanos de sangre.

Pero entonces resonaron de nuevo en su interior los versos del cántico y el grito de los hombres: «¡Condúcenos contra Ammón, Jefté!». No podía dormir. Tan pronto dominaban en su interior los versos y los gritos, como el prudente e incisivo lenguaje de la razón.

A la mañana siguiente, regaló al rapsoda Jaschar un hermoso recipiente y una costosa manta y le dijo:

—Pero ahora márchate tan deprisa como puedas de mi casa, tú, el hombre que ha narrado la vergüenza de mi tribu. Eres un gran rapsoda, tu canto me ha conmovido. Pero si sigo viendo tu rostro por más tiempo, te golpearé la boca, de forma que tu barba se volverá roja con tu sangre.

3

ABIJAM yacía sobre su estera en la fresca y mohosa penumbra de la Tienda de Yavé. Estaba enfermo, agotado por los esfuerzos del viaje, y aceptaba malhumorado los temerosos cuidados de Samgar.

Una y otra vez, reconsideraba los resultados de su viaje. Estaba preparado para encontrar cierta resistencia, pero no había esperado que Jefté se mantuviera firme, con tanta insolencia, en lo que se refería a la sacrílega alianza con Ammón. Solo las blasfemas palabras del hombre le habían inspirado aquel precipitado plan: viajaría él mismo a Efraím como peticionario.

Cuanto más pensaba en ello, más duro le resultaba tener que hacer aquella petición. ¡Tener que suplicar al sacerdote de Schilo su ayuda, a aquel arrogante Elead, a su mayor enemigo! Y es que el sacerdote de Schilo —y, lamentablemente, con él todo el Israel del oeste, se burlaban de su lugar sagrado, del de Abijam —. No reconocían por válida la Tienda de Yavé allí en Mizpeh; presumían de estar en posesión de la auténtica Arca de Yavé, la que había acompañado a los hijos de Israel a través de la estepa y del desierto. Pero esa arca de Schilo era una falsificación: la auténtica Arca de la Alianza de la tribu de José estaba allí, en la tienda de Abijam. ¡Y ahora el protector de este Arca debía peregrinar a Schilo!

El tiempo apremiaba. Abijam tenía que ponerse en camino de inmediato hacia Schilo. Si quería impedir que Jefté renovara el capcioso acuerdo con Ammón, debía conseguirle, antes de que empezara el invierno, la ayuda de Efraím. Pero Abijam no se sentía capaz de llevar a cabo este segundo y agotador viaje. Debía confiar aquella delicada misión a un mensajero. ¿Dónde encontraría a un mensajero adecuado, a un hombre que mereciera el mayor de los respetos y que estuviera entregado a él sin la menor reserva? Eligió al anterior juez, al hijo del juez Galad, al instruido y sencillo Samgar, cuya fe era inconmovible.

Puso en su boca las palabras exactas del mensaje. Lo instruyó para que describiera al sumo sacerdote de Schilo el gran peligro que corría Galaad, pero que no le pidiera ayuda. Este mensaje en concreto, la solicitud de que les enviara hombres aptos para el servicio de armas, quería transmitirla él mismo, Abijam. Tomó una tablilla de arcilla y escribió. Escribió de sacerdote a sacerdote, le explicó con detalle las dificultades existentes, dado el obstinado carácter de Jefté, y le rogó a su muy sabio señor y hermano de Schilo que lo aconsejara y ayudara. Grabó con esfuerzo, con su vieja mano, los signos en la arcilla, releyó lo escrito, suspiró, enrolló con dedos temblorosos la tablilla de arcilla hasta formar un rollo, lo selló.

Samgar se puso en camino. Montaba una burra blanca e iba acompañado de un criado. Cruzó el Jordán, trotó hacia Schilo, se quedó allí tres días. Abijam le había ordenado darse prisa, poco tiempo después estaba

de regreso en Mizpeh, impresionado por aquello que había visto, y con un mensaje sellado del sumo sacerdote Elead.

Abijam, que no quería dejar entrever su temerosa expectación ante la respuesta de Elead, primero tuvo que escuchar un largo informe de Samgar. Este no paraba de hablarle de la gran cantidad de tablas y rollos escritos que poseían los sacerdotes de Schilo, de sus extraordinarios y abundantes conocimientos acerca de los acontecimientos de la vida de los patriarcas y antepasados. Después de esto, expuso con todo lujo de detalles lo que pensaba del sumo sacerdote Elead. Era un hombre de rápida inteligencia y gran instrucción, le había planteado preguntas muy juiciosas; pero, por lo que Samgar había podido deducir de sus refinadas palabras, carecía, en definitiva, de la auténtica piedad y humildad ante Yavé.

Por fin, Samgar terminó y Abijam se quedó solo, impaciente, se dispuso a llevar a cabo una tarea nada fácil, desenrollar el rollo. Leyó. Elead tenía palabras de comprensión y de simpatía para las dificultades que le causaba, a su señor y hermano de Mizpeh, el indomable carácter del señor juez Jefté. A pesar de todo, decía, era mejor que no fueran los sacerdotes, sino los jefes de los ejércitos, es decir, Tachan y Jefté, quienes discutieran la participación de Efraím en la guerra de Galaad. Creía que si Jefté se dirigía, con la premura que correspondía, al jefe de los ejércitos Tachan, este acudiría en su ayuda con un numeroso ejército. Si ese encuentro no tenía lugar, entonces él, Elead, podía prometer que enviaría, como máximo, algunas centurias, y esto, además, solo en el caso de que los amonitas, fueran de hecho una grave amenaza para Mizpeh.

Abijam clavó los ojos en la tablilla. Se rio con malicia. Tenían buena arcilla y buenos buriles, los de Schilo, y sabían escribir. Pero lo que escribían era una infamia. ¡Algunas centurias! ¿Cómo podría echar por tierra, con una promesa tan pobre y vaga, las objeciones de Jefté contra la guerra? De nuevo se había humillado en vano. Estaba furioso consigo mismo, con Schilo, con su sumo sacerdote. Se burló de él de forma ruin y con encono. Era fácil burlarse de los hombres de Efraím a causa de su extraña pronunciación, no podía pronunciar la «sch», la convertían en una «s», ceceaban. Abijam leyó de nuevo el mensaje de Elead, ahora en voz alta, empleando la pronunciación efraimita, convirtiendo las «sch» en «s», con sumo regocijo. Ni siquiera podía pronunciar el nombre de su ciudad, ese Elead. «Silo, Silo» —dijo Abijam burlón para sí, ceceando con elegancia—. «El señor sumo sacerdote de Silo».

Pero cuando volvió a reflexionar con calma sobre el contenido del mensaje de Elead, le pareció que el «sí» sonaba más alto que el «no». No era mucho lo que Efraím ofrecía, pero desde hacía mucho tiempo era el primer mensaje amistoso que llegaba del Israel del oeste. Era una señal. Yavé había ablandado los corazones de los altivos efraimitas. Yavé quería la guerra. Él, el sacerdote de Yavé, estaba ahora en su derecho al forzar al recalcitrante jefe de los ejércitos a emprender la guerra.

Abijam se animó. Las cualidades que le habían sido dadas al otro, la fuerza del cuerpo y la aptitud para la guerra, disminuirían con los años; el don con el que Yavé lo había bendecido a él, su inusual astucia, permanecerían. Dada la precaria situación en la que el carácter ambiguo de Jefté había puesto al pueblo de Galaad y a todo Israel, este don suyo era una doble bendición. Se dispuso, con apasionamiento, a tramar un engaño que hiciera irremediable la ruptura entre Galaad y Ammón. Calculó, consideró, aceptó, rechazó. Un maestro como él, en enredos y tretas, pronto hubo tramado un atrevido e ingenioso plan.

4

En la colina de Hesebón habían habitado los dioses desde los tiempos de los primeros padres. Los más antiguos habían sido expulsados, habían llegado otros nuevos, también estos habían tenido que marcharse. Siete generaciones atrás había habitado la colina el dios Milkom. Los hijos de Israel habían destruido su morada cuando tomaron la ciudad. Pero luego el rey Nachasch había conquistado la colina y de inmediato empezó a construir allí una nueva morada a su dios. Ese era el santuario que Nachasch había protegido mediante el solemne acuerdo con Jefté. Era una construcción sencilla. En un patio sin tejado había un ídolo del dios, la estatua de un toro; estaba provista de dos puertas, en su interior podía encenderse fuego. El rey Nachasch la había consagrado personalmente con un solemne holocausto y la había dejado bajo la protección de tres sacerdotes.

Ningún israelita había presenciado el sacrificio y habían pasado meses desde entonces. De pronto, ahora, se corrió la voz de que en aquel momento no se había sacrificado ningún animal, sino un ser humano, un niño israelita. Incluso se pretendía saber su nombre. Había sido el muchacho Ben Chajil, uno de los muchachos que Nachasch había tomado prisionero al conquistar la ciudad de Elealeh y al que se había

llevado consigo a su capital.

Los galaaditas que vivían en los alrededores del monte Hesebón estaban indignados. Era cierto que desde la creación del Sol y de la Luna se habían ofrecido en holocausto magníficas ofrendas al dios que habitara en cada momento la cumbre del Hesebón, también sacrificios humanos, pero solo en épocas de gran necesidad o tras victorias de inusual grandeza. El rey Nachasch había ofrecido un sacrificio así sin tener particular motivo, lo había hecho por pura soberbia, para insultar y humillar a los galaaditas y a su Yavé.

Los galaaditas no querían seguir consintiendo en su país la presencia del hostil dios en cuyo interior había sido quemado el muchacho Ben Chajil. Los más sensatos advirtieron que Jefté había prohibido terminantemente profanar el santuario, que se lo había jurado a los amonitas. Los más fanáticos replicaron que el juramento no era válido, puesto que Nachasch no había respetado su parte del compromiso. También los sacerdotes de Mizpeh pensaban así.

En una negra noche un puñado de hombres iracundos penetró en el lugar sagrado, golpearon a los sacerdotes, les cortaron las barbas, destruyeron los muros del edificio, derribaron el ídolo del dios y lo ensuciaron. Cuando salió el sol, los siervos de Milkom, congregados por los maltratados sacerdotes, vieron la profanación de su santuario. A su alrededor todo había sido untado de excrementos, el dios Ammón y su rey habían sido terriblemente insultados, el pacto que Jefté había hecho había sido roto de manera blasfema.

A Jefté, cuando le llegaron noticias de aquel hecho a su tierra de Tob, lo asaltó una ilimitada ira. Aquellos piadosos necios habían destruido todo cuanto él había conseguido con sus astutas negociaciones con el rey Nachasch. Sintió crecer en él una amarga sospecha. Se preparó de inmediato para partir hacia Mizpeh.

Ketura nunca lo había agobiado con consejos; pero esta vez habló:

—Ya sé —dijo— que harás todo lo posible para vengar la ofensa hecha a Milkom. Pero no te reconcilies tan solo con el dios, reconcíliate también con el rey Nachasch. Dale a
Ja'ala
. Dásela de inmediato.

Jefté sabía que Ketura tenía razón. Después de este insulto infantil no había ningún otro medio de evitar la guerra. Pero, aun en el caso de que consiguiera sofocar todos los reparos que le hacían oponerse a una alianza con Ammón, aquella sensación de traición a su pueblo y aquel temor ante la ira de Yavé, su caudillo en la guerra, nunca podría decidirse a entregar a
Ja'ala
. Ya podía Nachasch ofrecer sacrificios a Milkom: él, Jefté, no podía sacrificar a su hija al dios.

Ketura no se dio cuenta en absoluto de su desgarramiento interior. Estaba segura de que Jefté emparentaría con Nachasch. Nunca, durante todos aquellos largos años, él la había sentido tan distante. Sintió compasión por ella, le hizo vagas e incompletas promesas.

Se precipitó hacia el sur, en dirección a Hesebón. Mandó llamar a los hombres que habían destruido el santuario, los interrogó. Eran hombres sencillos, estaban convencidos de tener razón. Sí, estaban informados de su prohibición, pero ¿acaso el delito de aquel rey idólatra no había invalidado esta prohibición? Incluso en Mizpeh, se había dicho que ahora, Milkom debería ser borrado del territorio de Galaad.

Jefté se apresuró a ir a Mizpeh, se enfrentó a Samgar lleno de fría ira, en presencia de Zilla. Le reprochó:

—Has incitado a los hombres de Galaad a despreciar mis órdenes. ¡Me has convertido en perjuro ante el rey de Ammón!

Samgar, no menos sorprendido que los fervorosos hombres de Hesebón, repuso:

—Pero, Jefté, Nachasch ofreció en holocausto a su dios un niño israelita. ¿Debía yo prohibir a los hombres que vengaran a Yavé?

Jefté vio cómo la boca delgada de Zilla se contraía en una maligna sonrisa. Gritó:

—¡Lo habéis hecho a propósito, con toda desfachatez! Arrastráis a todo Galaad a la perdición solo para poder destruir lo que yo he conseguido. ¡No te hagas el tonto ante mí, sanguinario necio! —gritó, y le golpeó el rostro. Zilla estalló en ruidosos sollozos. Jefté se apartó de Samgar.

—Ni siquiera te das cuenta de lo que has hecho —le dijo.

Una delegación de Ammón llegó a Mizpeh. Su mensaje era el siguiente: «Esto dice Nachasch, el rey de Ammón, a Jefté, el perjuro Juez en Galaad. ¿Por qué has roto tu palabra, infame? ¿Pasamos juntos entre los pedazos del animal para que me ofendas a mí y a mi dios?».

Pero el jefe de la delegación tenía un segundo y secreto mensaje, no para el Jefté juez, sino para el Jefté hombre, y era el siguiente: «Piensa en la proposición que te hice. No soy enemigo del guerrero Jefté, mi

proposición sigue siendo válida, a pesar de todo. Entrégale tu hija a mi enviado y habrá amistad entre nosotros. Si no, mi dios Milkom hará caer la desgracia sobre ti y sobre Galaad».

A Jefté lo conmovió este mensaje. Él, en lugar de Nachasch, después de aquella desvergonzada violación del pacto, habría caído de inmediato sobre Galaad y habría matado a todos los hombres que estaban asentados alrededor de Hesebón. Agradeció al rey que se hubiera dominado y que le ofreciera de nuevo aquella alianza. Pero, a pesar de toda la amistad que sentía por aquel hombre juicioso y valiente, no podía emparentar con él.

Ja'ala

era parte de sí mismo. Se entregaría a sí mismo y a todo Galaad al dios extranjero si la entregaba a ella.

Contestó al rey:

«Esto dice el entristecido juez en Galaad al rey de Ammón, con toda razón ofendido: Lamento que algunos de los míos se hayan acercado demasiado a tu dios. Te entregaré a los malhechores atados para que hagas con ellos según tu capricho. Pero no quiero entregarte a mi hija. Comprenderé que ahora, en primavera, emprendas la guerra contra mi tierra. Sé que no has querido esta guerra. Créeme, tampoco yo la quiero. Son los dioses, el mío y el tuyo, que quieren pelear entre sí».

5

JEFTÉ entró en la Tienda de Yavé.

—Ahora ya tienes tu guerra, viejo —le dijo a Abijam—. Si la guerra destruye Galaad, la culpa será tuya.

En medio de su cólera sentía una descomunal admiración por Abijam. El sacerdote había conseguido obligarlo a él, a Jefté, a emprender la guerra contra su voluntad, y los hombres que vivían en los alrededores de Hesebón todavía no sabían quién los había azuzado contra Nachasch, ni Samgar sabía quién lo manipulaba.

Abijam contestó sereno:

—Nunca he pretendido que fuera un secreto que deseo la guerra de Yavé contra Ammón. —Habló en tono paternal a Jefté, intentando convencerlo—: Examina tu conciencia. En tu corazón, tú también te sientes dichoso de entrar en combate.

—Hallo placer en la guerra —repuso Jefté—. Siempre he hallado placer en ella, no lo niego. Pero conduciré esta guerra contra mi propia voluntad, y no voy a olvidar nunca que tú me has obligado a ello. No soy tu amigo —concluyó sin rodeos, huraño.

—También yo he tenido que cargar algunas cosas sobre mis espaldas para preparar esta guerra —replicó Abijam—. El orgullo del sacerdote es diferente al del guerrero, pero no por ello menor. No me ha resultado fácil dirigirme a Efraím para pedir ayuda. Soy un hombre viejo, y Elead, el sacerdote de Efraím, todavía está en toda su fuerza, y además es altanero, de un modo muy particular, disimulado y muy sutil. Pero estuve pensando acerca de lo que tú me habías dicho del poder de Ammón y de sus aliados, me hice violencia y pedí ayuda al soberbio Efraím tal y como te lo prometí en la tierra de Tob.

Jefté lo miró con hostilidad, guardó silencio. Abijam continuó:

—No he sufrido ningún desaire. Pero Elead solo podrá enviarnos una parte del poder de Efraím cruzando el Jordán; él es el sacerdote de su tribu, no su jefe. Domínate ahora tú también, Jefté. Ve a Schilo. Habla con Tachan, el jefe de los ejércitos.

Jefté, muy sombrío, contestó:

—No me provoques. Es tu guerra. Por supuesto, yo tendré que conducirla, y no me lo habéis puesto fácil. —Y con amargura le reprochó al anciano—: Habéis insultado al dios de nuestros enemigos en un momento muy poco oportuno, de manera que ahora, en verdad, tenemos contra nosotros el anatema de los ejércitos de todo el este, también de Basán. Eso es lo que has conseguido, viejo, con tu piadosa astucia.

—No es mi guerra, ni la tuya —dijo Abijam—, es la guerra de Yavé. Solo necesitas hablar con Tachan, el jefe de los ejércitos, y tendrás en tu campamento a un gran Israel. Si Ammón se alía con Basán, ¿no vamos nosotros a ser capaces de pasar por encima de nuestras rivalidades?

—Yo no soy capaz —contestó con sequedad Jefté.

—No seas tozudo, Jefté —le rogó el sacerdote—. Domina tu soberbia. Quieres que cada una de tus victorias sea solo tuya. Pero no puedes conducir esta guerra sin la protección de Yavé.

Jefté quería que sus victorias fueran tan solo producto de su propia fuerza, lo reconoció a regañadientes

para sí; le parecía justo que así fuera. Se vio, de nuevo, echado en la pendiente del monte Hermón, oculto tras los peñascos, contemplando cómo en un saliente, al otro lado, se alzaba con toda nitidez a la luz del amanecer el carnero con sus poderosos cuernos, el *akko*, el macho cabrío. Se sintió identificado con aquel animal orgulloso y tozudo que no dejaba que ni el viento ni la escarcha helada lo hicieran abandonar su lugar. Él, Jefté, no dejaría que el viejo lo mandara a Schilo. Dijo:

—El modo en que yo conduzca la guerra es asunto mío. No necesito la ayuda de ningún Tachan. Yo solo venceré a Ammón.

Abijam contestó con triste sarcasmo:

—No hace mucho, en la tierra de Tob, no estabas tan seguro. —De nuevo intentó convencerlo, apremiante—: Arranca de tu pecho esos sueños, fruto de tu soberbia. Quizá fui yo quien hizo nacer en ti esos sueños. Quizá no debería haberte dicho que podías haber sido elegido para crear un Israel grande y unido. Creí que estaba hablando con un hombre dispuesto a aceptar las duras órdenes del dios. Pero tú solo ansías llevar a cabo las más variopintas hazañas y construir tu propio reino reuniendo pedazos de las regiones del este. No quieras eso, Jefté. Una alianza entre Ammón y Galaad no se sostendrá. Un reino constituido por casualidad no se sostiene. Yavé unió en su momento a Galaad con las otras tribus de Israel y no con las tribus que vagan por el desierto del este. Entierra tus desvergonzados sueños. No intentes crear el reino de Jefté. Ve a Schilo. Conduce la guerra en nombre de Yavé y de Israel.

Las palabras del sacerdote solo consiguieron que los sueños de Jefté brillaran con mayor magnificencia y colorido. El viejo estaba celoso. Quería debilitar su confianza en sus propias fuerzas. Que lo intentara con otro. Él, Jefté, establecería una alianza con Ammón. Pero no traicionaría a Yavé por Ammón, sino que sometería Ammón al dios. Con astucia y artimañas iba a convertir a Galaad en la mayor potencia al este del Jordán. Y entonces él llegaría a ser el señor de todos los príncipes del este, y todas las regiones, desde Dameschek hasta el mar egipcio, tendrán un solo nombre: Galaad, el reino de Jefté.

Abijam, cansado, dijo:

—Mis palabras solo alcanzan tus oídos. —Se consoló—. La guerra te enseñará a ver. Verás a Yavé como tu padre lo vio. Vencerás. Todavía viviré para ungirte.

Jefté replicó, tozudo:

—No voy a conducir esta guerra para dejarme ungir por ti, sumo sacerdote.

Se marchó.

6

PERO no podía librarse del recuerdo de esta conversación. Así como se escucha contra la propia voluntad el constante goteo de la lluvia nocturna sobre el tejado, escuchaba él una y otra vez las palabras de advertencia del sacerdote: «Ve a Schilo, habla con Tachan, el jefe de los ejércitos».

En su interior prosiguió la discusión. Si se negaba a pedir ayuda a Efraím, no lo hacía movido por un insensato amor propio, sino que tenía sólidos argumentos. Con toda seguridad. Tachan querría intervenir en la estrategia de la guerra y después, una vez alcanzada la victoria, el jactancioso y quisquilloso Efraím reclamaría también, por todos los tiempos futuros, el dominio al este del Jordán. ¡No, nada de pedir la ayuda de Efraím!

Llevó a cabo los preparativos para la guerra con desmedido afán. Ya ahora, en otoño, mandó mensaje a los *adirim* para que se congregaran ante Mizpeh tan pronto como llegara la primavera, en cuanto los caminos se hicieran transitables. Estableció, en el acto, los lugares de acampada para las tribus del Israel del este, para
Re’uben
, Gad y Manasés. Reunió una parte del ejército, ahora, para proteger las regiones fronterizas de un ataque por sorpresa del rey Nachasch.

Este destacamento lo puso a las órdenes de Gadiel. Este se movía a gusto en aquel ambiente de guerra y se convirtió de todo corazón en un adepto de Jefté, como en el pasado.

—Es bueno tenerte con nosotros —dijo con torpeza.

Las gentes de Mizpeh, ahora que veían a Jefté hacer preparativos, olvidaron la decepción que la tregua les había causado. Supusieron que Jefté, con muy buen criterio, había aplazado la guerra durante un año, pusieron de nuevo su confianza en su jefe de los ejércitos, esperaban con ilusión que llegara la primavera y

la guerra.

Incluso Samgar olvidó su desconfianza y la injuria que Jefté le había infligido. Como antes, volvió a sentirse atraído por el hermano, sobre el cual —y a pesar de todo— seguía siendo evidente la bendición de Yavé. Jefté se dio cuenta de su cambio y dijo con benevolente aspereza:

—¿Estáis por fin contentos conmigo, tú, tu sacerdote y tu dios? No sigas recordando que tuve que tirarte un poco de las barbas. Cuando en primavera me acompañes a la guerra con el Arca de la Alianza, mantén los ojos bien abiertos y fíjate en cómo llevo a cabo una batalla. Verás algunas cosas que podrás anotar en tus tablillas.

Cuando llegó el invierno, Jefté se preparó para regresar a sus territorios del norte. El día anterior a su partida, las gentes de Mizpeh le ofrecieron un banquete de despedida. Todos se mostraban alegres y confiados. El vino exaltó sus corazones.

Gadiel dijo:

—En primavera, además del Basán del oeste, conquistarás para nosotros un pedazo de Ammón y de Moab. Entonces serán muchos los que te saluden diciendo: «Mi señor Juez en Israel».

Jefté lo miró pensativo, un poco burlón, quiso decir algo, pero guardó silencio.

Pero Jemin, que había aprendido a conocer el rostro de su jefe, pensó en los planes que Jefté les había revelado cuando yacía herido en su tienda, y fue él quien abrió la boca y dijo:

—¿Por qué el juez Jefté debería contentarse con pedazos de Ammón y Moab? ¿Por qué no debería cruzar el Jordán y conquistar allí las ciudades que los hombres de Efraím y Manasés tuvieron que abandonar en manos de los cananeos?

Los otros callaron, sorprendidos. Pero Jemin, ahora en pie, adelantó la barbilla como Jefté y continuó:

—Y entonces, por fin, se hará realidad el verdadero reino de Israel bajo un gran rey, al igual que un reino como el de Babel está bajo las órdenes del Dominador de los cuatro puntos cardinales.

Los hombres estaban perplejos. Israel estaba orgulloso de que sus tribus obedecieran a sus ancianos y Jueces, y no a un rey, despreciaban a los que se veían forzados a inclinarse ante un rey. Samgar reprendió también al emorita Jemin. Con su débil voz, en medio de aquel silencio, dijo:

—Ninguno debe ser rey en Israel, ignorante. Yavé es el rey de Israel.

Había llegado a Mizpeh un rapsoda, un tal Jedidja, y de pronto, uno de los hombres, después algunos más, luego todos, le pidieron:

—Cántanos la canción de la zarza espinosa, Jedidja. —Era una canción que todos los rapsodas conocían y con la que cualquiera de ellos conseguía aplausos. Jedidja no se hizo de rogar, se preparó y cantó:

—Pusiéronse en camino los árboles para ungir un rey. Y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. Contestóles el olivo: ¿Debo renunciar a mi buen aceite, que es apreciado por los dioses y por los hombres, y en lugar de eso ocuparme de los asuntos de los árboles? Dijeron, pues, los árboles a la higuera: Ven tú y reina sobre nosotros. Y les respondió la higuera: ¿Voy a renunciar a mis dulces y ricos frutos, y en lugar de eso ocuparme de los asuntos de los árboles? Dijeron, pues, los árboles a la vid: Ven tú y reina sobre nosotros. Y les contestó la vid: ¿Debo renunciar a mi vino, que llena de alegría a los dioses y a los hombres, y en lugar de eso ocuparme de los asuntos de los árboles? Y dijeron entonces todos los árboles a la zarza espinosa: Ven tú y reina sobre nosotros. Y he aquí que la zarza espinosa estuvo de acuerdo y dijo: Bien, ungidme entonces por rey vuestro y poneos a mi sombra.

Los hombres se regocijaron ruidosos. El rapsoda Jedidja no era un gran cantor, pero la canción de la zarza espinosa sonaba bien también en su boca, y cualquiera comprendía la divertida enseñanza de la parábola: que los hombres trabajadores y útiles tienen cosas mejores que hacer que ser reyes de los otros, que solo la chusma inútil y espinosa ambiciona sentarse en el trono. Y los hombres se rieron, se rieron mucho y se alegraron de la libertad de Israel y de la de sus tribus.

Pero Jefté no le agradeció a Jemin que hubiera desvelado parte de su sueño. No sabía si los hombres se reían de la canción, o del rapsoda, o de él. Sus risas sonaban desagradables a sus oídos.

7

JEFTÉ pasó la mayor parte del invierno en sus territorios de Basán. Sus siete ciudades florecían. Se había establecido el comercio y el tránsito entre el oeste de Basán, que estaba sometido a él, y el este, donde reinaba el rey Abir. A pesar de todo, había una gran inquietud en todo el país. El rey Abir se armaba. Y

aunque nadie esperaba que rompiera la alianza de paz y atacara las ciudades de Jefté, los hombres del Basán oeste se preguntaban: ¿Qué sucederá cuando Jefté esté al frente de la guerra en Galaad? ¿No aprovecharán los emoritas su ausencia para caer sobre sus ciudades y sobre los seguidores de Yavé?

Jefté consultó con Par hasta qué punto podía dejar desprovisto de tropas su Basán. Par supuso que podría conservar las ciudades con dos milicias. Pero Jefté necesitaba también esas dos milicias para su campaña. Había que conseguir nuevas tropas. Esto era costoso, puesto que también el rey Abir se armaba. El tesoro de Jefté no bastaba. Pero allí estaba el tesoro que Par había ido acumulando para Yavé, un considerable tesoro, ¿y no tenía Jefté derecho a utilizarlo puesto que se trataba de una guerra de Yavé? Par, después de hacerse algunas reflexiones, estuvo de acuerdo. El tesoro de Yavé se convirtió en tropas, caballos, carros de guerra.

Kasja y Par, en una de las largas noches de invierno que estaban sentados con Jefté junto al fuego, hicieron una valoración del ejército de Jefté. Era pequeño en comparación con el poder del enemigo.

—Pero —dijo Kasja sin rodeos, como era habitual en ella— con las ocho milicias de Efraím, esa diferencia se ve sobradamente compensada.

Y Par añadió:

—Son altaneros hasta el vómito los efraimitas, pero son astutos calculadores y valientes guerreros. Saben que esta vez, si Ammón resultara vencedor, también caería sobre el Israel del oeste. Seguro que mandarán sus ocho milicias completas.

Jefté estaba estupefacto. Al parecer, los dos creían que ya hacía tiempo que él había solicitado la ayuda de Efraím. No podían creer otra cosa. Un hombre que exige el tesoro de Yavé no podía tener el menor reparo en reclamar también a todos los hombres aptos para el servicio de armas de Efraím. Cada vez más anonadado, oyó decir a Kasja:

—No fuiste ningún *nabi*, ningún fanfarrón, cuando en el pasado nos expusiste tu plan. Ahora se demuestra que no perseguías una quimera. Tal y como lo calculaste entonces, has seguido tu camino, paso a paso. Primero aseguraste tus siete territorios contra Basán, luego ocupaste el sitial de Juez en Galaad, y ahora, cuando hayas derrotado la amenaza que supone Ammón, cruzarás el Jordán y también las tribus del oeste te reconocerán como Juez en Israel.

Par, y en su rigurosa voz había algo parecido al entusiasmo, dijo:

—Sí, ahora vemos con qué bendita astucia lo has preparado y tramado todo. Has detenido a Nachasch, de manera que ahora Efraím acudirá a tu campamento como por iniciativa propia. ¿Te he comprendido bien? Sin que hayas tenido que pedir o amenazar, te convertirás de esta manera en el jefe de los ejércitos, también de las tribus del oeste. Todo Israel unido en un reino. Cuando lo dijiste en el pasado, se me estremecieron las entrañas de espanto, tan ilusorio me pareció. Y ahora todo se va cumpliendo por sí mismo, como durante una cacería bien preparada.

Jefté tenía que aceptar el entusiasmo de sus más próximos. Contestó con vaguedad, parco en palabras y se avergonzó de su ambigüedad.

Más tarde, solo sobre su estera, pensó en aquella conversación. Tenían razón Par y Kasja, no había ninguna otra salvación, todos estaban de acuerdo en eso: tenía que ir a Schilo y pedir ayuda a Tachan. Pero cuando se imaginaba agachado ante Tachan, esperando su respuesta, casi se ahogaba de ira. Sería terrible que Tachan sacara a relucir aquella traición de Galaad y le negara su ayuda; sería todavía más terrible si decía altanero: «Ya veis, no somos como vosotros», y le asegurara su ayuda. No, Jefté no iría a Schilo.

Debía encontrar una solución, cualquier cosa que le permitiera vencer solo, sin Efraím. Yavé debía mandarle la inspiración.

Jefté, aquel hombre fuerte y sano, durmió bien incluso en aquella noche de preocupación. Y he aquí que durante su sueño reparador, su inteligencia seguía dando vueltas y trazó un plan.

Sin duda, las fuerzas aliadas de Basán tendrían un gran empeño en reunirse lo antes posible, al empezar el año, con los ejércitos del rey Nachasch. Así pues, se desviarían de la Gran Ruta del Faraón, tomando la ruta occidental más corta, y cruzarían el Jabok por el vado de Penuel. El único camino que conducía al vado pasaba por el desfiladero de Nachal-Gad. Jefté rodearía al ejército de Basán en el desfiladero. Si conseguía destruir esta potente tropa aliada de Ammón, Nachasch no podría atreverse a emprender la batalla, en ese caso la guerra estaría decidida antes de que hubiera empezado realmente, y Jefté podría entonces obligar a los amonitas a aceptar sus condiciones de paz.

Por supuesto, su plan presentaba algunos peligros. Para atrapar a los guerreros del rey Abir en el desfiladero, Jefté debía ponerse en marcha todavía durante la época de las lluvias, y la marcha por los intransitables senderos requeriría un esfuerzo tremendo. Además, el ataque solo podría tener éxito si su comitiva permanecía oculta al enemigo. Por lo tanto, Jefté solo podía llevar consigo unos pocos

destacamentos y deberían buscar su camino a través de parajes emboscados e inhóspitos. Por otro lado, estaba seguro de que el enemigo no estaría preparado para el ataque, y Jefté podría reforzar sus tropas con algunos destacamentos de galaaditas del campamento que se encontraba ante Mizpeh; desde el sur, el camino hacia el Jabok era mucho más fácil.

Comunicó su plan solo a Jemin. Este había pasado toda su vida en las tierras salvajes, era el hombre adecuado para la arriesgada expedición durante el duro invierno.

Jemin se había convertido en un experto en la tarea que se había impuesto a sí mismo de llegar a parecerse a su jefe. Adelantaba la barbilla como Jefté, intentaba convertir su aguda voz en áspera, igual a la voz de Jefté, de manera que, a veces, Ketura y
Ja'ala
se sonreían. Pero también había aprendido a razonar muchos de los pensamientos de Jefté. Comprendió el plan hasta sus últimas ramificaciones y contempló al mismo tiempo las ventajas y los inconvenientes. Nunca antes un jefe de los ejércitos había conducido a sus guerreros en una época del año tan temprana hacia un camino tan dificultoso. Pero las gentes de Jefté estaban acostumbradas a moverse por las tierras salvajes, y aunque alguno quedara por el camino, la mayoría alcanzarían a tiempo el Jabok. Evaluó con sorprendente rapidez por qué senderos podrían avanzar unos destacamentos, por cuáles aquellos otros, calculó con perspicacia cuántos arqueros deberían llevar consigo, quizá también lanzadores de venablos. Veía ya con su imaginación cómo las gentes trepaban por los escarpados senderos, vio cómo disponía a los hombres sobre las elevaciones a ambos lados del desfiladero, oyó cómo daba órdenes con la voz de Jefté. Jefté se dio cuenta con satisfacción de la madurez que su joven amigo había alcanzado en el arte de la guerra.

Sopesaron y evaluaron una y otra vez. Jemin planteaba objeciones a Jefté, Jefté les quitaba gravedad con argumentos de Jemin, Jefté convencía a Jemin, Jemin a Jefté. Más y más se caldeaba el más joven, su entusiasmo era delirante, y por fin estalló jubiloso:

—Esto, mi señor y juez Jefté, es, de entre todos tus muchos grandes planes, el más grande. De esta manera vencerás por fuerza.

«Y sin la ayuda de Efraím», se dijo en silencio, lleno de furiosa satisfacción, Jefté.

Mandó a Jemin a Mizpeh con mensajes para Gadiel y Abijam. Gadiel debía mandarle algunos destacamentos de galaaditas al Jabok cuanto antes, para que llegaran allí, con toda seguridad, durante la luna nueva de *Adar*; el sumo sacerdote debía entregar a Gadiel el Arca de Yavé, todo en el mayor secreto.

Gadiel, orgulloso de la confianza de Jefté, prometió que estaría en el lugar indicado. Abijam estaba dispuesto a entregar el Arca. Pero no quería confiar aquel valioso bien a Gadiel y a sus guerreros; solo los sacerdotes de la Tienda de Yavé debían protegerla y tocarla. Puesto que él mismo estaba demasiado débil para acompañar al Arca durante aquella inhóspita estación del año, Samgar debería llevarla hasta el Jabok.

Jefté oyó esto con desagrado. El Arca debía pasar por senderos difíciles y emboscados, y a toda prisa. Jefté temía que el Samgar, tan lento y torpe, no estuviera en el lugar adecuado cuando se necesitara con urgencia la bendición del Arca.

La época de las lluvias ese año fue corta. Jefté se preparó para partir, ya en el mes *Schewat*.

Animó a Ketura a acompañarlo. A ella le habría gustado estar cerca de él en esta gran campaña, sentía grandes deseos de aceptar su proposición. Pero era una guerra contra su dios Milkom, Milkom era celoso, con toda seguridad lanzaría sus iras contra Jefté, ella debía quedarse en el norte, en la tierra del dios, para apaciguar su rencor. Se sobrepuso a sus deseos, rechazó la sugerencia de Jefté.
Ja'ala
, poco antes de que él partiera, dijo confiada, solemne y orgullosa:

—Creo, mi padre y señor, que he adivinado lo que te propones. No será Nachasch quien me dé a su hijo por esposo. Tú le quitarás su reino, entonces nombrarás a su hijo Mescha tu administrador en Ammón, y entonces serás tú quien me dé a Mescha por esposo.

A Jefté le sorprendió y conmovió que
Ja'ala
, con su infantil franqueza, expresara en claras palabras lo que él planeaba de forma tenebrosa. Porque seguía soñando con casar a su hija con Mescha —después de obtener una gran victoria—, pero de manera que no fuera
Ja'ala
quien tuviera que reconocer como dios a Milkom, sino Mescha a Yavé.

La noche anterior a la partida de Jefté,
Ja'ala
se acercó al lugar donde estaban los caballos del grupo. El grupo poseía ahora un montón de caballos, y a

menudo
Ja'ala
sentía el impulso de consolar a los animales. Admiraba la rapidez de los caballos salvajes, sentía compasión por los domados. Qué lástima que criaturas como aquellas, cuya felicidad era correr a toda prisa por espacios ilimitados, tuvieran que vivir oprimidos, refrenados, aplastados bajo el peso de los jinetes.

Se acercó al caballo de Jefté, con las manos a la espalda, esperó hasta que el caballo se aproximó a ella, acercó su rostro a sus belfos, le echó el aliento, le susurró ruegos y advertencias para que fuera fiel a su padre y le ayudara.

Con las primeras luces del amanecer Jefté partió. Tenía ante él una marcha llena de esfuerzos y dificultades. Estaba seguro de que, guiados por Jemin, él y sus gentes llegarían a tiempo, antes que el enemigo. ¿Pero no estarían demasiado agotados? ¿Y cuántos debería dejar en el camino? ¿Y estaría Gadiel con sus galaaditas en el lugar indicado? ¿Y a pesar de todo su empeño en ocultar aquella expedición, no descubrirían los espías del enemigo sus movimientos y los de Galaad? ¿Y el torpe Samgar le llevaría a tiempo el Arca de Yavé? Esta vez necesitaba la ayuda del dios más que en cualquier otra empresa anterior.

Pero aunque no tuviera el Arca, sí tenía el estandarte. Sus *giborim* lo llevaban por delante de él. Desafiante bajo la luz del primer sol, resplandecía la imagen de cobre. El rayo de Yavé llameaba saliendo de la nube, brillante, zigzagueante, terrible, horrorizando al enemigo. El corazón de Jefté se llenó de confianza.

8

La expedición de los hombres de Jefté hacia el Jabok presentó tantas dificultades como este había previsto. Algunos quedaron atrás. Pero Jemin demostró su valía. Jefté llegó con sus ejércitos al Nachal-Gad en el plazo que se había fijado.

El mismo día llegó también Gadiel y trajo consigo unas tropas más numerosas de lo que Jefté había esperado. Jefté temió que una comitiva de tan grandes proporciones no hubiera podido mantenerse oculta. Pero Gadiel se había ocupado de que en el campamento de Mizpeh hubiera un gran movimiento, también había ordenado una incursión en los territorios de Ammón, de modo que el enemigo difícilmente pudiera descubrir la ausencia de los hombres.

Los espías informaron de los movimientos de los guerreros de Basán. La comitiva del enemigo había tomado la Gran Ruta del Faraón, pero luego —tal y como Jefté y Jemin habían calculado— la mayoría de los destacamentos formados por guerreros de los que llevaban armas ligeras, e incluso algunos grupos de jinetes, se habían desviado para tomar la ruta más corta que conducía al vado del Jabok.

Los ejércitos que Basán mandaba al rey Nachasch eran más numerosos de lo previsto y llevaban consigo una gran impedimenta. Avanzaban muy despacio. Jefté y Jemin pudieron hacer sus preparativos con calma y tomando todas las precauciones. Ocuparon las alturas a ambos lados del Nachal-Gad, de tal modo que en poco tiempo pudieran cerrar la entrada y la salida del desfiladero. La cantidad de guerreros que Gadiel había puesto a disposición de Jefté le permitía también apostar a un fuerte destacamento en la otra orilla del Jabok, para atrapar a aquellos que pudieran escapar del desfiladero e intentaran cruzar el vado. Todo iba mejor de lo que Jefté hubiera podido desear. Solo faltaba una cosa: El Arca de la Alianza de Yavé no estaba allí; el lento y torpe Samgar no había llegado a tiempo.

Con las primeras luces del alba del día en que el enemigo tenía que alcanzar el desfiladero, Jefté estaba en pie junto con Jemin y Gadiel en el montículo desde donde pensaba dirigir la batalla. Durante todos los días anteriores había caído una lluvia torrencial. Sin embargo, ahora había parado de llover, un cielo despejado se abría paso entre las nubes. Pero Jemin, que entendía del tiempo, dijo que aquel viento templado del suroeste traería lluvias más intensas, incluso era probable que hubiera una tormenta, y eso no haría más fácil a las gentes de Basán el camino a través del desfiladero.

Allí estaban, a la espera, en el poblado bosquecillo de arbustos que cubría el monte, bien ocultos, al acecho. Divisaron la comitiva enemiga. Parecía una comitiva muy larga, los emisarios no habían exagerado. Con sombría satisfacción, Jefté vio con cuánta despreocupación avanzaban. Comprendió bien su falta de prevención. La parte más larga y dura de su camino quedaba a sus espaldas, ante ellos solo quedaba una dificultad, el descenso por el desfiladero de Nachal-Gad y cruzar el Jabok. Comparado con las dificultades ya superadas, eso sería un esfuerzo pequeño. «Pero en eso, hombres de Basán —pensaba Jefté jubiloso—, os

equivocáis. No muchos de vosotros veréis terminar el día». Levantó la vista hacia su estandarte e invocó a su dios:

—Oh Yavé, reconozco que me he esforzado en evitar esta batalla que ahora conduciré en tu nombre. Pero, si eres justo, concédeme la gracia de reconocer que tenía buenos motivos. Sea como sea, ahora lucho por ti con todo mi corazón, con todo mi aliento y mi sangre. Cumple tú tu parte y dame tu bendición.

Por fin, la vanguardia enemiga había alcanzado el desfiladero, los hombres penetraban en él, el desfiladero se los tragó, Jefté ya no podía verlos. Pero con los ojos de su mente veía cómo recorrían su camino mortal. La época de lluvias había convertido el riachuelo Gad en un río; a pesar de todo, había poco peligro de que la corriente los arrastrara. Animosos, los hombres se abrían paso por la orilla del río, algunos saltaban también por el centro, de piedra en piedra.

Ahora penetraron los jinetes en el desfiladero, y Jefté debía dar la señal para cerrar la entrada. Dudó. La comitiva era de hecho casi infinita, y ya había muchos fuera del desfiladero por el norte. Pero Jefté no quería dejar escapar a los jinetes. Dio la señal.

Un destacamento de sus hombres armados hasta los dientes, cayó sobre el enemigo, destruyó su comitiva, ocupó la entrada del desfiladero. Lo mismo sucedió a la salida, donde el Nachal-Gad desembocaba en el Jabok. Desde las colinas que bordeaban el desfiladero, los arqueros de Jefté dispararon sus flechas contra los guerreros atrapados, los lanzadores de venablos arrojaban sus lanzas. La confusión y la muerte reinaban en el desfiladero. Los hombres de Jefté tenían órdenes de apuntar primero a los caballos. Los animales heridos buscaban salvarse, daban coces a su alrededor, sus relinchos sonaban horrendos entre los gritos de los que luchaban; el espanto de los animales aumentó la confusión de los hombres. Y ahora el propio Jefté y los suyos cayeron sobre los espantados hombres, los derribaron con sus afiladas espadas, el corazón de Jefté desbordaba entusiasmo.

Las gentes de Jefté, probados guerreros, cerraron la entrada del desfiladero, de modo que de los que habían quedado atrapados en él no pudiera salir ninguno más. Pero los soldados de Basán que todavía no habían alcanzado el desfiladero eran muy numerosos, eran demasiados, y no huían como Jefté había supuesto, hacían frente a la lucha, amenazaban con superar a las gentes de Jefté que se encontraban a la entrada del desfiladero. Jefté tenía que acudir en su ayuda, debía dejar en manos de sus arqueros y lanzadores de venablos el acabar con los que estaban atrapados, él debía abrirse paso a toda prisa hasta el terreno cubierto de lomas, al norte, para impedir allí la huida al enemigo.

La atmósfera se había ido cargando. Jemin no se había equivocado, se preparaba una tormenta de primavera, se estaban formando nubarrones descoloridos, amarillentos y oscuros que dificultaban la visión. Pero en cuanto alcanzó las lomas del norte, Jefté sí pudo darse cuenta de inmediato de que no solo tenía enemigos ante sí: acudían de todas partes, pululaban por las colinas, a la izquierda y a la derecha.

Y todavía pudo darse cuenta Jefté de algo más, y por un momento su corazón se detuvo: aquellos que se abrían paso desde el este, aproximándose al lugar donde él se encontraba, no eran los altos guerreros de Basán, no eran emoritas, eran hombres de Ammón, soldados del rey Nachasch. No era Jefté quien había engañado a Nachasch, sino este quien lo había engañado a él. Era evidente que había descubierto su plan y lo había rodeado por el este. Ahora comprendió Jefté también por qué los destacamentos de Basán habían avanzado tan despacio. Nachasch les había dado orden de retrasarse para que él tuviera tiempo de rodearlo.

Cayeron las primeras y gruesas gotas de lluvia, soplaron los primeros golpes de viento. Si solo se hubiera tratado de acabar con los que estaban en el desfiladero, la tormenta habría resultado ventajosa para Jefté. De este modo ayudaba al enemigo.

Y he aquí que también se acercaba el dios del enemigo para participar en la lucha, el Baal de Basán, el toro alado. Durante todo aquel tiempo, Jefté se había preguntado asombrado dónde estaría. ¿Quizá también el enemigo, como él mismo, había sufrido algún contratiempo parecido y tendría que luchar sin su dios? Pero ahora todo estaba claro: el Baal, con gran astucia, solo se había mantenido oculto detrás de la comitiva, esperando poderoso que llegara su momento. Ahora había llegado el momento, ahora oscilaba hacia Jefté, para vengarse del hombre que en su montaña, en el tejado de su casa, había permanecido en pie y se había burlado de él. Llevado por cuatro hombres gigantescos, se acercaba, bamboleándose, con sus pesadas alas de cobre, en medio de una gran multitud de guerreros, ineludible, un monstruo. ¡Y el suyo, el dios de Jefté, no estaba allí! Lo habían dejado en la estacada, el viejo y tozudo sacerdote y Samgar, el estúpido, su hermano. Esta había sido su única tarea, traer el Arca de Yavé para que le ayudara en el peligro: ¡Y ni siquiera eso había sido capaz de hacer bien, esa nulidad!

Durante un momento, el sol dividió los espesos nubarrones, Baal resplandeció con un brillo salvaje, que producía espanto. Pero Jefté no temía. No huiría, se lanzaría contra aquel ostentoso dios toro, lo cogería por las alas, lo arrojaría al barro, y sus pies de guerrero lo pisotearían hasta hundirlo en el fango.

Una densa multitud de defensores rodeaba al Baal. Jefté no tenía ninguna posibilidad de apoderarse del dios. Lo más prudente sería que se abriera paso de regreso hacia el grueso de sus fuerzas, junto al Nachal-Gad. Pero su delirante y colérico deseo de atrapar al dios enemigo y pisotearlo en el lodo fue más fuerte que su razón y su experiencia en la guerra, la fascinación de la batalla era demasiado vehemente, lo arrastraba al encuentro del Baal de Basán. El desenfreno que a veces había empujado a su padre Galad lo empujaba ahora también a él.

Gritó:

—¡Por Galaad y por Yavé!

Y a su lado gritó Gadiel:

—¡Por Galaad y por Yavé!

Y gritó Jemin.

—¡Por Yavé y por Jefté!

Y los que tocaban el cuerno soplaron en sus cuernos, soplaron la *terua gedola*, la gran llamada al ataque, el portador ante Jefté levantó el estandarte, la nube y el rayo, los viejos compañeros de Jefté en la tierra de Tob lanzaron su grito de guerra:

—¡*Hedád, hedád*! —Y se lanzaron hacia delante contra la densa masa de enemigos que protegían la imagen del Baal.

El metal de la imagen era pesado, los portadores, a pesar de su gigantesca estatura, solo podían avanzar despacio; parecía como si el dios retrocediera e intentara confundirse con aquellos nubarrones amarillentos y oscuros. Jefté se rio lanzando su característica carcajada áspera, jubilosa, jovial, adelantó la barba, azuzó a sus gentes, se burló del dios toro de Basán.

—Allá va el ternero de Basán, intenta esconderse, pero vamos a pillarlo.

Pero ahora el enemigo había descubierto el estandarte de Jefté, y no se sintieron menos atraídos por él, que Jefté por su Baal. Cayó el portador del estandarte. Otro tomó el asta y lo alzó, también él fue muerto. Y ahora fueron manos extranjeras, enemigas, las que se apoderaron del asta. Las gentes de Jefté se lo arrebataron, también ellos fueron derrotados. Pero ahora los puños emoritas se apoderaron de forma irremediable del asta que sostenía el estandarte, lo tomaron y lo llevaron a sus propias filas, con rapidez, y pasando de una mano enemiga a otra, la nube y el rayo se fue alejando de Jefté. El estandarte se había perdido. Yavé le daba la espalda, a partir de ahora debería luchar sin su protección.

Se habían visto muy reducidos en número, y ahora todos se dieron cuenta de que habían avanzado demasiado entre las filas enemigas. Estaban rodeados, separados del grueso de su ejército, una pequeña isla en un mar de enemigos. Pero hicieron como si no percibieran el peligro. Fue como una muda conspiración. Gritaron, cantaron, siguieron luchando, furiosos, encarnizados, jubilosos, embriagados por la batalla.

Gadiel estaba más extasiado que ninguno de los demás. Se reía, balbuceaba, decía cosas que solo él comprendía. Había participado en once batallas, pero ninguna como esta, en la que se luchaba en los cuatro puntos cardinales.

—Es magnífico lo que has hecho, Jefté —decía una y otra vez, hasta que una espada le atravesó el cuello. Se derrumbó, grotesco, gorgoteando, agarrándose al que tenía más próximo, arrastrándolo con él. Jefté lo envidió. Gadiel había muerto en medio de su más amada ocupación, luchando, en una actividad piadosa, un valiente guerrero de Yavé.

El mal tiempo estalló entonces con toda su virulencia, la tormenta soplaba ahora en todas direcciones, la lluvia desenfrenada privaba a todos de visión. Jemin, que luchaba al lado de Jefté, permanecía alegremente despreocupado. Seguía creyendo en la victoria. De momento lo que urgía era librarse del enemigo, y esto ahora no era difícil, ya que en medio de aquella lluvia torrencial que los azotaba con violencia era difícil seguir viendo al enemigo. Su mirada adiestrada seguía siendo en medio de la tormenta rápida y clara, descubrió una colina, cubierta de maleza, sobre la cual sus perseguidores ni los buscarían ni los alcanzarían. Allí podrían descansar, tomarse un respiro, reunir fuerzas.

Se pusieron en camino, Jefté y Jemin a la cabeza. Jefté golpeaba a su alrededor, con fuerza, un auténtico Gedeón, un azote, un martillo. En medio de aquel peligro mortal, solo pensaba en lo más urgente en ese momento, pensaba solo: «¡Arriba! ¡Subir atravesando la maleza! ¡Subir a la colina!». No pensaba ya ni siquiera en el objetivo de aquella ascensión; le hacía bien pensar solo en aquello: ¡Arriba!

Alcanzaron la cumbre. Se dejaron caer sobre la tierra fangosa, agotados, jadeando, en medio de aquella densa lluvia, torrencial y verdosa. Allí estaban protegidos.

Jemin se alegró ruidoso. Yavé había hecho bien mandándoles su tormenta. La tormenta los había salvado. Jefté no lo contradijo, pero supo que no era así. Era el Baal quien había mandado aquellos rayos y truenos. No procedían de Yavé. Yavé solo le concedía un breve descanso, para que pudiera reflexionar y

mirar en su interior. Luego lo dejaría hundirse en la tormenta y en la derrota. Y con razón. El dios lo había advertido por medio de Abijam, del cantor Jaschar, de
Ja'ala
, de su amigo Par. Debería haber escuchado y acudido a los hijos de Efraím. Pero se había equivocado, convencido, como un necio, de sus propias fuerzas. Había cedido a su ambición de obtener cada vez más poder y cada vez más honores. No le había bastado ser jefe de los ejércitos y juez, había querido ser el señor de un gran reino, había incluso pensado, con esta finalidad, en entregar a su hija a los amonitas y a su dios Milkom. En verdad, ni Yavé había sido su dios, ni Milkom, su dios siempre había sido tan solo el propio Jefté. Y por eso ahora Yavé le daba la espalda, mantenía alejada su Arca, le quitaba su estandarte, y pronto los enemigos caerían sobre él y moriría allí, en el barro.

Jemin interrumpió sus negras reflexiones. Le tocó el brazo, señaló hacia el este. Jefté levantó la mirada y, durante un instante, vio, en medio de aquella lluvia torrencial que impedía toda visibilidad, cómo algo se acercaba tambaleándose, algo familiar y muy anhelado. No se atrevió a creer aquella dudosa visión. Pero al parecer, también Jemin había identificado aquel objeto lejano. No era ninguna locura, ni ningún espejismo. Era realidad. Lo que durante un instante había visto acercarse tambaleándose era el Arca de Yavé.

Pero entre ella y él seguía estando —más sólida que el más sólido de los muros— la densa e incontable masa de enemigos. ¿Cómo podrían reunirse, Samgar con el Arca y él con su espada? Pero ahora supo que sí era verdad que había sido Yavé quien había mandado aquella tormenta, y el rostro de Yavé, no el de Milkom, que resplandecía en los rayos, le devolvió su antigua fuerza. Se abriría paso a golpes hasta el Arca. Quería hacerlo, debía hacerlo, lo haría.

Se levantó despacio, pero con los miembros llenos de nueva fuerza. Arrancó de su pecho lo que todavía pudiera haber en él de Milkom, reunió todo lo que en él quedaba de voluntad y gritó en su corazón a Yavé: «Tienes derecho a castigarme porque fui tibio ante ti. Peor que eso: te había traicionado. Había querido entregar a la hija que me diste, a la gacela, a la más dulce, al hijo de Milkom y de Kemós. Pero no me castigues. No lo hagas. Has mandado esta tormenta, tu rayo me ha abierto los ojos, te veo, te reconozco, te venero. Las montañas del Sinaí, del Líbano y del Hermón no son nada más que los dedos de tu pie, ¿y qué soy yo ante ti? Me humillo y lo reconozco: un gusano. Pero ahora escúchame también tú a mí y no me sigas castigando. No te quedes sentado en tu trono. Ponte en marcha y lucha por mí como lo hiciste por mi padre Galad, que no fue un hombre mejor que yo y que no creyó en ti con mayor fervor que yo. No permitas que por mi culpa se cubra de vergüenza mi tribu ante los ojos de Ammón y del Israel del oeste. Dame muerte cuando quieras, pero antes déjame ver la victoria. Permíteme avanzar hasta tu Arca. Haz que mis hombres se reúnan con los otros. Envía a tu avispón, la *zirea*, el terror salvaje, y no lo infundas en nuestros huesos, sino en las piernas del enemigo. Lamento lo que he hecho, lo lamento mucho. Pero deja tú también de atormentarme y a partir de hoy seré un fiel hijo tuyo».

Jefté se levantó y movió los labios. Hablaba solo en su corazón, y si de vez en cuando alguna palabra salía de su boca, la tormenta y la lluvia torrencial se la llevaba. Los otros vieron cómo él hablaba a la tormenta y a las nubes, vieron su rostro concentrado, se dieron cuenta de que hacía un último gesto grandioso, rogando y negociando la victoria con uno que había acudido a él en las nubes. Vieron cómo levantó los puños en el aire, vieron entonces abrirse sus manos, como si ofreciera un don.

Pero él, sin palabras, apremiante, concentrado, gritaba a la tormenta:

—Y si me escuchas, Yavé, te ofreceré un sacrificio proporcionado a la salvación en tan tremendo peligro, y será una ofrenda como nunca hayas saboreado. Si me escuchas y me concedes la victoria, te sacrificaré sobre tu altar de piedra al mejor de los enemigos, aunque sea el rey Nachasch en persona, por quien siento una gran amistad. Y si no se encuentra entre aquellos que coja prisioneros, te ofreceré en holocausto a aquel de los míos —sea quien sea— que primero salga a mi encuentro cuando regrese a mis tierras, aunque sea la persona que más amo. A ti te la ofreceré en sacrificio, no a Milkom ni a ningún otro, pero escúchame y no me dejes morir vencido entre mis enemigos.

Así gritó Jefté en su corazón. Y vio a lo lejos mecerse el Arca de Yavé, alzándose, desapareciendo, y alzándose de nuevo. Luego sintió un gran gozo en su interior. Sintió que el dios, en el Arca, lo había escuchado.

Gritó, y ahora su áspera voz se abrió paso a través del estruendo de la lluvia y de los crujidos y estallidos de la madera de los árboles.

—¡Mirad el Arca de Yavé! ¡Lancémonos al ataque para reunirnos con el Arca y con el dios! —Descendió a grandes zancadas por entre los matorrales, pisando con fuerza, a veces corría, apartando del camino lo que le impedía avanzar. Su fuerza se multiplicó por diez. Golpeó, cortó, acudiendo al encuentro del Arca. Los otros lo siguieron, su fuerza y su confianza se transmitió a los demás, avanzaban, luchando, en medio

de la confusión, de la tormenta y de la oscuridad. Muchos fueron heridos y cayeron, los envolvían los gritos, los jadeos, la densa lluvia, el sonido de los cuernos, los nubarrones, el aguacero, rayos y truenos, pero avanzaban, se acercaban cada vez más al Arca.

La batalla cambió. Los enemigos, aunque eran superiores en número, se retiraban, sus filas se abrían ante Jefté, su nombre: «Yavé abre», cobró nuevo sentido. Sin embargo, en medio de toda la excitación y la fascinación de la batalla, no comprendía por qué los emoritas, hombres de un valor incuestionable, y que además estaban en ventaja, se daban la vuelta y huían en todas direcciones. Tenía que ser aquello: Yavé había arrojado entre ellos la *zirea*, el avispón, el pánico, el mayor de los espantos.

Y ahora Jefté alcanzó el Arca. Brillaba mojada, su vieja madera marrón parecía fresca, y los portadores, en medio de los peligros y de aquella devastadora tormenta, se mantenían en pie, respirando fatigosos, sonriendo, felices. Y allí estaba Samgar, las ropas empapadas, agitadas por el viento, se pegaban a su pobre cuerpo con un chapoteo, pero allí estaba, y salió al encuentro de Jefté riéndose, estúpido y feliz. Jefté palpó el Arca con sus ásperas manos, era ella en verdad, la acarició con dulzura, la beso. Ordenó a los portadores:

—¡Alzad el Arca! —Sus palabras dominantes dieron nuevas fuerzas a los hombres agotados y alzaron el Arca.

Todos la vieron. Era un milagro de Yavé que su Arca hubiera atravesado sin sufrir desperfecto alguno los ejércitos del enemigo. Pero allí estaba ahora en medio del pueblo de Galaad, que luchaba, oscilando en lo alto, y todos se dieron cuenta que podía alzarse tanto y era tan ligera porque el dios la había abandonado y ahora luchaba por Galaad en medio de su tormenta y de sus nubes. Su aliento hacía avanzar a Galaad y soplaba sobre Ammón y Basán para que retrocedieran.

El enemigo, tan superior en número, huyó en medio de la confusión. Los hombres de Jefté y de Galaad gritaron su victoria, en medio de un salvaje delirio. El sordo sonido de sus cuernos y sus tumultuosos gritos:

—¡*Hedád*! ¡Jefté! ¡Galaad! —Eran más fuertes que los truenos y la tormenta.

Y ahora se demostró que Jemin tenía razón: aquella devastadora tormenta en verdad procedía de Yavé. Porque entonces los ríos Gad y Jabok se desbordaron y lucharon por Galaad. El desfiladero y las orillas del Jabok se hicieron mortalmente intransitables. A los enemigos solo les quedaba la posibilidad de huir hacia el norte. Pero allí, como resultaba evidente, algo invisible les hacía retroceder. Se desesperaron. Muchos se cubrieron la cabeza con sus mantos y se dejaron matar sin luchar. Solo huyeron unos pocos guerreros de Basán y de Ammón.

9

DESPUÉS de su victoria, Jefté no volvió a Mizpeh; se quedó junto al río Jabok y reunió al resto de su ejército en el interior y en los alrededores de la ciudad fortificada de Penuel.

Aquel antiquísimo asentamiento junto al Jabok iba ligado a muchos recuerdos felices y desdichados. Aquí, junto a Penuel, el dios del río había salido al encuentro del padre de la tribu Jacob y había luchado con él durante toda la noche. Pero el patriarca le había dislocado la cadera y no lo había soltado hasta que obtuvo su bendición. A partir de entonces, el patriarca recibió el nombre de Israel, el hombre que también puede luchar y vencer a un dios. Más tarde, en estos mismos parajes, el jefe de los ejércitos Gedeón, el martillo, el azote, había luchado con fortuna contra los enemigos de Israel. Por supuesto, también había matado a los hombres de Penuel, israelitas, por no haberlo ayudado, y destruido su fortaleza. Pero los galaaditas habían reconstruido la ciudad y la fortaleza y ahora sus habitantes salieron jubilosos y llenos de respeto al encuentro de Jefté.

Jefté se sentía orgulloso y ligero como entonces, en la cima del monte Hemón. Esta victoria suya lo había demostrado: él seguía siendo el predilecto de Yavé; fueran cuales fueran sus acciones, la bendición de Yavé estaba con él.

Samgar le habló del largo y difícil camino que había recorrido el Arca de la Alianza. Jefté se burló con amabilidad del retraso del hermano.

—Por lo menos llegaste a tiempo —dijo— para poder contemplar con tus propios ojos mi batalla. Espero que lo cuentes todo en tus tablillas.

—Me esforzaré cuanto pueda —le aseguró el modesto Samgar. Suspiró—: ¡Solo espero que mis conocimientos sean suficientes! Los sacerdotes en Schilo son mejores escribanos. Con toda seguridad, el milagro de la intervención de las tropas de Efraím, que llegaron y atacaron en el momento oportuno, lo

describirán de tal forma que también los rezagados quedarán complacidos.

Jefté se ofuscó. No le preocupaba cómo imaginara ese Samgar el transcurso de la batalla; estaba ciego, por más que abriera los ojos. Pero lo que seguía siendo un hecho era que después de la victoria se habían unido a su ejército guerreros de Efraím. Al parecer, los hombres de Efraím habían recordado el ruego de Abijam y habían mandado guerreros, cruzando el Jordán, y ahora aquellos intrusos se pavonearían diciendo que él había necesitado su ayuda. De pronto, también lo enojó que, mientras que su estandarte, el de Jefté, se había perdido, su torpe hermano hubiera sido capaz de conducir con seguridad el Arca en medio de la confusión de la batalla. Con brevedad y rudeza le dijo:

—Puedes devolver el Arca a Mizpeh, si quieres. Yo ya no necesito su protección.

El cabecilla Erán se hizo anunciar a Jefté, era quien estaba al mando de aquellos efraimitas que se habían unido a su ejército. Erán llegó sin un gran séquito, solo trajo consigo una septuria, su guardia personal. Se mostró cortés, en modo alguno presuntuoso, felicitó a Jefté por la victoria que había conseguido para Galaad y para todo Israel, y celebró que Efraím hubiera podido colaborar en la victoria.

—Solo hemos tomado como botín a unos doscientos prisioneros —dijo—, primero ejecutamos a todos los que se cruzaban en nuestro camino. Pero cuando vimos que habíamos vencido, los hicimos prisioneros. Pero les hemos quitado otra cosa, seguro que te complacerá. —E hizo una seña a uno de sus hombres.

El hombre trajo el estandarte de Jefté y se lo puso delante. No era ya ningún regalo para los ojos. El asta estaba astillada, el escudo arañado y roto, la nube y el rayo habían perdido su brillo. Jefté no sintió ninguna satisfacción al ver el recuperado estandarte.

Con un rápido razonamiento sacó la conclusión de cómo aquella derrota se había convertido en victoria. Había sido la noticia de la llegada de los efraimitas lo que había hecho huir al enemigo. Pero se rebeló contra esta certeza. No había sido así. No podía haber sido así. Él, Jefté, había invocado al dios con un potente grito, lo había obligado a salir de su Arca y sembrar el espanto entre los enemigos. Y allí estaba ahora aquel desvergonzado sujeto y pretendía robarle la victoria.

Con voz ronca preguntó:

—¿Cuándo cruzasteis el Jordán? ¿Y cuántos sois? ¿Y habéis luchado? ¿O se limitaron a caer en vuestras manos los hombres que huyeron de mí?

Erán, con la misma calma y jovialidad de antes, contestó:

—Cuando oí que un gran número de guerreros enemigos, procedentes del norte, se encontraban en el camino que conduce a Rabat, consideré el riesgo y crucé el Jordán antes de lo que tenía previsto. No somos muchos, solo trece centurias, y a algunos de mis hombres los perdí al cruzar el río, pero seguíamos siendo lo bastante numerosos como para ayudaros.

Jefté dijo:

—Te doy las gracias por haberme devuelto el estandarte, pero también sin vosotros lo habría encontrado. Por lo demás, no recuerdo haberos llamado.

Ahora se ensombreció el rostro de Erán. Preguntó:

—¿Reina tanta división en Galaad que el juez no sabe de lo que hace el sumo sacerdote?

—El sacerdote Abijam —contestó Jefté— puede haber establecido acuerdos con el sacerdote de Schilo. Yo no tomé parte en ello. En Galaad no son los sacerdotes los que se ocupan de los asuntos de la guerra.

Todavía Erán se contenía:

—No importa quién pidió nuestra ayuda —replicó—, no veo cómo podrías haberte salvado sin mí. Ammón y Basán estaban ganando terreno cuando nosotros nos estábamos aproximando a la región del Nachal-Gad, y habían caído muchos de tus hombres. Llegamos, y los enemigos huyeron. No discuto por nuestra parte en el botín; Efraím nunca ha sido codicioso. Pero sí exijo mi parte en la gloria de la victoria. Israel debe ser testigo de que nosotros acudimos cuando Galaad estuvo en peligro, mientras que Galaad no acudió cuando Efraím estuvo en un aprieto.

Jefté estaba indignado, ¡que ese hombre, su huésped, se atreviera a reprocharle allí, en su propia tienda, el fracaso de su tribu!, y además con aquella ridícula pronunciación de Efraím, sus «s» ceceaban en lugar de las «sch». Se acordó de la jactanciosa costumbre de los efraimitas de añadir a su nombre el de sus padres, el de sus abuelos, el de su estirpe, y se burló:

—Escucha, Erán, hijo de Schutelach, hijo de Bered, hijo de Sabat, hijo de yo-qué-sé-quién, tampoco nosotros codiciamos bienes materiales, y por mí podéis hacer con vuestros prisioneros y con vuestro botín lo que queráis. Y si esperáis un salario por el largo camino que habéis hecho y por haber cruzado el río, también podéis tenerlo, cuatro siclos por cabeza. Pero no voy a permitir que vuestra jactancia enturbie la alegría de mi victoria y de la victoria de Yavé. Vuestra intención era buena y te lo agradezco. Habéis encontrado mi estandarte, también esto te lo agradezco. Come y bebe y sé mi huésped esta noche. Pero

luego márchate y vuelve a cruzar el Jordán. Tú dices que el camino fue arduo. Te doy tiempo para que descanses y te repongas del todo. Te doy tiempo hasta la luna llena. Pero si para entonces no te has marchado de Galaad —tú y todos los tuyos—, ya no serás mi huésped, y te trataré como a cualquiera que invada con hostilidad mis tierras, como Ammón y Moab, y entonces aprenderás que la espada de Galaad no ha perdido su filo en esta batalla.

Erán dijo:

—Israel juzgará entre tú y tu salvador.

Se marchó.

Jefté, a solas, resopló con desprecio. Esos engreídos efraimitas, al parecer, creían en serio que habían contribuido a la victoria.

Llegó Samgar, lleno de celo, dándose importancia. Erán amenazaba diciendo que Efraím levantaría en armas a todo su ejército para vengar aquella afrenta. Pero si Efraím atacaba, también Ammón cobraría nuevos ánimos, Galaad tendría que luchar al mismo tiempo contra Ammón y contra Efraím, y toda aquella victoria de Jefté habría sido en vano.

—Qué suerte —concluyó— que todavía no había partido con el Arca. He convencido al iracundo Erán y lo he tranquilizado un poco. Contente también tú, Jefté. Permíteme que traiga a Erán a tu presencia y dale las gracias como corresponde.

La prudencia le decía a Jefté que Samgar tenía razón. Ningún guerrero podía aceptar una humillación como la que él había infligido a Erán, y menos todavía los altaneros hombres de Efraím. Si ahora no desagraviaba aquella ofensa, se enfrentaría sin motivo y sin necesidad a una nueva guerra, y a una alianza de enemigos todavía más poderosa, y a una guerra contra Yavé. Pero tal y como su estandarte yacía a sus pies, en el suelo, abollado, torcido y lleno de arañazos, así se mancillaría la gloria de su victoria si ahora se rebajaba ante el efraimita. Le había ordenado abandonar la región, no anularía la orden.

—No sigas dándote importancia —contestó iracundo, pero sin levantar la voz—. ¿Acaso os ordené que fuerais a buscarme a los bravucones efraimitas al otro lado del río? Tú y tu Abijam, vosotros sois los que habéis echado a perder mi victoria con vuestras intrigas.

Samgar, profundamente dolido, se contuvo.

—Jefté, hermano mío —le suplicó—, no pongas tú mismo en peligro tu victoria. Evita que los hijos de Israel luchen contra los hijos de Israel. No permitas que este malentendido se convierta en una guerra con Efraím.

—¡Ya basta, hombre temeroso! —le ordenó dominante Jefté, y en su voz, aunque seguía sin gritar, resonaba aún más peligrosa su cólera—. ¡Cállate y no sigas irritándome!

Era cierto que Samgar sentía un miedo espantoso. Allí estaba él, el débil, completamente solo ante la colérica soberbia de ese hombre intratable. Pero no debía pensar en sí mismo, debía evitar una guerra civil en Israel, reprimió su miedo.

—Le debes agradecimiento a Erán —le dijo con tozudez—, y tú lo sabes. Ha acudido como enviado de Yavé para darte la victoria. Has insultado a Yavé insultándolo a él.

Jefté levantó la mano.

—Debería castigarte como ya hice una vez —dijo—, pero tú me trajiste el Arca. Seré indulgente contigo. —Levantó el estandarte del suelo, lo levantó amenazador contra el otro—. ¡Pero ahora lárgate! —gritó.

Por la noche Jefté celebró consejo de guerra consigo mismo. Si no iba a presentar sus disculpas a Erán, entonces por lo menos debería retroceder hacia el sur y desafiar a la batalla al rey Nachasch, que ahora ya no tenía a Basán a su lado, y obligarlo por la fuerza a prestar un juramento y a establecer la paz. Los efraimitas necesitarían un mes, o todavía más tiempo, para preparar su ataque contra Galaad, y antes de que este mes finalizara, él tenía que acabar con los amonitas.

Pero estaba como paralizado. No desmanteló su campamento, se quedó junto al río Jabok, en las proximidades de Penuel. Una sola cosa llegó a hacer: envió a Babel un mensajero, al artista Latarak, y le encargó que le hiciera un nuevo estandarte.

10

ERÁN acampó en

Bet-Noba

, una pequeña población al sur del Jabok, junto a la ruta que conducía a Mizpeh. Era evidente que no tenía la menor intención de regresar antes de que Jefté hubiera admitido su participación en los honores de la victoria.

También Samgar siguió quedándose en las proximidades del Jabok. Continuaba negociando con los efraimitas. Erán declaró estar dispuesto a olvidar el insulto recibido, si Jefté le pedía que entrara en Mizpeh a su lado.

El sentido común le decía a Jefté que aceptara la oferta. Lo que exigía el efraimita no era una expiación injusta, dada la gravedad de la ofensa. Pero la cólera y el resentimiento corroyeron el buen sentido de Jefté. No respondió a la oferta de Erán. Es más, contraviniendo todas las consideraciones de carácter militar, decidió quedarse junto al Jabok hasta la luna llena. Entonces se acabó el plazo que él había dado a los efraimitas. Sentía curiosidad por saber qué haría si estos no abandonaban la región. No lo sabía.

Faltaban tres días para la luna llena. Preguntó a sus gentes:

—¿Todavía no han partido los de Efraím?

Ellos le contestaron:

—No, mi señor juez y jefe de los ejércitos.

Desmanteló su campamento, quizá con la intención de partir hacia Mizpeh. Pero no se dirigió a Mizpeh. Se quedó en las proximidades del Jabok y acampó en la llana y amplia cima de la colina de Zafón, desde donde se dominaba la ruta hacia Mizpeh y el vado del Jordán.

El día anterior a la luna llena, en presencia de Jemin, preguntó de nuevo a sus gentes:

—¿Todavía no han partido los de Efraím?

De nuevo respondieron ellos:

—No, mi señor juez y jefe de los ejércitos.

Cuando después se quedó a solas con Jemin, empezó a ir de un lado para otro, lleno de una impotente rabia.

—Les prometí protección hasta la luna llena —decía entre dientes—, pero ¿qué voy a hacer el día después de la luna llena? Habría que matarlos como a los animales salvajes que merodean amenazando a los rebaños. —No miraba a Jemin, iba de un lado para otro por la tienda, como si estuviera en una jaula, hablaba consigo mismo. Pero cuando caminaba en dirección a Jemin, este veía en sus ojos aquellos pequeños y verdes destellos, y se daba cuenta de que Jefté no hablaba solo para sí mismo. Él, Jemin, era «la mano derecha» de Jefté, Jefté le había dado ese nombre honroso. «Habría que matarlos como a animales salvajes merodeadores». Las palabras de Jefté anidaron en su pecho, crisparon su mano.

El día siguiente a la luna llena, por la mañana, estaban vacías muchas de las tiendas del campamento de Jefté en lo alto de la colina de Zafón. También la tienda de Jemin estaba vacía. Jefté lo vio. No preguntó nada. Recorrió el campamento. Intercambió los habituales comentarios, rudos y jocosos, con sus gentes. Desde la cima de la colina escudriñaba la ruta que conducía a Mizpeh y al vado del Jordán.

Jemin, entretanto, durante esa noche de la luna llena, había movilizado a hombres fiables del campamento de Jefté, en su mayoría de entre aquellos que formaban parte del grupo desde los primeros años. Con ellos emprendió una rápida marcha hacia
Bet-Noba
, hacia el campamento de Efraím. Cuando rompió el día, entró en la tienda de Erán.

—Tenías orden —y adelantó la barbilla como Jefté— de abandonar la región. Disponías de un plazo razonable. El plazo ha expiado.

—Solo acepto órdenes de mi jefe de los ejércitos, Tachan —contestó Erán—. Él me envió para libraros de los amonitas. Eso hice. En cuanto pueda llevar al jefe de mis ejércitos vuestro justo agradecimiento, regresaré cruzando el Jordán.

—Si no desmontas tu tienda sin replicar y te marchas cruzando el río —contestó Jemin—, recibirás de mí el agradecimiento que te mereces.

—¡Fuera de aquí, bocazas! —repuso Erán—. Si no, te enseñaré lo que es bueno, tal y como se lo enseñé a los amonitas.

Pronto las gentes de Jemin y las gentes de Efraím cayeron unos sobre otros, primero golpeándose con los puños y las espadas planas, entre salvajes gritos y sarcásticos insultos. El propósito de Jemin era obligar a los efraimitas —sin derramamiento de sangre— a cruzar el Jordán. Pero no transcurrió mucho rato hasta que empezó a correr la sangre y pronto aquella reyerta se convirtió en una batalla.

Ambos contrincantes eran iguales en número. Erán mandaba trece centurias. Jemin no había movilizado a más hombres; no quería disponer de una ventaja abusiva. Tampoco en el arte de la guerra sus gentes eran superiores a los otros. Pero los efraimitas, pillados por sorpresa, no estaban preparados para la lucha. Se

defendieron con valentía, mataron a muchos. La embriaguez de la batalla se apoderó de ambos ejércitos, estaban encolerizados unos contra otros, los muertos fueron innumerables. Pronto dejó de verse a Erán, sus hombres temieron que hubiera caído, vacilaron, se retiraron. Las gentes de Jemin los persiguieron, los efraimitas huyeron hacia el norte, hacia el vado del Jordán, el vado junto a Zafón.

Jefté, desde su colina, los vio acercarse. No eran ya muchos, y habían emprendido una desenfrenada huida. Lo que sucedía allá abajo ya no era una lucha, los perseguidores hicieron una matanza con los que huían.

Jefté compartió la salvaje alegría de sus hombres en aquella delirante y arbitraria persecución. Pero al mismo tiempo algo en él lo advertía: aquello que sucedía allá abajo era indigno y tremendamente insensato, solo traería la desgracia. Debería enfrentarse a sus gentes y proteger a los perseguidos. «¡No seas como tu padre, Jefté! —sentía gritar en su interior—. ¡No permitas que te dominen los desvaríos de tu furia! ¡Pon fin a la insensatez, al desastre que está sucediendo allá abajo!». Y al mismo tiempo sentía gritar en él: «¡Deja que se desate tu furia! ¡Actúa como el hombre de las tierras salvajes que eres, el afortunado señor de las tierras salvajes!». Y en medio de todo aquello, con una extraordinaria rapidez, su mente trabajaba y le mostraba lo que ocurriría si ponía fin a lo que estaba sucediendo allá abajo. Si lo hacía, reconocería que se había cometido un delito. Si no lo hacía, se sometía al *mischpat*. Efraím exigiría una expiación. Tendría que entregar a Jemin, sería humillado de un modo irremediable y para siempre.

Se quedó en lo alto de su colina. Dejó que aquello que se había iniciado allá bajo llegara a su fin.

Jemin llegó, con una alegría pueril reflejada en todo su rostro, y anunció:

—Ya no queda ningún animal salvaje que merodee amenazando a tus rebaños, mi señor juez y jefe de los ejércitos.

Jemin ha hecho lo que Jefté deseaba, pero Jefté solo lo ha deseado, no lo ha ordenado. Todavía está sin mácula, menos ante Yavé. Solo tiene que fruncir el ceño y preguntar con firmeza:

—¿Qué ha sucedido ahí abajo? ¿Qué habéis hecho? —y Jemin, y no él, cargará con la responsabilidad ante Galaad y ante Israel. Todavía puede hacerlo Jefté, durante un instante todavía, y otro más. ¿Pero debe negar ahora ese deseo que se ha permitido expresar en palabras? ¿Debe dejar en la estacada a Jemin que ha actuado en su nombre?

—Te lo agradezco, Jemin —dijo—, has hecho bien, mi querido Jemin. —Pero después de haber dicho esto, tuvo que sentarse.

Jemin, por su parte, descendió a lomos de su montura hacia el vado del Jordán. Sus gentes habían hecho un buen trabajo, habían pagado muy cara su victoria, habían visto su número muy disminuido, ahora, en recompensa, que se divirtieran. Con toda seguridad, tras la derrota, algunos efraimitas se habrían ocultado; ahora intentarían regresar a su país, cruzando el Jordán. Sería divertido prepararles un amargo baño.

Jemin había apostado una centuria en el vado, para que hicieran guardia. De sus mil trescientos hombres habían caído más de la mitad, los soldados de guardia no olvidaban a sus compañeros muertos, esperaban ansiosos a los efraimitas que llegarían hasta allí.

Ahí venían ya los primeros, eran tres. Habían arrojado las armas y pretendían parecer inofensivos; uno cojeaba. Los soldados de guardia dijeron:

—La paz sea con vosotros, hombres. ¿De qué tribu sois y qué queréis?

Los tres contestaron que eran de la tribu de
Abi'eser
, de la ciudad de Ofra; puesto que los amonitas habían sido derrotados, habían ido a comprobar cómo estaban los parientes que tenían en Galaad, y ahora querían regresar, cruzando el
na'ar
, el río, el Jordán.

—Vaya, vaya —dijeron sonriéndose los hombres de Jemin—. De modo que sois de la tribu de
Abi'eser
, y queréis regresar cruzando el río. —Pero al nombrar el río utilizaron la palabra *schibolet*, que de hecho solo designa una pequeña corriente de agua, y que era demasiado poco para el río Jordán. Los otros dijeron también:

—Sí, somos de la tribu de
Abi'eser
y queremos regresar cruzando el
na'ar
.

Los soldados de la guardia, sin embargo, insistieron:

—Las aguas están descendiendo, y aquí, en el vado, el Jordán se ha convertido en un *schibolet*. Así pues, decidnos alto y claro que queréis cruzar el *schibolet*.

Y es que ellos contaban con que los efraimitas, en lugar de la sonora «sch» pronunciarían una ceceante «s», y efectivamente, estos dijeron:

—Sí, queremos cruzar el *sibolet*.

Los soldados de la guardia se regocijaron y dijeron amistosos:

—Bien, hombres de
Abi'eser
, intentadlo de nuevo y decidnos que queréis cruzar el *schibolet*.

Tampoco esta vez ninguno de los tres consiguió pronunciar una «sch» sibilante. Entonces los soldados de guardia dijeron bonachones:

—¿Os dais cuenta? Ya van dos veces que no habéis acertado, efraimitas —y les hundieron el cráneo y los arrojaron al Jordán, en medio de sonoras carcajadas.

Jemin le contó a Jefté la fracasada huida de los hombres de Efraím. Jemin se rio mucho y también Jefté se rio.

CAPÍTULO QUINTO

1

DURANTE todo ese día le duró a Jefté aquel salvaje regocijo. Incluso a la mañana siguiente se despertó jubiloso, consciente de su gran victoria.

Pensó en las tareas que tenía ante él. Para empezar, debía partir hacia los siete territorios del norte para pedirles cuentas a aquellos cuya fidelidad se había entibiado.

Pero, en lugar de eso, dio orden de partir hacia Mizpeh, hacia el sur. A sus sorprendidos subordinados les explicó que antes de hacer limpieza en Basán quería obligar al rey Nachasch a una rápida paz, para que no se aliara con Efraím.

En su interior, sabía que era otra cosa la que le impedía trasladarse al norte. En el norte estaban las mujeres, Ketura y
Ja'ala
, y: «Te ofreceré en holocausto a aquel de los míos —sea quien sea— que primero salga a mi encuentro cuando regrese a mis tierras», había jurado a Yavé. La confusión y la angustia le habían hecho elegir las palabras con vaguedad, y era discutible si su campamento y su tienda en la tierra de Tob debían considerarse «sus tierras». Pero seguía siendo más prudente y cauto dirigirse a Mizpeh y evitar el norte, donde podía encontrarse con las mujeres. Sentía una tenebrosa e insana curiosidad por ver a quién de entre los suyos enviaría Yavé a su encuentro en Mizpeh para que pusiera su mano sobre él y cumpliera su promesa.

En todas partes, a su paso, era recibido con júbilo y respeto. Algunos pocos se preguntaban si Jefté había actuado correctamente al caer sobre los efraimitas, y temían que Yavé pudiera encolerizarse. Pero una amplia mayoría tenían una confianza ilimitada en él y no sentían más que alegría por su enorme victoria. Y en toda la región, la atrevida diversión que Jefté y sus gentes se habían permitido en el vado del Jordán causaba un ruidoso regocijo. Los hombres de Galaad eran serios, dignos y se reían pocas veces; pero cuando pensaban en lo sucedido en Zafón, se daban codazos unos a otros y se reían a carcajadas, una y otra vez. «*Schibolet*», decían, y: «*Schalom*» y otras palabras que empezaban con «sch», y se burlaban de los torpes y necios efraimitas que ni siquiera para salvar la vida habían conseguido pronunciar correctamente palabras tan sencillas.

Durante este recorrido hacia Mizpeh Jefté no hizo llevar ante sí su estandarte. Esperaba el nuevo estandarte que el artista Latarak debía hacerle. Pero cuando se acercaban a la ciudad de Mizpeh, dio un rodeo para pasar por el monte Obot, y allí, en el lugar de los muertos, sacó el viejo estandarte. Mandó que hicieran rodar las piedras a un lado y penetró en la cueva, para entregar a su padre el estandarte abollado y torcido, con la nube y el rayo, como prueba del peligro que había corrido y de su victoria.

Se adentró en aquella oscuridad, fresca y maloliente. Con un brillo apagado relucieron ante sus ojos los *terafim*. Colocó el estandarte en el suelo ante su padre muerto y le informó de todo.

—Tu hijo Jefté —le contó— ha conseguido una victoria como no se había conseguido ninguna desde que Barac y Débora derrotaron a los cananeos. Ammón y Moab no se atreverán durante muchos años a caer sobre Israel. Te traigo el estandarte que ha sido testigo de mis dificultades y de mi victoria. Pero reconozco ante ti que ya no me complace verlo. Porque dejándome llevar por la ira que me dictó mi orgullo mandé matar a aquellos que me lo devolvieron, y eso no estuvo bien; me temo que esto haya sido un escándalo a

los ojos de Yavé. La última vez que estuve ante ti alardeé diciendo que no haría como tú, que me controlaría. Pero fui un presuntuoso: también yo he dejado que mis desenfrenados deseos me dominaran. Ayúdame, si puedes, para que esto no sea motivo de ninguna desgracia. En cualquier caso, hoy todo va muy bien. Hoy soy el vencedor y te hago saber que el nombre de tu estirpe ha obtenido esplendor por medio de tu hijo Jefté.

Cuando salió al aire libre, sintió su corazón aligerado. Pletórico de felicidad por la victoria conseguida, avanzó hacia los muros de Mizpeh, pasando junto a la *Remet-Habonim*, la colina de los niños muertos.

Y he aquí que allí, en los alrededores de Mizpeh, reinaba un fastuoso júbilo, y todo le ratificaba el alcance de su victoria. Festiva, desbordándose por las puertas, la ciudad salía a su encuentro con cantos, gritos y una música ruidosa y alegre.

Entre el sonido de las arpas, las flautas y las cítaras, escuchó un ruido peculiar y, sin embargo, familiar: el timbal de
Ja'ala
. ¿Qué era aquello? ¡Pero si se encontraba en Mizpeh! Se había dirigido a Mizpeh, no a su campamento en Tob. ¿O es que estaba en Tob? Estaba desorientado, como en medio de un sueño.

Pero estaba en Mizpeh, era realidad, y aquella que encabezaba bailando la procesión de las muchachas era
Ja'ala
, su hija.

Se sintió arrastrado por un negro y terrible torbellino. «El primero que salga a mi encuentro, sea quien sea», «y aunque sea la persona que más amo», había prometido.
Ja'ala
, entretanto, con su paso bravío y, sin embargo, de una ligereza prodigiosa, bailaba a su encuentro, golpeaba su timbal y cantaba:

—Un poderoso guerrero es Yavé, que ha mandado a las aguas contra el enemigo y lo ha ahogado. Pero Jefté, su elegido, ha luchado con su espada. Grande entre los héroes es Jefté. Su padre, el juez Galad, mató a cuatro mil en su gran batalla, pero el juez Jefté ha matado a catorce mil con el filo de su espada. Alfombras rojas de fiesta se extienden ante la casa de Jefté para celebrar su regreso. Las gentes y las piedras de la ciudad de Mizpeh alaban a Jefté, al juez y jefe de los ejércitos, al vencedor.

Así cantó
Ja'ala
. Pero el ancho rostro de Jefté se ensombreció de un modo horrible, se contrajo, sonrió con una mueca. Quería dar rienda suelta a sus lamentos y a su cólera, quería emprenderla a golpes con todo cuanto había a su alrededor, arrancarse la barba, rasgar sus vestiduras.

Las mujeres quedaron consternadas.
Ja'ala
había querido estar presente para que su padre, tal y como se lo había prometido, la llevara consigo cuando entrara, orgulloso y victorioso, en Rabat-Ammón, y Ketura, cuando
Ja'ala
le rogó que acudieran a saludar a su padre festivamente en Mizpeh, había estado de acuerdo sin dudarlo. Habían querido darle una agradable sorpresa, pero era evidente que no habían hecho bien.

Jefté, con un esfuerzo gigantesco, se dominó. Con la áspera voz todavía más áspera de lo habitual, consiguió decir:

—Gracias, Ketura. Gracias,
Ja'ala
, hija mía. Gracias a todos vosotros. Pero todavía no ha llegado el momento de caminar por encima de alfombras rojas. Todavía no ha terminado la guerra. Primero debo pisar la cabeza de Ammón para obtener su juramento de paz y su tributo.

No entró en Mizpeh. Acampó fuera de sus muros, tal y como había hecho antes de la batalla. Ordenó un día de descanso para los destacamentos que habían llegado con él.

No pudo dormir. Pasaban por su cabeza los versos del cántico de Débora que alababan a la mujer Jael. Jael-
Ja'ala
. Jael había atravesado la sien de Sísera, el jefe de los ejércitos de los cananeos, con el clavo de sujetar la tienda. Su madre había estado esperando a Sísera, a que regresara a casa victorioso, con un gran botín, pero él yacía muerto.

Ja’ala
no había esperado en vano. Él había llegado como vencedor con un gran botín, pero había llegado para matarla a ella.

No podía permanecer en su estera. Poco después de que empezara la tercera guardia nocturna se levantó, recorrió el campamento dormido, pasando de largo junto a los sorprendidos soldados que estaban de guardia. Avanzó un buen trozo en la noche, subiendo a una colina. Una media luna baja arrojaba una débil claridad. La tierra se extendía vacía, antiquísima, en un silencio mortal, en una inmovilidad mortal.

Jefté se irguió en la cumbre, ancho de espaldas, corpulento, solo, adelantó la barbilla, apretando los dientes.

Yavé lo había tratado como a un necio y había jugado con él con malicia. Había inspirado a Nachasch para que le sugiriera entregar a su hija a Milkom, y puesto que él no venció de inmediato la tentación, el dios había exigido para sí mismo la sangre de su hija como sarcástica compensación. Era goloso el dios. La niña
Ja’ala
era un bocado delicioso. Ella era capaz de sentir con mayor intensidad, sus ojos veían con mayor profundidad, su piel y todo su ser se percibía más delicado que el de las otras. Por eso Yavé quería tenerla para él. El codicioso dios quería paladearla.

Pero Jefté no era nadie que se dejara dar órdenes, tampoco por Yavé. Pensó en el *akko*, el carnero. Era fuerte, había conseguido reunir un gran ejército y un gran territorio. Si ahora, después de su victoria, casaba a su hija con el amonita, podría conseguir el gran reino que había divisado desde la cumbre del monte Hermón, también sin Yavé, también contra Yavé.

Se rio, insolente, en medio de la noche.

—Si Milkom está conmigo —declaró en voz alta, desafiante—, me parece bien. Si Yavé está conmigo, me parece bien. Pero también si estoy yo solo conmigo mismo, me parecerá bien.

Sintió terror ante el eco de sus propias palabras, se estremeció de frío. Se acordó de los espíritus que vagan en la soledad y que prefieren la noche, y Yavé era de entre todos esos espíritus, el más fuerte. Él estaba impotente ante Yavé. No había salida. Si no sacrificaba a su hija, el dios se apoderaría de lo prometido, y a él, al perjuro, lo destruiría.

Se puso en cuclillas. Revivió de nuevo la vergüenza y el derrumbamiento sobre la colina del Nachal-Gad. Se oyó de nuevo hacer su promesa en medio de la tormenta y de los nubarrones. En su interior había sabido con toda certeza que era la hija la que ofrecía a Yavé como precio para la salvación. Solo que con astucia había querido engañar al dios por medio de palabras de vago significado, así como en su momento había engañado y detenido al rey de Basán y también a Nachasch. Pero Yavé no era un rey menor, Yavé no se dejaba engañar.

A pesar de todo, quizá el dios habría podido facilitarle el cumplimiento de su promesa a él, a su predilecto, y mandar a su encuentro tal vez al joven Ibzan, su criado favorito. Pero él, Jefté, con la petulancia del vencedor, había seguido provocando al dios; había cedido a sus terribles arrebatos y cometido una matanza con los que habían acudido en su ayuda, que el dios le había mandado. Que Yavé hubiera mandado a su encuentro a la hija no era una burla caprichosa y maliciosa, era un castigo.

Así permanecía en cuclillas en la colina, Jefté, juez y jefe de los ejércitos de Galaad, el vencedor del Nachal-Gad. abatido por el reconocimiento de su culpa y el remordimiento, mientras mantenía la mirada fija a lo lejos, más allá de su región, gris a la luz del amanecer.

2

Las gentes de Mizpeh supusieron que Jefté, aprovechando su victoria, partiría de inmediato contra el rey Nachasch, que todavía tenía en su poder la ciudad de Jokbecha. Pero los días pasaban y Jefté no emprendía nada.

El juicioso Jelek se presentó en el campamento y preguntó sin rodeos al hermano por qué no obligaba a Nachasch a establecer la paz. Los campos debían ararse, en las casas y en los rebaños hacían falta los hombres que pasaban el tiempo sentados en el campamento. Jefté replicó al otro que dejara en sus manos, en las manos del jefe de los ejércitos, decidir cuándo y cómo pondría fin a la guerra. Habló con tal firmeza que Jelek enmudeció.

Jefté se dijo que su hermano tenía razón. Pero sabía: fuera lo que fuera lo que emprendiera, fracasaría hasta que no hubiera pagado su deuda con Yavé. Debía cumplir su promesa y debía hacerlo de inmediato.

Pero no hacía preparativo alguno, estaba como paralizado. Con los ojos de su mente veía con cruel claridad cómo su hija, su
Ja'ala
, yacía atada sobre el altar de Yavé. Vio su garganta extendida, vio el cuchillo en su mano, vio cómo su mano guiaba el cuchillo, vio el cuerpo de ella ponerse tenso y relajarse, vio correr su sangre sobre la piedra. Aquel hombre fuerte, que tan a menudo había asistido a las batallas y las matanzas con indiferencia, la cólera impotente que lo embargaba le producía vértigos.

Cavilaba cómo podría desligarse de su promesa. Aquel que hacía una promesa debía además exhortar al dios a que lo castigara en caso de no cumplirla; esta era una parte concluyente de la promesa. Él no lo había hecho, por lo tanto su promesa no lo comprometía. Pero mientras todavía argüía así, sabía que la promesa era vinculante. Yavé había asentido y aceptado, Yavé había salido enfurecido de su Arca y había luchado por él. Yavé había cumplido su parte: ahora le tocaba a Jefté.

Procedente de Basán, intranquilo a causa de los rumores acerca del ataque a los efraimitas, llegó Par, el fiel amigo.

—Se dice —dijo— que los de Efraím acudieron en tu ayuda y que luego fueron masacrados. Por los nuestros. Por supuesto, ya sé que no puede haber sucedido así. Pienso que muchos habrán malinterpretado muchas cosas. Nuestras gentes estaban embriagadas por la batalla, lo más probable es que los hombres de Efraím, engreídos como son, los provocaran; en el torbellino de una victoria suceden muchas cosas imprevistas, sin ninguna intención. Pero ahora todo el Israel del oeste está encolerizado contigo, y se dice que Efraím quiere caer sobre Galaad. Te lo ruego, Jefté, amigo mío, dime qué es lo que sucedió en verdad.

Jefté, abstraído y pensativo, contempló al amigo, que preocupado, pero lleno de confianza, estaba ante él.

—El destacamento que luchó contra Efraím —replicó por fin— estaba bajo las órdenes de Jemin. Que te informe él de lo que sucedió.

Llegó Jemin.

—El jefe de los ejércitos —explicó alegre y orgulloso— había ordenado a los de Efraím abandonar la región de Galaad antes de la luna llena. Pero el día anterior a la luna llena seguían acampados todavía ante Bet-Noba
. Entonces, el jefe de los ejércitos dijo que habría que matarlos como si fueran animales salvajes merodeadores. También dijo: «¿Quién me librará de esta sarna?». Después de eso tomé trece centurias, porque también el cabecilla de Efraím disponía de trece centurias y yo no quería tener una ventaja censurable, y fui hasta donde estaban los efraimitas y hablé con ellos. Pero ellos contestaron con insolencia e insultaron a nuestro jefe de los ejércitos. Después de eso, hice según sus palabras y lo libré de la sarna.

Reinó el silencio. El grueso y macizo Par respiraba con dificultad, era como un jadeo; tuvo que sentarse. Jefte dijo:

—Has informado bien, Jemin. Justo eso es lo que dije. Tú me comprendiste con toda exactitud.

Cuando estuvo a solas con Par, dijo Jefté:

—Ahora sabes cómo sucedió. No creo que se salvaran más de doscientos de los efraimitas. También de los nuestros murieron alrededor de ochocientos.

Par seguía en silencio. Luego, y fue la primera vez que Jefté vio algo semejante, aquel hombre sereno estalló, prorrumpiendo terribles sollozos.

—¿Por qué lo has hecho, Jefté? —preguntó.

—No por motivos que tú pudieras comprender, honesto esposo de mi hermana —contestó Jefté—. Yo mismo apenas lo comprendo.

Par, con mucha calma, dijo:

—Me reclamaste el tesoro de Yavé. Yo te lo entregué. También obtuviste para Yavé la victoria junto a Nachal-Gad. De eso se alegra cada gota de sangre que hay en mi cuerpo.

Jefté sonrió y prosiguió su discurso:

—Y luego maté a los efraimitas, los amigos de Yavé. Para eso usé su tesoro. He cometido un
ma'al
, un robo de los bienes consagrados a Yavé. Eso es lo que querías decir, ¿verdad? ¿No quieres denunciarme a Abijam?

Par dijo, y su parlamento fue un monótono lamento:

—Pienso en el día en que yacías en tu tienda y nos abriste tu pecho y nos dejaste ver lo que había en su

interior. Y he aquí, que Yavé te había infundido su aliento, y tú querías reunir a todas las tribus de Israel en un solo pueblo. Pero ahora, el aliento de dios te ha derribado de un soplo y tú has dividido de forma atroz a Israel, más de lo que nunca estuvo. Yo quería regresar a la tierra habitada por Yavé. Pero ahora tú has convertido a todo Israel en una tierra salvaje, en la que cualquiera tiene la libertad de dar rienda suelta a todas sus pasiones. Te he perdido, mi querido Jefté. Ahora no tengo nada más, solo a Kasja y a las tierras salvajes del norte.

—¿Quieres irte de mi lado, Par? —dijo Jefté. Meneó la cabeza asombrado—. En el pasado, en las tierras salvajes —afirmó pensativo—, cuando apedreé a aquel individuo que reclamaba a su esclavo Dardar, me comprendiste enseguida.

Par le suplicó:

—¡Explícame lo que has hecho, Jefté! ¡Habla conmigo!

Jefté sabía que si le contaba al amigo la horrible penitencia que Yavé le había impuesto, Par se quedaría con él. Pero no quería la compasión de nadie. Tampoco la de Par. Se enfrentaría solo con su promesa y con Yavé.

Dejó marchar a Par.

3

DEBÍA reunir de una vez el valor suficiente para decir a
Ja'ala
su secreto.

La animó a acompañarlo en una caminata hacia las colinas del norte. Había contristado a
Ja'ala
haberlo encolerizado tanto cuando salió a su encuentro aquel día ante la puerta de Mizpeh. Ahora esperaba con impaciencia, pero llena de confianza, escuchar lo que Jefté tuviera que decirle.

Él la vio caminar a su lado, llena de alegre confianza, y casi con horror se dio cuenta de cuán profundamente la amaba, más que a Ketura, más que a sí mismo, más que a todo el poder y a toda la gloria del mundo. No podría alzar el cuchillo contra ella. La tomaría de la mano, a ella y a Ketura, y se marcharían a las más lejanas tierras salvajes. Pero las tierras salvajes no eran ningún lugar donde poder ocultarse de Yavé. El dios se pondría en marcha desde su montaña del Sinaí, lo alcanzaría, estuviera donde estuviera, y diría: «Escuché tu promesa y te di mi bendición, y dime, perjuro, ¿dónde está la ofrenda?». Y Yavé lo estrangularía, a él y a todos los suyos.

Allí, en los alrededores de Mizpeh, por todas partes había campos de labranza, apriscos y rebaños; tuvieron que caminar largo rato antes de encontrar un bosquecillo donde pudieran sentarse y hablar. Jefté vio el rostro apacible, iluminado desde dentro, de su hija, vio con cuánta intensidad disfrutaba de su presencia, se dio cuenta de que ella no lo amaba menos de lo que él la amaba. Le vino a la mente una sentencia que había oído al viejo Tola: «No puedes matar al león si este no te ama».

Ja'ala
hablaba con entusiasmo de sus pequeños secretos. La victoria del padre no le había sorprendido. Desde que este le había preguntado si quería ir con él a Rabat, ella había sabido que conduciría la guerra contra Ammón y también que vencería al enemigo, donde y cuando él quisiera. Ella, confesó con inocencia, había compuesto los versos en honor de su victoria ya antes de la batalla.

Jefté escuchaba su voz infantil, algo áspera. Miró sus ojos. Cuánta vida, limpia y profunda, había en aquellos ojos. Y de pronto profirió un grito gemebundo, sollozante, rasgó sus vestiduras, golpeó y arañó su pecho y gritó:

—¡*Echah*! —y—: ¡*Chah*! —y— ¡*Ach*!

—¡Oh, hija mía! —dijo—. ¡Cuánta aflicción me causas con tu dulzura y tu amor! Tu amor te llevó a salirme al encuentro y cantaste para Yavé y para mí, y ahora el dios quiere tenerte del todo, y no solo tu canto. ¡*Echah, echah*! ¡Qué dios tan terrible es Yavé!

Ja'ala
lo miraba trastornada. Oía sus palabras y no comprendía. Luego comprendió que ella misma era aquella a quien él lloraba y que algo horrible le esperaba. En algunas ocasiones, había contemplado a algún animal, herido y moribundo, observando con avidez cómo la sangre y la vida salía a borbotones del animal, y al

mismo tiempo llena de una profunda compasión por sus sufrimientos. Esta vez ella misma era el animal. Una horrenda y asfixiante angustia cayó sobre ella. Resbaló del tronco del árbol sobre el que estaba sentada, mortalmente pálida, los párpados morenos se cerraron sobre los ojos.

Jefté la acarició, la apretujó, movió sus miembros hasta que el aliento volvió a ella. Ella lo miró con una sonrisa que llenó de congoja el pecho de su padre, y le rogó:

—Déjame yacer un rato, padre mío, y luego sigue hablándome, si esa es tu voluntad.

Él se sentó a su lado y sostuvo su mano. De nuevo sintió ella aquella angustia salvaje y embriagadora que la había hecho caer. Pero ahora al suplicio se mezclaba el deseo, una gran expectación, un deseo de correr al encuentro de su cumplimiento. Todavía no tenía las palabras para ello, pero estaba segura de que llegaría a poder expresar con palabras esa sensación brutal, excelsa y festiva. A Jefté, por su parte, le acudían a la mente toda clase de cosas, espeluznantes y dulces, pero para él todo permanecía nebuloso, sin forma, nunca podría haberlo expresado.

Al cabo de un rato,
Ja'ala
abrió la boca y pidió:

—Ahora habla, padre mío, te lo ruego.

Jefté, de la mejor manera que pudo, le habló de la batalla, de cómo primero había sido un victoria y cómo después se convirtió en una derrota y un peligro, y de cómo él había hecho la promesa y Yavé la había aceptado, y de cómo el dios se precipitó fuera de su Arca, de cómo insufló en él y en sus gentes una fuerza multiplicada por diez y arrebató a los enemigos la fuerza de los huesos.
Ja'ala
escuchaba con atención. Asintió varias veces con la cabeza, pensativa, ponderando, dando su beneplácito, comprendiendo. Una expresión solemne, una extraordinaria felicidad iluminó su rostro, y dijo:

—Con todos mis miembros alabo a Yavé. Qué gran gracia me concede porque se ha complacido en ti y porque yo soy de tu carne y de tu sangre.

Y se confió del todo a su padre y le descubrió lo que hasta entonces había ocultado en su pecho. Jemin era para ella un amigo muy querido; el dios se lo había mandado para salvarla. Pero él quería tenerla en su estera; aunque no lo dijera con palabras, sí lo decía con sus ojos y con toda su actitud. Y a ella eso le hacía retroceder espantada. Su mayor y más amado deseo era proclamar lo que pasaba por su pecho; en ocasiones notables podía hacerlo. Ella era insignificante, pero cuando contaba y cantaba de aquella manera, entonces vivía y percibía algo de la esencia de su padre. Pero si algún día llegaba a yacer en la estera de un hombre, si con su aliento y su vida llegaba a alimentar la pasión de un hombre, entonces, de eso estaba segura, perdería su don. Y ahora Yavé, en su benevolencia, le concedía liberarla de ese miedo. La preservaría, en la medida en que la uniría a él, al dios, en la medida en que su sangre se convertiría en la suya y le serviría para fortalecerse.

Jefté, meditabundo, lamentándose, dijo:

—Yavé te ha inspirado para conmover a las gentes con tu apariencia y con tu voz, y ahora quiere tener todo eso para él solo y robárteme. Y a ti te niega lo que es propio de toda mujer y lo que es el deseo de cualquier mujer.

—No me siento atraído por eso —contestó
Ja'ala
—. Me da miedo. Me siento dichosa y orgullosa de formar parte de tu victoria. Haz conmigo tal y como salió de tu boca, padre mío.

Permanecieron largo rato sentados juntos. Jefté vio que amaba a esa niña más y de forma diferente a cualquier mujer; se sentía celoso de Yavé y profundamente doblegado. Pero por el pecho de ella pasaban los más delirantes y amorosos pensamientos. Veía la piedra sobre la que yacería, veía el cuchillo de Yavé, y se estremecía. Pero al mismo tiempo sentía orgullo y felicidad; porque ese espanto era la mayor de las felicidades, la verdadera, y para ella la única aceptable. Sintió de antemano su unión con Yavé, su padre y Yavé se convirtieron para ella en uno solo, se sintió llena de paz.

4

JEFTÉ y la niña, en una conspiración sin palabras, ocultaron a Ketura su espantoso propósito.

Ketura, por su parte, no preguntó. Cuando volvió a ver a Jefté ante la puerta de Mizpeh, no le extrañó que estuviera tan derrumbado. Casi no había esperado otra cosa. Jefté, por medio de su victoria contra el pueblo de su madre y de su mujer, había desafiado al dios Milkom. Milkom se había vengado de inmediato confundiendo el buen sentido del renegado y había guiado su espada, volviéndola contra sus hermanos, los efraimitas. Poco a poco, Jefté había sido consciente de su culpa, y si no había entrado victorioso en Mizpeh había sido porque temía seguir provocando la cólera de Milkom. Ella, Ketura, debía ayudar a Jefté, debía conducirlo de nuevo a Milkom.

—Tú has cumplido tu promesa —le dijo—, has salvado a Galaad y humillado a tu insolente familia. Pero ahora marchémonos lejos de estas gentes que siguen siendo tus enemigos. Regresemos a la tierra que tú conquistaste con tu espada y sin la ayuda de Yavé, donde ese dios violento y hostil no tiene ningún poder sobre ti. Y allí —añadió con sagacidad, y muy confiada—, con toda seguridad también Milkom te perdonará.

Jefté vio con horror hasta qué lejanos extremos, se había distanciado Ketura de él. Creía de verdad que había luchado contra Ammón solo para lucirse ante Silpa y ante sus hermanos. La gran guerra entre Israel y los enemigos de Israel era para ella una más de aquellas pequeñas batallas que él había encabezado contra esta o aquella ciudad de Basán. ¿Cómo iba a comprender el horror que les esperaba?

A pesar de todo, debía decírselo. Y ahora. No debía dejar que se enterara por terceros.

Hablando casi para sí, con secas palabras, se lo contó.

Ketura se quedó mirándolo con ojos enloquecidos y desmesurados. El hombre que estaba ante ella y que pronunciaba con su boca palabras perversas que iban en contra de toda naturaleza no era Jefté. Al auténtico Jefté, a su Jefté, un dios iracundo lo habría arrojado a la cueva de los muertos. Aquel que estaba ante ella era el espíritu del Jefté muerto, un espíritu maligno que había venido para hacerle daño.

Despertó de su aturdimiento. Comprendió todo el alcance de sus palabras. ¡Quería matar a
Ja'ala
en su doncellez! A
Ja'ala
, de su carne y de su sangre, a la hija por medio de la cual Ketura debía seguir viviendo, ¡quería exterminarla! ¡Y para ofrecérsela el enemigo, para Yavé, para que este se fortaleciera con su sangre! Lo había sabido siempre: alguna vez ese dios hostil caería sobre ella como en aquella ocasión el lobo. No pudo decir nada, aquello sofocaba su garganta y su pecho.

Jefté, con amarga frialdad, le explicó:

—A ti, cuando deberías haber sido sacrificada a Yavé, pude arrebatarte de sus manos. A la niña no puedo quitársela.

Ketura se liberó de su aturdimiento. Estalló:

—¡Loco, sanguinario! Milkom quiso bendecirte y reclamó a
Ja'ala
para Ammón, de modo que nos habríamos perpetuado en una estirpe de reyes. Eso no te bastaba. Quieres sacrificarla a tu Yavé solo para poder acumular más poder y esplendor alrededor de tu cabeza, tú, hombre insaciable. ¿No te das cuenta de que en ella nos exterminas a ti y a mí? Tu dios te ha castigado con la locura. ¡No lo permitiré! —gritó—. ¡Antes tendrás que matarme! ¡No lo permitiré!

Jefté la miró lleno de compasión, con preocupación, pero como a una persona extraña.

De pronto, ella cambió de actitud, adquirió un aspecto muy joven e infantil, regresó a su anterior ruego, repitió sin sentido y con insistencia:

—Jefté, esposo mío, mi amado, yo te tomaré de la mano, con la otra mano tomaré a nuestra hija y nos marcharemos lejos de la región donde habita Yavé, este dios malvado y monstruoso. En las proximidades del monte Hermón desaparece su poder. —Tomó la mano de Jefté y la condujo hasta aquella cicatriz que le había quedado de su lucha con el lobo, y dijo con vehemencia—: Yo he adquirido el derecho de que podamos vivir en la tierra de nuestras alegrías. Mi dios es tu dios, allí él no te hará nada.

Jefté no era un hombre dado a las manifestaciones de ternura, pero la atrajo hacia sí y la acarició, consolándola. Estaba hermosa en su desamparo. Él se dio cuenta de su belleza, sintió su piel, creció en él el deseo.

Palpó algo extraño, las pequeñas imágenes de los dioses, los *terafim*, que ella llevaba bajo las ropas. Siempre había aceptado con benevolencia —incluso había creído a medias en su poder— que ella venerara los talismanes de sus espíritus protectores. Pero ahora, de pronto, aquellos objetos mágicos le resultaron molestos. Allí estaba el origen del horror que ahora se veía obligado a vivir. Y súbitamente, después de permanecer durante años en el olvido, lo asaltó el recuerdo de cómo le había cortado el pelo a Ketura,

después de haberla cogido prisionera, para hacer de ella una mujer nueva. En verdad se había vuelto otra. Había adquirido un aspecto divertido con el cráneo rapado, no había podido evitar reírse, también la nueva Ketura le había gustado mucho. Pero ahora se dio cuenta de que no se había convertido en absoluto en una mujer nueva, ninguna chispa de Yavé se había encendido en ella, y a medida que le fue creciendo el pelo había ido regresando más y más a su antiguo ser, hasta que de nuevo volvió a convertirse del todo en la Ketura de antes.

Ella sintió lo que pasaba por su interior. Jefté, su esposo, se convertía de nuevo en el espíritu hostil de la cueva de los muertos, en el verdugo de su hija.

Lo empujó, rechazándolo, se dio la vuelta y se marchó. Se detuvo, volvió la cabeza, lo contempló de nuevo, meditabunda, con sus grandes ojos escrutadores. Él caminó hacia ella, se acercó cada vez más. Pero entonces ella se estremeció. Apresuró el paso. Corrió. Huyó de él, llena de odio y de espanto.

5

JEFTÉ acudió a la Tienda de Yavé para comunicar al servidor del dios su promesa y que estaba dispuesto a cumplirla. Habría podido construir un altar allí donde quisiera, de piedras sin tallar, y ofrecer su sacrificio, no necesitaba al sacerdote, sabía que para el hostil Abijam sería una satisfacción que él se hubiera dejado arrastrar a aquella sangrienta promesa. Pero, contra toda lógica, alimentaba la furtiva esperanza de que el sacerdote le indicaría la manera de no tener que cumplir la promesa.

Abijam, en su interior, había discutido con Jefté durante largas noches. Él, Abijam, había alcanzado su objetivo, había forzado la guerra contra Ammón y se había asegurado el apoyo de Efraím. Jefté también había vencido, pero solo para caer, sediento de sangre, sobre sus salvadores, sus hermanos, y masacrarlos. Aquel hombre infame había convertido la gloria de aquel día en vergüenza y tinieblas.

El sacerdote, al ver entrar a Jefté, se irguió a pesar de su fragilidad con una rapidez casi juvenil. Abrió la boca para anunciar al impío la ira de Yavé. ¿Pero aquel que estaba ante él, era en verdad Jefté? ¿Era aquel Jefté del que brotaba tanta vivacidad y alegría, que solo con verlo hasta los hombres más serios y dignos de Galaad se alegraban? ¿Este hombre tan apesadumbrado, con el rostro teñido de preocupación y encono, era el vencedor de Nachal-Gad? Las duras palabras, cargadas de ira, quedaron atrapadas en el pecho del sacerdote.

Jefté, después de un silencio hostil, dijo:

—Ahora ya tienes tu victoria, sumo sacerdote Abijam.

El sacerdote no supo cómo debía interpretar estas palabras. ¿Se atrevía aquel loco a reclamar su salario, la unción?

—No creo —dijo Abijam con firmeza— que vaya a poder ungirte. Has obtenido una gran victoria. Pero me temo que no has vencido para Yavé.

Jefté, con sorprendente calma, repuso conciliador:

—¿Eso temes? Quizá tengas razón.

A Abijam esta respuesta le pareció una pura burla. Aunque se esforzó en suavizar su voz, todavía poderosa y tenebrosa, se percibía en ella una ira llena de tristeza cuando replicó:

—El Jordán es el río de Yavé, un buen río, que nunca ha sido una frontera entre el Israel del oeste y el del este. Tú lo has convertido en una corriente impetuosa, invadeable. Has dividido al gran Israel de forma irremediable. Que el hermano viva en armonía con el hermano, ese era el plan de Yavé. Tú has matado a tu hermano.

Las palabras de Abijam estaban llenas de sentido. Pero todo en él, la gran cabeza, el miserable cuerpo, sus palabras pedantes y sacerdotales, repelía a Jefté. Sonrió con una sonrisa muy pequeña, de forma que se hicieron visibles sus dientes, muy blancos.

—¿No fuiste tú —preguntó en un tono burlón, con amargura y amabilidad— quien me empujó a esta guerra?

Pero Abijam siguió lamentándose:

—Habíamos sido un pueblo de pastores nómadas. Desde hace siete generaciones intentamos llevar una vida sedentaria y convertir la tierra que conquistamos en una región donde cualquiera pueda vivir en paz y sentarse debajo de su higuera; donde el caminante pueda estar seguro de encontrar en todas partes un techo y alimento. Formamos parte de las tribus del oeste, de las tribus del orden y del *mischpat*. Había creído que

tú eras el hombre indicado para la lucha contra los hijos de Ammón, que una y otra vez quieren arrastrarnos al *tohu*, al desierto. Pero tú mismo no has podido resistirte al deseo que te inspira la abominable libertad del desierto. Yo había conseguido que Efraím se contuviera y respondiera a nuestra injuria con su ayuda: tú has matado a los que te ayudaron. En tu soberbia has hecho pedazos la unión de Galaad con Israel.

Eso era lo que pensaba. Jefté todavía había hecho más maldades, había planeado entregar a su hija a Milkom, y quizá debería reconocerlo ante el protector del Arca. Pero Yavé lo sabía desde hacía tiempo y nada cambiaría aunque él lo confesara ante este hombre. Un profundo cansancio invadió a Jefté, se puso en cuclillas y dijo:

—Ahorra tus palabras, sumo sacerdote. Son pequeñas y huecas ante el castigo que se me ha impuesto.

Abijam enmudeció ante la muda desesperación de Jefté. Debía haber sucedido algo espantoso. No se atrevió a preguntar.

Jefté siguió hablando:

—He hecho una promesa. Esta promesa se hace cada vez mayor. Adquiere proporciones gigantescas. Ahora ya es una montaña que me aplasta.

Abijam, tras una pausa, preguntó con prudencia:

—¿Qué clase de promesa? ¿Has renunciado a la unción y al sitial de juez?

—¿Eso es todo lo que puedes imaginar cuando hablo de algo terrible? —se burló Jefté—. No, viejo, con una humillación tan pobre de Jefté, Yavé no se da por satisfecho. Escucha, Abijam, sumo sacerdote, mi enemigo, mi amigo. Escucha lo que el dios ha inventado para destruirme. —Y le contó su promesa.

Abijam, asombrado, confundido, se replegó del todo en sí mismo. Permaneció sentado con los ojos cerrados, sin moverse. Lo invadió una avalancha de tumultuosos pensamientos y sensaciones. Fue consciente de su propia ignorancia y pequeñez. Qué prueba tan humana y trivial había querido imponerle en el pasado a este hombre: que repudiara a la mujer. No, Yavé había ideado para su predilecto una tentación muy diferente, más profunda, única.

Contempló a Jefté. Allí estaba sentado el vencedor de Nachal-Gad. No estaba entronizado en su sitial de piedra de juez, dispuesto a ser ungido con el óleo. Estaba en cuclillas en el suelo, la cabeza agachada, abrumado por la aflicción. El sacerdote sintió compasión. Quizá hubiera un modo de cumplir la promesa de una forma menos dura. Benigno, con cautela, dijo:

—Te lo ruego, repíteme con exactitud lo que has prometido.

Jefté alzó la vista. En verdad el sacerdote quería ayudarlo. ¿Y acaso no había ido hasta allí buscando ayuda?

Pero todavía mientras estaba pensando esto, se dijo que había dado un paso absurdo y en vano. El trato que había cerrado con Yavé era claro y preciso. En eso no podía ayudarlo el que un sacerdote tergiversara sus palabras.

En voz baja, pero con dureza y sin esperanza, contestó:

—No quiero tu compasión, sacerdote. No quiero que escarbes en mi promesa para aligerarme de su peso. Eso es un asunto entre Yavé y yo. Yo mismo le ofrecí a
Ja’ala
, necio de mí, y él no será tan estúpido como para renunciar a una posesión tan valiosa. Quiere que le entregue a mi hija, carne de mi carne, sangre de mi sangre. —Y entristecido, lleno de sarcástica desesperación, concluyó—: Al parecer, necesita sangre. Todos los dioses necesitan sangre, ¿o no?

Abijam percibió el dilema del hombre. Era demasiado orgulloso para dejar que nadie le indicara el modo de no tener que cumplir su promesa, pero al mismo tiempo lo deseaba con todas sus fuerzas. Abijam sintió una gran satisfacción. En todo Galaad él era el único que podía ayudar a Jefté, y su orgullo de sacerdote creció pujante. Le sugirió una primera posibilidad.

—¿Has tenido en cuenta —le preguntó— que la víctima debe aceptar y estar dispuesta para que sea agradable al dios? Yavé acepta también el sacrificio del enemigo al que se ha dado anatema, también contra la voluntad de este; pero debes colocar tu mano sobre el animal del sacrificio para que tu voluntad pase al animal. Yavé no aceptará tu sacrificio si la víctima no está dispuesta y lo acepta con todo su aliento y con toda su sangre.

Durante un breve instante Jefté vaciló. Luego adelantó la cabeza hacia el otro y declaró breve y sombrío:

—Mi hija acepta y está dispuesta. No debes temer por eso, sacerdote.

Abijam sintió sincera compasión, pero contempló fascinado cómo el orgullo del hombre luchaba con su amor por la niña. Por segunda vez le alargó una tabla de salvación para que pudiera liberarse del tormento de su promesa.

—¿Sabes también —preguntó— que tu promesa pierde su validez cuando aquel que la hizo se convierte?

Jefté lo miró sin comprender.

—Ya ha habido algunos —le explicó Abijam— que cambiaron su nombre y lo perdieron. *Schinuj Haschem*, el cambio del nombre es una dura decisión. *Schinuj Haschem* convierte al hombre en otro del todo nuevo, como si acabara de salir del vientre de su madre. Pierde todo lo alcanzado, pero también queda libre de todas sus obligaciones. Yavé no exige del hombre nuevo que cumpla las promesas del anterior.

—¿Debo disfrazarme y esconderme de Yavé? —contestó con sombría jovialidad Jefté—. ¿Debo renunciar a mi nombre? ¿Debo dejar de ser Jefté? —Se rio con una carcajada ruidosa y áspera—. Eres infantil, viejo. ¿Debo llamarme Tola, o quizá tienes tú otro hermoso nombre para mí? ¿Acaso al final mis amados hermanos van a tener razón, ellos que me consideran un bastardo, que no me creen un hijo legítimo de Galad? Has trenzado un lazo muy sutil. Pero con una cuerda de cabellos no se puede atrapar a un hombre como Jefté.

Se hundió de nuevo en sí mismo. Entristecido, con amargura, concluyó:

—Quizá quieres ayudarme de verdad, Abijam. No puedes hacerlo. Nadie puede.

Abijam había hecho cuanto había podido. Renunció a inventar para Jefté una escapatoria, y reflexionó pensando qué consecuencias podría tener aquel acontecimiento para la tribu de Galaad y para todo Israel. Quizá brotaría la bendición de aquella espantosa promesa. Los hijos de Efraím reflexionarían acerca del destino del hombre a quien Yavé había arrastrado tan alto en la victoria, tan solo para dejarlo caer a un abismo más profundo. ¿El ofendido Efraím no se daría por satisfecho si el mismo dios reclamaba a Jefté la venganza? Abijam vio abierto el camino hacia la reconciliación y hacia la paz.

El político Abijam volvió a ser el sacerdote. Se sentía impelido a consolar a aquel hombre abatido, angustiado.

—Si Yavé reclama para su altar a uno de los nuestros —le explicó a Jefté—, querrá que su elegido se prepare con toda solemnidad. Concede, pues, a tu hija algunas semanas para que se lamente y celebre su destino con sus amigas en las montañas.

Jefté quedó sorprendido e indeciso.

—

Ja’ala

es digna hija de su padre —contestó—. Está dispuesta y no necesita ningún aplazamiento. —Pero dentro de su corazón se alegró de aquel tiempo de espera.

6

CUANDO Jefté invitó a su hija a dedicar algún tiempo a purificarse y a prepararse, en la soledad de las montañas, ella quedó decepcionada.

—¿Acaso cree mi padre —dijo— que mi voluntad vacila? No voy a echarme atrás horrorizada ni a mostrarme indecisa. Mi sangre está saturada del humilde gozo que Yavé merece. No necesito un largo aplazamiento, ni una larga preparación. —Pero en el rostro de su padre percibió que este deseaba el aplazamiento, y él había hecho uno con Yavé, su deseo era la voluntad de Yavé. Su resistencia desapareció. Intentó comprender. Así como para aparecer ante el rey —decía cierta canción de los músicos de Babel—, el suplicante solo podía presentarse ante el dios en estado de purificación y con ánimo festivo. Se inclinó y dijo:

—Escucho y obedezco —pero como rogara a su padre que el tiempo que estableciera para que lo pasara en las montañas fuera corto, se pusieron de acuerdo en que se quedaría allí dos veces siete días.

Cuando Ketura oyó que se había dado a

Ja’ala

un plazo de tiempo, se sintió esperanzada. Cuando la hija estuviera lejos del padre, en las montañas, la tomaría y huiría con ella. Se esconderían en las tierras salvajes que quedaran más al norte o en una de las tribus nómadas de Ammón, y Milkom y Baal las seguirían protegiendo hasta que Jefté hubiera renunciado a su locura asesina.

Pero

Ja’ala

no quiso que nadie, fuera de sus amigas, la acompañara en su soledad, ni siquiera su madre.

Ja’ala
hablaba con serena amabilidad, pero se mostraba muy distante, sublime, tan lejana que era inaccesible. Ketura no consiguió acercarse a ella.
Ja’ala
no parecía temer aquel espanto; al parecer, no comprendía de qué se trataba. Ketura se sintió atrozmente sola, el marido y la hija estaban ciegos, ella era la única que podía ver. Gritó a su dios Milkom, que insuflara su aliento en
Ja’ala
y la salvara.

Jemin se había dado cuenta de que
Ja’ala
cada vez se alejaba más y más de él. Había algo nuevo que se había interpuesto entre ellos dos, pero no podía imaginar qué podía ser. Cuando se enteró, se hundió en una colérica desesperación. Había percibido de forma vaga que
Ja’ala
rechazaba con espanto la idea de unirse a un hombre, y había dominado su ardiente deseo. Le indignaba que ahora ese codicioso Yavé fuera a tenerla.

También Jefté, su héroe y su modelo, le había causado una cruel decepción. Había creído que ese Jefté era en un tercio dios, y que siendo uno mismo dios, eso bastaba para obtener la ayuda de otro dios. Y ahora resultaba que ese Jefté no era más que el cabecilla de una banda y que había vendido a Yavé a la hija para obtener una victoria. ¿Y ese Yavé, que se aprovechaba de tal manera de las necesidades de sus siervos, era el verdadero dios de la guerra y del fuego? Jemin lamentó haber cambiado a su Baal por un dios que se comportaba como un comerciante de Dameschek o de Babel. La piel de Jemin se desprendió de él, y se convirtió de nuevo en el hombre libre de las tierras salvajes que había sido, en Meribaal. Sus pensamientos dejaron de venirle a la mente en expresiones hebreas, se vistieron de palabras ugaríticas.

Jefté lo llamó a su presencia. Estaban uno frente al otro, tensos, violentos. Jemin, en cuanto vio aquel rostro familiar y venerado, no pudo evitar que resurgiera en su interior parte de la antigua admiración, mezclada con una respetuosa compasión. Pero Jefté intentaba averiguar en el rostro de Jemin si podía confiarle a su joven amigo un deseo muy secreto.

—Quiero —dijo por fin— proporcionarle a mi
Ja’ala
y a sus acompañantes un grupo de guardia y debe conducirlo un hombre de confianza. Te he elegido a ti. No será una tarea difícil. Yavé, a quien ahora pertenece mi hija, sabrá protegerla, y solo se atrevería a enfrentarse a una lucha con Yavé —concluyó despacio, pensativo— un hombre muy osado, un hombre temerario.

Jemin lo observó con atención. Tiempo atrás, en el campamento junto a Zafón, cuando Jefté preguntó si nadie quería librarlo de la sarna de Efraím, Jemin había interpretado sus palabras de manera correcta. ¿Lo entendía ahora? ¿Quería Jefté que Jemin le arrebatara al dios por la fuerza a su hija?

Jefté, con una extraña sonrisa, continuó:

—Hubo un tiempo en que estaba dispuesto a luchar, sin dudarlo, contra cualquier dios. Pero estoy muy obligado a Yavé, ha hecho cosas grandes en mí, no puedo retirar las palabras que salieron de mi boca.

Así pues, no era Jefté quien había ofrecido un trato al dios, sino que más bien era ese Yavé quien lo había importunado y había puesto en su boca palabras irreflexivas. Jemin volvió a sentir la misma amistad y la misma dedicación de antes por aquel hombre de rostro dominante y leonino. Despacio, también él eligiendo cada palabra, contestó:

—Yo no estoy obligado a Yavé.

Jefté se acercó mucho a él y le dijo:

—No llevas mucho tiempo al servicio de Yavé. No tomes ninguna decisión rápida y mortal, Jemin, amigo mío. Ten clara una cosa: aquel que intente arrebatar al dios lo que le pertenece comete un
ma’al
, un robo de la propiedad del dios, y Yavé no es un dios que se deje robar. Es muy celoso y muy fuerte, tiene por armas no solo el hierro negro, sino también el rayo del relámpago.

Jemin preguntó:

—¿Qué harías si alguien robara a
Ja’ala
, a pesar de tu guardia?

Jefté contestó:

—La rescataría para el dios y al ladrón lo mataría.

Jemin dijo:

—Pero ¿y si él la llevara a un lugar donde tú no pudieras encontrarla?

Jefté contestó:

—Yavé la encontraría.

Jemin dijo:

—Hay tierras donde Yavé no tiene poder.

Jefté guardó silencio.

Jemin estaba orgulloso de que Jefté le hubiera confiado la salvación de la hija y estaba dispuesto, sin el menor género de duda, a que cayera sobre él la ira de Yavé. Pero no la ira de Ja'ala. No podía hacer nada sin su consentimiento.

Le dijo que Jefté le había dado instrucciones de acompañarla. Ella le rogó que la siguiera a una cierta distancia; en este viaje solo quería tener a su alrededor a sus mejores amigas, a ningún hombre. Ahora o nunca, Jemin debía revelarle su secreto mensaje. Pero no encontró las palabras adecuadas, allí estaba en pie, tartamudeando, y al fin, en su aflicción, pasó a hablar en ugarit y dijo con torpeza:

—Hay algunos, entre las personas más próximas a ti, que, por amistad, se alegrarían de que te fueras más lejos que a las montañas.

Ja'ala primero creyó que no le había entendido bien. Pero luego, cuando comprendió, contestó con su voz áspera, cargada de indignación:

—Los que así sienten no son mis amigos.

Jemin, en medio de una creciente confusión, hizo un último intento.

—A veces los dioses cambian de voluntad —dijo—. Quizá Yavé se lo piense mejor.

Ja'ala, con un orgullo y una determinación poco usuales en ella, contestó:

—Yavé no nos hará esto a mi padre y a mí.

Entonces Jemin se dio cuenta de que ella había aceptado aquello que la esperaba con todo su aliento y con todo su ser, y que él no podría ayudarle, ni a ella, ni a Jefté, ni a sí mismo. Y se entristeció como nunca antes en su vida.

7

FUERON tres las amigas que Ja'ala tomó consigo para que la acompañaran a las montañas, Schimrit, Tirza y Sche'ila. Eran de la misma edad que ella, se habían conocido en su primera estancia en Mizpeh. Las niñas habían visto en Ja'ala algo especial y se habían pegado a ella de inmediato. Ahora se sentían honradas. El sumo sacerdote las había llamado a la Tienda de Yavé, les había explicado lo que esperaba a Ja'ala y les había encargado estar con ella en sus últimos días. Las niñas se lamentaron por Ja'ala, la admiraron, Ja'ala se convirtió para ellas en alguien todavía más querido y todavía más lejano de lo que había sido hasta entonces.

Partieron de Mizpeh. Ja'ala iba montada en la burra de pelaje claro de Jefté. Llevaban consigo solo lo más necesario, y entre esas cosas

el costoso vestido de tela muy fina de color azafrán que
Ja'ala
debía llevar al ser sacrificada.

A alguna distancia, Jemin las seguía con su septuria. Estaba lleno de sentimientos contradictorios. Admiraba la firme voluntad de
Ja'ala
y estaba furioso de que compartiera el orgullo de su padre: para ella, ninguno era lo bastante bueno para ser su esposo, solo el propio dios, Yavé. A veces no podía creer que le fuera a ser arrebatada para siempre. Con timidez, la miraba desde lejos, ansioso, celoso de Yavé, el soberbio rival. Sentía un ilimitado deseo de luchar por ella con el dios. Pero por más que desafió a Yavé a la lucha, el dios no se presentó.
Ja'ala
, aunque al partir no sabía hacia dónde iba, avanzaba por el camino con sorprendente seguridad. Al segundo día se detuvo en un valle alto que estaba rodeado de colinas cubiertas de maleza. Los hombres de Jemin montaron la tienda para las niñas; luego se retiraron detrás de una colina, de manera que
Ja'ala
y sus amigas se quedaron solas.

Era primavera, la breve y agreste primavera de Galaad. Todas las colinas estaban verdes, la estepa —hasta donde alcanzaba la vista— presentaba un aspecto multicolor, llena de flores de colores intensos. Por todas partes descendían las aguas, había un constante goteo, murmullos, chapoteos, el aire estaba saturado del aroma de las hierbas con las que se preparaba el bálsamo de Galaad.

Las tres amigas habían ido hasta allí para lamentarse del destino de
Ja'ala
. Lo hacían utilizando las estrictas fórmulas que habían aprendido, gritaban y se lamentaban, enmudecían de súbito para hacer más patente la grandeza del sufrimiento que las paralizaba y les quitaba el habla, y empezaban luego de nuevo a gritar y a lamentarse. También en sus propias e infantiles palabras se lamentaban por aquella amada amiga y compañera de juegos que iba a morir doncella, *betula na'ara*, sin que la hubiera tocado ningún hombre, sin perpetuarse, ni a sí misma, ni a su estirpe.

Pero eran jóvenes, Schimrit, Tirza y
Sche'ila
, disfrutaban de su juventud, disfrutaban de la primavera que las rodeaba, y justo cuando se lamentaban del destino de
Ja'ala
eran doblemente conscientes de su propia y joven vida. Ellas, las tres amigas, todavía verían algunas primaveras, yacerían con un hombre en la estera, parirían hijos, e incluso cuando en su momento estuvieran en la cueva, seguirían viviendo en sus hijos y en los hijos de sus hijos.

Pero pronto se aburrieron de lamentarse y quejarse. La estepa, llena de colorido, invitaba a los juegos, cogían flores, se adornaban con ellas, se perseguían, hacían carreras hacia un punto, hacia un árbol o hacia un montículo, y lo tomaban como un presagio: la primera que llegara sería la primera en yacer con un hombre. Luego, claro, se acordaban de por qué habían ido hasta allí, se avergonzaban de su ligereza e interrumpían sus juegos.
Ja'ala
, cuando las amigas se lamentaban por ella, miraba y escuchaba en silencio, con el rostro tranquilo y una expresión algo altanera. ¿Qué podían sospechar unas niñas como Schimrit, Tirza y
Sche'ila
de los tormentos que la esperaban a ella, a
Ja'ala
, y de la grandeza del destino para el que había sido elegida? Esas otras eran muchachas que esperaban a un esposo, eran niñas como las que había a miles en Galaad. Sus lamentos aprendidos no eran más que palabras y gestos.

Tampoco les reprochaba en absoluto a aquellas tres que se cansaran de lamentarse y volvieran a su insignificante vida cotidiana. Ella misma participaba de esa cotidianidad y jugaba con las otras.

Y entonces sucedió algo extraño.
Ja'ala
se entregó por completo a los juegos, olvidó la ciudad de Mizpeh en la que había pasado las últimas semanas, olvidó la grandeza y el espanto de aquello que la esperaba, volvió a ser la

Ja’ala
de antes, la
Ja’ala
de las tierras salvajes. Disfrutaba ruidosamente demostrando con qué poco esfuerzo podía vencer a las otras corriendo. Les enseñó cientos de pequeñas cosas que ellas desconocían, rastros de animales, nidos de pájaros. Atrapó pájaros tan solo con sus manos, cogió peces y cangrejos de los riachuelos. En una ocasión mostró a las otras una serpiente de agua que estaba devorando una rana. Las patas de la rana salían de la boca abierta de la serpiente, la serpiente tragaba despacio.
Ja’ala
lo observaba y se reía del temor y el asco de las otras.

Sorprendidas, estas vieron cómo había cambiado
Ja’ala
, antes tan tranquila y replegada en sí misma. Ella, por su parte, se burlaba de las hijas de la ciudad y de las tierras civilizadas que allí en la estepa estaban ciegas y desamparadas.

Les habló de los peligros de la tierra de Tob. Les contó la lucha de su madre con el gran lobo. Lo contó orgullosa; sentía caldearse su corazón cuando pensaba en su madre. Les habló del año de la plaga de leones. Allí donde tuvieran intención de pasar la noche, fuera donde fuera, tenían que encender grandes fogatas. La noche se llenaba con los rugidos de los animales. Los temerosos campesinos y pastores ya no sabían cómo proteger a sus animales; apenas si se atrevían a salir de sus casas.
Ja’ala
, que no había sentido ningún temor, disfrutaba con el miedo de las otras, que abrían desmesuradamente los ojos.

Sus juegos con las otras se hicieron más violentos. Había allí un riachuelo que en verano se secaría, pero que ahora corría alegre y rápido. Se metió dentro, y mientras las otras la llamaban temerosas, tiró de Tirza, la menor de todas, y la arrastró al agua, cada vez a sitios donde el agua era más profunda, riéndose de la torpeza de Tirza, se convirtió del todo en la hija de su padre, impaciente, brusca, arrastrando cada vez más lejos a aquella pobre, a pesar de su resistencia, y solo la dejó de nuevo en la orilla al cabo de un rato, que a la que gritaba le pareció eterno.

Pero cuando llegaba la noche,
Ja’ala
se alejaba de las otras. La noche era el tiempo que dedicaba a su preparación.

Ahora sabía con exactitud qué preparación exigía Yavé de ella: debía encontrar palabras y sonidos para sus intuiciones y sentimientos, una vidente, una *nebia*. Tomó la cítara y el tambor y se alejó por aquel paraje desierto, rodeado de colinas. No prohibió a las otras que la siguieran y la miraran y escucharan desde el límite del bosque.

Allí estaba
Ja’ala
, en pie, al atardecer, con la mirada perdida ante sí, intentando olvidar el ruidoso día que quedaba a sus espaldas y ser consciente de la grandeza de su misión. En ella resonaban los versos de Babel que, enigmáticos y notables, habían quedado enterrados en su receptiva memoria, versos que hablaban de la bendición de la víctima y de la muerte. El mayor de los placeres es morir con deleite. Nunca había comprendido del todo esos versos, tampoco ahora acababa de entenderlos, pero empezaba a intuir de forma lejana lo que ocultaban sus palabras. También reflexionaba acerca de una antigua y misteriosa narración que se contaba en Israel. Según ella, Yavé había caído sobre el hombre Moisés, que había conducido al pueblo a la tierra del Jordán, en la noche de su boda; porque cuando el dios deseaba a una novia, entonces esta le pertenecía. Pero esta novia, Séfora, había reconciliado al dios con la sangre del hombre. Desde entonces se llamaba al dios el esposo de sangre, el *Chasan Damim*.
Ja’ala
se sentía orgullosa y feliz de que ahora el esposo de sangre la hubiera elegido a ella, y giraban en su interior delirantes y vagos pensamientos, cargados de deseo y de expectación, cuando pensaba en el momento de la unión.

El círculo de colinas cubiertas de maleza rodeaba a
Ja’ala
, a sus pies estaba la estepa en flor, pletórica de color, sobre ella el pálido cielo. Contempló con avidez toda la belleza de la primavera de Galaad, y de pronto desapareció para ella todo lo demás, y no le quedó más que el ardiente deseo de seguir viviendo, de seguir respirando. El sentimiento de que ella misma pasaría sin

semilla y sin fruto antes de que aquellas flores y hojas se marchitaran la sobrecogió con tal fuerza que cayó al suelo. Allí yacía extendida en medio de la estepa roja y amarilla, sintió el perfume y la frescura de las pequeñas y abundantes flores, hundió ambas manos en ellas cerrando los puños, aplastándolas.

Un sentimiento de absoluta pérdida y de ilimitado miedo la sobrecogió. Había visto muchas veces yacer a los animales sobre la piedra de Yavé, atados, el cuchillo sobre ellos, había compartido el temor de los animales, sus amigos. Ahora sería ella misma quien yaciera sobre el altar, una víctima para el sacrificio. Todo su ser se rebeló contra eso. Vio alzarse el umbral que tendría que cruzar para llegar hasta Yavé, el umbral era afilado, de hierro, terrible.

Ja'ala

sintió horror y rechazo. Pero debía cruzar el umbral, algo la impelía a cruzar el umbral, sentía gotear la sangre fuera de su cuerpo, derramarse, se moría de asco, de miedo, de debilidad.

Obligó a su mente a apartarse de la imagen horrenda del umbral. Reunió con esfuerzo todo el anhelo que sentía por aquello que encontraría al otro lado del umbral, llamó a ese más allá, lo conjuró, con fervor. Y por fin se derrumbó el umbral, aquel miedo angustiante y asfixiante la abandonó, la debilidad se hizo agradable, dejó de sentir el peso de su cuerpo, se convirtió en algo luminoso, ligero. Sería una víctima ofrecida en holocausto, desaparecería en el fuego, en el que vivía Yavé. Dondequiera que hubiera un fuego, allí estaría

Ja'ala

. Dondequiera que Yavé luchara en alguna de sus guerras, estaría

Ja'ala

, formando parte de su aliento, de su nube.

También la tribu de Galaad y todo Israel sabría que ella había sido el precio que el dios había reclamado por la victoria de Nachal-Gad. Seguiría viviendo en los cánticos de los rapsodas, en las narraciones junto al pozo; incluso el gran rapsoda Jaschar hablaría de ella. Su nombre sería citado una y otra vez, y ¿quién ignoraba que al muerto le es concedido estar allí donde se menciona su nombre? Y cuanto mayor es el sentimiento con que se le nombra, tanto más presente se encuentra. Cerró los ojos para poder ver al dios en el que ella debería fundirse. Tenía los rasgos de su padre, tenía su rostro macizo. Sintió cómo el dios la atraía hacia él. Su don creció, se hizo más fuerte; ahora encontraría las palabras y los sonidos para expresar su destino.

Despacio, con gravedad, pero a pesar de todo ligera, se levantó. Se movió hacia delante y hacia atrás en un rígido paso de danza. Extrajo sonidos de su cítara, de su tambor.

Cantó en medio de la noche su propia muerte. Cantó acerca de su ligera y oscilante presencia en el fuego y en las nubes. Bailó las llamaradas y los juegos del fuego, el deslizarse de las nubes. Solo ella podía hacerlo; porque aquello que había al otro lado del umbral nadie en la tierra podía comprenderlo en toda su magnificencia y santidad, solo lo comprendía aquel a quien Yavé reclamaba para sí, solo ella lo comprendía.

Y he aquí que

Ja'ala

, mientras cantaba y bailaba, se despojó de sus ropas, he aquí que se vistió con aquel vestido, fino como un velo, de color azafrán, con el que cruzaría el afilado umbral.

Desde el límite del bosque la miraban y escuchaban Schimrit, Tirza y

Sche'ila

. Algunas de las cosas que

Ja'ala

cantaba les resultaron incomprensibles; pero muchas de las palabras y sonidos se repetían y se grabaron en sus pechos, aunque apenas las comprendieran. Permanecían en pie y escuchaban, con timidez, cautivadas, fascinadas. Reconocieron que

Ja'ala

estaba dotada con el inmenso y espantoso don de la *Nebua*, de la visión.

Al día siguiente,

Ja'ala

volvió a tomar parte en la vida insignificante de las amigas, comió y bebió con ellas, jugó con ellas, las asustó con su jocosa brusquedad. Schimrit, Tirza y

Sche'ila

apenas podían creer que esa fuera la

Ja'ala

que la noche anterior había practicado la danza y el canto de la preparación.

8

La noticia de la promesa de Jefté despertó en la región de Galaad admiración y espanto. Había sucedido a menudo que los galaaditas hubieran ofrecido al dios en sacrificio a los enemigos prisioneros, pero desde hacía mucho tiempo no se habían vuelto a ofrecer en sacrificio a los hijos de la propia tribu. Recordaron a Nobach, jefe de la estirpe, que había sido juez en aquellos tiempos en que Ammón, Moab y Madián habían caído sobre ellos uniendo sus fuerzas; este Nobach, en aquel entonces, había sacrificado su hijo primogénito a Yavé. Pero Nobach tenía otros hijos e hijas: Jefté sacrificaba a su hija única, rompía la cadena de su estirpe.

Silpa, cuando oyó la noticia, se turbó profundamente.

Su hijo mayor, el valiente Gadiel, había muerto por la tribu de Galaad, y llena de amargura había tenido que ver cómo Jefté, el bastardo, cosechaba la gloria de esta muerte. Pero ahora Yavé le concedía una dulce venganza, más dulce de lo que ella hubiera podido esperar. Obligaba a la ramera de Jefté, a la enemiga, a la amonita, a ver cómo su descendencia era borrada para siempre, cómo su única hija era sacrificada sobre la piedra del dios a quien ella odiaba. Sería destruida, quemada hasta convertirla en humo y cenizas, la hermosa hija de la hermosa mujer que se había metido en su casa con tanta insolencia para burlarse de ella.

No le bastaba a Silpa imaginarse el quebranto de la enemiga, sentía un irresistible deseo en verlo con sus propios ojos. No porque quisiera regodearse en el dolor de la enemiga: era un deseo más profundo el que la empujaba. Lo que sucedería con la niña
Ja’ala
era espantoso, pero también era grandioso. A ella, a esa
Ja’ala
, el dios la había distinguido para que por medio de su muerte la alianza entre la tribu y el dios fuera más firme. En el fondo, por lo tanto, no era Jefté, era esa
Ja’ala
, era una mujer la que había conseguido la victoria en Nachal-Gad. Silpa sintió un ramalazo de envidia, cargada de tristeza, por
Ja’ala
y una considerable compasión por la enemiga que se había desplomado de modo tan terrible. Quería ver a Ketura, hablar con ella.

Ketura, desde que su hija la había rechazado, vagaba incansable por los alrededores de Mizpeh. Evitaba a las gentes, conversaba consigo misma. En una ocasión, durante la noche, se acercó a la plaza del mercado de Mizpeh, se plantó ante el sitial de piedra del juez y discutió con alguien a quien veía allí sentado; pero solo ella lo veía, nadie más. En una ocasión, corrió hasta el interior de la Tienda de Yavé. Se presentó ante Abijam, con el rostro rígido y enloquecido, y dijo:

—¡Déjame conservar a mi hija! ¡Mátame a mí, mata a cualquier otro de mi tribu, pero protege a la niña!

Abijam procuró apartarse de ella, la proximidad de los locos hacía impuro al sacerdote. Pero ella no lo soltó, se arrojó a sus pies, besó la orla de su túnica. Él le dijo:

—No soy yo quien reclama a tu hija, es Yavé quien la quiere, y es Jefté quien se la prometió.

Ketura permaneció echada en el suelo durante largo rato y solo decía:

—¡Protégela, protégela!

Silpa, después de una larga búsqueda, la encontró en las colinas cubiertas de olivos al este de Mizpeh. La llamó. Ketura detuvo su paso, pero solo volvió la cabeza hacia la otra, dispuesta a seguir huyendo de inmediato, mientras la observaba manteniéndose alerta. Esa de allí era su enemiga. Ella y el sacerdote de la malvada ciudad de Mizpeh habían arrojado sobre Jefté un malvado hechizo, él se había entregado al malvado dios Yavé, y ellos lo habían convencido de que tenía que sacrificar a su
Ja’ala
. Y ahí estaba ahora su enemiga, alta, corpulenta, victoriosa, y quería burlarse de ella.

Clavó los ojos en la mujer, con el cuerpo todavía de espaldas, solo volviendo hacia ella su enjuto rostro, y de pronto, con su voz profunda, pero muy apagada, dijo:

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Todos asesinos!

Silpa la miró con mucha atención, pero sin ira. Había creído sumirse en un abismo cuando esa Ketura triunfó sobre ella. Solo ahora, al verla, supo lo que era la verdadera destrucción. Aquella visión no la hizo sentirse satisfecha, la entristeció, la hizo humilde. Dijo —de mujer a mujer—, la más vieja a la más joven:

—El dios ha exigido de Jefté un gran sacrificio en favor de su tribu y en favor de su región. Lamento que este sacrificio también te afecte a ti. Ojalá encuentres la fortaleza y el consuelo, hermana mía e hija mía.

Ketura comprendió: la enemiga sentía compasión, la consolaba. Así pues, tan rotunda era su derrota que la enemiga ni siquiera se burlaba de ella. Doblemente asustada, incluso aterrorizada, observó aquel rostro firme, grave y entristecido. La miró durante un largo rato, fascinada. Por fin, se desprendió de su mirada. Reemprendió su camino con paso garboso; la desdicha no le había quitado su ágil caminar. Por el suelo desbrozado, por entre los olivos plateados, se marchó apresurando el paso, corriendo, huyendo.

¡Lejos, solo quería irse lejos de aquella región mortal de Galaad! Corrió durante todo el día y también durante gran parte de la noche, recorriendo una gran distancia, alejándose de Mizpeh. Pero luego regresó. No le estaba permitido huir mientras aquel horror no hubiera sucedido.

Siguió vagando por los alrededores de Mizpeh, incansable.

9

JEFTÉ despidió a los hombres aptos para el servicio de armas de Galaad y conservó en su campamento solo a sus propias gentes del norte. Podía sentir, casi de manera palpable, el espanto que había a su alrededor. También el enemigo tenía que sentirlo; ningún muro fortificado daba una protección tan sólida.

Durante esos días que
Ja'ala
pasaba en las montañas, se ocupó a conciencia de los asuntos propios del juez y del jefe de los ejércitos. Actuaba con la seguridad que le daba la experiencia, pero con frialdad, sin participación. Estaba solo, ajeno a los demás, ajeno a sí mismo.

En una ocasión vio a Silpa, se dio cuenta de que en ella habían crecido nuevas fuerzas como fruto del triunfo que había alcanzado sobre él. Se dio cuenta de que se afanaba por hacerse con la dirección de la tribu. Lo vio sin emoción, ya no odiaba a la enemiga.

Se enteró del extraño estado de Ketura, de su visita a Abijam. Nada se manifestó en su rostro, tampoco en su pecho se conmovió nada. No hizo ningún intento de hablar con ella, de consolarla. El anterior Jefté estaba muerto, sus victorias, sus derrotas, sus afanes, sus esfuerzos.

Esperaba a
Ja'ala
lleno de anhelo y lleno de miedo.

Una y otra vez veía ante sí aquel acto horrible que debía cometer. Veía cómo levantaría el cuchillo buscando el cuello de la niña. Se horrorizaba ante aquello con un espanto infinito. Pero también le sucedía que, al pensar en ello, se veía asaltado por un cruel deseo. Con espanto, tenía que reconocer que anhelaba hacerlo.

Procedentes del norte llegaron Par y Kasja.

Par, en cuanto oyó hablar del terrible compromiso de Jefté, se sintió sacudido por el arrepentimiento y la vergüenza. Había censurado al amigo y le había dado la espalda. Cualquier otro en el lugar de Jefté le habría desvelado a continuación su promesa; habría salido a la luz que Yavé mismo había tomado en sus manos el destino de Jefté de manera que mereciera respeto, no desprecio. Pero aquel singular gran hombre había guardado un amargo silencio. Ahora, a Par le dolían ardientemente cada una de las palabras que, en su enojo, había pronunciado contra su desventurado amigo. Tomó a Kasja consigo y ambos se apresuraron para poder estar a su lado.

Para el Jefté de antes, el arrepentimiento y el regreso de Par habrían supuesto una satisfacción. El Jefté de hoy permaneció frío. ¡Cómo iban a entender aquellos desgraciados su dolor! Solo eran capaces de realizar pequeñas acciones, de sentir débiles emociones. Respondió lacónico al amor de la hermana y del amigo.

Abijam le mandó mensaje para que acudiera a la Tienda de Yavé.

Desde que Jefté le había revelado su promesa, el viejo sacerdote se veía atormentado por las dudas acerca de qué clase de sacrificio le debía Jefté al dios. ¿Era un sacrificio de expiación por su sangrienta

acción contra Efraím, de manera que el dios, al poner en boca del hombre aquella grave promesa, castigaba de antemano su mala acción? ¿O era el sacrificio de un elegido que debería unir a este más estrechamente al dios? En modo alguno eran estas cuestiones meras consideraciones inútiles. Porque si se trataba de un sacrificio de alianza, entonces el propio Jefté podía llevar a cabo el sacrificio; pero si se trataba de un sacrificio de expiación, entonces era misión suya, del sacerdote, ofrecer el sacrificio.

Abijam se imaginó a la niña echada sobre la piedra, desnuda y atada, allí, en la Tienda de Yavé, en la parte interior del tabernáculo, se vio levantando el cuchillo. Sería una tremenda tentación tomar la última decisión. Había sucedido ya con anterioridad, que el dios renunciara a la víctima después de que el que ofrecía el sacrificio hubiera demostrado su buena disposición. Al primero de los patriarcas, Yavé le había exigido que le sacrificara a su hijo Isaac. El patriarca subió al monte y preparó la *Akeda*, colocó a su hijo atado sobre el altar; pero eso había bastado para la prueba, Yavé había salvado al muchacho. Quizá Yavé concedería a su sacerdote una visión semejante. Quizá él, Abijam, podría anunciarle al amado y odiado Jefté: «Aquí tienes de nuevo a tu hija. Yavé te bendice como te ha bendecido ya con tanta frecuencia, y se da por satisfecho con tu buena disposición».

¿Pero qué pasaría si sucedía esto? Efraím y todo Israel se burlarían: «Los galaaditas se sienten culpables, pero no quieren pagar su culpa». Y Efraím caería sobre Galaad para obtener la venganza de sangre a la que tenía derecho.

Por supuesto, en lo más profundo de su ser, el sacerdote no creía que Yavé renunciara. El guerrero Jefté no era como el antiguo patriarca, no era piadoso y humilde, no estaba bien dispuesto, y solo a regañadientes cedía al dios lo que le debía: ¿Por qué tendría el dios que protegerlo? Por otro lado, a pesar de todo, Yavé había vuelto siempre su rostro hacia él. Quizá se decidiera también esta vez a bendecirlo y le dejara conservar a su hija.

Dividido entre semejantes dudas, el sacerdote se dispuso —a buen seguro lo hacía por última vez en su vida— a consultar las señales de Yavé, el *urim* y el *tumim*, las tablillas de la luz y de la perfección. Se purificó, penetró en el interior de la tienda, sintió la terrible proximidad del dios. Hizo las tres preguntas que le estaban permitidas. ¿Debía interpretar el sacrificio como víctima de alianza o de reconciliación? ¿Debía anunciar a Jefté la interpretación como manifestación del dios o como su propia opinión? ¿Debía decirle a Jefté que el dios se daba por satisfecho con su buena disposición? Abijam preguntó con rabiosa devoción. Lo hizo en vano. El dios calló, dejó al viejo sacerdote todo el peso de la decisión.

Y ahora llegaba Jefté, él mismo lo había mandado llamar. Allí estaba ante él, en la Tienda de Yavé. Abijam debía iniciar el diálogo decisivo y no sabía cómo, ni adónde los conduciría.

—Escúchame, mi hijo y señor —le dijo—, en lo que tú me has dicho hay muchas cosas poco claras. Dime, te lo ruego, otra vez las palabras que empleaste al hacer tu promesa para que pueda decidir si es válida ante Yavé. Podrías excitar la cólera del dios si le ofreces un sacrificio que no desea.

Al recibir el mensaje de Abijam, Jefté había sentido encenderse de nuevo la insensata esperanza de que Abijam, a pesar de todo, había encontrado la forma de eximirlo, de una manera digna, de su promesa. Pero ahora que, efectivamente, el sacerdote lo animaba a sacar provecho de la ambigüedad de la promesa, se sintió colérico y avergonzado.

—Cuando doy órdenes —dijo eludiendo el tema—, mis gentes tienen que obedecer. Tienen que obedecer incluso cuando solo insinuó las cosas. Yo soy un soldado, soy un soldado de Yavé. Si Yavé solo insinúa, debo obedecer. Mandó a mi encuentro a
Ja'ala
. Cumplo su voluntad.

La actitud altanera de Jefté irritó al sacerdote. Pero se dominó y dijo:

—Yo soy el hombre que cuida de la piedra y del Arca del dios. El mejor modo de obedecerlo es seguir mis indicaciones.

—Escucha, Abijam —contestó Jefté—, no quiero tu ayuda, no quiero tu amistad. Tú sembraste en mi mente el pensamiento de un único Israel, sin divisiones, y del dios Yavé que está por encima de todos los demás dioses y que es mucho más excelso. El pensamiento es correcto, se ha clavado en mi pecho, pero no me gusta, me repugna. Fue por oponerme a este pensamiento tuyo que ataqué a los efraimitas. Tú tienes la culpa. Deja de hurgar en mi promesa y de querer forzarme a aceptar tu ayuda. No eres mi amigo, sacerdote Abijam, y con toda certeza tampoco yo lo soy tuyo.

El sacerdote se horrorizó ante el odio que Jefté le manifestaba. Pero aquella imagen en la que él mismo llevaba a cabo la *Akeda*, la alianza, y tomaba la decisión de matar o salvar a la niña, había arraigado en él con demasiada fuerza. Repuso paciente:

—Desde el juez Nobach ningún hombre en Galaad ha ofrecido en sacrificio a un hijo de su casa.

¿Quieres asumir tú solo plenamente ese servicio y esa acción, sin consejo, sin conocer la costumbre?

Jefté dudó. Se sentía tentado de no tener que realizar aquella espantosa acción con sus propias manos. Pero vio el odiado rostro del otro. La idea de que su amada hija fuera entregada atada en manos de ese otro lo encolerizó. Unos celos espantosos lo dominaron.

—No necesito a ningún intermediario —contestó con dureza y con vehemencia—. No quiero tu Arca de la Alianza, no quiero tu altar, ni tu mano para que guíe el cuchillo. Es mi sacrificio. ¿Qué te importa a ti?

Abijam se contuvo de nuevo y rogó:

—No digas eso, hijo mío y mi señor. No te afecta solo a ti; es toda la tribu de Galaad la que por medio de la sangre y la buena disposición de la víctima se unirá de nuevo con el dios. La tribu ha cargado sobre sí una culpa de sangre a causa de tu delito. La sagrada alianza de la tribu con el dios se ha debilitado por tu culpa. No seas cerril. Permite que sea la tribu quien ofrezca el sacrificio por mi mano.

Jefté, iracundo y firme, replicó:

—Lo que hago, no lo hago por la tribu. No me importa si la tribu vuelve a unirse con el dios. Compréndelo de una vez: es un asunto solo entre Yavé y yo. Y nadie debe inmiscuirse. Y menos que nadie tú.

Dejó al sacerdote sin saludarlo.

10

EL día anterior al establecido, cuando

Ja’ala

debía regresar de las montañas, Jefté partió para salir a su encuentro durante la mayor parte del camino. Llevó consigo a Kasja, a Par y a un criado de confianza. Ketura los seguía, pero a distancia, como un animal temeroso.

Jefté alimentaba una ligera y disparatada esperanza.

Ja’ala

no acudiría.

Ja’ala

habría desaparecido. Jemin lo había comprendido, Jemin deseaba tan ardientemente como él mismo arrebatarle a

Ja’ala

al codicioso dios. Quizá habría conseguido robarla, salvarla. Jefté se decía una y otra vez que aquello eran vanas quimeras. Y sin embargo, cuando vio acercarse a la verdadera

Ja’ala

por aquel engañoso camino, se asustó y conmocionó sobremanera, como si de pronto hubiera caído la noche sobre la alegre campiña.

Despacio,

Ja’ala

se acercaba descendiendo por la suave pendiente de la estepa. Las amigas se mantenían a cierta distancia, siguiéndola como el cortejo de una princesa. Mucho más lejos, en el borde del cielo, podía verse a Jemin y a sus siete hombres.

Jefté y los suyos bajaron de sus monturas y saludaron a

Ja’ala

graves y dignos, no sin cierto azoramiento.

Ja’ala

devolvió el saludo, amable, con naturalidad. Pero parecía poseer una nueva dulzura, más austera y sublime, y los otros no se atrevieron a acercarse a ella; allí estaban en pie,

Ja’ala

y sus amigas, Jefté y los suyos, unos frente a otros, en silencio, insignificantes, perfilándose con nitidez en aquel anchuroso y luminoso paisaje.

Por fin, dijo

Ja’ala

, y seguía teniendo aquella voz suya, infantil y algo áspera:

—Aquí estoy, mi padre y señor, y estoy dispuesta.

A Jefté le habría gustado estar a solas con ella. Tenía que contarle todavía tantas cosas que durante todos aquellos años no había podido o no había querido decirle, y tenía a su vez que preguntarle tantas cosas, y aunque tampoco era un hombre de muchas palabras, ella habría sabido comprender todo lo que él quería transmitirle, aunque para ello empleara torpes frases. Pero también estaban allí los otros, y ella le parecía distante. Se dio cuenta, todos se dieron cuenta, de que el dios ya la había tomado para sí; ella estaba muy por encima de los demás, amable y lejana. Y a pesar de todo, Jefté estaba seguro de que podría arrebatársela al dios y al arrobamiento en que se hallaba sumida, con solo que pudiera estar a solas con ella.

Dijo:

—¿Dónde deberá suceder, hija mía? ¿Debemos regresar a Mizpeh o quieres ir hacia el norte, a Majanaím o quizá a nuestra tierra de Tob? —Tenía la esperanza de que ella se decidiera por la tierra de Tob y, por lo tanto, por el camino más largo, para poder tenerla consigo todavía durante un breve espacio de tiempo.

Ja'ala

vio a Ketura, que se había acercado cautelosa, y era evidente que se había forjado una última y débil esperanza al oír las palabras de Jefté. Tuvo compasión de su madre, pero siguió siendo una compasión leve, muy distante. Dijo:

—A menos de mil pasos de aquí hay una colina y en la cumbre de la colina hay un enorme árbol verde, un *Ez*

Ra'anán

, de los que el dios ama. También hay piedras allí con las que podrás construir el altar. Si te parece bien, padre mío, que sea allí.

Que tuviera que suceder tan pronto afectó a Jefté como una nueva e imprevista desgracia. Pero ocultó su conmoción y respondió:

—Que suceda según tus palabras, hija mía. Muéstranos la colina e instalaremos allí el campamento para la noche.

Ja'ala

les indicó el lugar. Mucho más abajo todo estaba ya seco, pero allí, en el valle alto, la estepa todavía estaba verde y llena de colorido. A su alrededor reinaba la agradable cotidianidad de la vida. A lo lejos se movían pastores nómadas con sus ovejas, se oían sus monótonas llamadas. Los que acompañaban a Jefté y a

Ja'ala

estaban sentados y tumbados por allí, en la estepa alegre y en flor, en medio de un extraño embarazo. Contemplaron la silenciosa y ocupada vida de los insectos entre la hierba, las flores y los arbustos, intercambiaban comentarios sin importancia. Las niñas cantaban y tarareaban las canciones que habían escuchado a

Ja'ala

. Todos se esforzaban en comportarse como siempre. Les habría gustado hablar de aquello que sentían en sus pechos, pero no eran diestros en el manejo de las palabras, y no podían hacerlo.

Kasja dijo a Jefté:

—He preparado un bebedizo, es dulce y fuerte, y, si se lo das a beber, quedará inconsciente y no verá lo que le sucede.

Jefté quedó agradecido. Esa era su buena y sensata hermana, que se preocupaba por hacer más fácil lo difícil. Pero él no creyó que

Ja'ala

tomara el bebedizo, y dudaba de que él mismo quisiera que lo hiciera.

Cuando el sol empezó a ponerse, se sentaron a comer. Entonces dejaron sola a

Ja'ala

, puesto que ella parecía desearlo así.

Pero entonces, Ketura se acercó apremiante a la hija. Tomó su mano, sus enormes y enloquecidos ojos se clavaron con avidez en su rostro. Le suplicó con su voz profunda:

—¡Ven conmigo, hija mía! ¡Ven conmigo! El vado del río está cerca. Nadie se atreverá a tocarte. Cuando lleguemos a la otra orilla, el poder de Yavé disminuirá y mi dios te protegerá. ¡Huye de estos asesinos! ¡Ven con tu madre! ¡Vamos y vivamos como antes!

Ja'ala

permaneció amable. Su madre le daba lástima, pero como se la daría un animal que no puede comprender y al que no se puede ayudar.

Oscureció.

Ja’ala

dijo a su padre:

—Salgamos a la estepa, mi padre y señor, para que estemos juntos como lo estuvimos en el pasado.

Salieron en medio de la noche. Pero Jefté no tomó su mano como lo habría hecho en el pasado; sintió que ella estaba más cerca del dios que de él. Caminaron un corto trecho, luego se sentaron. Pero nadie sabe si hablaron y de qué hablaron.

Muy pronto, al amanecer, se pusieron en marcha.

Ja’ala

llevaba el vestido de color azafrán, fino como un velo. Par y Kasja, Jemin y las amigas los acompañaron. Un criado conducía al animal de carga, que debía llevar la leña y el recipiente con las brasas. De lejos los seguía Ketura. Así avanzaron en silencio, en medio de aquella hermosa mañana, hacia la colina.

Cuando llegaron a la colina, Jefté dio orden al criado de quedarse atrás, y condujo él mismo al animal. No quería que ojos extraños siguieran contemplando a

Ja’ala

en su camino.

Los otros continuaron la marcha. La estepa se convirtió en un bosquecillo de matorrales. Allí,

Ja’ala

dijo a Schimrit, Tirza y

Sche’ila

:

—Quedaos aquí, mis queridas amigas, y quiera Yavé hacer resplandecer su rostro sobre vosotras.

En el pasado, las amigas habrían gritado y se habrían lamentado. Ahora permanecieron mudas e hicieron una profunda reverencia.

Siguieron avanzando por el bosquecillo y llegaron a un claro. Allí dijo

Ja’ala

a Par y a Kasja:

—Quedaos aquí, mis muy queridos, y quiera Yavé hacer resplandecer su rostro sobre vosotros.

Kasja se sintió impulsada a besar y abrazar a la que partía, pero se contuvo, y ambas guardaron silencio e hicieron una profunda reverencia.

Pero cuando llegaron al lindero del bosque, donde empezaba la ascensión a la cumbre,

Ja’ala

le dijo también a Jemin que se detuviera. A pesar de toda su buena disposición y arrobamiento, se daba cuenta de que el Jemin que quedaba atrás ya no era Jemin; se había deshecho de todo cuanto había imitado en Jefté, después de observarlo y escucharlo con tanta atención. El que quedó atrás fue Meribaal, el hombre que había surgido del bosque para salvarla.

Ahora estaban solos, Jefté y ella. Solo a lo lejos, los seguía todavía Ketura. Gemía y sollozaba bajito, para sí, y continuó su camino, pasando junto a Jemin, subiendo la colina, hacia el árbol verde. Pero

Ja’ala

se compadeció y la dejó seguirlos. Pero cuando ya estaban a muy poca distancia de la cumbre,

Ja’ala

se detuvo a esperarla, dejó que ella se acercara y le dijo:

—No sigas adelante, madre mía —no habló en voz alta, no habló con dureza, pero lo hizo de tal forma que Ketura obedeció sin insistir en sus ruegos, e incluso sus gemidos enmudecieron.

Jefté y

Ja’ala

subieron un pequeño trecho más arriba. La cumbre estaba desnuda, cubierta de piedras grandes y pequeñas; en lo alto se alzaba frondoso, verde y majestuoso el árbol.

Se sentaron. Jefté miró a su hija. Su piel morena resplandecía a través del vestido, fino como un velo. Era como si la viera por primera vez, la amaba mucho. Deseó que ella lo mirara, nadie podía mirar como ella, todo lo que ella era y sentía estaba en sus ojos. También añoró su voz. Cualquiera que hubiera oído una vez esa voz no podía olvidarla, y para él, para Jefté, su voz le resultaba tan familiar como su propia mano. Sin embargo, ahora tenía la impresión de no haber oído nunca su voz, y sintió un irrefrenable deseo de que

Ja’ala

hablara.

Y entonces ella tomó aire y habló:

—He visto a Yavé —dijo—, su rostro es como el tuyo. Amo a Yavé porque su rostro es como el tuyo.

Jefté escuchó aquello consternado y avergonzado. Ambos eran guerreros, Yavé y él; pero él había ido más lejos de lo que le correspondía, y el dios tenía el poder y la majestad y no necesitaba esforzarse. El orgulloso Jefté, ahora que la niña le decía que era igual a Yavé, se avergonzó con amargura, pero al mismo tiempo sintió que se le caldeaba el corazón.

No se atrevió a hablar, seguía limitándose a contemplarla.

Entonces, por fin, le ofreció el bebedizo para dormir. Pero ella volvió hacia él su rostro cargado de reproches y le dijo:

—Quiero verte, padre mío, cuando te conviertas en Yavé. Te he visto en tu ira, he visto brillar en tus ojos la terrible y poderosa llama de la ira y no he sentido temor. Tampoco ahora temeré. Te pertenezco.

Jefté no insistió, colocó el cuenco con el bebedizo en el suelo.

Se miraron uno al otro, en silencio, y en silencio se dijeron muchas cosas que hasta entonces no se habían dicho. Luego, al cabo de un rato,

Ja'ala

rogó:

—Concédeme todavía una cosa, padre mío. Durante estos días he visto varias veces a Yavé, él resplandece, terrible y majestuoso, y yo lo amo. Pero hay algo que no tiene de lo que tú tienes. Te lo ruego, padre mío: permíteme escuchar todavía una vez más tu risa.

Jefté sintió que su corazón se estremecía de espanto. ¿Cómo podría hacer que brotara de su pecho y de su garganta la risa en esta mañana? Pero vio los esperanzados ojos de

Ja'ala

. Nunca había yacido en una estera con un hombre, era una niña, la niña

Ja'ala

quería que él riera. Y Jefté reunió todo su valor. Jefté se rio.

Y

Ja'ala

se alegró, y también ella lo acompañó con su risa, una risa breve, complacida.

Entonces él se puso a trabajar, se quitó el calzado. Reunió piedras cargándolas en sus brazos y las amontonó para formar un altar. Colocó la madera sobre las piedras. Luego ató con destreza a la niña con las cuerdas. La levantó en alto. ¡Qué liviana era! Vio elevarse y hundirse su pecho bajo el vestido de color azafrán. Él miró sus ojos y ella miró los suyos. La colocó sobre las piedras.

Y entonces hizo con ella lo que había prometido.

11

MUCHOS galaaditas habían creído hasta el último momento que Jefté se liberaría de su promesa. Ahora oyeron que no lo había hecho, que había «cortado» una nueva y sangrienta alianza con Yavé, había sacrificado a su hija. Admiraron a su juez, que por medio de su hazaña se había asegurado por muchos años la protección del dios para la tribu, pero se sintieron acongojados. Hablaban en susurros de los antepasados que habían sacrificado a sus hijos para que los muros de las ciudades de Mizpeh y de Ramot fueran sólidos; hablaban en susurros de Moisés, aquel guía en el desierto, del esposo de sangre, sobre quien el dios cayó en la noche de bodas. Estaban agradecidos a Jefté; pero así como en el pasado se habían sentido amigos suyos y muy próximos a él por su carácter impulsivo y divertido, ahora les resultaba inquietante.

Jefté permaneció durante varios días oculto. Los pocos que en su momento habían podido acompañarlo hacia la colina le habían visto descender por la pendiente, el rostro convertido en piedra, despacio, tanteando cada paso, como si andara en la oscuridad; nadie se había atrevido a acercarse a él o siquiera a dirigirle la palabra. Luego desapareció en el bosque, se había ocultado como un animal.

Pero inesperadamente, una mañana muy temprano, apareció, embrutecido, sucio. Se dirigió al campamento ante Mizpeh, a su tienda. Se lavó, como era costumbre después del duelo por un muerto.

Par acudió. Jefté le preguntó con sequedad cómo estaban las cosas en el campamento y en Mizpeh. Par lo informó. Había mandado de regreso a la mayoría de los hombres hacia Tob y a Basán; porque ahora ya no había ningún peligro que los amenazara, ni por parte de Ammón, ni por parte de Efraím. Jefté escuchó,

con el rostro impasible, asintió.

En el mismo tono seco preguntó a Kasja dónde estaba Ketura y dónde estaba Jemin. Kasja, atragantándose, con cautela, le contestó que se decía que ambos se habían marchado hacia el norte, hacia las tierras salvajes. Jefté, extrañamente sereno, constató:

—Así pues, ha sucedido tal y como Abijam lo había deseado. La amonita se ha ido, y todo cuanto le pertenecía. Se ha ido, se acabó. Ha regresado a las tierras salvajes y al desierto.

Se ocupó de los asuntos del campamento. Dio breves consignas. Mandó a Par de regreso a Basán con órdenes precisas de cómo debía proceder contra aquellos cuya fidelidad se había debilitado; eran órdenes duras.

Acudió a la plaza del mercado ante Mizpeh y se sentó en el sitial de piedra de juez. El pueblo se congregó a su alrededor, temeroso, expectante. Había un par de personas allí que querían un juicio y un consejo. Jefté los escuchó, hizo breves preguntas, emitió su sentencia con el rostro duro, con justicia.

Mandó un mensaje al rey Nachasch, le exigió que se presentara en su campamento ante Mizpeh.

El rey, a pesar de la derrota en Nachal-Gad, había conservado la esperanza de poder establecer una alianza con Jefté; el incidente con el Israel del oeste empujaría de nuevo a Jefté hacia él. Pero luego Jefté había sacrificado a la hija a su dios, ya no necesitaba ninguna alianza con Ammón, había comprado a su dios, pagando un terrible precio, la superioridad en las tierras del este del Jordán. No tenía sentido seguir luchando contra un hombre como aquel. Los soldados amonitas, llenos de horror, huirían. El rey, aunque la imperiosa orden de Jefté lo corroyera dolorosamente, se sometió. Acudió a Mizpeh.

Se horrorizó cuando vio a Jefté. En verdad le había tomado afecto como a un hermano menor. En el hombre que ahora tenía delante no quedaba ni rastro de aquel Jefté jovial de Elealeh que se hacía querer. El Jefté de Mizpeh era sombrío, malvado.

Sus condiciones tenían como objetivo convertir a Ammón en súbdito del pueblo de Galaad durante largos años. Nachasch intentó negociar empleando las armas de la astucia y la franqueza, como en el pasado. Sus palabras se estrellaron contra la frialdad y la reserva del nuevo Jefté. Con este hombre destrozado no se podía negociar. Nachasch sintió algo parecido a la compasión por su vencedor, renunció a reclamar condiciones más llevaderas.

Llegó el nuevo estandarte. El artista Latarak había hecho un buen trabajo; la imagen de cobre era todavía más hermosa que la anterior, terrible y magnífico zigzagueaba el rayo, saliendo de la nube. Pero Jefté no sintió ninguna alegría ahora que, por fin, el estandarte se alzaba de nuevo ante su tienda. Ninguno de sus antiguos sueños revivió. Permaneció apático. Su interior era un desierto.

A Silpa y a sus hermanos los miraba sin odio. A Samgar incluso lo dejó acercarse un poco más a él.

Samgar, siguiendo el ejemplo de los escribanos de Schilo, había empezado a registrar los acontecimientos de la vida de Jefté. Primero, al igual que hacían los de Schilo, intentó también explicarlos. Pero aunque era evidente que las hazañas maravillosas de Jefté, su apuro en la batalla, su promesa, su victoria, su mala acción sobre los efraimitas y el sacrificio de la hija estaban estrechamente ligados, Samgar no podía dilucidar qué había sido la causa y qué la consecuencia. ¿El pecado del impío había empezado antes de que sucediera la impiedad? ¿Y podría ser que lo que había sucedido más tarde empezara antes de que sucediera lo anterior? Samgar renunció a interpretar los acontecimientos, se limitó a ponerlos por escrito; que los que le sucedieran los explicaran de acuerdo con su propia visión.

A su manera torpe, humilde y detallada, explicó a Jefté sus esfuerzos y le leyó fragmentos de sus tablillas en voz alta. Jefté tomó las tablillas en la mano y palpó los signos de la escritura labrados en ellas. Esto era, pues, lo que quedaba de sus victorias, esfuerzos y mortales sufrimientos.

Siguió acampado ante Mizpeh, viviendo en su tienda.

Galaad floreció. Los hombres de Galaad lo veneraban más que a ningún otro desde tiempos inmemoriales. Pero había algo de irreal a su alrededor, estaba presente entre ellos pero, sin embargo, ausente. Experimentaban un ligero espanto que no se desvanecía, ya no podían acercarse a él. Incluso los niños lo percibían y abandonaban sus juegos y sus gritos en cuanto lo veían.

Él mismo se sentía a veces como un muerto que se hubiera escabullido fuera de la cueva. Era como si estuviera hecho de aire y de niebla, como si la sangre de la vida se hubiera derramado fuera de su cuerpo.

12

Los hombres de Efraím se habían congregado en la ciudad de Schilo, ansiosos de vengarse del asesino de sus hermanos. Pero cuando les llegó la noticia del sacrificio de Jefté se quedaron meditabundos. Yavé se había interpuesto entre ellos y Jefté. El mismo dios había tomado venganza en él y lo había liberado de su culpa; provocarían al dios si luchaban contra el redimido.

Surgió un nuevo y tremendo peligro que hizo enmudecer del todo los gritos que pedían venganza.

Las tribus israelitas solo habían podido mantenerse durante tanto tiempo al oeste del Jordán, en Canaán, porque los reyes de las ciudades de los cananeos, expertos en el arte de la guerra, que dominaban las antiguas y sólidas ciudades, estaban divididos entre sí. Pero ahora que se había producido una división insalvable entre los hebreos del este y los del oeste, estos reyes de las ciudades habían establecido una alianza para caer juntos sobre los invasores, los israelitas, y exterminarlos. Nunca, desde los días de Barac y de Débora se había encontrado el Israel del oeste en semejante tribulación.

Solo uno podía ayudarlos, el vencedor de Nachal-Gad, el hombre que por medio de su sacrificio había forzado al dios Yavé a ser su constante protector, Jefté.

Entre las tribus del Israel del oeste, Efraím era la más importante. Los Jueces de las otras tribus acudieron a Tachan, el jefe de los ejércitos de Efraím, y le exigieron que solicitara la ayuda de Jefté. Él se negó, gritando fuera de sí. Entonces se dirigieron a Elead, el sumo sacerdote.

Elead declaró estar dispuesto a ir a Mizpeh. Lo hizo a disgusto. Estaba acostumbrado a meditar, en el silencio de su Tienda de Yavé, en Schilo, acerca de los acontecimientos de la historia de Israel, a comentarlos con sus discípulos, a registrarlos y a interpretarlos. Le disgustaba intervenir en el gobierno de Israel, prefería dar expertos consejos, y sentía una profunda desazón al pensar que ahora tendría que enfrentarse con ese Jefté, que arrasaba la tierra con tanta violencia. Pero así tenía que ser; sin la ayuda de Jefté, Israel no podría salvarse.

Se puso en movimiento. Estaban a principios de un hermoso verano, el camino era fácil y agradable, pero a él le resultaba muy amargo. Del poder de sus palabras dependía que Israel perdurara o fuera destruido, y ¿podría él encontrar las palabras adecuadas para dirigirse a ese Jefté?

Estaba acostumbrado a reflexionar sobre las gentes, y había pensado a menudo sobre el carácter y las hazañas de Jefté. A pesar de lo desagradable que le resultaba ese encuentro, estaba ansioso de ver a ese hombre y de hablar con él.

Se preguntó cómo debería negociar. Los galaaditas no se habían acostumbrado a los usos de un sedentarismo consolidado, la civilización los constreñía y obstaculizaba como unas ropas demasiado estrechas, seguían siendo todavía los hijos del *tohu*, del desierto, y, al parecer, ese Jefté era —más aún que los otros miembros de su tribu— un hombre del desierto y de las tierras salvajes. Además, con toda seguridad, el éxito y la fama lo habrían vuelto engreído, y aquella sangrienta promesa tenía que haber trastornado del todo su ánimo. Si ya era duro entenderse con un hombre como Tachan, cuán difícil tendría que ser conmover el pecho de un héroe y un poseso como aquel, con argumentos y explicaciones. El sumo sacerdote Elead se propuso tener presente su objetivo durante todo el tiempo que durara la conversación, adaptarse a los cambios de humor de aquel hombre, y aguardar el momento propicio.

Jefté, cuando le anunciaron que el sumo sacerdote de Efraím solicitaba hablar con él, sintió agitarse en su interior la vieja soberbia. Este sacerdote de Schilo era considerado muy sabio; los efraimitas le mandaban a su hombre más inteligente, para convencerlo. Pero sobre su pecho se había formado una dura coraza, y no había ningún sacerdote a quien no pudiera enfrentarse.

La tentación de contemplar con toda calma, desde su orilla del Jordán, cómo responderían los efraimitas ante el peligro, era muy fuerte. Pero no quería decidir nada en firme, ni siquiera ante sí mismo. También cabía la posibilidad de que acabara por mostrarse generoso, aunque con desprecio, y los salvara. Negociaría dejándose llevar por el estado de ánimo que tuviera durante su conversación con el sacerdote. Si le apetecía, los ayudaría, si no, no.

Llegó Elead. Aquel hombre de Schilo tenía un aspecto muy diferente del que Jefté le habría atribuido. Su figura y sus movimientos resultaban poco llamativos, el rostro de piel clara con aquellos ojos velados e inteligentes, estaba enmarcado por una barba muy corta. Era joven para el cargo que ocupaba, seguramente todavía no había cumplido los cincuenta años. Su túnica era de un discreto color marrón, pero de la mejor tela y bien adaptada a su figura, algo gruesa; nunca lo habría tenido Jefté por un sacerdote de Yavé, que por lo general iban desaliñados y empleaban ademanes intempestivos. Este hombre de Schilo más bien le recordaba a aquel cultivado señor de Babel, que en una ocasión fue su prisionero, al príncipe Gudea.

Durante un breve rato permanecieron en pie, uno frente al otro, en silencio, observándose. Luego, Elead

se inclinó y saludó:

—La paz sea contigo.

Pero pronunció la palabra *Schalom* con la «s» ceceante de los efraimitas. Y entonces sucedió lo que no había vuelto a suceder desde hacía mucho tiempo: Jefté se rio. Se rio a carcajadas. Recordó las bromas que había oído desde pequeño que hacían referencia a la torpe pronunciación de los efraimitas, pensó en los efraimitas en el vado del Jordán y en su *sibolet*, y un renovado e incontenible deseo de reírse se apoderó de él.

El sumo sacerdote Elead estaba preparado para aceptar que Jefté no lo saludara con dignidad y de acuerdo con la costumbre; pero no había esperado un recibimiento como aquel. Durante un momento se sintió humillado. Pero entonces recordó su propósito de no olvidar en ningún momento que la salvación de Israel dependía de la ayuda de ese Jefté. También se dio cuenta de una cosa: su demencial risa no era provocada por la tribu de Efraím, ni por él, por Elead, era fruto de alguno de los salvajes, sangrientos y ridículos recuerdos de aquel hombre. Elead soportó la risa de Jefté, tranquilo, a la espera.

Jefté, una vez se hubo dominado, dijo también:

—Perdóname, nada más lejos de mi intención que ofender a un huésped. —Se acercó a él, lo saludó, insinuando un abrazo y un beso, y lo invitó a sentarse sobre la estera.

—Me imagino —dijo, iniciando él la conversación— que has acudido a mí con repugnancia, después de todo lo que os sucedió en este lado del Jordán. Vuestra tribulación tiene que ser muy grande.

—Es muy grande —reconoció Elead con brevedad—. Por primera vez desde los tiempos de Débora, los reyes y las ciudades de Canaán se han unido contra nosotros. Nos superan en número y en armas. Tampoco a ti puede convenirte que Canaán borre de la faz de la tierra al Israel del oeste, de manera que no solo tengas enemigos en el este, sino también en el oeste.

Jefté contestó tranquilo, casi con indiferencia:

—Tenía enemigos en el norte y en el sur, y también en mi propia casa, seguramente eso no te es desconocido. Y he acabado con todos ellos.

Elead lo contempló pensativo y dijo:

—Tú has luchado al servicio de Yavé. Yavé no es solo el dios de Galaad, es el dios de todo Israel. Acudo a ti en tu calidad de jefe de los ejércitos de Yavé.

—Entonces no acudes al hombre indicado —contestó Jefté—. Mis deudas con Yavé están saldadas. Ya no estoy a su servicio y ya no necesito conducir ninguna guerra más en SU nombre. Estamos en paz, Yavé y yo.

Elead no debía responder a aquellas groseras palabras con un cortés sarcasmo, tal y como le habría gustado hacer, no debía irritar a aquel hombre. Se calló, con los fuertes dedos de una mano —acostumbrados a la escritura— se rascó la palma de la otra y pensó su respuesta. Estudió el rostro de Jefté. A pesar de toda su dureza era un rostro cansado. Su carne se había secado, la estructura de los huesos, la calavera del Jefté muerto, se abría paso a través del rostro del vivo. Aquel hombre había luchado con su dios, estaba agotado, quería abandonar la lucha; pero no podía librarse de Yavé.

—Creo, Jefté —dijo por fin el sacerdote—, que estás en un error. Entre Yavé y tú no se trata de servir, de obligaciones y de deudas. Nunca podrás llegar a estar en paz con el dios. Tú eres parte de él.

Jefté se sobresaltó. Que él y Yavé tenían un mismo rostro, esto no lo había sabido nadie entre los hombres, solo
Ja'ala
. ¿Cómo lo sabía este desconocido?

Elead vio que sus palabras habían conmocionado al otro. Cauteloso, con su voz clara y aduladora, casi en un tono casual, pero con decisión, continuó:

—Si hay un héroe en Israel, ese eres tú, y, por lo tanto, dios es un tercio. Nosotros, los que registramos las hazañas de Yavé, lo sabemos. Tú tienes más parte en Yavé que todos nosotros, y quien ataca al dios, te ataca a ti.

Jefté intentó librarse de su desconcierto y se burló:

—No te esfuerces, mi señor, sumo sacerdote de Efraím, en alabarme y ensalzarme. No soy el oso que se atrapa con la miel.

Elead reconoció que Jefté estaba endurecido y lleno de rencor, pero era inteligente y podía pensar; sus palabras, las de Elead, habían abierto una grieta en su coraza. Elead alimentó la esperanza, cambió su plan y se atrevió a intentar atraer a Jefté con ciertas verdades atrevidas y capciosas, que a otros podrían parecerles blasfemas.

—No me sorprende —dijo— que no quieras admitir tu auténtica y gloriosa participación en Yavé. Eres un soldado, tienes que negociar, que luchar; no es tu función meditar y cavilar acerca del dios. Para eso

estamos nosotros, los sacerdotes. Nosotros, en Schilo, hemos reflexionado mucho y con un gran empeño sobre el dios, y creemos que no sin éxito. Te lo digo, yo lo sé: tú eres una parte de Yavé, lo quieras o no. Yavé vive en ti y tú vives en él. Los *baalim* de los pueblos extranjeros viven en árboles, piedras, pozos, imágenes, y para las gentes sencillas de nuestro pueblo, nuestro Yavé solo es visible y palpable también bajo esas apariencias; pero el verdadero Yavé, tu Yavé y el mío, vive en las hazañas de Israel.

A Jefté lo estaba dejando atónito que ese sacerdote dijera con tanta claridad y de forma tan descarnada lo que a veces, sin acabarlo de comprender, había creído intuir en las palabras de
Ja'ala
. Aquellas palabras inauditas, que olían a blasfemia, lo atraían y lo enojaban.

—¿Te estoy entendiendo bien? —preguntó con ligero sarcasmo—. ¿Pretendes en serio que Yavé vive, por lo tanto, también en mis hazañas?

—Tú lo has dicho —contestó Elead.

Jefté, provocativo, siguió preguntando:

—¿Así pues, cuando peco, peca entonces Yavé?

El otro lo instruyó con amabilidad:

—No del todo. Cuando tú pecas, Yavé se debilita. Yavé mengua cuando Jefté peca.

Jefté, después de un breve silencio, dijo con rechazo:

—Yo soy un soldado, tú mismo lo has dicho. No estoy hecho para comprender tus sutiles y arteras palabras.

Elead lo contradijo con inusual firmeza:

—Por supuesto que me entiendes, aunque te niegues a admitirlo.

Se detuvo. Recordó su propósito de encaminar esta conversación solo hacia su objetivo. Jefté ahora se sentía lo bastante tentado; había llegado el momento de presionarlo con palabras más fuertes para que interviniera en la guerra. Pero Elead pocas veces podía hablar de su peligrosa teoría y eso solo ante sus más fieles discípulos, y ese Jefté, indómito y poco común, era capaz de barruntar y comprender sus razonamientos, se dejaba conmover por ellos, Elead podía leerlo en su rostro. Y el pecho de Elead rebosaba de su nueva verdad, se sentía impelido a hablarle aún más de ella a ese hombre.

Se acercó más a él y le habló para convencerlo, en voz baja, con vehemencia pero sin doctrinarismos sacerdotales:

—Mira, esto es así: Yavé nació con Israel. Las luchas de Israel son sus luchas. Vive con más fuerza cuando Israel es más fuerte, se aletarga cuando Israel es débil. Muere cuando Israel muere. Él es lo que nosotros fuimos y somos y seremos.

Las palabras de Elead penetraron en el pecho de Jefté; reflexionó sobre ellas contra su voluntad. Seguro que el dios de ese sacerdote no era el suyo. Su dios, el de Jefté, era un dios de la guerra, que respiraba fuego y amenazaba con la tormenta. Pero Jefté comprendió que Yavé también tenía otros rostros, muchos rostros, y en verdad, este Elead parecía haber visto los rostros del dios cuya visión le había sido negada a él, a Jefté, para siempre. A pesar de todo, él, Jefté, no se contaba en absoluto entre aquellas gentes sencillas que solo comprendían del dios lo que podían ver y tocar. Y ahora, por segunda vez desde que Elead había entrado en la tienda, le sucedió a Jefté algo que hacía mucho tiempo que no le había ocurrido: se adueñó de los pensamientos del otro, los hizo suyos, los acogió en su pecho, para que se desarrollaran en él, siguió su razonamiento. Si Yavé no estaba hecho de la misma naturaleza humana corriente, tampoco tenía necesidades humanas. Y de pronto, con horripilante claridad, Jefté se dio cuenta de lo que había al final del pensamiento de Elead. Aquellos coléricos pequeños destellos verdes centellearon en sus ojos y, con la impetuosidad que lo caracterizaba, dejó salir de su boca lo que pasaba por su mente. Con la voz ronca y quebrada por la cólera reprimida ordenó al otro:

—Sigue hablando, sumo sacerdote, sumo pensador, sumo escribano, y dímelo a la cara: crees que mi sacrificio ha sido en vano. Crees que ha sido inútil.

Ahora fue Elead quien se sobresaltó. Se sobresaltó ante aquel súbito estallido. Se sobresaltó ante la inteligencia de aquel burdo guerrero que con tanta rapidez había comprendido lo que él mismo apenas si se atrevía a reconocer.

Se contuvo. Durante un momento sintió la tentación de contradecir al otro empleando palabras corteses e ingeniosas. Pero entonces se vio asaltado por el convencimiento de que ese brutal guerrero que apenas tenía tiempo para pensar, tan ocupado estaba en hacer y conquistar y luchar y matar, que ese hombre que no podía leer las tablillas, veía las cosas con tanta perspicacia y con tanta claridad como él mismo, y sí, en su sencillez, quizá las viera con mayor profundidad, y Elead, por primera vez en su vida, se avergonzó de su soberbia intelectual y de su vanidad de erudito. No podía mentir ante ese hombre:

—Puede que tengas razón al decir que Yavé, cuando hayan aparecido y vuelto a desaparecer otras siete generaciones, o dos veces siete, no querrá volver a aceptar sacrificios como el tuyo. Sin embargo, actos de valor y de devoción como el que tú has hecho, los necesitará siempre.

Jefté solo oyó en lo que el otro decía la confirmación de que, en verdad, toda aquella dolorosa acción suya no había sido más que vanidad y necedad. Se levantó de la estera, caminó de un lado a otro; atrapado por sus propios pensamientos, se movió entre las estrechas paredes de la tienda, de un lado a otro, como un animal en su jaula.

En lo más profundo de su ser ya hacía tiempo que sospechaba que su promesa y su sacrificio habían sido en vano; la sospecha había surgido en su interior inmediatamente después de haber llevado a cabo la acción, cuando se ocultó entre la maleza. Así pues, había otros que lo sospechaban. Que lo sabían. Por lo menos, este hombre lo sabía. Por tanto, no se trataba de algo nebuloso, era así: él, Jefté, había hecho su terrible promesa para comprar para sí la protección de un dios que no existía. Había derramado su mejor y su más preciada sangre para un dios que no existía. Jefté el héroe. Jefté el loco. Ningún dios le había prestado su ayuda. Efraím le había prestado su ayuda. Y a cambio había matado a su hija, la muy amada, la más dulce. Había derramado la mejor, la más roja sangre de su cuerpo para nada.

Las palabras que el sacerdote había dicho volvieron a él, primero su sonido, luego su sentido. «Actos como el que tú has hecho, los necesita el dios, los necesita Israel». Y de pronto fue consciente de que todo cuanto él era y valía ahora estaba ligado a su acto más grandioso y más disparatado. Lo que acobardaba y amedrentaba al enemigo, lo que le protegía más que las armas y las sólidas murallas, era el horror que su acción había sembrado a su alrededor. Por un momento, las intrincadas y atrozmente distorsionadas consecuencias del sacrificio se le aparecieron con toda claridad, en toda su horrenda ridiculez, en toda su despreciable grandeza.

También el sacerdote se había levantado. Jefté lo miró, primero con la mirada vacía, luego fijando en él la vista. Y ese de ahí lo había sabido todo y lo había considerado con todo detalle: lo absurdo del sacrificio y sus tremendas consecuencias. Estaba allí para sacar provecho del gran horror que engendraba aquella acción. El horror daba protección también contra Canaán, por el mero hecho de que él, Jefté, se decidiera a cruzar el Jordán. Ese hombre que tenía delante conocía esta realidad y había querido ocultársela. Pero él, Jefté, le había sonsacado la verdad.

Una colérica y malvada satisfacción se apoderó de él. Dijo:

—Así pues, ¡he sonsacado de tu pecho y de tu garganta lo que de verdad piensas, mi señor, sumo sacerdote de Schilo! ¡Mis acciones! —se burló—. ¡Mis acciones! ¡Con qué astucia sabes emplear tus palabras, tú, sumo pensador y sumo escribano, para que suenen suaves y aduladoras, mientras perforan el cráneo! —Su amarga jocosidad fue en aumento—. ¡Y pensar —dijo— que hombres como tú son los que determinarán la imagen que nuestros descendientes tendrán de mí!

Elead guardó silencio. No sabía cómo terminaría aquella explosión de Jefté. No había previsto que Jefté adivinara su verdadera manera de ver las cosas. Quizá lo había estropeado todo explicándole a destiempo sus teorías, y Jefté, con desprecio, lo mandaría de regreso, cruzando el Jordán.

Jefté, por su parte, todavía se sentía sacudido por la cólera. Pero a la vista del sacerdote, en medio y más allá de su ira, siguió pensando y considerando. No tenía ningún motivo para encolerizarse con ese sacerdote, debía estarle agradecido. Era un sacerdote sabio y astuto, muy diferente al engreído Abijam, tan ansioso de poder. Ahora, puesto que él, Jefté, había cometido aquella acción grandiosa y absurda, el sacerdote quería sacar provecho de ella, ¿y acaso no tenía derecho a hacerlo? Aquella sangre no debería perderse sin más en la tierra, en la madera y en el fuego, el sacerdote quería dar sentido al gran espanto que había engendrado aquella sangre, ¿y acaso no tenía derecho a hacerlo?

Jefté tomó una decisión. La decisión lo atrapó. Se detuvo de pie ante Elead, adelantó la cabeza y preguntó con escandalosa jovialidad:

—Dime, sabio y astuto sacerdote, aconséjame: ¿Cómo puedo hacer que las historias que tú cuentes de mí no suenen demasiado espantosas a los oídos de las generaciones futuras? ¿Debo mandarte el mismo número de centurias que tú me mandaste a mí? Trece, creo que fueron.

Elead respiró aliviado. En su voz había alegría, calidez y un gran respeto cuando contestó:

—El solo anuncio de que Jefté participará en la batalla hará que Canaán retroceda. Incluso aunque nos mandes una sola septuria nos habrás ayudado.

Pero algo se había desencadenado en Jefté. Se entendía con este hombre, con este hombre podía hablar como antes había podido hablar con sus amigos. Bromeó:

—He negociado con el rey Abir de Basán, que es un astuto regateador, y con el rey Nachasch, el más astuto negociador y tergiversador de palabras entre los príncipes de las tierras del Jordán. Pero tú, mi

señor, sumo sacerdote de Efraím, has sabido penetrar con tus astutas palabras en el pecho de aquel que debería ser tu enemigo, mejor que esos dos reyes juntos.

—No digas que deberías ser mi enemigo, Jefté —contestó Elead—, somos compañeros que recorremos la misma ruta. A mis palabras les ha sido concedido conmoverte, y tú ahora, mediante unas pocas frases, has hecho más para salvar a Israel de lo que ningún otro haya podido hacer con sus ejércitos y con el filo de su espada.

Se dispuso a marcharse. Pero Jefté dijo:

—Debes hacerme un favor, sumo sacerdote Elead, antes de regresar a tu Efraím, y no te sientas mortificado. No evites pronunciar esa palabra, dímela una vez más: *Schalom*.

13

JEFTÉ cruzó el Jordán con ocho milicias y un gran equipamiento para el asedio. Cercó Geser y Jebus, las sólidas fortalezas de Canaán y las aisló del ejército de los cananeos, que buscaba la batalla en la planicie del norte. De esta manera, el Israel del oeste dejó de estar amenazado desde el sur y todo su ejército, a las órdenes de Tachan, quedó disponible para la batalla decisiva en el norte.

Por un momento, Jefté se sintió tentado a participar también él en la batalla. Pero pensó en los velados ojos de Elead, sabios y escrutadores, y en sus dedos acostumbrados a la escritura que hurgarían en sus actos y los registrarían. Se dio por satisfecho con la importante, aunque desagradecida, tarea de seguir asediando las dos fortalezas inexpugnables, y dejó para Tachan la embriaguez y la gloria de la batalla.

Tachan venció al ejército de Canaán y Jefté regresó, cruzando el Jordán, sin honores militares.

Pero todo Israel vio en Jefté a su salvador.

También esta vez, Jefté acudió a la cueva, para informar a su padre muerto.

—He hecho la guerra en Canaán —le contó—. He dejado el honor de la victoria al jefe de los ejércitos de Efraím. Pero a ambos lados del Jordán saben que fue tu hijo Jefté quien salvó a Israel de la peor de las desgracias, y ahora es ya seguro que las tablillas del escribano llamarán a estos años «Los años de Jefté». Pero he pagado por mi fama un precio terriblemente elevado. No seré yo, padre mío Galad, quien perpetúe tu estirpe, la perpetuarán tus otros hijos, los honrados, los cumplidores y mediocres. Mi victoria no me produce alegría. Mi ánimo está entristecido y anhelo el momento en que me traigan a la cueva junto a ti.

Pero a muchos hombres de la región de Galaad les dolió que Jefté hubiera dejado los honores de la victoria al odiado Efraím.

El que más se afligió fue el sumo sacerdote Abijam. ¿Por qué Jefté había desaprovechado la oportunidad de hacer de Galaad la tribu más gloriosa de Israel? El anciano sacerdote se dijo que Jefté solo lo había hecho por envidia, para impedirle a él, a Abijam, que Mizpeh, su Arca y su Piedra fueran reconocidas y consideradas por todo Israel como el centro de todo.

Se había echado tierra sobre las rencillas entre Efraím y Galaad, la unificación de Israel era una realidad, y aunque Abijam no había elegido todos aquellos sorprendentes y complicados caminos mediante los que este gran objetivo se había alcanzado, seguía siendo él quien había empujado a Jefté a realizar sus hazañas. Abijam se sentía orgulloso. Pero lo enojaba y lo llenaba de amargura que Jefté no hubiera insistido en consolidar la unificación del Israel del este con el del oeste por medio de una solemne Alianza. La obra de Abijam no estaba sellada.

En su adiestrada mente elaboró un último y astuto plan. Las tribus del oeste no habían reconocido nunca al viejo Galad el título de «Juez en Israel, *Schofet Godol*, Juez Supremo». Al hijo, después de la ayuda militar que había prestado a Efraím, no podían negarle este derecho. Él, Abijam, le ofrecería a Jefté ungirlo como Juez Supremo. Jefté no podría rechazar la unción. Y entonces la sede del Juez Supremo sería Mizpeh, no Schilo, Galaad sería la primera potencia en Israel, él, Abijam, vería terminada su obra antes de ser llevado a la cueva.

Tomó su bastón y se encaminó al campamento, instalado ante la ciudad, al encuentro de Jefté.

Este contempló el enjuto rostro, la nariz protuberante, las peludas cejas y la descuidada barba, y sintió, casi con satisfacción, cómo resurgía en él el viejo odio.

—No me tomes a mal, mi padre y señor —le dijo—, que te observe tan largamente y con tanto detenimiento. Nunca antes en mi vida había visto a un hombre que fuera del todo feliz: y tú lo eres. Has conseguido todo aquello que siempre habías querido. Yo estoy separado de la hija de Ammón, Ammón ha

sido humillado, Canaán ha sido humillado, no hay ninguna rencilla entre el Israel del este y el del oeste, y todo eso lo has conseguido tú, es mérito tuyo. Pero has dejado que yo pagara el precio para conseguirlo.

Abijam era viejo y estaba cansado, se apoyaba con fuerza en su bastón, lamentaba que el otro no lo invitara a sentarse. Pero disfrutó con todo su corazón de la amargura de Jefté. Lo que aquel hombre estaba diciendo era todo verdad. Yavé había insuflado en él, en el sacerdote, el aliento y el espíritu, al otro tan solo le había dado la fuerza de sus puños. Los puños debían llevar a cabo lo que el espíritu quisiera.

Y así seguiría siendo.

Dijo:

—Te confié a ti el grandioso y arrojado proyecto de Yavé. Tú lo acogiste en tu pecho, hasta que brotó la llama. Si hoy Israel está unido, el mérito del jefe de los ejércitos no es menor que el del sacerdote. Es mi obligación hacerlo saber a todo el pueblo. Ya no debes seguir contentándote con el bastón de Juez en Galaad. Te corresponde el óleo sagrado del *Schofet Godol*, del Juez Supremo, del Juez en Israel.

Jefté contempló al escuálido anciano casi divertido.

—Con lo viejo que eres —dijo—, con lo débiles que son tus manos, y todavía quieres jugar conmigo y con todo el pueblo como si tocaras las cuerdas de una cítara. Eres muy tenaz, viejo, y yo aprecio tu fuerte voluntad. Pero no por eso te amo. No soy tu amigo. Ya queda muy poco fuego en mi pecho, ya no tengo ningún amigo, ni ningún enemigo; pero cuando veo tu gran cabeza, sumo sacerdote Abijam, sé de nuevo lo que es el odio.

Se detuvo. Abijam no contestó, se mantuvo a la espera. Jefté, al cabo de un rato, continuó:

—A ti puedo decírtelo, no necesito tu óleo, yo mismo me he ungido con sangre. Pero, por supuesto, también esta vez tienes razón: se consolidará la dominación de Yavé en las tierras del Jordán, si yo me dejo ungir. Y tienes razón también en eso que se oculta en tus palabras: Galaad será entonces la primera potencia en Israel. Así que por eso seguiré tu consejo. Voy a hacerme ungir Juez en Israel. Y sucederá aquí, en Mizpeh, en presencia de tu Arca y de tu Piedra.

El rostro de Abijam se relajó, con una alegría que no intentó ocultar. Jefté se regodeó en ello. Luego, casi de forma casual, continuó:

—Pero para que, tal y como tú lo deseas, todo el pueblo se dé cuenta de que ahora Galaad y Efraím en verdad están unidos, voy a pedirle al sumo sacerdote de Efraím que me unja.

El rostro de Abijam, decepcionado de manera tan súbita y cruel, adquirió un aspecto ceniciento. Este Jefté había aprendido lo que era el odio y lo que era la venganza. Con qué malicia tergiversaba sus propias palabras, las de Abijam, contra él, y le arrebataba la mayor dicha de su vejez. Pero el sacerdote se dominó, no se derrumbó, se agarró a su bastón, contestó:

—Espero que consigas convencer a ese hombre de Schilo para que venga.

En su interior esperaba que Elead se negara a acudir por segunda vez a Mizpeh.

Pero ya no supo qué había contestado su rival. El dolor que le produjo que se le negara la culminación de su obra afectó a Abijam de tal manera que tres días después de su conversación con Jefté murió.

14

Al día siguiente de la llegada de Elead a Mizpeh, Samgar y sus ayudantes trasladaron el Arca y la Piedra de Yavé desde la Tienda del dios y la colocaron en la plaza que había junto a la puerta de la ciudad. Y como en el pasado, cuando Abijam entregó a Jefté el bastón de juez, se congregó una gran multitud del pueblo. Pero esta vez no solo acudió a la puerta de Mizpeh todo Galaad, esta vez acudió todo Israel. Cuatro veces siete tribus y estirpes principales se contaban en Israel, y todos habían enviado a sus jueces o a sus sacerdotes para que saludaran a Jefté el día en que iba a ser ungido.

Delante, entre los asistentes, estaba la mujer Silpa, la madre de su estirpe. Con ojos pensativos contemplaba a Jefté. Este permitía que ella dirigiera los asuntos de la tribu de Galaad. Abijam estaba muerto, y ella no necesitaba compartir su dominio con nadie, ahora era en verdad la madre de la tribu. Su hijo Jelek, el hábil calculador, multiplicaba las posesiones, su hijo Samgar era el sumo sacerdote, el fiel vigilante del Arca, y más no podía exigirse de un hombre tan poco dotado. Por supuesto, el más grande entre los hijos de Galad era el bastardo, el hijo de Lewana. Había unificado Israel con sus hazañas, y su fama y el espanto que había en torno a él rodeaba al país como un sólido muro. Pero ahora, al verlo sentarse en el sitial del Juez Supremo, no sintió ni envidia ni odio. Su rostro estaba rígido, como si formara

parte de aquel trono de piedra. Jefté, el hijo de Lewana, no era feliz.

También habían acudido Par y Kasja para manifestar a Jefté su amor y su respeto. Pero solo sintieron una triste alegría. Su Jefté había alcanzado el objetivo que se había propuesto; desde Josué ningún hombre en Israel había llegado tan alto como Jefté. Pero había tenido que arrancar de su carne y de su sangre demasiado para Yavé; era un hombre herido de muerte aquel a quien Israel veneraba como juez.

El sumo sacerdote Elead llegó acompañado por sus ayudantes, sacerdotes.

Iba revestido con las vestiduras de lino blanco y el *efod*, aquella capa corta cuadrada, que en las esquinas llevaba el *urim* y el *tumim*, las tablillas de la luz y de la perfección. Avanzó hasta situarse delante del Arca. Sus ayudantes le alcanzaron los recipientes de alabastro, que contenían el óleo, el vino y las especias. Samgar abrió el Arca. Elead bendijo e hizo su ofrenda, y orgullosos, los hombres de Galaad vieron cómo el sacerdote de Efraím honraba el Arca y la Piedra de su Yavé.

Luego, Elead subió por el bajo armazón que se había construido a un lado del sitial de piedra. Sus ayudantes le alcanzaron los recipientes. Jefté levantó la mirada hacia él para recibir la unción. Vio los graves y velados ojos del sacerdote, dirigidos a él llenos de respeto y de compasión. Vio las manos del sacerdote, tan acostumbradas a la escritura, que registrarían sus hazañas. Y mantuvo una muda conversación con el sacerdote. «Piensa que eres una parte de Yavé», decía Elead. Jefté respondía: «Pienso en ello». «Haré constar que no eludiste ningún esfuerzo», decía Elead. Jefté reconocía: «Quise hacerlo muchas veces». «Pero no rehuiste nada», decía Elead, «y yo lo pondré por escrito».

Y ahora Elead daba a beber a Jefté el vino de Yavé, hizo gotear sobre él el óleo sagrado, le frotó la frente y las manos con las especias del dios. Eran especias de lo más refinado, preparadas con nardos y mirra, con el bálsamo de Galaad y con hierbas de países lejanos; solo los sacerdotes de Efraím sabían prepararlo de forma tan noble.

Todos vieron cómo las manos del sumo sacerdote de Efraím ungían al galaadita Jefté. Todos oyeron anunciar a Elead en voz alta:

—Con esto, Yavé, el dios de Israel, te hace partícipe de su fuerza. Fuerza de la fuerza del dios se ha derramado en ti a través de tus hazañas. Más fuerza aún se derrama en ti por medio del óleo, del vino y de las especias de Yavé. ¡Tu fuerza se ha multiplicado, Jefté, hijo de Galad, *Ischi Schofet Godol*, mi señor Juez Supremo!

Y todos gritaron:

—¡Tu fuerza se ha multiplicado, *Ischi Schofet Godol*!

Jefté aspiró el fuerte y dulce aroma del dios, y durante la mínima fracción de un parpadeo le pareció que era el aroma de
Ja’ala
. Con un placer amargo, sarcástico y desgarrador, mientras lo rodeaba el sonido de los timbales y los címbalos y los gritos de Israel, pensó: «¿Qué cántico habría cantado para mí
Ja’ala
en este día?». Pero mucho antes de que se perdiera el aroma de las especias, se perdió el aliento de
Ja’ala
. Y mientras su gloria resonaba ensordecedora, elevándose hacia el cielo, percibió con toda nitidez y con desprecio cuán vana era esa gloria. Había alcanzado la cima que se había propuesto alcanzar entonces cuando estuvo en la cima del Hermón. Abarcó con la mirada toda la extensión de tierra que se encontraba a sus pies, su mirada llegaba más lejos y abarcaba más que la de los demás, había vivido cosas mucho más profundas y más grandes que los demás, su superioridad y su sabiduría lo hacían idóneo para gobernar el país. Pero sintió dolorosamente la soledad de la cima y su diáfana y cortante frialdad mortal. Jefté, el hombre, ya no estaba allí. Lo que el sacerdote ungía ya no era Jefté, el hombre. Su aliento se había perdido, la vida se había perdido, ningún óleo, ningún vino, ninguna especia podía insuflar nuevo aliento en él. No era Jefté, el hombre, era la fama de Jefté la que se sentaba allí, en aquel trono de piedra.

15

Los años que siguieron fueron años de florecimiento, y los galaaditas alabaron a Jefté. Los padres contaron a los hijos sus hazañas, y sus rostros serios, dignos, sonreían cuando hablaban de sus argucias y de sus delirantes chanzas.

Pero más todavía que de Jefté les hablaban de
Ja’ala
, la gacela, la adorable, que gracias a su dulce y firme aceptación del sacrificio había conquistado para la tribu de Galaad y para todo Israel la misericordia de Yavé. En primavera, las niñas que habían alcanzado la edad núbil se trasladaban a las montañas, se lamentaban y alababan al dios de la fertilidad, que había muerto y que ahora resucitaba, rogaban a Yavé que las bendijera cuando yacieran sobre la estera junto a un hombre, se lamentaban y alababan a
Ja’ala
, que había muerto en su doncellez.

Samgar se propuso recopilar los cánticos de
Ja’ala
. No eran pocos los que habían conservado en su memoria esos cánticos, y más que nadie sus amigas Schimrit, Tirza y
Sche’ila
. Había cosas en esos cánticos que resultaban confusas, pero conmovían poderosamente a las gentes. Samgar visitaba a cualquiera que pudiera conocer algún cántico de
Ja’ala
, se esforzaba por reproducirlos con el máximo de fidelidad.

Acudió a Jefté y, lleno de modesto orgullo, le recitó algunos de los cantos. Jefté los escuchó sin inmutarse. Samgar preguntó:

—Dime, Jefté, ¿eran así esos cánticos?

Jefté, seco, repuso:

—Ya no me acuerdo.

Dijo la verdad. Mientras que la imagen de
Ja’ala
se hacía cada vez más clara para los hombres y mujeres de Israel, se desvanecía para Jefté. Su imagen se cubrió de niebla, él la veía pocas veces y de forma poco clara.

Israel vivió en paz sin tener que temer a sus enemigos durante los años en que Jefté fue juez. Pero esos años no fueron muchos. El séptimo año de su jurisdicción, en el cuadragésimo de su vida, Jefté se reunió con sus antepasados.

EPÍLOGO DEL AUTOR, 1957

1

La historia de Jefté está recogida en el Libro de los Jueces. Este libro, el séptimo del Antiguo Testamento, relata la conquista de las tierras del Jordán, llevada a cabo por las tribus israelitas. Los acontecimientos de los que habla el libro tuvieron lugar en los años 1300 a 1000 antes del inicio de nuestra Era. Pero los autores que nos los transmitieron vivieron en el siglo noveno o en el octavo, su última redacción es probable que se hiciera incluso en el siglo sexto antes de nuestra Era, y para esos escribas tardíos el mundo que se describía en los antiguos informes se había convertido en un mundo desconocido. También quisieron encajar los acontecimientos en el marco de una interpretación piadosa. Por eso, el Libro de los Jueces, tal y como ahora lo conocemos, es confuso y está lleno de contradicciones.

Pero contiene fragmentos que se cuentan entre los más hermosos y llenos de fuerza del Antiguo Testamento: el magnífico cántico de guerra de Débora; las populares historias de Gedeón, el «azote», el «martillo»; las historias del fuerte Sansón y los filisteos, y, sobre todo, también las historias en torno a Jefté.

En las cuarenta y siete frases de la Biblia que cuentan la historia, la vida de este Jefté, el quinto Juez Supremo en Israel, se han mezclado cuatro antiguos relatos que proceden de diferentes épocas y que, en cuanto a su origen, no tienen nada que ver unos con otros. Con toda seguridad, estas cuatro fuentes se basan en material histórico, pero es igualmente cierto que los autores y redactores tardíos de este material lo malinterpretaron. Las cosas no pudieron suceder como cuentan los autores bíblicos.

En primer lugar, está la historia de cómo Jefté, el bastardo, es privado de su herencia y expulsado por sus hermanos, pero luego resulta que, como cabecilla de una banda, tiene tales éxitos, que su tribu, amenazada por la guerra, lo llama de regreso y lo eleva a la dignidad de jefe. Esto enlaza con el relato de las negociaciones con el rey enemigo, durante las cuales, Jefté, en su calidad de jefe de la tribu, pretende demostrarle, por medio de sutiles argumentos jurídico-teológicos, que Israel tiene derecho a las tierras situadas al este del Jordán. Esas explicaciones resultan extrañas en boca del cabecilla de una banda que se nos ha mostrado en la primera narración; además, el autor tardío se confunde al poner en su boca los dioses del enemigo. Luego sigue la tercera narración, el hermoso y conmovedor relato de la promesa de Jefté y del sacrificio de su hija; en esta narración, que ha sido estructurada por un auténtico poeta, los que más tarde trabajaron sobre ella cambiaron muy poco. El cuarto episodio, añadido sin solución de continuidad, informa de una violenta e incomprensible guerra civil entre la tribu de Jefté y la tribu de Efraím, una guerra que termina con una broma sangrienta, de inusual crueldad.

Todo esto es lo que los tardíos redactores del Libro de los Jueces comprimen en sus cuarenta y siete frases, y como su libro se incluyó en el canon de las Sagradas Escrituras, las cuarenta y siete frases se conservaron fielmente a través de los siglos.

Pero solo permanecieron vivas aquellas diez frases en las que un desconocido, alrededor del siglo noveno antes de nuestra Era, conmovido y de forma conmovedora, relata la promesa y el sacrificio de Jefté.

Esta historia —y solo ella de entre todas las que constituyen el relato de la vida de Jefté— no abandonó ya la fantasía de las generaciones posteriores. Poetas, músicos y pintores, la han representado una y otra vez. Shakespeare, que solo en contadas ocasiones menciona a personajes de la Biblia, habla de Jefté, de su hija y de su sangriento juramento en tres pasajes, uno de ellos en *Hamlet*. El viejo Georg Friedrich Haendel, en los terribles días de su ceguera, escribió su gran *Oratorio* sobre Jefté y su promesa.

2

Los más antiguos escritos —que nos son conocidos— sobre el sacrificio de personas amadas aparecen más o menos en la misma época, en Israel y en la Hélade, alrededor del siglo noveno antes de nuestra Era. Por aquel entonces, uno de los poetas de la epopeya cíclica cipríaca habla de Agamenón, que sacrificó a su hija Ifigenia; otro poeta griego compuso la historia de Idomeneo, que, como consecuencia de su desgraciada promesa, sacrifica a su hijo a Poseidón. En la misma época, en Israel, uno de aquellos poetas que llamamos elohístas relató el sacrificio de Isaac, y en esta misma época también tiene su origen la historia de la promesa de Jefté.

En aquellos tiempos en ambos países se realizaban todavía sacrificios humanos; pero tanto los poetas griegos como los hebreos tenían que considerar ya el sacrificio de un hijo o de una hija como algo inhumano. Suavizaron —con toda certeza, con absoluta independencia los unos de los otros— los antiquísimos relatos que habían llegado hasta ellos. Idomeneo no promete explícitamente la vida de su propio hijo, tampoco Jefté lo hace; tanto la promesa de uno como la del otro es vaga. Isaac, que iba a ser ofrecido como víctima, es salvado por el dios en el último momento, también Ifigenia es rescatada. Ya los poetas de ese siglo, partiendo de sus propias reflexiones y costumbres más moderadas, desaprobaban las sangrientas promesas de sus antepasados. De una manera ingenua, situaron en su propia época a los personajes de sus versos, que habían vivido medio siglo antes que ellos, y a pesar de todo el respeto que les merecían sus héroes, estos les producían un ligero espanto. No sabían, o no se preocuparon de tener en cuenta, que las ideas y costumbres habían cambiado. Hicieron que Agamenón, que Jefté, pensaran y actuaran como ellos mismos hacían.

Nosotros, hoy en día, poseyendo los resultados de una investigación que ha durado siglos, estamos más familiarizados que Homero con las condiciones de vida propias de la época de la Guerra de Troya. Sabemos mucho más que los autores bíblicos sobre las costumbres y modos de ver las cosas a finales de la Edad del Bronce, la época en la que aparecieron y lucharon los Jueces en Israel. Sabemos más que los redactores del Libro de los Jueces acerca de las diferentes concepciones de Dios que pudieran haber empujado a un hombre como Jefté a ofrecer en sacrificio a su hija al dios.

3

Desde los días en que, de niño, tuve que traducir, con un gran esfuerzo, el Libro de los Jueces del hebreo al alemán, no me abandonó la extraña historia de la promesa de Jefté. Mi maestro —que, por cierto, despreciaba mucho la promesa de Jefté— amplió el relato bíblico con las historias con que los intérpretes de la Biblia, los autores del *Targum* y del *Midras*, habían adornado la narración original: cómo la hija de Jefté,
Sche’ila
, acude a los rabinos para convencerlos de que declaren inválida la promesa de acuerdo con las Escrituras; cómo Dios, indignado por aquella pecaminosa promesa, castiga a los rabinos con la ceguera; cómo el sumo sacerdote, que conoce la futilidad del juramento, es demasiado orgulloso para acudir a Jefté, y que este, a su vez, es demasiado arrogante para acudir al sumo sacerdote; y cómo, en castigo, el sacerdote pierde su cargo, mientras que a Jefté se le pudren los miembros uno a uno, de manera que su cadáver yace enterrado en pedazos en diferentes lugares.

Más tarde me ocupé, de forma metódica y científica, en el estudio de la Biblia. Lo que los arqueólogos, historiadores y filólogos desenterraron de la tierra y de la confusión de los antiguos documentos, y cómo a partir de ahí reconstruyeron la realidad de la historia antigua de las tierras del Jordán me pareció más interesante y emocionante que cualquier novela policiaca. Poco a poco se fueron fundiendo para mí los personajes de la Biblia, que yo había conocido de niño, con las personas que la investigación me descubría. Las historias desligadas, llenas de contradicciones, que la Biblia cuenta de Jefté se fundieron entre sí, se redondearon a mis ojos, ahora que podía situarlas en una época concreta y en un mundo concreto. Poco a poco, aquel cabecilla de una banda, indómito y sanguinario, magnífico y desventurado, aquel Jefté de las historias bíblicas, fue convirtiéndose en un hombre de realidad histórica.

Lo vi en la tierra de Galaad, en medio de gentes que, procediendo de generaciones de pastores nómadas, se adaptaban con esfuerzo al nuevo orden de la vida sedentaria. Lo vi —en parte empujado, en parte por su propia voluntad— huyendo de regreso a la vida libre de las tierras salvajes. Lo vi luchando contra los peligros del *tohu* y con los príncipes de los territorios que limitaban con las regiones pobladas.

La tentación de representar a todo el país y a toda la época era muy fuerte. Allí estaban las antiquísimas ciudades de las tierras del Jordán, protegidas por sus fuertes muros, llenas de cosas hermosas y útiles, que una técnica de mil años había ido elaborando, orgullosas de sus costumbres. Los príncipes de estas ciudades habían estado sometidos durante largos siglos al faraón de Egipto o a los grandes reyes del norte; pero ahora los grandes reinos del sur y del norte se habían debilitado y los príncipes de las ciudades de las tierras del Jordán se habían independizado. Pero, en cambio, se veían amenazados por un nuevo peligro. Las tribus nómadas de los *charibi*, de los hebreos, que desde siempre habían realizado incursiones en las tierras donde se llevaba una vida sedentaria, ahora que ya no existía un poder central, irrumpieron en grupos y se apoderaron de gran parte de las tierras desocupadas y de las ciudades pequeñas. Amenazaron también las antiguas, sólidas y ricas ciudades, y ya habían conquistado o destruido alguna que otra. Los intrusos seguían siendo fieles a sus antiguas costumbres nómadas y odiaban y se burlaban de la civilización y de los antiguos habitantes de la región. Pero, al mismo tiempo, se daban cuenta de que su forma de vida era la única que se adaptaba a la vida sedentaria, y poco a poco fueron adoptando ellos mismos aquellas antiguas costumbres y modos de ver las cosas del país. Me resultaba tentador reproducir la vida de estas tribus, pueblos y civilizaciones, todas ellas en pleno proceso de aparición o de desaparición, y representar los cambios que semejante evolución del conjunto tenía que provocar forzosamente en el carácter del individuo.

Pero, mientras tanto, había vislumbrado a Jefté, el hombre, lo había visto, grandioso, solo y rebelde, en pie bajo un cielo pálido y vacío, y había visto cómo pugnaban en su propio interior los conflictos y las contradicciones de la época. Jefté se enfrenta al pueblo de los sedentarios, pero también a las tribus de los nómadas, pertenece a la familia de su padre, pero también a la tribu de su madre. Se apoya en el dios del poblado, pero también en el dios del fuego y del *tohu*. Se rebela contra el sacerdote de su padre, contra el rey de su madre y contra sí mismo.

Este era el hombre que yo había vislumbrado, grandioso y solo, y no me vi capaz de empequeñecerlo y ensombrecerlo, que es lo que habría sucedido si hubiera pintado en toda su multiplicidad su mundo, tan lleno de color y tan rico. Es más, me limité a representar los cambios de su época en él solo. Intenté, exponiendo su cambiante paisaje interior, reproducir el cambio progresivo del orden social en toda la región del Jordán. Quería, además, sin arrebatarle sus particulares rasgos individuales, promover a mi Jefté a la categoría de arquetipo. Su destino, por muy excepcional y notable que parezca, debía convertirse en una metáfora.

4

El autor que, en la actualidad, intente exponer con palabras y hechos la simple realidad de los personajes bíblicos, debe estar dispuesto a ser malinterpretado. Entorpecen su camino los prejuicios fanáticos de aquellos que en la Biblia ven la palabra de Dios, un prejuicio que setenta generaciones se han empeñado en consolidar. E incluso cuando encuentre lectores de mentalidad abierta, su tarea seguirá siendo difícil.

Ahí está ese hombre, Jefté. Su más importante oponente es «dios»; en el destino de Jefté, «dios» interviene de forma decisiva. Pero muchos lectores se muestran suspicaces, y con razón, cuando oyen la palabra «dios». Ninguna palabra y ningún concepto es tan confuso, ha experimentado tantos cambios, está tan rodeado de incienso y de las más variadas especias aromáticas. Así pues, desde el principio, el autor debe dar al lector una imagen inconfundible del dios Yavé. El lector debe ver con toda claridad que se trata del dios de Jefté, del dios de una determinada época histórica y de un determinado hombre. El autor debe dar nueva vida al dios que hace tres mil años respondía a la imagen que de él se habían hecho los hebreos, de su existencia, de su poder y de su grandeza.

Pero muchos eruditos de los siglos XIX y XX se han ocupado de familiarizarnos con las concepciones prehistóricas de Dios propias del Próximo Oriente. Han demostrado, basándose en muchos hechos, cómo los pueblos y los individuos creaban y transformaban a sus dioses de acuerdo con sus propios conceptos, en constante cambio. Concepciones de Dios que en la Edad del Bronce fueron consideradas supersticiones, en la Edad de Piedra tenían que haber sido fe; la fe de la Edad del Bronce estaba predestinada a convertirse en

superstición en la Edad del Hierro. El dios de las tribus hebreas iba convirtiéndose poco a poco de un dios de la guerra y del fuego en un dios de los campos y de la fertilidad, adoptó para los hombres sedentarios un rostro diferente que para los pastores nómadas, y adoptaba siempre nuevos rostros.

Los investigadores de nuestra época no fueron los primeros que se dieron cuenta. Ya Goethe había dado a la frase de la Biblia «Los Elohim se dijeron: hagamos al hombre a nuestra semejanza» otro sentido: «El hombre dice: hagámonos dioses, imágenes que se parezcan a nosotros». Y un siglo antes que él, con un humor sublime, Spinoza había bromeado: «El triángulo, si pudiera hablar, diría: Dios es extraordinariamente triangular».

5

REPRODUCIR juicios de este tipo en ensayos teóricos y hacerlo de forma convincente no es demasiado difícil. Pero el autor que pretende hacer objeto de su obra las ideas que tenían sobre Dios los hombres de la prehistoria bíblica, se encuentra ante una tarea capciosa. Debe conseguir que el lector no solo comprenda con su mente el concepto de Dios de esta época temprana, sino que lo comparta y lo sienta. El lector debe convertirse en un hombre de la Edad del Bronce. Debe identificarse con Jefté. Sean cuales fueren los conocimientos que posea de su propia época, debería llegar ver al dios de Jefté, al otro de
Ja'ala
, al otro de Abijam, al de Ketura, al de Elead.

Me dio fuerza y me ayudó en esta empresa la idea de que las gentes de mi novela ya habían sido vistas una vez desde la perspectiva histórica.

Y es que los autores de los libros históricos de la Biblia poseían —en mucho mayor grado que todos los otros escritores anteriores al inicio de nuestra Era— un gran sentido de lo histórico. Intentaban hacer encajar a sus personajes en un contexto histórico, e incluso, para conseguir este objetivo, los recreaban. Ese contexto está diseñado, y a los autores bíblicos, algunos de sus personajes les salieron mal. Pero muchas figuras de la Biblia tienen esa atmósfera histórica que falta a las figuras de otras literaturas antiguas. Es cierto que también los autores hebreos estaban sometidos a los prejuicios de su propia época, pero eran conscientes —aunque de forma diferente a lo que sucedía con los grandes poetas griegos— de que su propia época era un eslabón de una cadena infinita, un puente entre el pasado y el futuro. Se esforzaron en dar a los acontecimientos del pasado un orden, una relación, una dirección, un sentido hacia el futuro. También los observadores hostiles reconocen que los autores bíblicos, mucho antes que todos los demás, poseían la filosofía de la historia, el sentido de lo histórico, la conciencia del devenir y del fluir, de la dinámica, de la dialéctica. Sus personajes no solo tienen una vida propia, están empapados de Historia.

Mis esfuerzos se encaminaron a dar a mi libro —a partir de los amplios conocimientos de nuestra época — esa clase de historicidad. En este sentido, solo en este, debía ser *Jefté* una novela bíblica.

6

PERO nuestra época se caracteriza por la sucesión de rápidos y enormes cambios, y en semejantes tiempos, los acontecimientos, deformados de modo gigantesco, hacen perder al hombre la visión de la totalidad, de lo universal, de lo histórico. Su mirada solo alcanza al futuro más próximo, al mañana, está saturado por los acontecimientos, forzado a tomar decisiones, a actuar, y «aquel que actúa —consideraba Goethe— siempre carece de conciencia, la conciencia la tiene tan solo el que observa».

Cuando me puse a trabajar en el *Jefté*, me dije también que en nuestros tiempos era una tarea casi imposible empapar al libro de aquella historicidad que requiere la auténtica novela bíblica. Sin embargo, me atreví a hacerlo. Esperaba que el intento encerrara en sí mismo su recompensa.

Y así fue. Precisamente las dificultades, que se acumulaban, me proporcionaron nuevas perspectivas y vivencias.

El arte semiolvidado de la narración histórica es un arte muy excelso. La novela histórica es la legítima sucesora de la gran epopeya. Libera, a aquel que trabaja en ella con honestidad, de su estático y exclusivo presente. Lo eleva por encima de sí mismo, le hace percibir el cambio infinito, le enseña a comprender su

propia época como algo dinámico.

Y aun en el caso de que una novela histórica solo salga bien a medias, también proporciona al lector una experiencia que ningún otro tipo de narración puede darle. El lector puede observar a distancia a los personajes de una narración histórica y al mismo tiempo participar de su ser y de su vida. No solo comprende, siente que los problemas de esas gentes, por diferentes que puedan parecer, son los mismos que le preocupan a él y que en el futuro también preocuparan a sus nietos.

LION
FEUCHTWANGER

Notas

* Para la transcripción de los nombres propios bíblicos, la traductora ha seguido la Biblia de Nácar-Colunga, y en los casos en que no coinciden con el autor los ha dejado en la forma escrita por Feuchtwanger. *(N. del e.)*. < <